

JAVIER TAFUR GONZALEZ

JOVITA

-O la biografía de las ilusiones-

**Ediciones La Sílab
Colección Duenderías**

HERNANDO TEJADA

Recordemos, brevemente, la hoja de vida de Hernando, como la resume Miguel González con ocasión de la publicación del libro conmemorativo de los 50 años de la Fundación del Museo de Arte Moderno La Tertulia (Carvajal S.A., 1996); dice de él: “Pereira, Risaralda, Colombia, 1924. Estudió en la escuela de Bellas Artes, Cali. Escuela de Bellas Artes, Bogotá. Exhibe individualmente desde 1950. Pintor, muralista, dibujante, grabador, escultor, objetista, diseñador de escenografía y vestuario para teatro y ballet y opera. Su trabajo figurativo se ha caracterizado por presentar al hombre y su entorno con un peculiar sentido festivo y del humor. A partir de la década de los sesenta su trabajo más destacado ha usado la madera como elemento fundamental. Realiza una serie de mujeres muebles, sugiriendo el objeto y su sentido utilitario por medio de la anatomía femenina. Su última serie aborda el tema de la naturaleza a través de los manglares y la fauna que en ellos habita”. Murió en Cali el 1 de Junio de 1998.

La obra de Hernando nos recuerda su ser, su alma de niño travieso, de Duende, que hizo su periplo vital jugando con el arte, los colores, pintando, dibujando, tallando... En sus manos la herramienta cumplía el noble oficio de ayudarle al hombre a embellecer el lugar habitado, como un ayudante de Dios colaborando a poblar el Paraíso de gatos, plantas, aves, micos, evas....

La creación de Tejadita –o del Profesor “Mucha Pepa”, como llamaba a uno de sus alter-egos, está llena de humor, de ingenuidad y picardía, y éstas eran las características de su vida diaria, en la amistad, en el taller, en su apartamento, y así lo recordamos hoy, al publicar, con afecto, las plumillas que ilustran este libro.

DIEGO POMBO

Artista plástico y gestor cultural; expone internacionalmente desde 1983. Se vincula activamente al movimiento escénico de la ciudad de Cali desde 1994, año de la fundación del teatro Salamandra y del grupo Barco Ebrio de los que es co-fundador. A partir de 1999 hace parte de los colectivos de trabajo que organizan los eventos de música y teatro *A jazz go* y *Festival de Teatro de Cali*,

respectivamente. Durante la administración municipal 2000-2004 representa al gremio de los artistas plásticos de la ciudad de Cali ante el Consejo Municipal de Cultura, en donde propuso a través de la Corporación Salamandra del Barco Ebrio la realización del libro "Apuntes para una historia del arte en el Valle del Cauca durante el siglo XX", asumiendo la dirección editorial y su coordinación general.

Su trabajo visual se ha materializado a través de la pintura, la gráfica, la escenografía, el vestuario y el diseño de carteles. Su obra se ha centrado en desentrañar diversos aspectos de la cultura popular, recurriendo a anécdotas barrocas con colores exaltados y comentarios sarcásticos sobre los temas que trata.

PARA DECIR "GRACIAS"

Coexito S.A. está cumpliendo este año, 50 años de labores y es una empresa líder en tecnología y apoyo al sector automotor. Para conseguir esta posición ha contado con un equipo de colaboradores altamente capacitado, entusiasta y excelentes proveedores; y, en especial, con el pueblo colombiano que la ha recibido con confianza y la ha respaldado en la consecución de sus objetivos.

Para decir "gracias", hemos querido obsequiarles a nuestros apreciados amigos "La Biografía de las ilusiones", el bello libro del escritor y poeta vallecaucano Javier Tafur González, que relata la vida de nuestro extraordinario personaje de todos los tiempos, la simpática Jovita Feijóo, reina de reinas, la sempiterna, cuya cotidianidad es recordada de una manera amena y pintoresca, que sin duda nos alegra reencontrar en esta agradable prosa costumbrista, al tiempo que descubrimos los sucesos, las anécdotas y leyendas del inolvidable "Cali-viejo" al cual perteneció como uno de sus más significativos representantes.

"¿Por qué Jovita?" Porque el personaje es muy lindo; "entorno y entraña de la urbe"; porque significó, con sus sueños, su altivez y su optimismo, una dimensión superior que cautivó a su época y a la historia, haciéndose permanente, por tanto digna de este homenaje. Como la describe el autor de su biografía, en su delicado verso "**Jovita en el corazón**":

Las calles
son bellas;
pero son
más bellas,
con ella;
con la canción
de su taconeo;
con sus flores,
y sus carteras,
sus ilusiones
y sus sombreros.

Nos parece estarla viendo. Coexito S.A. les dice gracias a todos, por acogernos y recibir nuestros productos y, les renovamos

nuestro compromiso de calidad y servicio, de superación y progreso.

ERNESTO MEJIA AMAYA
Fundador

*“Que la locura salve al mundo puesto que la razón
ha sido incapaz de conseguirlo”*

Erasmus de Rotterdam
Elogio a la locura (1508)

JOVITA: UNA LECCIÓN DE VIDA
(Celebración de la 3ª edición de su biografía)

Me pide el autor “unas palabras de amor” para Jovita, y acepto complacida, por el autor y por el personaje.

Hablar de Jovita Feijóo nos remonta, en forma inmediata, a toda una época de Cali que se fue. Era un personaje que llenaba de alegría y optimismo a propios y extraños, porque -como lo dice el autor-, fue “envidiablemente feliz”; y esto es ya algo sorprendente y envidiable.

El cómo y el por qué se convirtió en la “Reina Jovita”, “Su majestad”, “La loca Jovita”, “La vieja loca”, y mil nombres más con los que la bautizamos los caleños a esta no caleña, nos lo relata el autor con delicada prosa. Como nos quería, y eso es lo único que necesitamos para dar el nombre de caleño al que vive aquí, fue suficiente para que fuera protagonista de toda clase de historias y anécdotas llenas de gracia y de ternura, que le merecieron el sitio de honor que ocupa en nuestra historia comarcana.

Su vida fue la expresión de su carácter y, su compromiso noble con ésta, se reflejó a través de sus actos. La libertad era la única meta valiosa en la vida, y por ello luchaba y pasaba por encima de los convencionalismos de la sociedad, sin herir a nadie, convencida de que todo lo que nos ocurre es para algo bueno; así tomó la decisión de ser feliz y hacer felices a los demás.

Los títulos, la posición, la elocuencia de sus congéneres, no la deslumbraban. Los trajes costosos o el comportamiento refinado de los representantes del Estado y la sociedad, los miraba como algo natural, pues siempre estaba a la altura de las circunstancias. Su existencia fue sin duda una bella lección de vida y sabiduría.

Enhorabuena la reedición de este pequeño libro, modesto en su apariencia, pero rico en enseñanzas, mensajes y anécdotas de la inolvidable Jovita que, como el capítulo de su resurrección, nos la devuelve ¡risueña, alegre y feliz!

Amparo Sinisterra de Carvajal

OFRECIMIENTO A LA CIUDADANIA/1984

El Doctor Julio Riascos Alvarez, Alcalde de Santiago de Cali, ofreció el libro de Jovita a la ciudadanía (2ª Edición), con ocasión de los 450 años de la Fundación de la ciudad. Dijo en aquella oportunidad:

“Para conmemorar los 450 años de la fundación de nuestra ciudad, la Alcaldía Municipal de Santiago de Cali ha proyectado un ambicioso programa denominado ‘Cali Cultural’, a cumplir en 1984 y 1985 como paso previo de motivación para un gran año de la Cultura en 1986. En este programa hemos tenido en cuenta a distinguidos representantes de la música, la danza, el ballet, el teatro, la plástica y el cine. En literatura, un conocido número de narradores y poetas de brillo. Es precisamente aquí donde cabe distinguir al escritor Javier Tafur González, cuya obra “Jovita” tenemos el honor de ofrecer a la ciudadanía, por tratarse de la biografía de uno de sus más queridos personajes típicos – nuestra entrañable Jovita–, novelada por uno de nuestros escritores más talentosos, merecedor de varios premios Nacionales y Extranjeros. La obra permite una aproximación válida a un período de nuestra vida social, como en su tiempo lo constituyeron El Alférez Real y otras obras literarias”.

Los Editores

SEMBLANZA

Viste que da gusto de colores relucientes,
moda de antaño, surtido de collares y pulsera;
andarina de brújula de flores y corazón silvestre,
siempre llena de afanes, combativa y volandera.

Entusiasta, delgada y menuda, avispada y ligera,
ojos verdes, tez trigueña, pelo teñido de caoba;
no es muy alta, no es bajita, pero algo marrullera
es Su Majestad; loca sí, pero ninguna boba.

Orgullosa se roza de personajes prominentes:
ministros, senadores, funcionarios,
comerciantes, cronistas, presidentes,
deportistas, alcaldes, inspectores y notarios.

Entorno y entraña de la urbe
que en su mente los disparates urde;
su Reina querida, aguerrida y valiente,
del sol de la mañana al sol poniente.

En el inventario del suceder humano
decidida reclama y pondera el optimismo;
cada día es nuevo y sin embargo el mismo
y para hacerlo triunfar le da su mano.

Vencedora de los sueños y las quimeras;
portadora del fuego ancestral de la locura;
Prometeo callejero y sin cadenas;

Quijote femenino aguijoneando la cordura.

Paradójica arrebatadora de lo nimio
que de todo hace lo más grande;
ya hubiese querido en su época el alquimio
cambiar por oro su manía y ser llamado orate.

Controvertida soberana de las mil coronas,
en cada torneo, feria o reinado;
ninguna habrá que luzca tantas
como en sus altivas sienas han brillado.

Y ahora que se encuentra ausente
la Reina que el pueblo ha elegido,
sus hazañas tendremos presente
y también le habrá ganado al olvido.

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN/1976

Tal vez hoy sea un buen día para que lea la Biografía de las Ilusiones. También yo creí que un día era bueno para empezar a escribirla. Pero, ¿cómo surgió esta idea? – se preguntará el lector, y voy a apresurarme a responderle, recordando aquella noche en un café de París en la que Frisco González, hijo del conocido Pacho Gato, por aquella época estudiante de Historia en Alemania y de paso por la bella capital francesa, comentó del entierro de Su Majestad. Algo se dijo esa vez acerca de su locura y de la locura de todos. Fue en el 70. Luego del reencuentro con el amigo, con el regusto del cigarrillo Gauloise y la cerveza Kronenbourg, se me metió la idea de escribir la biografía de Jovita. Desde entonces empecé a trabajar en ella. Es que, sin duda, su vida es excepcional y extraordinaria. Tengo la seguridad de que vendrán otros ensayos, psicológicos, sociológicos, de diversa índole, que tratarán de explicarnos ese fenómeno especial que fue Jovita Feijóo. Así que cuando regresé me dí a la tarea de averiguar su vida: dónde vivió, qué horario tenía, de qué se alimentaba, cuáles eran sus amistades, cuáles sus preocupaciones, sus gustos, su forma de hablar, de vestir, en fin, de ser. Y dato a dato sobre el terreno de sus actividades cotidianas, fui reconstruyendo su vida, recogiendo numerosas anécdotas y hechos singulares que me llevan a llamar este libro: La Biografía de las

Ilusiones. Es de advertir sin embargo que, aunque he querido mantener al personaje en el ambiente de su realidad, la trama es enteramente literaria.

Fue interesante descubrir su mundo y atravesar por sus costumbres. Iban sus relaciones de las personas más humildes a las más relevantes. Visité gobernadores y prelados, artistas y reinas nacionales; industriales, comerciantes y empleados, profesores y estudiantes; periodistas, familiares y notarios, gentes de la calle, ascensoristas, choferes y cocheros de Palmira. Hombres de toda condición: sepultureros, cantantes, voceadores de la suerte. Mas lamentablemente y en razón de vecindad, dejé de entrevistar expresidentes de la República y a connotados artistas internacionales que tuvieron que ver con sus sueños y quimeras. Oí versiones increíbles de su importancia. Alguien me dijo que Jovita era fundadora de Cali... De tal manera la sentía en la entraña de la ciudad.

A todos aquellos que me dieron sus informaciones y su estímulo quiero dejar aquí sincera expresión de mi gratitud, especialmente a su hermana Satoria, a su prima Brígida, a su sobrino Reinaldo; a José Pardo Llada, al Capitán Barrera, a Manuel Vicente Guevara; al doctor Marino Renjifo Salcedo, al padre Alfonso Hurtado Galvis, al padre Guillermo Correa, al inspector Héctor Fabio Fernández, a don Baudilio Céspedes; a Amparo “Arrebato”, a doña María Jesús Correa Vda. de Ramos, a madame

Marion; a los amigos del “Gato”, a los de Nicholl’s Comunicación, al doctor Alberto Dow, a Aníbal Arias, a Michel Daccach, a Arcesio Villa, al doctor Pablo Rubén Vernaza –gerente de la Lotería del Valle-, a Germán Villegas –del periódico Occidente– y, en fin, a quienes debo de una manera o de otra su aporte a la publicación de esta biografía.

Que era loca, que no lo era; que le faltaba un tornillo o una tuerca; que algo habría de tener Jovita para hacer las cosas que hacía y recuerdan las de un andante caballero, como ella, de triste figura y hermosos sentimientos; que una avivata; que mujer sufrida y sola; que optimista y alegre, vencedora de todas las causas. Muchas cosas se decían de su Majestad. Desconcertaba su popularidad, convertida hoy en leyenda.

Se ha propuesto levantarle una estatua. ¿No la merece? ¿Por qué no ha de merecerla? Una locura más grave de la humanidad, asusta; la de Jovita era alegre y alentaba al optimismo. Me parece estarla viendo. Las calles eran bellas, pero eran más bellas con ella; con sus sombreros, sus tacones y sus carteras. ¿Se acuerda cómo era? Así, con sus vestidos, sus flores, sus ideas. Espere; voy a contarle: Había una vez en Cali, una estupenda mujer llamada Jovita... Pero... ¿Qué es ese ruido?

AHÍ VA LA REINA

-¡Oiga, mire, vea!

-¿Qué pasa?

-Yo no sé.

-Pero, ¿qué ocurre?

-¿Quién va a saber? ¡Asomémonos a ver!

-A ver. Dejen ver.

-No empujen.

-¡Con permiso!

-¡No empujen, carajo!

-Oiga, mire, vea; déjeme pasar.

-Véala; ahí va.

-¿Quién?

-Pues Jovita

-Adiós Reina.

-Mírenla cómo saluda. Esta sí es Reina.

-Sí, la Reina de siempre, la sempiterna.

-Sí; y Reina de Reinas.

-Y no vaya a creer que es una cualquiera. Es de buena familia. De los Feijóo de Palmira y de Cartago. De familias muy distinguidas del norte del Valle, para que sepa.

-¿Quién es esa? –preguntó un curioso.

-Una loca –respondió un oficinista.

-¿Loca? ¡Loca, no! Jovita. La reina Jovita, pa' que sepa –le contestó un vendedor de papas fritas que estaba ubicado con su carro sobre el Puente España donde solía hacerse-. Y ponga cuidado que me va echar el aceite al suelo.

-¿No va a ser loca con esa vestimenta?

-Pues, pa' que no joda, que sí es Reina, y de verdad.

-Ganas que tiene la gente de llevarle la idea a esa vieja –masculló un anciano.

-¡Bueno, carajo! ¡Váyanse con su cháchara a otra parte que se me van a tirar el negocio! –dijo el vendedor de papas

-Tranquilo hermano que este es un espacio público –reviró el curioso.

La gente la había visto venir atravesando el Paseo Bolívar, por el parque de Efraín y María, y la seguía irresistiblemente, porque sabía que venía del Club Colombia de obsequiarle a la Primera Dama, que acompañaba al señor presidente de la República, un ramo de flores. Venía, con su aire imperioso y dominante.

Altiva, orgullosa, lucía su vestido morado, largos guantes blancos, medias con vena, zapatos morados, zarcillos, cinturón morado, cartera morada y una balaca morada que contrastaba con un pañuelo rosa,

anudado al cuello. Los labios pintados, las cejas repintadas, las ojeras sombreadas, las uñas lacadas y las mejillas empolvadas de aquel rojo que nunca habría de faltarle, revelaban hasta qué punto cuidaba su figura.

A Jovita le habría gustado presidir una comitiva, pero, conociendo cómo eran de enredados y difíciles los trámites oficiales en la Alcaldía y las muchas envidias de las personas que no sabían admitir su rango, prefirió ir sola a saludarla, y de igual a igual.

Al cruzar por el Paseo Bolívar venía pensando que la Primera Dama había estado cordial, más que muchas de esas intrigantes que la acompañaban y que se pusieron a darle explicaciones innecesarias acerca de su presencia, y que el portero impertinente que le pidió se identificara. ¡Como si ella tuviese necesidad de identificación! “¡Pobre mequetrefe! ¡Atreverse a querer no dejarme entrar, dízque porque no soy socia!”.

Cuando llegó a la Avenida Colombia una fila interminable de carros le impedía pasar; ya iban a ser las doce del día y la afluencia del tráfico aumentaba. Viendo que no había modo de cruzar la vía se dirigió al policía de tránsito:

-Oiga, Señor Agente: quiero decirle que es peligroso y feo que tenga que quedarme todo el día esperando que acaben de pasar los carros, o que tenga que exponerme a pasar corriendo esta avenida.

La gente sentía gusto al oírla conversar y se aproximaba para escucharla, y a los pocos segundos una multitud luchaba por acercarse para verla y

saber lo que decía al sorprendido policía, a quien no le quedó otro recurso que detener el tráfico y, con una venia, indicarle que podía proseguir su ruta.

-Gracias, joven. Muchas gracias –dijo, y continuó por la calle once, por el edificio Garcés, con su paso ligero pero corto, corto, cortico.

Iba por la Plaza de Cayzedo, con la cartera bajo el brazo, y todavía por el Paseo Bolívar se sentía el aroma de su perfume de violetas. Era por septiembre cuando aun florecían los gualandayes.

SE ALQUILA UNA PIEZA

La familia Manrique, don Orlando y su esposa Elvia, se habían convencido de que para poder atender los gastos de la casa, el arriendo, el mercado, la luz, el agua, Emsirva, la farmacia, el transporte, el teléfono, la ropa y el colegio de las niñas, Damaris y Rubi, y de Gustavito –ya que ni siquiera podían pensar en vacaciones-, debían hacer algo más que limitarse a recibir los modestos ingresos provenientes del taller de carpintería. Sabían de otros barrios residenciales más costosos que el Belalcázar, pero no era motivo para acomplejarse y, antes por el contrario, querían mantenerse a toda costa en él, porque se sentían cómodos con el vecindario. Tenían los mismos intereses, y las preocupaciones eran comunes. No les agradaba la idea de tener que cambiar de sector en busca de un domicilio más barato que, según el criterio de doña Elvia, ponía en peligro la educación de sus hijas y a ellos mismos les daría una sensación de venir a menos.

Después de pensar en la situación, los pro y los contra del momento que pasaban, resolvieron estrecharse y arrendar dos de las habitaciones. Damaris y Rubi dormirían en la misma pieza y a Gustavo lo pasarían con la tía Bertha. La decisión la tomaron a mediodía los padres; por eso cuando regresaron de estudiar las niñas, doña Elvia les contó y ellas se entristecieron y contrariaron un poco. Damaris no disimuló su disgusto

y, al ver a Rubi llegar con los bártulos a su cuarto, le lanzó una mirada que casi la hace llorar.

-Mí mamá me dijo –respondió.

En vez de entrar se devolvió.

-Mami, Damaris no me quiere dejar entrar.

-¿Por qué no? ¡Vamos a ver!

Al llegar la madre y la hija al antiguo territorio libre de Damaris, la encontraron haciéndose la que preparaba sus lecciones de primero de bachillerato, inclinada sobre su pupitre.

-¿A ver? ¿Qué es lo que pasa aquí?, ¿Ah? –dijo doña Elvia.

-Nada.

-Pues sí. Y tienen que acomodarse las dos. La pieza de Rubi hay que alquilarla. La vida está muy cara y no somos millonarios. La plata no está detrás de la puerta. Su papá, mijas, tiene que trabajar muy duro. Así que a dejar la pendejada y a colaborar, jovencitas. A ver Rubi: ponga sus cosas sobre la cama de su hermana mientras les buscamos un sitio. Tienen que compartir el armario. A la noche pasamos la cama, con su papá. ¿O prefieren que nos vamos a Siloé?

-¿Por qué no? –dijo Damaris.

-No conteste; no sea grosera –dijo doña Elvia.

-¿No estaba preguntando, pues? –contestó Damaris.

-¿Está muy delicadita, o qué? Se va a tener que aguantar, mijita –dijo doña Elvia.

La tía que había oído la discusión se acercó.

-¿Qué te sucede, Elvia?

-No; estas muchachitas peliando.

-¿A qué horas llegaron del colegio que no las sentí?

-¿Cuál lado del armario va a dejar para usted? – se dirigió la mamá a Damaris, sin responder a su hermana.

La niña se levantó y escogió el lado izquierdo, exactamente igual al derecho, pero más cerca de su cama, amontonando su ropa, fastidiada.

Tímida y recelosa, Rubi, tomó posesión del otro lado.

-Déjense de pelear –dijo la tía-. Déjense de pelear que no es bonito ver a dos hermanas con esas bobadas.

-No te vas a poner vos también, ahora, a pelear. ¿Dónde dejaste al niño? – le reclamó doña Elvia.

-Al frente, jugando con Marco Antonio.

Cuando su tía se retiró, Damaris exclamó, aburrida: “¡Odiosa!”, y volvió a colocar su ropa como estaba.

Rubi tampoco tenía interés de pasarla mal y prefirió seguir a su tía.

Tenía la seguridad de que su padre ordenaría la situación. Esa noche don Orlando puso punto final al problema explotando la curiosidad, dándose a imaginar qué personas podrían venir a ocupar las piezas. Como el día

siguiente era sábado hicieron planes de lavarlas, trapearlas y darles una buena limpieza; sin embargo dijo la tía:

-¿No sería mejor que no entraran extraños a la casa?

-¡Cómo sabés vos de economía! –replicó don Orlando.

-Acordate, Bertha, que cuando vivíamos en la otra casa tuvimos una pieza alquilada –intervino doña Elvia-. Lo que sí podíamos hacer, mejor, es arrendar primero una; la de Rubi, que es independiente.

La noche no era calurosa, pero don Orlando llegó sudando, fatigado y se quitó la camisa. Después de comer salió en camiseta al antejardín y en un asiento jugaba con el niño, mientras la tía y la esposa charlaban con los vecinos.

-Don Orlando –saludó un amigo que pasaba.

-¿Cómo está don Rafa?

-Bien, gracias.

-¿Y la familia?

-Buenitos. A Dios gracias. Está grande el niño – comentó don Rafael.

-Sí. Ya casi es un solterón –dijo don Orlando.

-Sí; se ve –dijo el vecino, mirando sonriente a las señoras-. Hasta luego.

-Hasta luego –contestaron todos.

-Saludos a doña Gladys –dijo doña Elvia.

-Con gusto –contestó don Rafael.

Al dar el reloj las nueve y media de la noche, don Orlando se levantó de su silla y la entró. Enseguida entraron ellas. De mal genio le tocó a Damaris resignarse a compartir la pieza y el armario con su hermana menor. Se llevaban dos años de diferencia y uno en los estudios. Tenían mucho en común, y eran tan parecidas que en el colegio las tomaban por mellizas. Esto al principio no le gustó a la mayor, pero luego le fue encontrando algunas ventajas. Se burlaban de los demás y no las distinguían; así cometían muchas travesuras, validas de la dificultad que tenía la gente en reconocerlas. Era un verdadero éxito que sabían disfrutar con sus compañeras. Reproducían en su físico los rasgos de su madre: eran blancas y menuditas, de pelo castaño, ojos pequeños y vivos. Damaris y Rubi, acostadas cada una dándole la espalda a la otra, eran dos irreconciliables enemigas.

Para don Orlando la cuestión estaba decidida: había que aumentar los ingresos. Al volver del trabajo el lunes, trajo un aviso de madera en el que, pintado en letras grandes y blancas, se leía: “SE ALQUILA UNA PIEZA”. La habitación estaba limpia y a la entrada de la casa colgaba el letrero.

-¡Mango, chontaduro! –pregonaba la negra con su platón en la cabeza.

-¡Manga viche!

-¡Pola! ¡Pola! –llamaban los niños.

La sonrisa de la negra era blanca, grande, generosa, y era dulce, la negra, atendiendo a los muchachos, pelando, cortando las frutas, revolviéndolas en su mar de sal y sabores.

-¡Gracias, Pola!

-¡Gracias, Pola!

-¡Gracias, Pola!

-No hay de qué, niños.

-Con gusto, niña.

-Hasta luego...

-Chao Pola.

IDEAS Y CREENCIAS

-Rubi tenga cuidado con el niño que está abriendo la puerta de la calle –
dijo doña Elvia.

-Sí señora, ya voy.

-Cuide el uniforme, que lo va manchar con ese mango chorriando y a la
tarde no tiene con qué ir al colegio. ¿Dónde está Damaris?

-Yo no sé.

-¡Damaris! ¡Damaris! ¡Damaris! ¿Dónde se habrá metido esta niñita? –
gritó la madre.

Al acercarse Rubi a la puerta entreabierta, tomó en sus brazos, al niño
que salía y le dijo, alzándolo “venga mi pipiolito”; vio a su hermana
conversando con Yolanda, vecina y compañera de colegio.

-Damaris, que vas donde mi mamá.

-Chao, Yolanda –dijo Damaris.

-Chao –dijo Yolanda.

Viéndola entrar, su madre le dijo:

-Extienda el mantel, ponga los cubiertos. Rubi, y usted con esas manos
enmelocotadas con el mango, ¿cargó al niño? Vaya, lávese y después
ponga la jarra del agua a la mesa, y... –en eso timbraron y la señora
interrumpió las indicaciones, diciéndole a la menor:- Mejor, vaya a abrir
la puerta, a ver quién es.

Era la tía Bertha que había salido al centro a ver cortes para hacer un vestido. La tía tenía casi cuarenta años. Era delgada y cuidaba su figura. Le gustaba agrandar a los hombres de lejitos. El sexo opuesto no era su debilidad; le atraían más otros asuntos: bañar a “Cucky” -un perrito pequinés negro, los domingos, y perfumarlo. Ocupaba el día en arreglar los cuartos, tender las camas, brillar los pisos, regar las matas, cepillar a “Cucky”, ponerle moñitos y cinticas, sacarlo a las diez a recibir el sol de la mañana, y por la noche alrededor de las siete, al árbol de la esquina para que hiciera las necesidades. Ayudaba a su hermana. La mañana la pasaba haciendo oficio; por la tarde, leyendo novelas de amor o de vaqueros. Ocasionalmente, al escondido, pasaba con ansiedad las páginas de los libros de Hernán Hoyos. Tenía en su armario, en cajón de doble llave “El tumbalocas”, “Aventuras de una bogotana”, etc. –una buena colección de ellos-, y también de Vargas Vila. Era este un secreto que acaso no revelaría jamás a sus amigas, con quienes solía jugar naipes. Tejía, aunque no mucho. De sus sobrinas se preocupaba, como una madre. “Al que Dios no le da hijos, el Diablo le da sobrinos” –decía orgullosa, sintiéndolas como algo suyo. Gustaba recordarles que las había visto nacer y que le debían obedecer. Últimamente les notaba unos airecillos de libertad que la incomodaban.

La tía era devota del Divino Rostro y de las Ánimas del Purgatorio, aunque en sus últimos problemas invocaba al Hermano José Gregorio, concentrándose en él para conseguir sus fuerzas mediadoras. A veces se ponía a hablar y hablar con sus amigas, horas enteras, por teléfono, y de ahí no la arrancaba nadie. Buena conversadora sí era; donde tenía la oportunidad: bla-bla-bla. De una cosa o de otra, con gusto por la saliva, por la palabra y por el chisme, sin dar tregua a pequeñeces o a acontecimientos nacionales.

-¡Uff, qué calor! – entró diciendo.

No había terminado de colocar los paquetes y las telas sobre la mesita del teléfono, en el corredor de la entrada, cuando timbraron. Regresó a abrir y, pasándose el pañuelo por el cuello y la frente, se enjugó el sudor. Con el zapato empujó el tapete de la entrada y entreabrió la puerta.

-A la orden.

Un hombre de unos treinta años le preguntó:

-¿Podría ver la pieza?

-Disculpe señor, pero en este momento vamos a almorzar. ¿Por qué no viene por la tarde y le da una miradita? –dijo la tía Bertha.

-¿Cuánto vale? –dijo el interesado.

-Mejor véala primero ¿no le parece?

-Sí, pero ¿cuánto vale?

-Venga por la tarde y la ve. ¿Usted es casado?

-Bueno. Vengo por la tarde.

-La habitación es para una persona sola. ¿Usted que hace?

-Trabajo.

-¿En dónde?

-Soy profesor.

-¿Del INEM?

-Y del Santa Librada. ¿No la podría ver ahora?

-No. Es que mire -rehusó la tía Bertha, abriendo del todo la puerta, mostrándole la mesa ya servida.

-¿Qué pasa? -preguntó desde el comedor doña Elvia.

-No, nada. Ya voy -dijo la tía, y dirigiéndose al profesor le dijo:- Venga por la tarde.

-¿A qué horas?

-De las tres en adelante.

-Voy a ver si vengo por ahí a las cinco. ¿Se puede?

-Sí.

-Bueno, gracias.

-Que esté bien.

Esa tarde no fue a almorzar a casa don Orlando. Casi siempre almorzaba en el centro; o le llevaban algún alimento de la tienda, que había en la esquina de la carpintería. Después de salir las niñas para el colegio las dos señoras se quedaron tomando un tinto.

-Pasáme el azúcar. ¿Fuiste donde Benita? – dijo Elvia.

-Sí –dijo Bertha.

-¿Qué te dijo?

Benita era una morena del litoral que vivía en un tugurio, a las afueras de la ciudad.

-Me leyó la ceniza.

-¿Qué vio?

-Que algo inesperado iba a suceder.

¡Ah! Benita. La pícara Benita. La buscaba todo el mundo para averiguar la suerte. Muy especial, Benita. Se reía de la veleidad del corazón humano. Siempre encontraba viejas cosas para decirlas de nuevo, repitiendo lo mismo de manera diferente; siempre en forma viva, convincente. Sí, viva. Se reía inevitablemente y ese era su éxito; daba una confianza risueña, desbaratada y firme. Muchas mujeres la visitaban buscando noticia de lo desconocido, que les pudiera ocurrir. Ella les hablaba de viajes, joyas, perfumes; de cosas gratas y sórdidas. Entretejía conjeturas y sospechas de posibles infidelidades, de retornos deseados, enemistades, odios y mal querencias. ¡Ah! La Benita ésta. Una negra vieja, gorda y afable, muy simpática, que se sentaba abriendo las piernas y estirando su falda de popelina gastada, recostada en la mesa, apoyando la cara entre las manos, fumando sus tabacos ordinarios. Los ojitos hundidos, la nariz chata, encogida. Y allí, en su cuartucho, oía las

inquietudes y preocupaciones de la gente que le revelaba sus más íntimas emociones y sentimientos. Aquel lugar tenía una resonancia de río, de una gran concha marina, y en una de las paredes, iluminada por una ventana pequeña, había una máscara de ébano que representaba los finos rasgos de una princesa de la Costa de Marfil. También había una marimba, pero Bertha no sabía cuál era el negro que la tocaba; el que veía a la entrada era un negro viejo, pequeñito y canoso, que parecía más un duende, y ella pensaba que él no tenía la fuerza para tocar esa música endiablada. Lo llamaban Patakoré y, cuando caminaba, parecía como si fuera de humo y se desaparecía sin que Bertha se diera cuenta. También veía a un negro grande, fuerte y alto, que se mantenía desnudo, y que parecía una estatua de bronce; era mudo y tenía unos ojos grandes irritados.

-¿Te echó las cartas? –preguntó Elvia.

-También –dijo Bertha.

-Pero contá ¿Qué te dijo?

-Lo mismo de la ceniza.

-Sí, pero, ¿qué?

-Ya te lo dije. Vos sabés, cómo es ella.

¡Ah! La pícara Benita se comunica con espíritus. Hace fumar a sus visitantes el cigarrillo con el fuego para adentro; de pie, sentados, quietos, caminando. Benita sabe de la suerte. Bertha cree en Benita.

Todas creen en ella; menos su rival del frente, que clava alfileres en los retratos de los enemigos. Se hacen fuerzas opuestas. Se avientan la clientela. Se tiran mente. Son dos polos. Al de Pira lo llaman muerte. Pira afirma que existe el mal, el Diablo, el Demonio; que toma muchas formas y se manifiesta de diferentes maneras en la vida de la gente. El Maligno tiene sus emisarios; la serpiente es uno de ellos, desde los días del paraíso, que desfloró a Eva e indujo en tentación a Adán, y otros animales rastreros. Tiene mucha fe y cree en el alacrán, en los insectos, en los seres de las tinieblas como los murciélagos. Pero Pira sabe que es útil, que ayuda a la gente a eliminar sus sentimientos, sus rencores, sus venganzas, sus mezquindades.

Una vez fue doña Elvia a consultar a Benita, al escondido de su marido que no sabía de estas andanzas de su esposa y su cuñada, y Pira la vio. Le produjo tanto miedo, la hechicera, que casi no le puede hablar a Benita. Después de ese día dejó de ir durante varios meses, y eso que la visitaba constantemente desde hacía unos tres años. Todavía, cuando recuerda esa mirada, se asusta, y un temor indefinible la domina y la hace perder la calma. Quedó con miedo.

-Elvia, pasando a otra cosa; tenemos que estar claras sobre la persona que va a ocupar la pieza. Nada de jovencitas, ni mucho menos, de jovencitos. Alquilémosla a una persona mayor, a alguien serio que sepa comprender

que ésta es una casa de familia; hoy en día no se le puede arrendar a cualquiera. Era lo que yo quería decirle a Orlando.

-Eso es así.

-Te imaginás que dejemos entrar aquí a un jipi, a cualquier descachalandrado, o a un mariguanero; ¿lo que sería de las niñas? No me gustó ese profesor.

-¿Cuál? ¿El que vino ahora?

-Quedó de venir a verla.

-Mejor arrendémosla a una persona seria; que las hay.

-Sí; pero dejáme que me ocupe de este asunto –dijo la tía, yendo por sus compras; corrió a un lado los pocillos de tinto y extendió una tela azul marino sobre la mesa.

-Está bonita.

Timbraron.

Doña Elvia palpó la tela con las yemas de los dedos y repitió: “Está muy linda”. “Esperáte voy a fijarme quién llama” –agregó, levantándose.

Un niño de unos siete años preguntaba por huevos.

-Aquí no vendemos.

-Pero los que están allá me mandaron acá –dijo el niño, lloroso, al comprender que los muchachos de la cuadra se estaban burlando de él.

-Cojan oficio –les recriminó doña Elvia, y salió a la mitad de la calle para indicarle al niño donde podría comprarlos. Iba a entrar cuando una señora se le acercó interesada en conocer la habitación.

-Siga.

-Gracias.

-Siéntese, por favor, un minutico.

Apenas entraron la tía Bertha se puso a examinar a la señora de arriba abajo: le pareció pobre, pero decente; mayor, pero enérgica; amable pero franca; pero una cosa, pero la otra, y le gustaron los peros. La interesada pidió que le mostraran la pieza y la tía Bertha fue a mostrársela. Le preguntó si podía pagar el mes anticipado y la aspirante entregó el dinero enseguida. La tía Bertha lo recibió inmediatamente.

-¿Quiere que le dé recibo?

-Sí, señora –dijo la nueva inquilina-, tengo que llevarlo a la Cofradía.

-¿Cuándo piensa pasarse?

-Hoy mismo.

-Por nosotros no hay inconveniente. Pero, como le digo, queremos vivir lo más tranquilamente posible. Nadie se meterá en su vida. Usté tendrá la llave de la habitación y la del portón; por lo que, desde ahora, le rogamos el favor de que tenga sumo cuidado. El barrio es bueno pero de todas formas cualquier precaución con los ladrones es poca, en Cali. Orlando, mi cuñado, es un hombre decente, responsable y cumplidor de

su deber. Las niñas..., bueno, son todavía pequeñas, pero han sido bien levantaditas. ¿Le gustan los niños?

-Sí; pero algunos son muy fregados.

-Cosas de la edad. Usted puede usar este baño que es más independiente. Poco a poco nos iremos acostumbrando todos a esta nueva vida. Creo que nos vamos a entender. Aquí tiene la llave de la pieza. Luego le doy la de la reja del patio y la de la puerta de la casa.

-Muy amable.

Sonó el timbre.

Salió doña Elvia. El profesor supo, entonces, que en ese preciso momento la estaban alquilando. “Qué le vamos hacer”, dijo, enfilando con sus necesidades a otros sitios. Doña Elvia regresó con el aviso en la mano y despidió a la señora, que salía, después de oír las mil recomendaciones de su hermana. Le sonrió por cortesía, pero notó algo extraño en su mirada.

UN CURIOSO TRASTEIO

A las dos horas volvió la señora trayendo sus cosas en un camioncito. Se diría que se había transformado, o que ellas no la habían visto en realidad cómo era. ¿Qué ocurría? Nada: que la señora se daba ciertas ínfulas y tomaba cierto aire de mando que al principio las arrendadoras no habían observado y “eso” las desconcertaba. Claro que la señora no había fingido y la tía Bertha se veía forzada a convenir que había sido precisamente “cierta” altanería, lo que la llevó a ofrecerle la habitación. Estaban perplejas. Pero, ¿por qué? Si no era para tanto. ¿Cómo que no? si las señoras estaban, al lado y lado del corredor de la entrada de la casa, viendo bajar, interminablemente, del camioncito chuspas y chuspas, envueltas en periódicos; periódicos y periódicos; revistas y revistas; cajas y cajas; paquetes y paquetes, y más paquetes; tarros, cachivaches, cacharros, tapas, frascos, botellas, hierros viejos, piedras, palos, que iban amontonando en el patio de adelante. La cabecera y el pie de la cama, los paralelos, las tablas; dos cuadros forrados con cartones; un tocador antiguo con su asiento; un perchero mediano de pared; una jarra y un platón de porcelana; la bacinilla; una mecedora vienesa; un viejo tapete persa, en regular estado; un directorio telefónico, varios libros, muchos álbumes, montones de sobres de manila, fólderres, y legajadores con cientos de recortes de periódicos y revistas. La botella de alcohol, el

frasco de Astringosol, el agua oxigenada; numerosos frascos con cremas para la cara; cosméticos, una jabonera, dentífrico, gorros para la ducha, levantadoras, pantuflas, redecillas, etc, etc.

¡Qué hecho más inesperado! De un momento a otro el vecindario entero se fue haciendo presente, demostrando una curiosidad inexplicable. Los niños, entre socarrones y serviciales, se ofrecían para ayudar en el trasteo.

-Bueno, Jovita, espero que sea feliz en su nueva residencia –se despidió el chofer.

-Muy amable, don Guillermo, muy amable. ¿Cuánto le debo?

-No se preocupe, después arreglamos. O... no; espere, mejor le ayudo a entrar sus cosas a la habitación –repuso, bajándose.

Don Guillermo y los niños comenzaron a entrar de uno en uno, y cuando más, de dos en dos, los veinticinco, cincuenta, setenta, ciento veinte, ciento ochenta, doscientos ochenta y cinco, trescientos diez y más, paquetes de la decidida arrendataria, ante la mirada abismada de doña Elvia y la tía. Al final, rendidos los auxiliadores del trasteo, la buena señora les dio a los muchachos un peso a cada uno y, a don Guillermo, su sincero agradecimiento, como lo había repetido en más de quince ocasiones en las cuales le había prestado sus apreciados servicios. También ella sudaba. Lo último que entraron fue una mesita y un asiento de madera, que colocó afuera de su habitación, a un lado de la puerta.

Entonces la inquilina se acostó fatigada. Sin darse cuenta transcurrieron las horas y vencida por el cansancio se quedó dormida.

Se extrañaron las Manrique de que la señora no saliera de su cuarto. Sólo la presencia de la mesita y del asiento recordaban que alguien había llegado. Parecía como si estuviera ausente o no hubiera venido nadie. Doña Elvia se sintió ofuscada y la invadió un sentimiento de preocupación y de arrepentimiento. Creía que habían hecho mal en arrendarle a “esa” señora, que se habían precipitado, y era tarde.

-Bertha; ¿qué irá a decir Orlando cuando la vea...?

-Es-pe-re-mos has-ta ma-ña-na...

Las niñas al enterarse sintieron curiosidad por conocerla, pero no imaginaban los sucesos extraordinarios que habrían de vivir. Salieron a la calle a comprar algodón de azúcar.

-¡Cucky! ¡Cucky, venga! –llamó preocupada la tía Bertha, al ver que su perrito aprovechó que las niñas habían dejado la puerta de la casa abierta, para salirse a la calle.

-¡Cucky! ¡Damaris! ¡Rubi! Cóján a Cucky, que lo puede pisar un carro – pidió la tía suplicante.

DE POSADA TRANSITORIA

-Estaré por pocos días –dijo la inquilina.

-El convenio se hizo por seis meses –precisó la tía Bertha.

-Yo creo que en este tiempo me ha salido lo de la Casa del Virrey –dijo la señora.

-¿Cuál casa, de cuál Virrey? –preguntó doña Elvia.

-La casa de Cartago. Espérense un momentico y les muestro.

La inquilina conversaba con las señoras de la casa, que la invitaron a desayunar. Sólo le habían arrendado la habitación; nada tenían que ver con lavado de ropa, ni alimentación. La arrendataria misma se encargaría de ello, sin embargo, por darle una buena impresión, y porque después de todo un desayuno más no vale nada, se lo habían ofrecido. Buscaban la oportunidad de tratarla; estaban intrigadas.

Al verla dirigirse a su pieza las hermanas se miraron con su mantenido estupor. Ella regresó con un folleto.

-Deje ver –dijo Bertha.

-Los admiradores de Cartago me escribieron una carta ofreciéndome su colaboración ante el municipio.

-¿Pero, por qué? –preguntó la tía Bertha.

-Por derecho propio.

-¿Una herencia? –preguntó doña Elvia.

La inquilina no le contestó, extendió el mapa turístico del departamento del Valle del Cauca en la mesa. Sobre Cartago aparecía una fotografía de la Casa del Virrey con la siguiente leyenda: “Like most ancient towns, Cartago has had an eventful history, since it was founded for the first time in August 9, 1540 and definitely on January 10, 1541. Even though it has undergone radical changes and is today a modern city, it still has colonial jewels of incalculable historic value such as the famous “Casa del Virrey”, a luxurious XVII century mansion which is said to be the most refined colonial construction in the Valle, and the beautiful temples of San Jorge, Guadalupe, and San Francisco. The cattle fairs which are held in Cartago every month are famous for the excellent quality of the cattle, and the large amounts of money which are spent in their negotiation have made these fair an important commercial event on a national scale. Cartago is approximately 97 miles from Cali”. -Y comentó: “pero mientras viva aquí les pagaré cumplidamente. Soy pobre pero sé conservar mi dignidad”.

-¿En qué idioma está? –preguntó la tía.

-Que en inglés. Lo escribieron así, dizque para que yo no me diera cuenta; pero me lo tradujo Víctor Quintanilla, y mis amigos del Colombo Americano.

La situación se hizo sumamente extraña. La inquilina era, definitivamente, extraña. La pieza no se la habían dado a cualquiera. La

mañana se les hizo a las señoras bochornosa, destemplada. La inquilina hablaba de cosas incomprensibles. No era rara, sino muy rara ¿Sería una loca? No parecía, y a la vez como que sí. Tenía mucho dominio de su persona. El momento se hacía más tenso. Las dos hermanas sufrían sin lograr entender a la nueva y modesta moradora con sus temas de admiradores y Virreyes, con sus pretensiones ante el Municipio de Cartago, y viendo esos ademanes tan categóricos como innecesarios para conversar. La señora cerró el mapa, lo metió en la cartera azul y grande que hacía juego con su vestido, se llevó la mano afectadamente a su cabeza arreglándose su peinado, y sonriendo agradecida, les dijo:

-Ahora, a mis asuntos...

-¿Va pa'l centro? –preguntó la tía.

-Sí –y alegremente agregó-: Eso sí, debo decirles que soy muy callejera. Me encanta andareguiar. Me toca por pobre, pero me gusta por naturaleza. Todo el día echo pata.

-Es muy saludable doña Jovita – aprobó doña Elvia.

-Llámeme simplemente Jovita, que ni el “doña”, ni el “misiá” me suenan. Eso incomoda mucho –aclaró la señora.

-Como usted guste –dijo doña Elvia.

-No es por confianza, sino que a mí no me dicen así.

Estaba contenta. Se le notaba en la cara. Su sonrisa radiante era la de una mujer mayor y buena. El corte antiguo del vestido les llamó la atención, como el maquillaje. Su voz, aunque un poco grave, era rica en matices e inflexiones, lo que revelaba una persona de sentimientos delicados. Una cosa así suponían las señoras en la nueva inquilina. Doña Elvia le ponía 50 años, la tía Bertha 65, no menos de 60. Cuando salió, quedaron más livianas, como si les hubiesen quitado una carga de encima; y a pesar de su desconcierto, la vieron con simpatía.

¿Para dónde iba? Eso nunca se sabía. Abría la puerta hacia la ciudad y salía “corre que te alcanzo”, y después de la ciudad regresaba a su cuarto. Era un mundo ordenado, pero lleno de novedades y de hechos inesperados. El menor episodio cotidiano constituía para ella algo estupendo de la vida. Y siempre adelante, caminando, caminando siempre adelante, saludando, caminando, disfrutando, así gozaba Jovita por el centro de su Cali querido. Aquel día, rítmicamente atravesaba la ciudad con el regusto de su paso timbrado, dándose el placer de imaginarse gobernando la Casa del Virrey. Desde que oyó que existía y viajó a verla, resolvió que le pertenecía y que el Concejo de Cartago debía adjudicársela porque sí, por ser la Reina.

¡Ah Jovita! La Jovita de la realidad, la Jovita de las ilusiones. Se deleitaba sintiéndose en el tallado y amplio balcón de la casa colonial,

saludando, con sus dos manos en el alto balcón, al pueblo cartagüeño, agradecida de haberla elevado a un sitio conveniente a su corona, al que iría a visitar con frecuencia, por el cariño que le tenía. Les diría que lamentaba mucho no poder trasladarse del todo a la que llamarían “Casa de la Reina”, porque también quería de corazón a su Cali y, entrañablemente, a su Palmira natal, al Bolo-Alisal.

¡Ah! Jovita, imaginaba que la fuente del patio surtiría clarísima, transparente, musical y refrescante. Se imaginaba anfitriona de los hombres más ilustres del país, recibéndolos, con comodidades y honores, para que de sus inteligencias salieran acuerdos trascendentes, se firmaran los tratados de paz y culminaran importantes empresas nacionales.

-¡Leche! ¡Lechee! – anunció el lechero a las 7 de la mañana. Doña Elvia salió portando un baldecito de aluminio. Los vecinos se acercaron a la camioneta repartidora.

-Dos botellas – pidió doña Elvia al moreno que repartía.

-Déme una por favor –pidió otra vecina.

-¿Y esta leche si la cuelan? En la de ayer me salieron pelos y garrapatas –dijo una empleada.

-Cuélela usted misma o compre pasteurizada. No se complique la vida porque si no estamos jodidos. A ver, oiga, la muchacha de allá, no se duerma; ponga la olla rápido, que aquí no podemos estarnos todo el día.

-¡Huy, pero sí que vino acelerado, pues! –dijo una empleada pastusa, a la que respondió el morocho:

-¿Y usted mamita cuántas quiere?

-Dos.

-A ver, rapidito, rapidito que estamos de afán. Mmm, mamazota –el morocho le zumbó al oído.

-¡Ve, este zoquete!

-¿Cómo así?

-Respete, ¿oyó?

-Sí, mamita, pero apúrese.

-Este sí que habla.

No había terminado de echar la leche al recipiente, y el chofer de cobrar, cuando aceleradamente arrancaron pitando y anunciando la leche a grito herido, yendo a parar dos cuadras más allá, dejando a su paso una nube de polvo.

-¡Leche! ¡Leche!

-¿De manera que Jovita se pasó a vivir con ustedes? -preguntó a doña Elvia, doña Beatriz, la vecina de al lado.

-Sí, desde ayer.

-¿Qué tal?

-¿Por qué? ¿La conoce?

-¿Usted no? ¿Quién no la conoce? Si es la más conocida de todas. Un personaje típico. La popular Jovita.

-Pues no lo sabía.

-¿Es que usted no es de aquí?

-No, de Roldanillo.

-Tenía que ser, porque todo el mundo la conoce. ¡Ah! verdá que son nuevos en el barrio. Ella ha venido bastante aquí. Cuando el padre Correa saca el santísimo, bajo el palio, ella va en la primera fila, portando una bandera blanca y amarilla.

-¿Por qué no entra y me cuenta de ella?

-No, ahora no puedo; tengo las camas sin tender y me está cogiendo el día. Cuando me desocupe, paso. Pero una cosa sí le digo: se cree la “Reina de Colombia”.

-¿Es loca?

-Loca no, pero se le va un tornillo. Le cuento que la visten en el centro.

¿No vio todos esos paquetes que entraron ayer?

-Sí ¡Uff! Una cantidad.

-Esos se los regala la jay. Verá cómo viste. Es estudiada; de mucho estudio fue que quedó así. ¡Pues sí que le alquilaron ustedes la pieza a un personaje!

-No la conocía.

-Ella es con su cabeza mala. Se pone vestidos largos. En diciembre se va para las verbenas. Es alegre. Baila en los festivales y en especial, siempre sale en la feria –contó doña Beatriz.

-¿Ya se fue la leche? –preguntó otra vecina.

-Hace rato. ¿A qué no sabés Gladys, quién alquiló la pieza?

-¿A quién?

-A Jovita.

-¿La conoce? –interrogó intrigada doña Elvia.

-¿Quién no? –dijo doña Gladys.

-Le estaba contando cómo se mete en cuanto desfile hay.

-O desde antes, hija. Desde siempre; le encanta esos muñecos. Anima todas esas vainas –dijo doña Gladys.

-Se monta en las carrozas de diciembre, desde la primera, que creo fue por allá en 1958. Ella no falta al Año Viejo –dijo doña Beatriz.

-Los ricos por entretenerse con ella, no más. Porque, ¡qué amistad van a tener con ella! Por fregar –dijo doña Beatriz.

-¿Es loca? –preguntó doña Elvia.

-Claro que sí, doña Elvia. Uno con los cinco sentidos no se va a poner tanta pendejada, tanta cosa de ésa: que balacas, que diademas, que flores; cosas de chiflada –dijo doña Gladys.

-Esté tranquila que con nadie se mete. Eso sí, pero para qué, con nadie se mete. No es, que digamos, una mujer calmada o tranquila, o lo que se dice, tolerante; no. Ella es fregada, tiene su imperio; se las arregla para conseguir sus ideas, para imponerse. La gente la quiere, ¿pero, que hace el ridículo? ¡Lo hace! –dijo doña Beatriz.

-Adiós, me voy, que me está cogiendo el día –dijo doña Gladys.

-¿De dónde te está cogiendo? –bromeó doña Beatriz.

Doña Gladys se detuvo a mirarla por su ocurrencia y sonrió.

-Adiós –le dijo doña Beatriz.

-Adiós –le dijo doña Elvia.

-A Jovita le ha gustado venir a este sector. Es amiga del Inspector y del padre Correa.

-Al verle sus cosas, en el trasteo, nos pareció rara.

-Tiene sus vainas; pero es muy educada. Refinadísima, porque a mi casa ha entrado varias veces. Tiene modales finos. Nunca le he oído una vulgaridad, ni cuando los muchachos la molestan. Anda mucho donde las ricas, en esos barrios de Granada y Centenario; con esa gente bien. Viste con la ropa de la jay; ¡pa'qué! Lo que más le gusta es perchar.

-Parece educada.

-Ya la verá conversando con mi esposo. El dice que Jovita es “excéntrica”, y que le hicieron un maleficio.

Gladys reapareció corriendo a reencontrarlas.

-¿Quiubo? -llegó diciendo, animosa y parlanchina.

-A mí se me hace que ella no es loca sino que la gente con estarle diciendo “reina”, a toda hora, y saludándola cuando entra a los espectáculos, la volvió así –dijo doña Beatriz.

-Le encanta que le digan “reina” –dijo doña Gladys.

-Ella dice: “Soy una reina; ¿no es cierto?” –dijo doña Beatriz.

-Póngale cuidado que le salen pelos de hombre en la cumbamba; gruesotes –dijo doña Gladys.

-A mí me parece que lleva una vida hasta sabrosa –dijo doña Beatriz.

-Dicen que fue muy hermosa; que, ¡divina!. No ahora que tiene las zancas secas. Ya está muy vieja y muy fea –dijo doña Gladys.

-Pero el ánimo siempre echado pa’ delante; pa’ que. Alegre y orgullosa. Fíjese bien y verá cómo se para. ¡Ay!, ¡que no cabe en el cuerpo! Y con el pie izquierdo adelante, como la gente importante, en las fotografías – dijo doña Beatriz.

-¡Trapiadores, escobas, barreparedes! –pasó voceando un vendedor.

Mientras tanto Jovita había llegado al edificio Holmares, en la calle 10, entre carreras 5ª y 6ª, y saludando a sus conocidos entró hasta la oficina

de Fernell Franco, fotógrafo de “Nicholl’s Publicidad”, quien al verla le propuso tomarle unas fotos para hacer un afiche; que él le pagaría por posar, y de la venta de los afiches podría ganar unos pesos. Se puso nerviosa y reacia; “con tal de que me las tome de lejitos; no tan de cerca”, accedió.

-Es que hay gente tan malintencionada conmigo, que sería feliz de verme bien arrugada, “como una pasa”; pero eso yo no lo voy a permitir. Estoy contenta conmigo, porque así es la vida, y uno tiene que aceptar los años; ¿acaso los tiempos son los mismos de antes? ¡No! Pero ese gusto yo si no se lo voy a dar.

-Como quiera. ¿Cuándo viene y las hacemos?

-Un día de éstos, un día.

Fernell sintió que le había agradado la proposición. Siguió Jovita dando vueltas por el edificio. Al salir iba más importante de lo que había llegado. Al frente, en el restaurante El Monasterio le ofrecieron una naranjada Postobón, que se tomó con mucho gusto, y después de dar sus infaltables “mil y mil gracias”, se dirigió por la carrera 5ª hacia la Catedral; entró, se dio la bendición y continuó hasta la calle 12; pasó por Occidente. Andaba por un paisaje de su alma. ¡Ah, las calles! Se confundió entre la gente y reapareció a la entrada de los almacenes “Sí”, de la calle 12 con carrera 8ª.

-Manéjense bien niñas –saludó.

-¿Qué hay Jovita?

-¿Cómo está Jovita?

-Entre Jovita.

-Muestre a ver qué lleva en ese paquete.

-No, ahora no, que voy de afán –les respondió displicente. ¡Hasta luego!.

-Pero sí que está hoy de querida.

-¡A trabajar!, que para eso les pagan –se despidió Jovita.

Al llegar a su nueva residencia notó, en su mesita, un florero con un ramo de flores artificiales, grandes y vistosas, que la alegraron, y se encerró en su habitación.

DE UNA PARLA ENCANTADORA

Las niñas llegaron por la tarde del colegio contando una anécdota que les había sucedido, en el recreo. Damaris pasaba por el corredor hacia el baño y encontró inesperadamente a su hermana en una fuerte discusión con una compañera. En torno a las dos jóvenes se había formado un corrillo.

-¿Qué pasa? –preguntó Damaris

-Que esta tonta, dice que Jovita es una loca; y que nosotros le tuvimos que alquilar la habitación, porque nos estamos muriendo de hambre –dijo Rubi entre irritada y vergonzosa.

-¿Y qué? Eso no le importa a ella ¡ve, esta idiota! ¿Qué se ha creído? –dijo Damaris.

-Es la verdad y tiene que aguantársela.

-Pues lo que tiene es envidia, porque todo el mundo en Cali la conoce, y ella es una persona importante –respondió Damaris.

-Envidia, ¿de qué? ¿De tener una loca en la casa?

-Y si no, ¿por qué te pica?

-Si me pica, me rasco; y, ¿qué?

Damaris tomó a Rubi de la mano y rompió el corrillo, saliendo de la conversación, diciéndole: “ve, esta estúpida”; y escuchando a su contrincante decirle: “más vos; majadera”, y “¿qué reina va a ser una

loca? ¡Reina de burlas!"; y, "lo que pasa es que ustedes son unos muertos de hambre y tienen que dormir todos en una sola pieza". Al oírlo a Rubi le dieron ganas de ir a cogerla del pelo y tirarle de las mechas, pero en ese momento llegó la profesora de Castellano, Andrea Caro, y siguieron con ella hasta el salón de profesores. Las niñas la pusieron al tanto de lo que estaba pasando y le comentaron, con inquietud, las particularidades de Jovita. La profesora les dijo: "De todo opina, de todo comenta, de lo que le sucede a ella, a los demás; aunque es reservada y no irrespetuosa a los otros, Jovita tiene la palabra en la punta de la lengua; es muy locuaz; una de esas personas que saben que su mayor riqueza es la palabra, 'el verbo', como se dice en la primera línea, del Evangelio de San Juan. No es bochinchera; jamás se la ve en el bochinche. Jovita es el diálogo, fuerza del lenguaje, siempre hablando de esto, eso o aquello; de todo cuanto le ocurre y se le ocurre. Es lo que les puedo decir: Me consta que es una mujer que cambia el mundo cuando abre la boca. Nada queda igual después de que dice sus cosas; y es que ella habla de esa manera, tan personal y admirable, que a uno le da gusto oír lo que dice y, sobretodo, verla cómo lo dice. La verdadera riqueza de Jovita es la palabra; yo creo que por este don, es que ella es una líder. Es lo que tengo para decirles. En todo caso sin olvidar sus largos silencios, e incluso su verdulería, cuando se enoja. Tal vez sea la palabra su mejor medio de expresarse, aunque cuando la veo por las calles, me parece una actriz que

se expresa entre la prisa de la gente. La ciudad es su escenario. Esa es Jovita; no se preocupen por ella. Lo que pasa es, que no todo el mundo está en condiciones de reconocer la verdadera dimensión de los demás. Hay mucha envidia, muchos celos, o la gente es indiferente y eso es otra cosa, pero, tranquilas, amiguitas, que ella es una buena señora. A mí me gustaría ir a saludarla, hablen con ella, y con su mamá, e invítenme que me gustaría visitarla.

-¿Dónde la conoció? –preguntó Damaris

-Mí mamá es del Alisal, y un día que fui con ella me la presentó. Ella andaba por ahí, pasiando.

-¿No es loca? –preguntó Rubi.

-Como les digo es una habladora, que tiene su gracia y su importancia; es de una parla encantadora, y quisiera que ustedes me invitaran a su casa para oírla y verla.

-Pero, profe, es que ella habla sola –comentó Rubi.

-Esas cosas nos ocurren a todas. ¿Alguna vez has hablado sola? –le preguntó la profesora.

-Sí, profe, pero es distinto –dijo Rubi.

-Es que habla como loca –reiteró Damaris.

-Pónganle cuidado, niñas, a la manera cómo es la gente, o cómo va por la calle; observen y verán tantas caras distintas... Hay quienes ríen solos; quienes hablan solos; hay quienes hablan cuando no les están poniendo

cuidado, y quienes no ponen cuidado cuando les hablan; o no le dirigen bien la palabra a los mayores en edad, dignidad y gobierno; o se equivocan en los temas de conversación; porque, niñas, no se puede hablar igual en toda partes. Todas las situaciones son distintas. No es una persona la que habla; es todo un pueblo el que utiliza la palabra, y póngale cuidado y verán que todo el mundo vive en el lenguaje; verán que hablamos tan parecido los unos y los otros, que hasta tenemos el mismo sonsonete; y si no, ¿por qué todos decimos aquí en Cali “Oiga, mire, vea, hija, cómpreme el pam? y, ¿oistés?”. Sí, hay un lenguaje extraño en los locos, y hablan con seres inexistentes, y los ven como si estuvieran presentes, pero esos son casos muy graves, que estudian los siquiátras.

-Es lo que dice Rubi –dijo Damaris

-Pero profe, sí; eso es así; pero es que ella habla como loca, y pone los ojos como si se le fueran a brotar de la cara –dijo Rubi.

-O perdida, como si estuviera ausente, ida del cuerpo –precisó Damaris.

-A mí me gustaría tener esa oportunidad que tienen ustedes y poder conversar con ella –dijo la profesora.

-Ella no conversa; dice cosas –dijo Rubi.

-Seguramente lo dirá con una fuerza especial –dijo la profesora.

-Sí, profe, uno nota que dice las cosas, y las palabras salen vivas como pájaros, flores o mariposas –dijo Rubi.

-O musarañas..., porque a veces habla tan enredado que no se le entiende nada –dijo Damaris.

-A los poetas les pasa lo mismo, y todo son metáforas, tropos y figuras literarias, como hemos visto en clase; por eso se dice que “De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco”.

Con este dicho convinieron las niñas que estas particularidades de Jovita eran comunes a todos los seres humanos, pero no dejaron de señalar a su profesora que lo que decía Jovita, y la manera como lo decía, no dejaba de sorprenderlas.

Tocaron la campana que indicaba el fin del recreo y siguieron a sus clases.

La madre y la tía escucharon lo sucedido y se dolieron de que las niñas hubieran vivido esa situación; les pidieron que no le contaran nada a Jovita, y que, en lo posible, dejaran las cosas así; pero un sentimiento de incomodidad quedó en ellas, especialmente en Damaris, que no precisaba si su rabia era debida a la afrenta en el colegio, a la situación económica de su familia, o simplemente, a Jovita.

A partir de la discusión de las niñas en el colegio, el tema de Jovita se volvió recurrente entre las estudiantes de la clase de Rubi, y porque la provocadora no dejaba de molestarla; y fue también motivo de curiosidad

e interés en el curso de Damaris. Le preguntaban cómo era; qué hacía; que si hablaba sola y se ponía pañuelos en la cabeza; que si era sonámbula; que si roncaba; que si tenía cosas raras y objetos de hechicería; que si tenía perros y gatos; etc. Rubi contestaba que el perrito era de su tía, que Jovita tenía una habitación misteriosa, y que creía que si hacía cosas de magia, porque tenía mucha fuerza; pero que era buena, porque ella misma la había visto colgar los cuadros del Sagrado Corazón y de la Virgen del Carmen, y una persona así, solo puede tener buenos sentimientos. Las respuestas de Damaris eran parecidas, pero no se molestaba de que le estuvieran preguntando; sólo hablaba del tema con su vecina Floraida, y eso porque ésta le despertó la curiosidad de ver las coronas que había ganado, y de abrirle el cajón del nochero para ver qué guardaba ahí; pero no dejó de contarle lo sucedido también a su papá. Damaris sentía la necesidad de que una persona grande le dijera a Jovita que dejara esas cosas, que se olvidara de esos reinados, que causaban mala impresión y la gente la criticaba y se burlaba de ella. Don Orlando no supo responder a la niña; el mismo no sabía exactamente si Jovita había perdido el juicio, “porque había muchas personas mayores actuando en esas historias”, y se limitó a aconsejarle que “debía ser muy respetuosa con ella, como con todas las personas”. Con relación a la actitud de la niña del colegio, que les estaba formando problema, le dijo que era mejor no prestarle atención, y le recordó el dicho de que “A

palabras necias, oídos sordos”; no obstante Damaris quedó afectada por las palabras ofensivas de la compañera, e incómoda por la presencia de Jovita en la casa, y las primeras noticias de sus realizaciones.

ESAS NO SON BOBADAS

Un mes después la familia y Jovita compartían el espacio vital, normalmente. Pasada la ansiedad de los primeros días, los demás se fueron sucediendo de ordinario y los Manrique acostumbrándose a la curiosa inquilina a quien, en suerte, les había tocado alquilar la habitación. La otra, al fin, no la arrendaron, y el niño pudo permanecer solo, siendo envidiado por sus hermanas.

Don Orlando trabajaba con empeño. Se sentía luchando la vida. Cuando le preguntaban: “¿Qué tal don Orlando?”, era sabido que contestaba: “Ahí, luchándola”, o “Ahí bregando por la papa...”. Algunos de los muebles diseñados por él, en imitación del sobrio estilo castellano, eran muy apreciados; sin embargo tenían una venta escasa debido a las limitaciones económicas de la mayoría y a las suyas propias, lo que impedía trabajar con mayores rendimientos. Aficionado al fútbol; no era de excesos, aunque de vez en cuando se le perdía a doña Elvia tomándose unas cervezas con sus amigos. Cuando descubrió que Jovita habitaba en el país de las fantasías, en su reino de maravilla, comprendió que no debía incomodar sus imaginaciones, y aceptó agradecido el ofrecimiento que un día le hizo, de que, cuando le diesen la Casa del Virrey, sería él quien haría los muebles. “Una Reina debe saber buscar

sus colaboradores”, le dijo. “Don Orlando –agregó Jovita- y le digo, que no sólo elegirlos sino vigilarlos... Así que, cuando llegue el momento, estaré pendiente”, y don Orlando hasta deseó que sus sueños se hicieran realidad. Muchas veces, en medio del acelerado ruido de la sierra eléctrica, del taladro, o acompañado del paso rasgón de la garlopa o del escoplo, se detenía a pensar en la fama que adquiriría de llegar a ser el encargado de amueblar la Casa de la Reina, o del Virrey. Una sonrisa ingenua revelaba todas sus debilidades soñadoras que habían permanecido latentes, pero enseguida reaccionaba, no sin alguna contrariedad, y seguía en su oficio, convencido de que se estaba contagiando de ilusiones. Incluso creyó verse retratado en un periódico de esos cientos que Jovita a todas horas traía y llevaba con artículos de ferias y reinados, y acumulaba en su pieza; en un ejemplar de Occidente, con un título en letras destacadas y grandes, que decía: “EL CARPINTERO DE LA REINA”.

Un sábado, al mediodía, Jovita regresaba a la casa y, de un grupo de señores del barrio que tomaba cerveza y jugaba al dominó, la llamaron invitándola a sentarse con ellos.

-No caballeros. Una dama respetable no se sienta con hombres desnudos.

Y era que varios estaban sin camisa.

-¡Ay! ¡No!, tan remilgada.

-Uno tiene que saber comportarse, ocupar su lugar.

-Eso sí, regáñelos – dijo Damián.

-¿Qué hay, Jovita? –saludó don Alberto Sarria, que venía tras ella, por la misma acera, y al detenerse Su Majestad, la alcanzó, poniéndole la mano sobre el hombro.

-¿Qué tal don Alberto? –saludó Damián.

-¿De dónde viene? –preguntó don Alberto a Jovita.

-¡De visitar a esos gamonales ausentistas!

-¿Cómo así?

-Sí, que engañan al pueblo a toda hora y no hacen nada.

-¿Cómo están? – saludó don Alberto a sus vecinos.

-Aquí echando una partidita. ¿No se anima? –dijo don Heladio.

-No ahora; ya va siendo la hora del almuerzo –dijo don Alberto.

-¿Qué hay del acordeón? –dijo Damián.

-Descansando –dijo don Alberto

-Habrá que ponerlo a trabajar. Ahí nos inventamos una fiesta un día de éstos –dijo Miguel.

-Sí, cómo no; hay que hacerla. Bueno muchachos, hasta luego –se despidió don Alberto, notando el deseo de Jovita de continuar su marcha.

-Hasta luego, don Alberto –dijeron.

-Hasta luego, Jovita –agregaron.

-Adiós, señores –dijo Jovita.

Siguieron caminando despacio. Jovita le contaba a don Alberto que había ido al Concejo Municipal para que repusieran unos bombillos que se habían fundido en el barrio, y el sector estaba muy oscuro y peligroso de noche; y para que lo pavimentaran, porque así no se podía vivir, y no encontró a los concejales.

-Si hoy es sábado –dijo don Alberto.

-Qué sábado, ni qué pan caliente. No van nunca. A las secretarias las hacen ir, y ellos se van de gorra. Eso hay que denunciarlo. Voy a contárselo al padre Correa para que les llame la atención; al padre Hurtado Galvis, y hasta al Arzobispo voy, si es necesario. ¿Qué se están creyendo? ¿Qué están pensando? Se la pasan haciendo ñanga.

-Pero, Jovita, es mejor ir entre semana. Vaya el martes.

-Voy a ir a hablar es con monseñor Alberto Uribe Urdaneta, que el sí los mete en el redil.

Mientras tanto en el Concejo, las empleadas preparándose para la salida, recordaban la rabia de Jovita, la remedaban y se reían.

-Se mantiene andando pa'riba y pa'bajo llena de cuentos –dijo una.

-Verdá; esa Jovita tiene unos cuentos más raros –comentó otra.

-Viene y va por cualquier insignificancia, por cualquier bobada.

Comentaban y se reían a gusto.

-¿Bobadas? –cortó un estudiante universitario-. ¡Esas no son bobadas!

Lo miraron.

-Digan ustedes, ¿es bobada que alguien se preocupe por la luz de su barrio? Se nota que no es problema de ustedes. ¿Quién sabe dónde vive ella? Nadie sabe lo de los demás. Nadie sabe con la sed que el otro bebe. Esperen que las atraquen o les pase algo, a ver si siguen riendo. Realmente una de las peores actitudes del ser humano, es la indiferencia –dijo el joven-, y en el fondo de sus ojos negros se veía la sinceridad de sus palabras.

Las secretarias, que se disponían a salir, dejaron de reír. El estudiante salió con ellas; cerraban las oficinas del Concejo Municipal, que funcionaban en la sede del antiguo Cuartel del Batallón Pichincha, en el paseo Bolívar, pero él se quedó en la puerta. Esperaba a alguien. Las vio alejarse charlando, molesto por los comentarios. “Las cosas van mal en la humanidad, por el egoísmo y la falta de solidaridad”, pensó el estudiante; “pero, ¿qué puede hacer un pez en contra de una ballena?”, reflexionó resignado a su impotencia, y tuvo, para con Jovita, un sentimiento de profunda solidaridad y admiración.

Se despidió Jovita de don Alberto y entró a la casa, acalorada y rendida; se recostó en un sillón, estirando los pies. Por un segundo se quedó así,

descansando, cuando notó que la miraban. Allí estaba Rubiela con otras niñas.

-¿Qué miran? –preguntó con fastidio.

Las niñas corrieron a esconderse. Volvió Jovita a relajarse y advirtió el regreso de la chiquillada curiosa; sus risitas le desagradaron. Las oyó decir: “ella es”; y, “¿es loca?”.

-Bueno, dejemos la bobadita.

Se devolvieron al oírla; molesta se levantó.

-¡Carájo! ¿Cuál es la confiancita? ¡Respeten! –exclamó malhumorada-

¡Mal educadas!

-¿Qué pasa? –preguntó doña Elvia.

-Nada, que estas niñas malcriadas no respetan.

-¿Qué le han hecho?

-No la dejan a una tranquila.

-Es que unas compañeritas de las niñas quieren conocerla.

-¿Y yo quién soy?

-Es Jovita. ¿Y quién tiene la culpa de que usted sea Jovita?

-¿No le digo? “Cuando El Diablo no tiene qué hacer, mata moscas con el rabo”; ¡que cojan oficio! ¡Muérganas! –dijo Jovita, desesperada.

EL FOTÓGRAFO Y LA REINA

A toda hora tenía una cita importante, y ese día se apareció donde Fernell con un atado de ropa envuelto en un periódico, las hojas arrugadas y sucias.

-Está sucio ese papel, Jovita –dijo Fernell.

-No importa que esté sucio con tal de que el vestido esté limpio.

Aunque limpio, el viejo vestido azul oscuro, venía encantadoramente ajado. Cerraron el estudio y ella se maquilló: los colores intensos; el negro, bien negro, de las pestañas; el rojo, bien rojo, de las mejillas y los labios; la sombra bien acentuada; todo bien distribuido. Fernell y su compañero ocasional Mauricio, preferían que todo fuera espontáneo. Jovita llevó las flores de su mesita, y el vestido de sevillana de encajes fruncidos, ceñido al talle, de mangas anchas y acampanadas, los zapatos de tacón. Viéndola allí, con su pavita arrugada –humilde aureola- parecía la exaltación de la ternura. Sin duda era un momento afortunado para tomar y captar su personalidad y carisma.

Fernell y Mauricio se sentían atraídos por su genio y su figura; eran conscientes de que tenían la oportunidad de estar con alguien muy especial.

Con entusiasmo y tensión comenzaron la sesión. Ella sabía la fortaleza de su mirada. ¿De dónde venía su brillo? ¿De dónde, a veces, esa ausencia? Contra el fondo blanco de las cuatro paredes del estudio, Jovita tenía la seguridad de saberse dueña de sí.

-Pasále este ramo; quiero hacerle unas con margaritas –dijo Fernell a Mauricio.

Fernell hizo la serie de las margaritas y luego una pausa.

-¿Prendo la luz otra vez? –preguntó Mauricio.

-Sí –dijo Fernell.

-¿Cuántos vatios? –preguntó Mauricio.

-Unos 10.000 –dijo Fernell.

Al sentir el calor de los focos, Jovita le dijo a Fernell:

-¿No le da pesar quemar las flores?

-A ver Jovita. Stat, stat, stat – el sonido lo producía Fernell con el pulgar y el índice, convidándola con movimientos a que posara; induciéndola, y ella se fue relajando. Una sonrisa surgió en su cara, y comenzó a expresarse solita, a posar de una manera y de otra; miraba de frente, tierna, dulce, desafiante, vanidosa; volteaba coqueta el cuello, se recogía el pelo, inclinaba la cabeza a un lado, al otro.

-Qué bien –comentó Mauricio-. ¡Increíble!

-Tomemos un descanso –dijo Fernell.

-Bueno –dijo Mauricio.

-¿Una cocacolita? –ofreció Fernell.

-Estoy sudando –dijo Jovita.

Mauricio pensaba que la modelo, que tenían al frente, contrastaba los valores; que estaba comprometida con los que encarnaba, en tanto que, las demás personas, no parecían vivir los suyos con tanta determinación a su destino. ¡Sin embargo los de Jovita parecían tan anacrónicos! ¿Era una desadaptada? ¿Acaso una farsante? La fuerza de su manía lo llevó a pensar que, en la autenticidad su vida sería dichosa; en la simulación, suplicio.

-¿Seguimos? –dijo Fernell, tras el receso.

-Lista –dijo Jovita, pasándose al frente de la cámara.

-Después tenemos que hacer unas, pero en su casa –dijo Fernell.

-Mejor no... Yo no tengo casa. Tal vez me den la del Virrey. Estamos, mis 'Escudos' y yo, haciendo esas gestiones ante el municipio de Cartago, pero por ahora vivo en una pieza, en el Belalcázar. No tengo nada bonito.

-No importa –dijo Fernell.

Mauricio ayudaba. La figura de Jovita se iba intensificando, haciéndose luz, y la pavita refulgía. Jovita se veía, resplandeciente. Extrañas asociaciones le sugería.

Fue larga la jornada. Hicieron muchas fotos: con el ramo de flores grandes, artificiales, que le había hecho y regalado doña Elvia; con las margaritas, que quedarían inmortalizadas, es verdad, pero ese día, mustias y marchitas en el suelo del estudio; con rosas de papel; con el emblema de la Mercedes Benz, como si fuera la huella de la gaviota que consagraron los hippies como símbolo de la paz, como si Jovita pudiera encabezar una manifestación contra la guerra; ese otro lado pavoroso de lo humano. ¡Ah, Jovita! Linda y arrugada abanderada de utopías.

Muchas, muchas fotos.

Al final quedó extenuada. “Zurumbática”, dijo Jovita. Cuando regresó a su habitación estaba tan cansada que ni siquiera pensaba en las futuras crónicas y reportajes, ni sentía ansiedad de verlas publicadas. Tenía la cara colorada, las orejas calientes, y la mirada que había estado avasalladora, dominante, ahora parecía perdida en el fondo de sus cuencas, rodeada de grandes ojeras moradas, contrastando con la palidez de su rostro.

La gente no se burlaba de ella como se burlaba de los chiflados. La respetaban. Cuando salía de un lugar, los que en él quedaban podrían hacer comentarios, pero delante de ella no; bueno a veces sí, pero había algo distinto; ella hacía la diferencia. Fernell, si antes de aquel día la

miraba con curiosidad, a partir de aquella tarde en su estudio tuvo la certeza de que en ese cuerpecito frágil habitaba un alma grande, misteriosa e indefinible, y que justamente esta dificultad de definirla, de encasillarla, hacía que el pueblo y la gente se quedara en lo pintoresco de algunas de sus actuaciones, y aumentó su admiración por ella.

Al entrar a la casa le regaló un caramelo al niño, se encerró en su habitación y no volvió a salir.

A las seis de la tarde revoloteaban los murciélagos y las golondrinas sobre el tejado y el patio, al cual da la pieza alquilada a Jovita; contiguo queda el baño; y un amplio corredor, protegido por un alero que bordea el patio interior de la casa, intercalado de mosaicos verdes y amarillos, a la usanza de los años cincuenta. A las siete de la noche se descubrió en el cielo el extenso mapa de las estrellas, en el que se encuentra cifrado el misterio del universo. La respiración de Jovita era suave y rítmica. Dormía serena y en paz.

¡ÓIGANLA! ¡ÓIGANLA!

Al día siguiente doña Elvia iba a comprar el pan para el desayuno, y vio que la puerta de la calle estaba abierta. Bien podría ser un olvido, pero preocupada le avisó a su esposo, buscaron qué podrían haberse robado, en caso de haberse entrado los ladrones, y enseguida notaron que faltaba el tocadiscos. A don Orlando le dieron ganas de salir corriendo a perseguir a los rateros. Pero, ¿dónde irían? De todas maneras salió a la calle a mirar a un lado y a otro. Regresó con una rabia que lo cortaba, mientras su esposa, resignada e impotente, no sabía si llorar o no darle importancia. ¿Pero qué? ¿Qué puede hacer uno en esos casos? ¡Qué rabia! “¡Malparidos!”, repitió varias veces don Orlando; “Antes no se llevaron más esos hijueputas”.

-Cuidado con las niñas –dijo doña Elvia.

-¿Qué pasa? –llegó preguntando la tía.

-El tocadiscos –dijo don Orlando.

-¿Queeé? Yo no sentí nada –dijo la tía.

-Revisemos bien –dijo doña Elvia.

-Por ahora... –dijo don Orlando.

-Yo no sentí nada ¡Qué país éste, carajo! –dijo la tía.

-Yo sí sentí como un ruido en la puerta -dijo Rubiela.

-Yo también –contó Damaris.

-Y ¿por qué no avisaron, pendejas? –reclamó su padre.

-¿Quién iba a saber, papi? –dijo Damaris.

-Pues sí, ¿no? –dijo don Orlando.

-Antes hay que dar gracias a Dios de que no nos pasó nada. Con las cosas que se oyen –dijo doña Elvia.

Los comentarios que hacía la familia despertaron a Jovita. Primero fue al baño a lavarse la cara y a cepillarse los dientes, y se puso dos ganchitos de carey a cada lado, para ordenar un poco su pelo alborotado. Llegó silenciosa, pisando suave con sus pantuflas de seda y suela neolite; no se le sintió; de repente estaba ahí. Apareció en medio de todos con una batola de seda blanca, transparente, que iluminaba su cuerpo, y sobre ella una levantadora de seda, igualmente blanca, un número mayor al de su talla. La levantadora sin abotonar, sostenida con una cinta de seda malva, dejaba ver en el pecho una gran rosa malva, que reposaba sobre sus senos flácidos.

Las niñas la miraron con curiosidad: tenía un par de zarcillos de los que pendían sendas pequeñísimas plumas de azulejos. Sus ojos verdes, estaban llenos de curiosidad, ansiosos de saber la causa de tan inesperado despertar de la casa.

-¿Qué bororó es éste? ¿Por qué tanto alboroto?

-Abróchese la levantadora que se le está viendo todo –dijo doña Elvia.

Don Orlando vio cómo Jovita, al abotonarse la levantadora, escondió la rosa que estaba en su pecho, y el brillo desafiante que tomaron sus ojos al enterarse de lo sucedido; entonces el verbo apareció en sus labios y la emprendió contra todos, diciendo:

-¿Un hombre en la casa y no ser capaz de defenderla? ¿Y tanta mujer para nada? ¡Qué cobardía! Donde yo hubiera oído los ladrones, me habría levantado y los habría sacado.

-Me hace el favor y respeta, que nosotros a usted la respetamos; no es momento para que se ponga a decir tonterías –repuso don Orlando.

-Como me acosté ayer tan rendida, no los oí; ¡pero, donde los oiga! ¡Uy! ¡Los habría corrido! ¡Los habría aporriado con la escoba! Les habría dado una paliza. Los habría zangolotiado –dijo Jovita, enfatizando y alargando las palabras, entre los dientes.

-Óiganla, óiganla –expresó burlona Damaris-. No habría salido. Lo que pasa es que le dio miedo.

-Damaris, no se vaya a poner ahora a decir bobadas. Más vale, tenga, y vaya a comprar el pan -medió doña Elvia, entregándole la plata.

-Si ni siquiera se sabe cuántas personas fueron –dijo Rubi.

-Yo me voy a bañar porque aquí no se puede ni opinar –y volvió a su habitación, le echó llave y se entró al baño con cartera.

-¡Tanta majadería que tiene que oír uno! –exclamó fastidiado don Orlando.

Tan rápido como supo lo sucedido, y soltó su diatriba contra don Orlando y su ataque contra las señoras de la casa, Jovita se aplacó, y cambió su estado de ánimo por una sensación de inseguridad que la puso nerviosa.

Verla llegar así vestida, decir sus salidas, y retirarse, fue un solo acto; ver desaparecer los rezongos vestidos de pliegues blancos, yendo hacia el patio de atrás, era ver deshacerse a un espíritu, presenciar el paso inesperado y fugaz del *Ánima Sola* por el corredor de la casa.

Los comentarios de la inquilina ofendieron a don Orlando, molestaron a toda la familia, y contribuyeron a aumentar en el ambiente esa sensación de malestar y de disgusto que dejan los hechos que perturban la tranquilidad familiar.

Doña Elvia decía que Jovita se entraba al baño con la cartera por desconfianza. Un día le preguntó por qué la llevaba cuando se iba a bañar y le echaba llave a la pieza, fijándose que estuviera bien cerrada, y le contestó, que para llevar sus cosméticos. Aunque se habían acostumbrado a sus cosas, el comportamiento no dejaba de parecerles raro. Entraba con leña recogida en la calle y en un fogoncito cocinaba dentro de su habitación; para el desayuno preparaba café y asaba un plátano. Empezaba a arreglarse después del desayuno; se afeitaba la barbilla y al terminar buscaba a doña Elvia, a la tía Bertha o a las niñas para preguntarles cómo se veía. O simplemente para decirles: “Bueno niñas, esta niña ya está lista”. Y se iba. Venía por ahí a medio día, unas

veces; otras se estaba todo el día en la calle. No podía oír música porque se ponía a bailar, siguiendo los pasos de bambuco y de la guabina.

Preparaba de almuerzo una zanahoria, una remolacha y un pedazo de carne, y la tostada que tampoco le faltaba. Ella traía lo que iba a preparar o a comer. No guardaba comida. No tenía alacena, no tenía nevera; tampoco armario para la ropa. A cada vestido le tenía todos los accesorios: guantes, flores, zapatos que envolvía en hojas de periódico. Cada atadito que amarraba con cabuyas, era un conjunto, y tenía tantos que llegaban casi hasta el techo, en el rincón derecho de la cabecera de la cama, de modo que al abrir la puerta quedaban tapados. Protegía de este modo su intimidad. Así veían los Manrique la habitación de su inquilina cuando caía en el olvido o el descuido de cerrarla, manteniendo una innegable curiosidad por entrar, en especial las niñas.

A las nueve salió sin despedirse, después de echar doble llave a su aposento.

-¡Repuestos para la olla pitadora!

-No gracias; yo no tengo.

Esa página de su vida estaba inédita, ella haría el día como hacía cada día, caminando, como trazando sus sueños con sus afanes; y así salió, atraída por la fuerza de gravedad de la ciudad donde se encuentra la gente y circula la vida.

LA REINA EN APUROS

Don Rafael, deseoso de saber lo sucedido, pasó a visitar a su amigo y encontró a otros cuantos vecinos que andaban con el mismo interés. Se acercó al grupo: todos recordaban algún robo o hecho extraordinario de la variada vida delictiva del país.

-¿Cómo le parece, doña Elvia, que en la casa de don Marco la empleada estaba barriendo el antejardín hace tres días y cuando menos pensó, que una persona le preguntó por periódicos viejos, otra salía de la casa con la licuadora? –dijo uno.

-Siquiera no la hirieron, porque donde los polacos, en la casa del señor Bronislav, cortaron a la sirvienta con un cuchillo. Allí no engañaron sino que se entraron a la fuerza –dijo otro.

-Y donde los Sarmientos, una familia riquísima de Bogotá, timbraron a la puerta dizque para arreglar el teléfono, y en un abrir y cerrar de ojos, sacaron ametralladoras, revólveres, los amarraron y amordazaron. Entraron siete apartamenteros, disfrazados de empleados del Distrito, y se les llevaron el teléfono, la radiola, la televisión, objetos de plata, porcelanas finísimas; mejor dicho, los barrieron –dijo otro.

-Antes no se llevaron nada. Aquí hasta se roban la sombra –dijo don Orlando.

-Se roban un hueco –dijo otro.

-Le llegó el turno, don Orlando -dijo don Rafael.

-¿Cómo le parece don Rafa? -dijo don Orlando.

-Nadie sabe para quien trabaja. Se mata uno trabajando, y es para los ladrones -dijo don Rafael.

-Y para el Estado, que es lo mismo -dijo otro.

-Allí son de a millones: peculados, peculados, peculados -dijo otro.

-Ya no se puede vivir. No es como en los tiempos de uno, que éste era un buen lugar, muy sano, cuando Cali era una ciudad pequeña, o un pueblo grande. Ahora ya ha llegado mucha gente. ¡Y todo lo que está por venir! -comentó Liborio.

-Sí; son otros tiempos -dijo don Rafael.

-Ahora todo es secuestro, atraco y robo -dijo otro.

-Pero todo eso se debe a la violencia que vino después del asesinato de Gaitán. La migración, mejor, el éxodo del campo a la ciudad es responsabilidad de los partidos tradicionales -dijo Liborio-. Y lo que nos espera con las invasiones. El Rodeo es una bomba de tiempo. Son las luchas populares por el suelo urbano -insistió Liborio.

-Porque hay damas aquí, pero estamos fregados con J -dijo un caleño fututo.

-¿Qué dijo Jovita? -preguntó don Rafael.

-No; que no tuvo oportunidad de defendernos -dijo don Orlando.

-Esa Jovita sí es una maravilla. Ahora va a tener cuerda para mucho tiempo –comentó Gladys.

-Pues que se vaya con su música a otra parte –dijo don Orlando.

-Hay veces que se pone muy cansona –dijo la tía.

Pasaron la mañana comentando hasta que llegó la hora del almuerzo, y a almorzar se disponía Jovita, en la casa de su hermana Saturia, cuando oyó gritar: “Cójalo, cójalo”. Se levantó de la mesa alarmada, y salió corriendo a abrir la puerta de la calle: eran unos muchachos chanceándose.

-¿Qué te pasa? Estás como preocupada –dijo Saturia.

-Esos vagos lo asustan a uno.

-No es para tanto. Controlate.

-Fue que hoy casi me roban a mí, pero no pudieron abrir la puerta; como me echo llave. Pero en la casa sí robaron el tocadiscos y no se qué cosas más.

-Contá, ve.

-A medianoche se levantó el señor de la casa, y se encontró con dos ladrones que estaban enmascarados, y mientras fue a coger algo con qué defenderse, se volaron. Alcanzaron a llevarse el tocadiscos. No me contaron bien las cosas. Estaban ariscos y bravos, más bien odiosos.

-¡Bueno, vamos a comer, que se va a enfriar el sancocho! –dijo doña Satoria.

Antes de sentarse a la mesa don Felipe le preguntó a su esposa, notando inquieta a su cuñada:

-¿Qué le pasará?

-El robo.

-¿No viste, que no llegó silbándole a los mechudos ni se les escondió en el jardín?

-Eso no es nada –le contestó Satoria.

Al sentarse al comedor Jovita dijo:

-A mí no me den ajo, ni cebolla, que uno queda apestando.

-Pero tía –dijo Reinaldo-, los médicos dicen que son muy buenos para la salud.

Ese día Satoria sirvió sancocho de gallina y arroz blanco; ensalada de lechuga, tomate, zanahoria y remolacha.

-Jovita, tómese el jugo de lulo, que apenas si lo probó; y espérese que le sirva el dulce de breva calada –dijo Satoria.

-Estoy muy llena.

-Cómase la breva, hija, que el dulce ayuda a asentar la comida. Da calorías, y usted que no para.

No había terminado de comer y se estaba despidiendo.

-¿Dónde está mi cartera? –dijo Jovita.

-¿Dónde la dejó? –dijo Saturaia.

-Ya me la escondieron –dijo Jovita.

-No, Jovita; nadie se mete con usted –dijo Saturaia.

-Todos los días que se me ocurre venir me la ponen en otro lado, sólo por hacerme el mal –dijo Jovita.

-No –dijo Saturaia-. No sea tan melindrosa.

-Sí –dijo Jovita.

-Esas son ideas tuyas. Debe estar donde la dejó –dijo Saturaia.

-La dejé aquí, en la mesa –dijo Jovita.

-Ahí no ha podido dejarla –dijo Saturaia.

-Démenla que me tengo que ir. Tengo una cita y voy a llegar tarde.

Jovita sintió una picada en el pecho, un dolor repentino y agudo, y se llevó la mano derecha al corazón; pero no por eso dejó de seguir insistiendo.

Saturaia que no se percató del movimiento de su hermana le dijo:

-Repose la comida mientras aparece.

-Saturaia, decíle a los mechudos que me devuelvan la cartera, antes de que me'noje.

-La habrá cogido el Duende –dijo don Felipe.

-¿Duende? El Duende no existe.

-A ver le ayudo a buscar –dijo Saturaia.

-Niños, si no me la entregan, no les vuelvo a traer regalos. ¿Oyó, Ponemesa?

-¡Pero quién le ha cogido nada! –dijo Satura

-Eso fue el Cuchurrias –dijo Ponemesa.

-Dejáte de andar poniéndoles sobrenombres a los muchachos –dijo Satura.

-Eso fue Ponemesa –dijo el Cuchurrias.

Los chicos ya empezaban a armar su juego bromeando entre ellos para provocar y exasperar a la tía.

Al sentarse nuevamente en la sala encontró su bolso donde lo había puesto. Los parientes sabían de sus olvidos y de lo variable que era. Estaban acostumbrados a verla llegar, almorzar y despedirse. Rara vez hacía la siesta.

Siempre creía que le escondían algo y se ponía brava. En alguna ocasión se quedó a pasar la noche, pero no fueron dos. Se mantenía en sus carreras, con sus prisas y sus afanes. Sabían que le gustaba más vivir sola y lo comprendían bien. Por nada se le contrariaba. Sí, la Jova, Jovina – este era su verdadero nombre –era una mujer temperamental, cambiante, independiente; sola, si se quiere, pero no abandonada.

-¿Por qué no te venís a vivir con nosotros? Es pobre el caramanchel, pero aquí cabemos. Dejáte de andar rodando, de estar llevándoles voluntades a la gente, que aquí de lo que hay comemos –dijo Saturaia.

-¿Don Felipe –interrumpió Jovita a su hermana–, tiene por ahí un cigarrillito?

-Déjate de estar tomando café y fumando que eso es lo que te mantiene nerviosa y te da esa caminadera. Vos caminás más que una mala noticia –dijo Saturaia.

-¿Y qué hago con la casa de Cartago? –contestó Jovita.

Con sus prisas, sus citas, sus afanes, su cartera encontrada, la digestión empezando, su adiós a los mechudos queridos, a su hermana, a su cuñado, a sus sobrinos y a sus primos, fue saliendo la andarina callejera con su vestido blanco de lunares negros y mangas largas, sandalias bajitas, a sus recintos abiertos. Casi se iba alcanzando a sí misma, a la parte de ella que iba adelante, porque era dividida de ansiedades y de sombras, le pisaba el talón a sus ilusiones; por detrás, le pisaban sus talones los recuerdos recientes. La perspectiva de la calle eran sus sueños, los grandes proyectos, horizontes abiertos de paisajes azules soleados, vallecaucanos, y ella, vestida con ese imperio que envidiaría la reina de Inglaterra, celosa de tanta libertad y de imaginación tan fértil, porque la reina Isabel tal vez tendría sus debilidades personales, sus

nostalgias de civil, aburrida en la prisión de la historia y de los protocolos.

Sin rumbo fijo cogió el primer bus de cualquier ruta hacía el centro de la Sultana. En el bus venían siete u ocho personas. Extrañada de que el chofer le cobrase reaccionó bruscamente, le reprochó altanera su ignorancia y, sin mayor reparo a su decisión, fue alzando su pierna derecha para saltarse la registradora de un solo vuelo, con tan mala suerte que La Reina en sus apuros se enredó en la falda y cayó patas arriba, en un espectáculo tan grotesco como lastimero; porque no deja de ser sensible que una mujer mayor, con sus aires de Majestad, la pase tan mal por cinco centavos que no tiene, porque aunque nada le falta, de todo carece. Pero no se inmutó, se reincorporó y ante la atónita perplejidad del conductor, fue a buscar puesto en los asientos traseros, limpiándose el vestido y muy indignada. El bus Papagayo siguió en sus arranques y paradas. Diez cuerdas más allá no tenía puesto libre y los que llegaban se quedaban de pie. Un “gallo” en el techo decía, con lógica abrumadora: “Córrase atrás”; otro: “Timbre una vez y listo a la salida”. El bus estaba lleno de calcomanías; una decía: “Dichoso Adán que no tuvo suegra”; otra, la del mecánico, que revisando el Volkswagen de una chica despampanante, comenta encantado del impase al ver que empieza a lloviznar: “Con esta repisa, que llueva todo el día”; esa otra: “No pida zanahoria, pida Chik y Tico”. Otras calcomanías moralistas: “Hoy por ti,

mañana por mí”; “Tan solo el amor salvaría al mundo; todavía no estamos perdidos”; “Aquí se raja de todo el mundo; pero no se le sostiene a nadie...”; y había reproducciones del Buda, con sus enseñanzas milenarias de que “el apego es la causa del dolor”; del Divino Rostro, de la Virgen del Carmen, de San Cristóbal, San Jorge, de las reinas de belleza, boxeadores, futbolistas, junto a los infaltables: “Cali me encanta”, “No pite, no joda”, “Pluto es hijo de Pluta”, que de no ir Jovita extraviada de la ira, le habrían hecho censurar la vulgaridad de esa mezcla espontánea del sentir popular, cual “collage” de zapatería.

Se levanta un señor y una mujer coge el puesto. Se queda de pie por un momento esperando se enfríe, pone la cartera y sobre ella, oronda, se sienta. Treinta cuerdas después en el bus ya no cabía nadie y la calcomanía del tal “Córrase atrás”, no era más que un absurdo. No había cupo y en cada parada subían diez. Nadie protestaba. ¿Acaso se viaja por placer? “¡Manejá con cuidado!”, le gritó al conductor, no se supo quién, y el chofer paró desafiante. Nadie repitió nada. Pero manejaba de vértigo; la gente se iba para adelante, para atrás. Si se llegasen a soltar se irían sobre los otros y con una sonrisa justificarían la connatural promiscuidad urbana. Se buscaba la proximidad de las muchachas bonitas, de las hembras y con ellas se rozaban, con ellas se miraban, a ellas se las deseaba. Y el calor erotizaba el viaje, como las calcomanías, como las propias costumbres. A todos les pasaba lo mismo. Los pequeños ponían

en peligro la vida ante el peso de los mayores. Se sudaba. Se aguantaba. Que no se caigan los paquetes, la remesa, los bultos, los libros, la caja; que no se le zafen los niños. Las embarazadas no eran madres encintas, sino mujeres gordas que ocupaban más sitio. Ancianos, inválidos y lisiados se defendían como podían. Ojo al reloj, a la plata. Nadie daba un puesto por cortesía, y si lo daba era un pendejo; menos si la beneficiada era querida y quedaba al lado para aprovechar el favor, mirarle el escote, encontrarle los senos, deslizar la lengua bífida de la vista y desvestirla, con la misma codicia de todos.

Jovita se desenvolvía de lo mejor: pidió permiso, se escurrió a la puerta, timbró y cayó a la calle desde la increíble altura del trampolín de las gradas del bus. Siguió tranquila, de paso rápido, metida en lo suyo, hacia las oficinas del periódico Occidente. En dos minutos llegó y reclamó su ejemplar diario.

-Creí que ya no iba a venir –le dijo la mona de la entrada, contigua a la portería.

-Nunca me vaya a dejar sin mi ejemplar –le dijo en tono suplicante Jovita.

-Venga cuando pueda, que yo siempre se lo guardo –dijo la mona.

-Hola Jovita –la saludó el fotógrafo Orlando Blandón, que bajaba las gradas.

-Hola.

-¿Qué hay, Jovita? ¿Nos tomamos un tinto? –le propuso don Jaime.

-Sí, con gusto –contestó Jovita.

En la cafetería se extrañó de ver caras nuevas, de no encontrar a los amigos que hacía en cada visita.

-Por no pagarles las prestaciones los están cambiando –le dijo su amigo de la redacción, mientras ella termina de entrar haciendo sus aspavientos.

LA CAÍDA DE AICARDO

-Señorita Bertha: el Libro Sellado de San Cipriano trae la receta –le respondió Benita, a lo narrado sobre el robo que les habían hecho la noche del jueves, y agregó-: para compeler al ladrón a retornar lo cogido, usted debe hacer esto: váyase temprano en la mañana, antes de la salida del sol, a un árbol de enebro y dóblelo con la mano izquierda hacia el Oriente y pronuncie estas palabras: “Arbol, tú que escuchas las conversaciones de los viandantes y los ves tomar su camino como perenne y desapercibido testigo, te llamo para que respondas a mi súplica. Llévale, cuando venga el viento a mover tus ramas, al desalmado ladrón, el eco de sus pisadas para que le hieran la conciencia y su propio ser comience a atormentarlo”. Luego tome una piedra y la pone a tres pasos de distancia del arbusto. Irá cada mañana antes del alba y correrá la piedra un tramo, al cabo de lo cual, y llegar la piedra al árbol, el ladrón habrá dado muestras visibles de arrepentimiento, si sigue con fe esta recomendación de San Cipriano. El que recobre lo robado, exige el santo, deberá ir por tres días seguidos a la iglesia y encender, cada vez, una veladora a favor de las benditas almas del purgatorio, y también en gratitud regará el árbol. Y si esto no se hiciera se secará el enebro y al desagradecido le caerá el infortunio. También le recomiendo, señorita,

que ponga una mata de sábila a la entrada y le ofrezca un sahumerio a los espíritus protectores.

La tía Bertha le dio unos pesos y salió a comprar el sahumerio y la mata. Ella había visto en la calle trece con carrera octava unos indios ecuatorianos que tenían lo que necesitaba; quería quemar el sahumerio antes de la llegada de don Orlando.

Regresando de comprar lo recomendado, estaba abriendo la puerta cuando sintió que de adentro la halaban: era don Orlando que había vuelto temprano y salía a la tienda de la esquina con ganas de tomarse una cerveza con don Rafa. La tía se extrañó y, disimulando lo mejor que pudo, continuó al interior.

-¡Uyuyuy, Elvia! Casi me coge.

-¿Por qué?

-Mirá lo que traigo.

-¡El qué va a saber de qué se trata!

-¿Qué pasa mami? –preguntó Damaris.

-Nada, hija.

-¿Qué van a hacer con esa sábila?

-Colgarla a la entrada, con San Ignacio –dijo doña Elvia.

-Tenemos que hablar para contarte lo de Benita –dijo la tía.

-¿Cuál Benita, mami? –preguntó la niña.

-No se meta en las conversaciones de los mayores -dijo la tía.

-¡Ay, no! ¡Tan misteriosas!

-Vaya a hacer las tareas –dijo doña Elvia.

-Ya las hice.

-Pues estudie las lecciones.

-Las estudié.

-Adelante en el cuaderno o en los libros.

-¿Qué más compró?

-Le dije que se fuera a estudiar.

-Si yo también puedo ver. ¿Dónde la van a colgar? ¿Traigo una piola? Yo sé dónde hay una.

-¿Dónde?

-En el armario de la rop'ecama.

-Bueno, vaya.

-Bertha, mejor lo hacemos mañana.

Timbraron. Preguntaron por huevos. Eran los muchachos que molestaban, o que se equivocaron con la casa de la otra calle, que tenía parecida dirección y donde vendían gallinas, huevos, manjarblanco, quesos, se forraban hebillas y se hacían ojales.

A los dos días don Orlando notó la mata de sábila pero no le dio importancia. “¿Quién puso esa mata ahí?” –dijo. “Yo” –le contestó su esposa-, y el diálogo no dio para más. Trabajos pasaba la tía Bertha

localizando el enebro, poniéndose en peligro andando sola a esas horas y levantando toda clase de habladurías entre sus vecinas, a las que tuvo que ilustrar de sus creencias para salvar su reputación. Era la fe la que la hacía vencer toda clase de precauciones, por poner a prueba los poderes de la Benita esa. Y así fue: al fin del rito se oyó comentar en el vecindario que habían cogido al hijo de don Heliodoro con el tocadiscos. Eso ya no le correspondía a la tía Bertha. Entonces cumplió la segunda parte estrictamente, esparciendo agua de rosas en las raíces del arbusto.

Con sus salidas y comentarios, las niñas fueron viendo a su tía medio bruja y le cogieron desconfianza. La fama de Benita aumentó y algunas vecinas decidieron visitar a esta rival de las gitanas para que les echara las cartas, les leyera las líneas de las manos y, las más extremadas, a consultarle sus problemas y pedirle hechizos. Con el libro de San Cipriano, Benita no tenía problemas. También Pira lo usaba. El libro es el tesoro de los hechiceros, el mejor manual de la profesión, es barato y contiene los secretos de la ciencia cabalística y los misterios de los más antiguos filósofos. Se consigue en las inmediaciones de la galería Central. Así a grandes rasgos trae soluciones para todo: “Para ver lo que los otros no pueden ver; para detener a una persona de modo que no se escape; para ver en un espejo las intenciones del enemigo; encantamiento contra ladrones; para obtener dinero; para hacerse invisible; para que

nadie le niegue nada; para hacerse atrevido y amable; para evitar que las brujas entren a la casa; para llevarle ventaja a un hombre de fuerza superior; para que nadie lo venza y la manera de abrir cerraduras; para ver cosas milagrosas; para obtener cosas que se desean; PARA QUE UN LADRON RETORNE LO ROBADO; para protegerse contra atracadores. Sortilegio para enamorar; para obligar a solteras y casadas a decir lo que harían o han hecho; para evitar el mal de ojo; para adormecer una persona sin causarle daño; para ver en sueños lo que nos habrá de suceder; para vivir mucho tiempo sin comer; para hacerse amar de la mujer que se quiere; para hacer la vara adivinatoria; para obtener fortuna en toda clase de juegos; para conocer si una mujer es fiel; para conocer si un hombre es fiel; para hacer que una persona dormida refiera sus secretos en alta voz; para conciliar dos enemigos; para predecir cosas futuras; para salir victorioso en un pleito; para que las mujeres se conserven bellas; suerte del gato negro; para llamar la suerte y librarse del mal; candela mágica para descubrir entierros; para infundir amor; para hacerse amar de todas las mujeres; para impedir que un hombre vaya con otras mujeres; para triunfar en todas las empresas; para dominar a una persona y obtener de ella lo que se quiera; para que la novia con quien quiere uno casarse lo ame de veras; encanto contra pesadillas; para ganar la lotería; para ahuyentar ladrones, asesinos y enemigos; para evitar fraudes, encantos y embrujamientos; para librarse de toda clase de

cuerdas y cadenas; para que muchachas y viudas vean en sueños al marido que tendrán; para que los hombres vean en sueños la mujer con quien se casarán; para preservarse de los malos espíritus; para atraer a una persona que se desvíe; para hacerse invencible; para hacer y deshacer un mal hechizo; para infundir valor al hombre más cobarde..”, y otros secretos más de interés para todos, se anotan en la presentación del contenido del libro, que se asegura traducido del idioma caldeo.

Una discusión entre el reducidor y Aicardo, el hijo de don Heliodoro, a causa del precio del tocadiscos de marras, volvió a poner en evidencia su sabida dedicación de reducidor y prestamista; sin embargo nadie lo denunciaba. Lo dejaban exprimir. A casi todos les había “ayudado”, y “sacado alguna vez el jugo gástrico”, con elevados intereses. Era como una mala y buena hierba. Fue tan sanguijuela que Aicardo al principio se desconsoló y le expuso:

-¿Pero, tan poquito?

-Si le sirven, déjelo.

-Por eso no vale la pena el riesgo...

-Yo no lo he mandado a robar.

-Pero...

-Si le sirve, déjelo.

-Súbale un poquito –intervino Herminul, compañero de Aicardo y a quien todavía no le había acabado de sanar la cortada que recibió en la ceja derecha, en una riña por los lados de Santa Rosa.

-¡Araña! –le dijo Aicardo.

-¿Qué? –dijo el prestamista.

-¡Malparido! Algún día te las cobraremos todas –dijo Aicardo.

Los ojos de Aicardo se fueron poniendo rojos y vidriosos. Detrás del mostrador el reducidor aparentaba calma pero advertía el peligro. Sabía que no podía descuidarse.

-Si lo querés regalao, aquí te lo dejamos, ¡hijueputa! ¡Y revirá si querés!

Sin darle tiempo a nada, se lo tiraron encima.

El aparato era pesado pero con la fuerza de la ira cayó sobre el mostrador quebrándose y rompiendo los vidrios de la vitrina, despedazando objetos.

El reducidor le echó mano a una peinilla y con furia dio vuelta al mostrador para enfrentarlos; Aicardo quería golpearlo, mas cuando sintió que Herminul, ligero se escabullía, apoyó los zapatos de caucho en el piso y salió pitado.

El viejo dando voces llamaba a un policía que se encontraba por esos lados. Éste, y un compañero vestido de civil, relacionaron los gritos con la carrera de los muchachos, y emprendieron su persecución. Corrían rápido los agentes, más que los rateros, acortaban las distancias y sobre la calle 15 con carrera 15, éstos se abrieron, uno por un lado y otro por el

otro; lo mismo hicieron los policías. Herminsul, por la calle 13 con carrera 13, logró burlar al sabueso. Se entró por un corredor estrecho y largo, al fondo, hasta su propia habitación, un cuartucho oscuro y maloliente. Trancó la puerta, cogió una almarada, se dio la bendición y permaneció atento a cualquier pisada. Sentía el agitado ruido de su propia respiración. Acezaba.

El otro agente logró capturar a Aicardo. Detrás venía el usurero, quien de inmediato lo señaló. Lo llevaron a la compra-venta, donde el prestamista le mostró los daños al policía. Al ver esto el agente le pegó una patada en el estómago. “Te reconozco, marica. Vos ya estás reseñado”, le dijo. Lo subieron a la radiopatrulla con el tocadiscos. En esas llegó el otro agente comentando que el compinche se le había escapado en la persecución. “Rata”, le dijo, desahogando la frustración, antes de enterarse de lo sucedido.

Los policías tomaron los datos, recepcionaron la versión del ofendido y lo acompañaron a la Comisaría Central a poner la denuncia por daño en cosa ajena y tentativa de estafa.

-Tenga cuidado, compañerito, con lo que hace, porque si no lo rapamos.

Aicardo conocía el procedimiento. Le había tocado limpiar baños, lavar pisos, etc. Lo habían rapado, cascado; le había tocado aguantar bolillazos. También había desquite. En la lucha entre policías y delincuentes cada

cual cobra su deuda cuando puede. Son duros. Tienen sus razones valederas. La única tregua posible es quieta y sin latidos, sin pulso, cero de rabia: la muerte. Mientras tanto a cuidarse de los informantes, buscar las hembras, echar paso, empeparse, ser bacán, y ¡zás!, el zarpazo. Al final, talvez jubilarse de haber sobrevivido, y arrinconarse en el nicho invivible que el sistema tiene para sus excedentes desechables, pero eso no era para ellos, al menos por ahora, que sabían que tenían fuerzas suficientes para dar la pelea. Conocían la ciudad.

Un día llegó don Heliodoro averiguando por don Orlando, pues se enteró del robo a la familia Manrique y del incidente en la compraventa, y de que a su hijo lo habían mandado a Villanueva. Don Orlando le dijo que reconsideraría la situación a pesar de la zozobra que les causó el robo y el daño del aparato. Al día siguiente fueron a los juzgados ubicados en el vetusto edificio azul descolorido del antiguo Colegio de San Luis, y en el de reparto, les indicaron mil listas que colgaban, en pedazos, de un tablero, donde podrían encontrar el informe que buscaban. Una hora después un empleado compadecido les ayudó y fueron al juzgado en el que se encontraban radicadas las diligencias.

A don Orlando lo citaron para rendir declaración sobre el robo de que había sido víctima, para que reconociera el tocadiscos, y llevara esa semana la factura de compra y presentara los testigos de propiedad,

preexistencia y consiguiente falta del bien mueble sustraído presuntamente por el reo. Así lo hizo, pero se cuidó de decirle al señor Juez que no pedía nada contra nadie, porque a él no le constaba que la persona capturada fuera la responsable, aunque muy probablemente lo fuera; y porque las amenazas del amigo que se le voló a la policía, se podían cumplir. La situación le preocupaba, y a todos en la casa; con mayor razón dadas las continuas visitas de la esposa de don Heliodoro buscando que la familia Manrique desistiera del proceso penal y le pidiera al Juez que le diera la libertad a su hijo. “Se lo ruego, señora; soy una mujer sola. El papá de Aicardo me abandonó hace años. No tengo a nadie más que me ayude, que ese muchacho; los otros hijos son muy pequeños y no tengo cómo alimentarlos”, le decía a doña Elvia.

VIOLACIÓN DE DOMICILIO

Estos hechos los sintió nuestra buena inquilina quien encontró, en ellos, nuevas razones para visitar al reverendo padre Correa y exponerle su alarmante situación, lo que estaba viviendo por la demora del Municipio de Cartago en expedir el acuerdo adjudicándole la Casa del Virrey, y con el fin de que la acompañara personalmente a Palmira a llevar su caso ante las autoridades, segura de que el haber nacido en Llanogrande, la tierra de las esbeltas palmeras tropicales, le otorgaba derecho y constituía motivo obligante para sus paisanos, de acceder a su petición.

-¡Qué calor! ¡Qué tierreros! ¡Qué porquería! ¡Qué cochinada de ciudad!

-exclamaba en el despacho parroquial.

-No se queje tanto, Jovita –dijo el padre Correa.

-¿No ve que no pavimentan?

-“No preguntes que ha hecho tu ciudad por ti, sino que has hecho tú por la ciudad” –parodió el sacerdote, al célebre presidente norteamericano.

-Pero si no dejan que uno ayude. Esos gamonales no van. ¡Ah! ¡sí! Y se lo quería decir: son unos ausentistas zamacucos. En días pasados fui al Concejo y no había ni uno, ni para remedio.

-Tenemos que insistir.

-Cuenta conmigo, padre. Así como usted me va a ayudar en lo de mi casita de Cartago, en Palmira o en Cali, yo hago lo que pueda por ayudarlo.

-Cuando usted la consiga, yo se la bendigo.

-Lo invitaré a la copa de champaña.

-Seguro, Jovita; pero ahora tenemos que conseguir que nos ayuden en la Secretaría de Obras Públicas a pavimentar el barrio.

-Mañana voy a hablar con el Gobernador.

-Debemos coordinar las cosas, hablar con el Inspector y con los de la Junta de Acción Comunal.

-Usted sabe hacer las cosas, pero este tinto no sirve ni para muestra de cosa rara.

-No se queje porque le digo a Orfilia.

-No. ¿Cómo va a hacer eso? ¡Si está delicioso! Era sólo un chiste. Yo nunca desagradezco una atención; eso sería falta de elegancia, y usted lo sabe.

-Sí, Jovita.

-No; no vaya a decirle. ¡Imagínese! No, por favor...

-No, Jovita.

-Yo le digo: me puedo estar mariando de hambre, pero no pido nada. Yo sé agradecer las atenciones. ¿Cómo le puede hacer eso a doña Orfilia? No. El tinto me está sabiendo muy rico. Maldinga sea...; ¿cómo le puede

ir a decir eso? Sería falta de cultura de mi parte. No puedo causar malas impresiones.

-¿Maldiga? O ¿Mandiga?

-Maldiga... ¿por qué padre?

-Está prohibido maldecir, Jovita... Y al Mandiga hay que tenerle miedo; lo prescribe la iglesia.

-No, padre, solo “maldiga”, de uso coloquial

-¿Cómo así?

-Si, lo que dice la gente; por decir, por ejemplo, “caramba”.

-Ya me estaba preocupando.

-No padre; me acuerdo lo que nos enseñaron en la escuela: “El corazón que ora, no tiene palabras sucias en la boca”. En todo caso, perdóneme padre.

-No, Jovita; no se preocupe, que yo la conozco, y sé de su formación y de sus sentimientos.

-Padre –dijo Jovita-. No le diga nada a Orfelía; y a mí, concréteme si me va a acompañar a Palmira, o si me va a dar una carta de recomendación, o qué; que yo, por mi parte, le sigo ayudando en la campaña por el Despacho Parroquial. Eso sí; cuente conmigo, pero ayúdeme.

-“Ayúdate, que yo te ayudaré”, dice la Biblia, Jovita.

-Pero, padre, necesito ver la casita.

Al regresar a su cuarto por la tarde, después de sus incontables diligencias, se encontró con el inaudito suceso de la violación de su domicilio: el vestido amarillo aquí, el zapote allá, el anaranjado por ese lado, el esmeralda por ese otro. Su collar en el suelo, los guantes debajo de la cama, los zapatos en desorden. “¡No! ¡No!” “¡Qué horror!” “¡Qué tristeza!” “¡Qué agravio!” El cinturón en el corredor, la pulsera a la entrada, la pavita apachurrada, y qué de papeles regados por todas partes.

Jovita no sabía, pero no tardaría en darse cuenta, que las niñas y unas amiguitas del colegio, se habían entrado a su cuarto; habían abierto la cerradura con el llavero de los duplicados que doña Elvia guardaba en el armario de la ropa de cama. Por más de dos horas se pusieron los vestidos de la Reina imitando sus andares, sus gestos, sus maneras, con tal colorido y belleza que toda su patanería y rochela no hacía más que revivir el exótico mundo de nuestro personaje, heredera de los bellos vestidos de la alta sociedad vallecaucana.

-“Que pase el Rey que ha de pasar, que la hija del Conde se ha de quedar” –decían juguetonas.

-Aquí voy yo- dijo Damaris.

-¿Quién es usted? –preguntó Rita.

-La vieja Inés –contestó Damaris.

-¿Tiene cintas? –preguntó Rita.

-Sí –dijo Damaris.

-¿De qué colores? –preguntó Rita.

-Muchos. Todos. Vean –y Damaris cogía los vestidos y los tiraba y tiraba al aire. Se veían luminosos: el vestido rojo, las enaguas anaranjadas, la chaqueta amarilla, la blusa verde, la pañoleta azul, el pañuelo añil, la cinta violeta; y los brasieres rosas, y los cucos blancos, y las medias y los guantes, de todos los colores; el chal negro. Todas reían.

El fondo blanco de la vieja pared pintada con carburo parecía el telón de fondo de las escenas infantiles. Floraida desempacó todos los zapatos y eligió un par fucsia de tacón puntilla, se anudó una pañoleta fucsia al cuello, y comenzó a desfilarse en la habitación haciendo el ademán de fumar. Marlene que había preferido los sombreros, los lanzaba a sus compañeritas como si fueran aves, adornados con sus vistosas plumas.

-Ahora juguemos a la sortijita –propuso Rita-. Yo la entrego.

-Bueno.

-Póngase todas aquí –les indicó, haciéndolas sentar sobre la cama, en orden: primero Damaris, luego Floraida, Marlene y Rubi, y tomó un anillo de diamante (certificado) de la Reina, y comenzó a pasar sus manos cerradas dentro de las de sus compañeritas, repitiendo monótonamente feliz: “Guarda esta sortijita en el baúl de tu abuelita” (la dejó caer, disimuladamente en las manos de Marlene). “Guarda esta sortijita en el baúl de tu abuelita” ¿Quién la tiene? -le preguntó a Rubi.

-Floraida –dijo Rubi.

-No; Marlene –dijo Rita, exhalando, triunfante.

-Tiene que pagar una penitencia –dijo Marlene.

-Sí. Una penitencia –dijo Floraida.

-¿Cuál? –preguntó Rubi

-Arreglar la pieza – le impuso Rita.

-“Que pase Jovita que ha de pasar, que otra Reina no es Reina ni habrá de durar”.

-¡Chist!

Sintieron abrir la verja de la entrada, luego la puerta de la casa, y corrieron a esconderse al baño. Se dieron cuenta de que era “ella” cuando abrió la habitación y abismada ante ese espectáculo, exclamó:

-¡Doña Elvia!

-Sí, Jovita.

-Mire esto. No lo permito. No, no, no lo permito, ¡doña Elvia!

Su voz tenía un acento desconocido.

Las niñas escuchaban atemorizadas. Pálidas.

-¡Damaris! ¡Damaris! ¡Damaris! –llamó la mamá.

-Salí, vé –le dijo Rubi.

-Mejor, vos –contestó Damaris.

-¡Pendejas!, se me reventó la cadena en la pieza -declaró Marlene, renunciando a su medalla.

-¡Brutas! –exclamó Floraida.

-¡Uy! Estúpidas, ¿quién va a ir por ella? –preguntó Rita.

-Que vaya Marlene –dijo Rubi.

-Ni loca –dijo Marlene

El miedo creció. De un momento a otro se oye abrir una puerta y enseguida un tropel se precipita atropelladamente hacia la calle.

-¡Vámonos rápido, tontas! –dijo Rita, encabezando la huída en desbandada.

-¡Cagonas! –les dice Jovita entre iracunda y descorazonada, deseando coger el palo de la escoba para aporrearlas, pero prefiere enfrentarse a doña Elvia-. ¿Es que estos demontres no tienen madre? Viejas éstas que no hacen más que criar culo. Esto no lo puedo tolerar, no puedo, no lo puedo; esto no lo puedo tolerar, no puedo, no lo puedo. ¡Qué infamia!

-Mida lo que dice; comprendo que le disguste, y sé que está mal, pero modere su lenguaje –dijo doña Elvia.

-¿No ve lo que me hicieron esas muérganas? Y ustedes las dejaron. Ya no aguanto tanta vergajada –dijo Jovita.

-Respete usted también –dijo la tía Bertha.

-Mañana me voy de este antro –sentenció Jovita.

-Deje sus pullas –insistió la tía.

-Váyase si quiere; pero en todo caso guarde compostura en esta casa hasta el último minuto, si no quiere que llame a mi esposo –dijo doña Elvia.

-¡Infames! Mañana mismo salgo a buscar pieza –dijo, y entró a su habitación. La miró en silencio y resignada como el Capitán presencia el naufragio de la nave o el Señor Feudal la demolición de su Castillo y, sintiendo una pena muy honda, se deshizo en llanto, rodeada de fantasías, de prendas, de papeles, en un desamparo infinito.

De la habitación hacia el patio interior corrió una lagartija. La lagartija dejó su huella de agua al pasar cerca al desagüe de la canal, que baja por un canal entre la alcoba y el baño

LA CASA DEL VIRREY

El padre Correa, conociendo a Jovita, encontraba sus deseos de obtener la Casa del Virrey, acordes con su manera de ser, y no le parecía absurdo ni imposible que lo llegase a conseguir. Aquel mismo día buscó entre sus libros, que en su biblioteca reunía no pocos relacionados con la historia comarcana, y separó el titulado “Cartago en la historia”, escrito por Daniel Arturo Gómez, y en él satisfizo su curiosidad leyendo: “Es indudable que entre los monumentos históricos de Cartago el que se ha considerado de mayor valor a través de los tiempos ha sido la Casa llamada del Virrey, ubicada en el propio corazón de la ciudad en la calle 13 entre carreras 4ª. Y 5ª. Permanentemente ha constituido el motivo de atracción para raizales y extraños y no han sido pocos los artistas, escritores y letrados de renombre que han contemplado su sólida estructura, para luego hilvanar sus ideas e impresiones en páginas imperecederas de sin igual belleza, no sólo por su contenido ajustado a la realidad histórica, sino por el estilo y pureza del lenguaje. Poetas excelsos, como Víctor Sandoval, cantaron en estrofas inolvidables las pretéritas glorias del vetusto monumento, hoy completamente restaurado merced a los esfuerzos de don Alfonso Velásquez”.

Uno de los más profundos conocedores de la historia del viejo albergue, el señor don Jorge Peña Durán, ilustre historiador cartagüeño, dice entre

otras cosas, lo siguiente en su libro “Cartago y Santa Ana de los Caballeros”: “La Casa impropia llamada del Virrey, en Cartago, con sus anchurosos portales cubiertos de quebradas losas, con sus balcones espaciosos cobijados por amplios aleros, con su fachada señorial en donde un escudo esculpido en piedra enseña sus blasones castellanos, es, al decir del poeta Villaespesa, quien la visitó, la más auténtica de las reliquias coloniales de la América Latina. Los amenos patios con sus fuentes de brocales carcomidos, rodeados de pequeñas calzadas, los naranjos, la quietud monacal de los claustros, todo nos dice en qué forma los godos latinizados copiaron en sus residencias la molición de la vida musulmana”.

El Padre Correa, con deseos de conocer con más detalle La Casa del Virrey, dadas las motivaciones de Jovita, continuó con la lectura del libro:

“Los gruesos muros de piedra del adusto caserón, sus seguros ventanales, le dan la apariencia de almenada fortaleza; con las rejas y las amplias habitaciones comunicadas entre sí, hasta las cuales llega la frescura del patio lleno de tiestos de albahaca, es la reproducción típica de la casa andaluza y nos enseña mejor que los textos históricos, el proceso lánguido de la vida colonial”.

“Este curioso edificio en donde flota el alma de la colonia, se debe a la riqueza y magnificencia de don Sebastián de Marisancena, hidalgo cartagüño, distinguido por la Monarquía con altos títulos y prerrogativas. Procede don Sebastián del matrimonio del español don Tomás de Sancena y Mendinueta y doña Juana López de la Parra y Heredia, efectuado en Cartago el nueve de septiembre de 1743. Aquí don Sebastián de Marisancena, Alférez Real de Cartago, invirtió ingentes sumas en la construcción del antiguo camino del Quindío y fue el fundador de la población de San Sebastián de la Balsa (hoy Alcalá) en terrenos de su propiedad que cedió para la fundación. Existía ya en aquel sitio una aldea con el nombre de Furatena. El Rey lo recompensó con el escudo de armas que tallado en piedra adorna la fachada de la histórica casa y también con la prerrogativa de agregar a su apellido cuatro letras más, el sustantivo mar y la conjunción copulativa, para indicar que el leal vasallo había cruzado el océano en el real servicio. El archivo nacional de Bogotá guarda preciosos códices que consagran los méritos del egregio cartagüño y la historia de su estirpe”.

Y el Padre Correa, continuó leyendo:

“Para la construcción de la “Casa del Virrey” –afirma más adelante el citado historiador- hubo grabadores, alarifes y ceramistas que artísticamente imitaron los artesonados de los palacios andaluces, en

donde triunfa la influencia mudéjar. La casa debe su nombre, extraño para quien tenga siquiera nociones de la historia nacional, al hecho de haber sido construida y ornamentada especialmente para recibir al excelentísimo señor Virrey en una visita que ofreció a la ciudad de Cartago. Esta es la tradición que al respecto corre, sin que pueda aducirse a su favor prueba documental”.

“Don Sebastián de Marisancena recibió también de la Corona el privilegio llamado “de cadena”, que consistía en indultar a los reos condenados a muerte que al pasar por la casa del agraciado lograsen agarrarse del eslabón de la puerta principal cuando eran conducidos al lugar del suplicio. “Esta es casa de cadena”, decían los antiguos cartagüeños a sus pequeñuelos, al pasar por la “Casa del Virrey”, enseñándoles el cincelado aldabón que colgaba del postigo mayor”.

Después de referirse el señor Peña Durán a otros aspectos históricos de suma importancia relacionados con el histórico monumento, termina así sus anotaciones: “Así, aquella joya histórica de indiscutible valor, conservada con celosa devoción por los hijos de Cartago, será la urna preciosa que conserve incólumes a través de los siglos las añejas tradiciones que proclaman el pasado clarísimo de nuestra blasonada ciudad”.

El autor ilustraba el artículo con una fotografía de la hermosa construcción.

-¡Ah! Jovita- exclamó sonriente y comprensivo el sacerdote.

Y ya sabemos cómo nuestro personaje había terminado el día: desolada por la violación de su domicilio por parte de las niñas. Cuando el gallo del solar vecino saludó la nueva estación de la tierra, como el ferrocarrilero toca la campana en el nuevo lugar de arribo, Jovita calculó que eran las cinco y media de la mañana. Prendió la luz y se puso a recoger y ordenar sus riquezas, olvidada de cualquier disgusto, metida en el placer de verlas y sentirlas, de distribuirlas a su amaño y predilección, hasta que el estridente grito del lechero la sacó a la calle.

-Écheme aquí la mía –dijo Jovita.

-¿Cuándo va a pagar las que debe? –le preguntó el ayudante.

-¡Dejemos esas cosas y deme rápido la mía! –le replicó Jovita.

-Déle la de ella –ordenó el conductor de la camioneta a su auxiliar.

-Gracias –le dijo más tranquila. Y se entró.

Calentó la leche, preparó un café y asó un plátano. A las diez estuvo lista; decidida a encontrar una pieza. Salió de su habitación como un mariscal a una batalla, toda vestida del color de la cólera: diadema roja, vestido rojo, una rosa al pecho, pulseras rojas en los brazos, cartera roja, zapatos rojos, y la ira renacida en su mirada. Abrió la puerta de la casa, golpeándola al cerrarla sin reparos; igualmente abrió la verja, golpeándola al cerrarla. ¡Tás!, sonó la puerta contra el recibidor de hierro. Y Jovita entró a sus calles como desafiando. “Va llevada de los mil demonios”, –dijo la tía

Bertha, al verla cruzar veloz, desde el comedor al zaguán. Y Jovita entró a sus calles como desafiando al más poderoso de sus enemigos, como el águila remonta las corrientes opuestas elevándose a las alturas superiores; tomó rumbo hacia la doce a reclamar su periódico Occidente. No reconocía a nadie, ella que gustaba de la popularidad y de la pleitesía. A nadie. No veía nada. Pidió con altivez su ejemplar a la Mona y siguió “emberrionada” hacia ninguna parte, sintiendo que estar viva es tener piernas para andar y andar; ese día la sangre la obligaba a trotar desbocada y altanera.

Pasando por San Nicolás unos gamines le gritaron:

-Jovita, ¿qué hay del hijo? -y la pobre, a quién la arrastraba un torbellino, se detiene y les dice con inesperada buena manera:

-¡Respeten! ¡Respeten a las damas! ¡No sean irrespetuosos!

-¿Dónde lo dejaste?

-Sean educados niños, que no hay nada más lindo que la educación.

-Jovita lo da...

-¿Qué hay de Pachito?

No más escuchó el insulto la Jovita de La Biografía del Ultraje, nuestra Reina del Agravio, herida en lo más hondo de su orgullo de mujer, hizo un último esfuerzo por reaccionar ante la muchachada grosera y les contestó, con voz entrecortada:

-Malcriados -y llorosa se acercó a la tienda de un viejo conocido, la tienda del señor Nacienceno.

-Jovita da culo.

-¿Qué hay de Juan Dios? Te gusta la maracachafa, ¿no? Andá que el Negro te dé la bendición.

Don Nacienceno salió llamando la atención a los muchachos; los quería convencer de que era una buena persona a la que se debía respeto, admiración y agradecimiento, porque siempre tenía voluntad para representar al pueblo en muchos actos públicos importantes, pero al ver el grado de patanería alcanzado consideró inútil su empeño, y la invitó a seguir al interior de su vivienda, donde su señora la convidó a almorzar.

EL GRANERO “LA ESPIGA”

La tienda de don Nancianceno quedaba en la esquina y tenía un antiguo mostrador de madera, a lo largo. Entre la puerta y el mostrador había un espacio amplio donde tenía dispuestas tres mesas, igualmente de madera, y donde atendía a la clientela. Unas cuerdas con cuentas de billar recordaban que antes, pero mucho antes, también había tenido una mesa de billar; pero eso había sido antes de casarse, pues con el matrimonio y el nacimiento de los hijos ya no quiso seguir lidiando con borrachos y pendencieros. Detrás del mostrador se alzaban los estantes, también de madera, con sus paralelos y sus entrepaños muy bien contruidos que le daban un aire ordenado, revelando el carácter cuidadoso y esmerado del tendero. Doña Fanny se ocupaba principalmente de los oficios domésticos pero no dejaba de ayudarlo a su esposo, atendiendo cuando era necesario a sus vecinos. Las estanterías bien surtidas, con los colores de los empaques, frascos, tarros, y demás cosas, le daban a la tienda un aire de colorida abundancia. Disponía de un enfriador y una nevera, porque las gaseosas, los jugos y las paletas eran lo que más atraía a los muchachos. En una pequeña pieza contigua tenía los granos, plátanos y verduras, todo lo cual hacía una mezcla abigarrada, con la que don Nancianceno se sentía a gusto atendiendo a su clientela. Al fondo, cubierta por una cortina estaba la sala, y a un lado el comedor.

Doña Fanny notó a Jovita muy mal, acostumbrada a verla con su temple y ese carácter batallador, pues Jovita apenas si probó la sopa de carantanta, un poquito de arroz y de carne desmechada; no probó el dulce, aunque si se tomó un vaso pequeño de aguapanela con queso. Al terminar el almuerzo Jovita se sentó en la sala, tomó el periódico y cabeceando se fue quedando dormida.

Don Nacienceno y doña Fanny le conocían esta faceta pero se les hacía rara; encontraban en ella, una contradicción. Y no era por el deseo de verla bien, feliz, sino que no les era concebible verla desanimada, callada, pesarosa. ¡No! El tono con el que esperaban verla era el de una persona alegre, dicharachera, ensartando las palabras en su retahíla de causas y de sueños; porque Jovita iba diciendo, sin ambages, todo lo que se le ocurría. Su verbo tenía fluir de fuente surtidora, clara, y sonora; porque cuando hablaba en forma, como se dice en forma –como lo dijo el Secretario de Gobierno del Municipio ante la Junta de Acción Comunal del barrio-, hablaba que daba gusto. Ella tenía una fuerza especial de gravedad para que todo cayera en ella, que era el centro de atracción.

-¡Ríinnn!

Sonó el timbre, largo, sostenido, más de lo normal.

-¡Ríinn! ¡Ríinn!

Volvió a sonar y Jovita se despertó dando un brinco enredada en el periódico.

-¿Qué paso? –preguntó asustada.

-Jovita, ¿qué hay del hijo? –gritó un muchacho desde la calle.

-No vaya a abrir que son esos muchachos –dijo Fanny a su esposo.

-Si, abra –dijo Jovita, llenándose inesperadamente de valor.

-¿Dónde dejáste el hijo! –grito otro.

-¡Abra! –dijo Jovita secamente a don Nacienceno.

Don Nacienceno abrió y al frente estaban los muchachos.

-¡Liendres, piojos, sabandijas! –gritó Jovita furiosa.

-¿Dónde lo dejáste!

-Vagos, gamines, desocupados.

-Más vos; vieja loca.

-¡Cotuda!

-Degenerados. Lo que les hace falta es que venga la jaula y se los lleve a la guandoca.

Don Nacienceno la hizo entrar y cerró la puerta. Jovita estaba furiosa.

-¡Lo que le espera a este país con una juventud como esa! –dijo Jovita.

-Los muchachos son muy groseros –dijo doña Fanny

-Lo que pasa es que los padres no cumplen con su misión –dijo Jovita.

-No les dé tanta importancia –dijo don Nacienceno tratando de calmarla.

-Eso sí que no, don Nacienceno; que por no darle importancia a las situaciones y ser indiferente al irrespeto, es que en este país la gente actúa

tan mal. Con esas ideas tuyas sí no convengo. Hay que defender las tradiciones.

Se oyó golpear a la puerta de la casa, que algo se rompía contra la puerta. Don Nacienceno se asomó y vió un huevo quebrado regado en el suelo. La calle vacía. Los muchachos desaparecieron. Jovita iba a salir y don Nacienceno la invitó a que se tomara un tinto y se fumara un cigarrillo antes de irse. Fanny aprovechó: le depiló las cejas y le pintó las uñas. Por un momento los tres se olvidaron del mundo.

Bien poseída de sí, aguerrida y valiente, salió sin la menor preocupación por la muchachada grosera. Jovita tomó la calle 20 y continuó hasta la carrera 5ª; al llegar al parque vio la iglesia de San Nicolás abierta y entró a rezar: pidió, a Dios, perdón por la ira que había sentido, que no le mandara más pruebas como ésa; y, a la virgen, que le dulcificara el ánimo, porque no se aguantaba ni a ella misma, con las vicisitudes que estaba padeciendo.

-Se cree una maestra de escuela –dijo don Nacienceno.

-Siempre anda opinando –dijo doña Fanny.

-Siempre está corrigiendo o regañando.

-A los muchachos esos, sí hay que reprenderlos.

-Allí estaba Juanito.

-¿El hijo de Federico?

-Sí.

-Hay que hablar con el papá; en eso Jovita tiene razón.

Tantas cosas que sucedieron, en tan poco tiempo, dejaron sorprendidos a los señores de la tienda y, no obstante su estado de ánimo, les hacía falta su fuerza.

-Todas esas cosas que le pasan a Jovita –dijo don Nacianceno.

-No es una vida fácil.

-Tiene algo raro; le resultan amigos y enemigos por todas partes. Está como enduendada –dijo doña Fanny.

-No conozco a ninguno que le haya ganado la pelea al Duende. Ese espíritu siempre deja a los elegidos, marcados. Es imposible vencer a los espectros –dijo Nacianceno.

-Pero, en nombre de Dios, ¿qué estás diciendo, Nacio? –dijo Fanny.

-Si, hija, es que el mundo de Jovita es distinto; es un mundo muy extraño; todo lo toca.

-Pero Jovita no está dormida, esta despierta, conoce la luz; en su espíritu no tiene poder el Duende.

Jovita salió de la iglesia.

A la gente le gustaba verla. A la gente le hacía falta verla. La dicha de la ciudad era ver a Jovita en la calle, y ahí iba Jovita. ¿Quién, sino ella, puede hacer íntimo el espacio público, sino ella?

¡Que racha llevaba Jovita! Se sentía con fiebre; más delgada. Era cierto que había salido a la calle pero había olvidado cómo pasó el día. Era una

amnesia recurrente. Vio su vestido en el asiento pero no gozó de su color; podría haber sido de cualquier otro color. Lo vió en neutro, en gris, en blanco y negro; no le llamó la atención; no lo distinguió. El vestido parecía parte del asiento, perdía su individualidad, su gracia, se confundía, se borraba en la continuidad de la extensión. No veía la pieza, y sin embargo ya estaba otra vez en su habitación. Volvieron a su mente los gritos ofensivos, los gestos grotescos de los muchachos, el susto con el que se despertó cuando timbraron, el huevo que tiraron contra la puerta, el aprecio de sus amigos, la iglesia, y los amigos que la querían.

Se diría que la andarina de los sombreros y las flores se sentía, bajo el peso de infinitos granos, en el recipiente cónico de cristal inferior de un reloj de arena; o en el oscuro y asfixiante fondo de un embudo, toda ella, como una sólo lágrima que no lograba desprenderse del cono, confundida con un doloroso sentimiento de pesadumbre y desaliento.

A las cuatro y media de la tarde preparó un café, y se comió un patacón pisado, de un plátano que estaba bastante pasmado. Los parvos alimentos le cayeron pesados, y las noticias del aumento de secuestros -de un destemplado frío metálico-, duras también. Viendo gris la vida, apagó la luz, antes que el día terminara, y se durmió con el escapulario asido entre las manos.

En la noche cantaban los grillos. Alta, y entre nubes azulosas, vagaba la luna llena. La casa dormía. Un alacrán salió de debajo de una matera del patio y murió en la mitad de la habitación de Jovita, al lado de sus chancletas. Las bifloras, los anturios y las azulinas lucían frescas y con gotas de rocío.

HORÓSCOPO Y ZODÍACO. SABER MIRAR LOS SIGNOS

Al día siguiente, después de almorzar la tía Bertha hizo la siesta. A las dos se levantó, buscó el horóscopo que venía en el periódico y, doblándolo en una sola página, lo extendió sobre la mesa. Buscó Aries, su signo, cuya nota decía: “Nuevas oportunidades se abren para usted, pero debe tener cautela. Son muchas las opciones, pero debe saber elegir. No conviene tomar decisiones apresuradas. Lo más importante es que el peligro se le anuncia: usted puede reconocer el mensaje que la podría proteger. El color es rojo, en forma acorazonada, como la flor del anturio. Esté atenta”. La tía Bertha no supo si el anterior era el signo del peligro o el signo de la ayuda; pero una cosa si era cierta, y era que de verlo, o algo parecido, o análogo, debía ser prudente, estar vigilante y cuidadosa. Debía saber mirar la hora.

Jovita era muy andariega, no podía estarse quieta; y en esta inquietud, en este incesante ir y venir, en todo ese movimiento, disfrutaba callejeando y la gente sentía gozo viéndola pasar. Se decía que daba buena suerte encontrarse con ella; y era cierto, porque bastante suerte es alegrarse un minuto en esta vida, pero, paradójicamente, ella iba con esas penas por la calle. Con Jovita es imposible no reír; negarse a la sonrisa. Por las calles de la ciudad transitamos todos; por las calles de Cali va y viene el rico, y el pobre, el niño, el joven, el viejo, y todos nos vemos en ese cruce de

calles y carreras, de diagonales y avenidas, con ese río que pasa por el corazón de los caleños, con sus puentes y sus árboles; sobre la cuadrícula con sus colinas, sus parques, sus iglesias, edificios, casas, cementerios, monumentos, vamos todos, llevando nuestros afanes, ocupando nuestro puesto, cumpliendo nuestro rol en el gran teatro del mundo, y a veces sin saber muy bien el cargo que tenemos en lo que sucede, o se representa. Entre todos, Jovita con su papel protagónico, con su parlamento, con su retahíla, con ese relato interminable que ella cuenta, con su ritmo, sus maneras, y atuendos por las calles. Y ahí va Jovita a pie, por esta calle, doblando por esa esquina, pasando a la otra cuadra, continuando; deteniéndose a oler una gardenia en un antejardín. ¿Cuántos años hace que se la ve en el escenario del mapa de la ciudad, caminando para arriba y para abajo, para un lado y para otro? ¡Ah! Sí. Desde la bella época del Cali Viejo, cuando la antigua aldea colonial y republicana había dejado de ser un villorio de acequias, pilas comunales y calles empedradas; cuando las casas, las calles y las avenidas crecieron al lado del río tutelar, se construyó el cuartel en la Plaza de Armas, el Palacio Nacional, la nueva iglesia de La Ermita, el Edificio Otero, el Hotel Alférez Real, el teatro Jorge Isaacs, el Cuartel de los bomberos, en la calle 15, sobre una playa del río Cali, rellena con piedrancones, sacados del mismo lecho del río, con el fin de dar altura al terreno para protegerlo de inundaciones y también para darle solidez a los cimientos y comenzaron a caer las

casitas de adobe y de bareheque, para levantar otras más modernas de ladrillo, cemento y eternit, cuando a la ciudad le dio por empinarse orgullosa y mirar altiva al modernismo. Jovita ha atravesado las épocas cruzando la ciudad, llevando su ser inquieto por todos los rincones. Por ello ver a Jovita es ver parte del alma de la ciudad; y al verla disfrutaban los mayores, recordando anécdotas; las personas de edad media porque aprendieron a distinguirla desde niños, cuando sus padres les hablaron de ella y descubrieron sus personalísimos modales, atuendos y manera de ser; y los jóvenes y recién llegados a Cali, porque ninguno puede permanecer indiferente ante la gracia, el carisma y las incuestionables cualidades extraordinarias que tiene.

A las tres y media entró Jovita después de almorzar con don Nacienceno y doña Fanny, y de hacer su voluntarioso recorrido de regreso; se demoró buscando la llave en la cartera. Cuky la olía por la parte de debajo de la puerta y le ladraba afectuosamente moviendo la cola.

-Hola Jovita –saludó la tía.

-Hola –dijo Jovita, y siguió.

VICISITUDES

Como otras veces, Hermínsul y Gerardo, fueron a la antigua sede del Colegio San Luis donde se encuentran ubicados los juzgados, a solicitar permiso para visitar a Aicardo. Llegaron al Juzgado correspondiente y, dirigiéndose a una empleada, le dijo Hermínsul:

-Un permiso.

-¿A quién va a visitar?

-A Aicardo Duarte Guarín.

-¿Está por cuenta de este Juzgado? –preguntó la empleada sabiendo que lo estaba, al tiempo que entintaba el sello de permisos y lo asentaba sobre el reverso de una hoja del Dane.

-De éste, señorita –le contestó Hermínsul, inclinándose para ver rellenar los espacios pertinentes, que la impresión del sello había dejado.

-¿Por qué delito? –preguntó la empleada

-Robo –dijo Hermínsul.

-Por robo –comentó otro empleado, demostrando conocer el proceso.

-A ver, preste su cédula –dijo la empleada.

-Aquí está... Tenga –dijo Hermínsul.

La empleada levantó los ojos para mirarlo.

-A ver, usted: ¿va a visitar al mismo? –preguntó la empleada.

-Sí señorita –dijo Gerardo.

Al salir Hermínsul y Gerardo, tanto la empleada como su compañero, se quedaron mirándolos mientras se alejaban por el corredor y bajaban las gradas. Al llegar al primer piso, y antes de salir a la calle 9ª, Hermínsul y Gerardo voltearon a mirar al Juzgado y se encontraron las miradas de los cuatro. Los cuatro sintieron el impacto de descubrirse mirando y siendo observados; cierta energía, cierta corriente de inquietante incomodidad que les produjo a los empleados del Juzgado malestar e intranquilidad, y los amigos de Aicardo, el engrimiento de su condición, insolencia y desprecio por los funcionarios; toda la fuerza que los seres humanos excedentes y excluidos del sistema sienten para con todos aquellos que creen responsables de su situación.

-¡Qué pinticas! –dijo Guido.

-¡Miedosos! –dijo Gloria-. ¿Qué tal, encontrarse una con estos tipos, estando sola, en una calle sola? ¿Ah? ¡No!

Después la requisa en la cárcel. “con los guardianes que se las dan de mucho café con leche”, y luego al patio con el compinche.

-¿Quiubo mano? –dijo Hermínsul.

-Pues ahi no más, aguantando –dijo Aicardo.

-¿Y el caso? –dijo Gerardo.

-Me sacaron a careo con el man –dijo Aicardo.

-¿Y qué? –preguntó Hermínsul

-Me lo levanté. Le dije a la ley que ahí tenían un reductor; que lo mandaba robar a uno para después chivatiar –dijo Aicardo.

-A ese hay que descenderlo –dijo Hermínsul.

-Ya se lo dije –dijo Aicardo.

-Tené diez bolívares pa' los indios y por lo que potes –dijo Gerardo.

-Gracias. ¿La gallada? –dijo Aicardo.

-Reventando. El F-2 está jodiendo mucho –dijo Hermínsul.

-Cuidado hermanos –dijo Aicardo.

-Tranquilo –dijo Hermínsul.

-¿Qué dice el juez? –preguntó Gerardo.

-¿Qué va a saber uno? –dijo Aicardo.

-¿Y el abogado? –dijo Gerardo

-No me han nombrado todavía. Me van a poner uno de oficio –dijo Aicardo.

-Ahi se lo conversa y se le tira cualquier vaina –dijo Hermínsul.

-Esos doctores sin billete no hacen nada –dijo Gerardo.

-Donde me den un chance me vuelo y les caigo –dijo Aicardo.

-¿Y los otros del patio? –preguntó Hermínsul.

-A Murillo lo condenaron. Lo mandaron a colonia, dizque por reincidente. Le fue mal en la audiencia –dijo Aicardo.

-¿Cuánto le metieron? –preguntó Gerardo.

-Como diez anuales –dijo Aicardo.

-Y el hombre con tisis y gono. ¡Uy! hermano, a Murillo se lo llevó el putas –dijo Hermínsul.

-Pero el hombre apeló –dijo Aicardo.

-No hermano, allá le meten más –dijo Hermínsul.

-Ese güevón va a salir en la caja –dijo Aicardo.

-¿La lata? –preguntó Gerardo.

En ese momento se oyó una voz muy fuerte, que se elevó sobre todas las demás:

-Sapo hijueputa, ¿qué haces aquí? Gonorrea, lambón.

-Saquen a ese marica de aquí, que no respondemos, lo siguió otra.

Los guardianes se acercaron a las rejas del patio y se encontraron con los movimientos y los gestos provocadores y desafiantes de los reclusos.

-Adentro mandamos nosotros. No traigan sapos acá.

-Pura mierda –dijo Hermínsul.

-¿El ambiente? –preguntó Gerardo.

-Soda. Decíle a la pelada que venga que no aguanto. Eso es lo malo de esta olla –dijo Aicardo.

-Me doy la pasadita y le digo –dijo Hermínsul.

-Hace ocho días en la canch'e fútbol hubo una bronca la verraca. El marica ese iba con el balón y le salió uno del patio quinto y lo detuvo. Por ai siete le metió y cuando lo cogieron, ¡tranquilo! El hombre, como si nada. Porque no le dio un carón que le trajo la mamá. Ese verraco es una

víbora. Estaba como loco. Ya le amenazaron venganza. Ese hijueputa cae. En este mundo naides la tiene comprada. El Alacrán dice que lo tumba.

-Bueno man, chao –dijo Hermínsul.

-Chao. Ve, cambiame la camisa, que esta huele a chucha de hace un mes

–dijo Aicardo.

-Tené –dijo Hermínsul, pasándole la suya, acercándosela a la nariz para olerla-. ¡Uy! hermano, ¿y vos qué estás haciendo con ella?

Difícil imaginar las condiciones en las que se vive dentro de la cárcel; el hacinamiento, la corrupción, el desaseo, la mala alimentación, las enfermedades, el despotismo, las riñas, hurtos, violaciones, humillaciones, la falta de medios y oportunidades para una verdadera rehabilitación, todo lo cual hace de ese lugar un medio para la degradación del ser humano, escuela del delito, contradicción de su verdadera finalidad. En nada de esto pensaba la madre de Aicardo, quien no dejaba de visitarlo, cuando podía, y algún detalle, o algún centavo le dejaba.

Don Heliodoro no quería verlo, pero estaba preocupado por él. Le había enseñado a trabajar. Desde chiquito lo llevó a la galería Central, para que le ayudara a vender plátano y verduras, pero de pronto se le abrió con marihuaneros y malas compañías del lugar, y le tocó admitir que se le

había dañado. Su madre cargaba la misma pena, pero gozaba con sus intempestivas llegadas y salidas. Estando frente a él, sabía que no le habían hecho nada todavía. “Heliodoro: uno cría hijos pero no condiciones” –le decía a su esposo, llevando sus preocupaciones a la resignación, sin dejar nunca de agregar: -“Pero madre es madre”.

Este sentimiento le agradaba a Aicardo y pudiera decirse que su padre le importaba un pito; pero la madre era la madre, la única en quien se puede creer. No creía ni en la hembra, ni en los manes de la gallada, y tenía, sobre todo, una clarísima desconfianza de sí mismo. No pensaba Aicardo que su mala vida hubiera tenido que ver con la separación de sus padres. Jamás se hacía ese tipo de reflexiones. Vivía el frenesí del momento con la gallada, pero cuando sentía el deseo de ir a la casa, podría estar en La Goajira o en Leticia, en Bogotá, o en donde fuera, o aquí mismo en Cali, simplemente cortaba e iba a la casa. Y no era propiamente por ver a su madre; era un llamado instintivo, animal, que él ni siquiera se percataba que sentía; algo como de gavián que regresa al peñasco de la cumbre donde nació. En esas repentinas apariciones en la casa, la veía con sus manos tostadas, heridas por el bicarbonato, de lavar interminablemente botellas y frascos, y le parecía natural. Natural que se desgastara por las manos de lavar y del estómago por el hambre. Lo más natural, que tuviera a los hermanitos de madre a su cuidado y a su hijo, paralítico y ulceroso, tirado a su lado en la cocina, mientras hacía el oficio. No le

cabía imaginar que pudiera ser distinto. Y salía. No volvía en un mes. De pronto reaparecía intempestivamente a comer, o a dormir, y luego se perdía; “se pisaba”, como él decía.

Una mañana se demoraba la tía en salir del baño y Jovita, que tenía sus reacciones bruscas y se hallaba disgustada, le había tocado ya, en tres ocasiones la puerta.

-Un momentico –dijo Bertha.

-Qué momentico ni qué nada; aquí no la consideran a una –y buscó un periódico, lo extendió en el suelo, colocó la ropa sucia encima, lo dobló bien dobladito, y luego lo amarró con una pita-. ¡Se eternizan en el baño! –dijo.

-Ya voy a salir –dijo la tía.

Jovita metió el paquete dentro de una chuspa junto con su cartera. Hizo otro paquete con la toalla, envolviendo el jabón para lavar la ropa y el de bañarse. En eso salió la tía Bertha y, viéndola líar sus bártulos, le dijo:

-¿Qué va'cer?

-Me voy pa'l río.

-Usté no puede ir allá.

-¿Por qué no? Toda la vida he ido.

-Esa es agua sucia; lleva suciedades y porquerías, ya no es como antes.

-Con ustedes no se puede convivir. Yo no soy cualquiera. Eso lo sabe todo el mundo, menos ustedes. Les falta tener sentido de las proporciones. Algún día se arrepentirán.

-Pero, Jovita.

-Jovita, Jovita. ¿Qué?

-Deje esa viaraza. Usté está cambiando mucho. No sea irascible, que eso es pecado. La ira y la soberbia son pecados. Esa agua le puede dar tifo.

Sin prestarle mayor atención, empecinada en su determinación, salió displicente y vanidosa. Por los charcos de Santa Rita buscó el suyo, alejado de las lavanderas que acostumbraban salir a esos parajes que tiene la ciudad como prolongaciones de la vida rural, todavía con algunos árboles del antiguo bosque seco nativo que cubre la entrada del río Cali a la ciudad, ceibas, samanes, guásimos, jiguas, carboneros, guayacanes, mamoncillos. Pero tampoco tan arriba, porque le daba miedo de las fieras del zoológico, o que se pudiera escapar alguna serpiente venenosa. Allí la dama, en camión, al lado de una piedra grande se aseaba, y limpiaba sus prendas, ante la mirada de los curiosos, que no le quitaban el ojo de encima. Cumplido su objetivo, cogió la ropa que había colgado en la rama de un chiminango. Por la prisa con que se vistió, en un dos por tres estuvo lista, y se preparó para el regreso, con una sensación de limpieza y frescura envidiables.

Las cigarras orquestaban su ruidosa salutación de mediodía y las torcazas buscaban la sombra en medio de las ramas de los árboles.

Entre aquellos curiosos había unos estudiantes que casualmente pasaban y, al descubrirla, se quedaron viéndola desde el puente, con malévolas picardías.

-Ya está –dijo Bruno. ¡Propongamos a Jovita!

-Sí. Vamos a proponérsela a la clase. ¡Uy! esto sí va a estar chévere –dijo Nelson.

-¿Te la imaginás?

-¿Vos te imaginás a las demás?

-Yo sé quién sabe dónde vive.

-¿Quién?

-Alfredo.

-Caminá, vamos.

-¡Manga viche, manga! –pregonaba una negra con su platón en la cabeza.

Sería casi la una de la tarde cuando regresó a la casa. Doña Elvia, que estaba en la puerta con el niño, le preguntó cómo le había ido; que si siempre se había bañado en el río.

-Deliciosa, mija...; el agua estaba deliciosa.

-Tiene que bañarse ahora y echarse alcohol. Eso no le va a una persona como usted. Eso le queda es a los pordioseros, no a una persona de su categoría. ¿Qué va a pensar la gente?

-Mire como quedé –fue lo que le respondió, contenta y desentendida de los regaños, dando una vuelta sobre sus talones.

-Le falta peinarse.

-Eso sí, ahora mismo –dijo Jovita y siguió al baño a maquillarse.

Un poco más tarde la vieron sentada en el corredor escribiendo como una carta. Y en realidad la insatisfecha inquilina le decía así, al conocido pintor primitivista Marco Tulio Villalobos:

TEXTO DE CARTA

Al acabar de escribir la carta se dirigía a la tienda de la esquina, en busca de un sobre, cuando de un Mercury 48, blanco, la llamaron. Jovita se preocupó, pero los estudiantes que la habían visto desde el puente, se bajaron en compañía de otros amigos; y uno de los jóvenes, de espíritu burlón, le dijo:

-¡Salve Reina!

Era Bruno. Ella se puso tensa.

-Mire, Jovita, somos de la Universidad del Valle y queremos proponerla como Reina del Departamento de Mecánica. Vea, aquí están las credenciales –se le identificó.

-Mostrá tu carnet, Alfredo –dijo Bruno.

-Aquí está –dijo Alfredo.

-Y el tuyo, ve, Carlos –dijo Bruno.

-Véalo –dijo Carlos, mostrando su identificación.

-Nosotros la llevamos, la traemos, y le podemos dar alguna platica, como viáticos, si acepta –dijo Nelson.

-Seguro que gana, y puede ser la Reina de “Toda la U” –dijo Bruno.

Jovita se extrañó y reaccionó desconfiada de las manifestaciones inesperadas de esos jóvenes, pero la propuesta de su candidatura, los movimientos que hacían con el cuerpo, y esas palabras que decían le resonaban gratamente en el alma. Le agradó la bizarría y buen aire de esos muchachos; tuvo empatía natural y espontánea por los esfuerzos y arrosos que prometían, para ejecutar las acciones y acometer la empresa de obtener la corona para “Toda la U”. En un segundo entró en una profunda ensoñación

-Si ustedes me dan la corona, el cetro, y pagan la modista, acepto –dijo-.

Yo siempre he apoyado las causas estudiantiles. Les contaré de las jornadas de mayo; allá en el 57, ya verán.

-Bueno. Mañana venimos para ponernos de acuerdo –dijo Bruno.

-Póngase bien arreglada que tenemos que ganar y dejar a los demás viendo un chispero –dijo Nelson.

-Hay que poner los puntos sobre las íes a las impertinentes: Mientras Jovita exista no habrá en Cali otra Reina, sino impostora –dijo Bruno con tono persuasivo.

-Así es –dijo Carlos.

Los estudiantes en su “Guanábana” –como llamaban a su carro-, ceremoniosamente la llevaron a su casa y se despidieron. Los muchachos se sentían orgullosos de su vehículo; era antiguo, cierto, pero no era lo que la gente dice una “cancana”. Nuestra buena mujer quedó locuaz y excitada, sintiendo vibraciones armoniosas en su pecho, como si estuviera desfilando ante un jurado de hombres apuestos y personajes importantes. Se le veía, en su carita de anciana, la inquietud de la adolescencia; y sobre la frente arrugada y las sienes cansinas, queriendo sentir, delicada y suavemente, el peso etéreo y real de la corona; gozar con los maravillosos y encantadores efectos que le producía.

Con traerle semejante invitación, los inquietos estudiantes a nuestra aguerrida Jovita, no idearon cosa más acertada para hacerla feliz, pero tampoco ninguna que fuera a producirle tanto sufrimiento. A partir de ese instante no habría respiración que no diera por competir en el certamen y demostrar cómo le correspondía la corona, razón de su ser y meta natural de su vida. Reaccionó como la planta va hacia la luz; como la capa roja provoca al toro; así ella, al luchar por el reinado, iba a cumplir con su destino.

La familia Manrique veía en la sala un programa de televisión. La tarde estaba calurosa, pero a Jovita no le gustaba ver a don Orlando sin camisa,

y siguió derecho. Al entrar a su pieza fue hasta el espacio que queda entre la cómoda y la pared, la que da el respaldar de la cama, y movió unas cajas, sacando un legajador azul en el que guardaba algunos recortes de las jornadas de mayo, pensando en mostrárselos a los estudiantes.

Del patio hacia la habitación corrió una largatija. Jovita soñaba.

SEMANA UNIVERSITARIA

Pero si Jovita empezaba a delirar de grandeza, los universitarios festejaban la aceptación de la propuesta y se entretenían imaginando mil situaciones animadas, divertidas y graciosas. ¿Por qué Jovita? No lo sabían con claridad y, sin embargo, conociéndola y conociéndose, tenían la certeza de un éxito rotundo. “Va a ser el apogeo de la mamadera de gallo”, –se decían. Y se dieron a la tarea de hacerle bombo. El lunes por la noche empapelaron la universidad, haciéndole propaganda: carteles en los que aparecía dibujada en una pose, en otra; saludando, besando, bailando. Otros menos caritativos la caricaturizaban, exageraban su nariz y en la barbilla pintaban unos gruesos pelos. En no pocas cartulinas los dibujos deformaban las facciones y el aspecto de Jovita, bromeando acerca de su delgadez, de su pecho plano o protuberante, de su vestido escotado o de clausura, del brillo de sus ojos, de sus largas y secas piernas, de sus escasas o abundantes nalgas, de la altura de los tacones de sus zapatos; pero era en el pelo y en los atuendos, donde algunos amigos de arquitectura, se regocijaban dibujándola con las distintas clases de sombreros, pavas, boinas, cachuchas, pañoletas, chales, etc. ¡Qué contraste esta dura bulla con el interior de su alma tiernamente soñadora! Todo lo que en esa noche de bullicio estudiantil se iniciaba, desbordaba lo ordinario y llegaría a constituir un gran suceso.

-¡Viva Jovita!

-¡Jovita Feijóo será la Reina!

-¡Viva su Majestad Jovita!

-¡Jovita está en la onda!

-¡Jovita es chévere! –eran algunos de los títulos que tenían los pliegos y cartulinas que pusieron en la Universidad. También hicieron innumerables dibujos en formatos diversos, en hojas de medio pliego, oficio, carta, e incluso cuartillas, que pegaron con engrudo, goma, cintas, chinchas, y de cuanta manera pudieron hacer.

-Dejemos la jodita y pisémonos –dijo Alfredo.

La Facultad de Mecánica con Jovita -se leía en el último cartelón que pegaron con engrudo en la propia puerta de la Decanatura. Tampoco la Rectoría se había escapado. El que en ella colocaron decía: “¡Reina Vallecaucana para la Universidad del Valle: Jovita, Reina a la fija!”.

La impresión del Rector era la esperada: no estaba de acuerdo. La del Decano, también se sabía: no estaba de acuerdo. Y Rector y Decano y Comité Organizador de las fiestas universitarias citaron a una reunión a los de Mecánica para el día siguiente, a las dos de la tarde.

Los directivos esperaban impacientes a los estudiantes y los universitarios fueron renuentes y prevenidos.

-No es correcto que le hagan ustedes eso a sus compañeras –dijo el Rector.

-¿Por qué? –preguntó Bruno.

-No es justo que le hagan ustedes eso a Jovita –dijo el Decano.

-Pero, ¿por qué? –preguntó Nelson.

-A estudiantes de esta universidad les queda mal salir con ridiculeces de esas –dijo un miembro del Comité.

-¿Por qué? –preguntó Alfredo.

-Jovita no puede ser propuesta, no puede ser propuesta, no puede ser propuesta, no puede ser –dijo el Decano.

-Pero, ¿por qué?; pero, ¿por qué?; ¿por qué?, ¿por qué? –preguntó Bruno.

-Llamemos a las otras niñas para ver que dicen –propuso una de las organizadoras.

-¿Para qué tanto requeñequé? –dijo Nelson.

A regañadientes y fastidiadas llegaron algunas de las candidatas rodeadas de sus amigas y compañeras y les preguntaron acerca de sus impresiones para escuchar sus comentarios.

-¿Usted qué opina? –preguntó la organizadora.

-Por mi parte no hay problema –dijo Patricia.

-Por la mía tampoco –dijo María Teresa.

Los estudiantes de Ingeniería Mecánica las miraban con expectativa. Estaban decididos; lo sabían todos. Si se sometían a ese momento era por un formalismo.

-Yo si no me presto a ese espectáculo grotesco –dijo Marlene.

-¡Pobre Jovita! –dijo Carmenza.

-Pobre, ¿por qué? –preguntó Carlos.

-Que no desfile si no quiere –dijo Bruno.

-A mi me da lo mismo –dijo Yolanda.

No conservaron más la alternancia en el uso de la palabra y hubo un momento en que todos hablaron al tiempo.

-Le quita seriedad al certamen.

-La fiesta universitaria se convierte en otra cosa, en una feria.

-En un carnaval goyesco.

-En desorden, alboroto y vocerío.

-Hay que respetar la libertad de expresión.

-¿Vieron, jóvenes? –concluyeron las directivas universitarias-. Es mejor no ponernos en esas cosas.

-Pero si en Mecánica todos son hombres. Tendría que disfrazarse alguno –dijo Bruno-. Eso podría resultar más chocante, ¿no?

-Hay que respetar la Universidad; las instituciones –dijo el Decano.

El Rector cortó:

-Jovita ¡no! ¡no! ¡no!

El Decano insistía:

-No le pueden hacer eso.

-Pero, ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? No hay motivo. Ella es así; le gustan esas cosas. Nadie la ha forzado –dijeron los estudiantes.

-Pregúntenle a ella –sugirió Alfredo.

-No hay más que hablar; no se puede convertir la Semana Cultural en una alargada guachafita de mal gusto –cortó el Decano.

-¡Qué va! –comentaron entre sí los estudiantes, y salieron por una puerta. Rector, Decano y Comité organizador, por otra.

La ruptura estaba dada; sin embargo las directivas confiaban en que los muchachos no aparecerían con Jovita en el desfile de presentación de candidatas.

-“¿Qué van a pensar los padres de esas niñas? Que se perdió el principio de autoridad. ¡Qué mala imagen se daría de la Universidad!”. El Rector se sentía inquieto, preocupado por su prestigio personal, de su imagen ante la comunidad.

-Señor Decano: hay que tratar de disuadirlos.

-Ya lo he intentado. Y no se les puede impedir por la fuerza, porque es peor.

-Es de cuidado –asintió el Rector. Dirigiéndose a la secretaria puntualizó: Señorita, hágame una llamada al Gobernador. Tenemos que tomar las medidas del caso y estar de acuerdo desde un principio. Yo no sé, pero esto me da mala espina.

-No es para tanto –dijo el Decano.

-¿No le parece? –preguntó el Rector.

-No –insistió el Decano.

-Piense que lo que se trata es de coronar a una pobre chiflada, que ha perdido la chaveta, reina de la Universidad; eso es una burla. La reina deber ser bonita, como se debe; y de buena familia, como manda la tradición. Esos muchachos lo que quieren es burlarse. ¡Qué joda! –dijo el Rector

-La llamada -dijo la secretaria.

-¡Aló, Aló! ¿Con la Gobernación? –dijo el Rector tomando el teléfono.

-Sí. Un momentico Rector, que el Doctor está hablando por la otra línea – contestó la secretaria del Gobernador.

-Lúcida y lucida –dijo para sí, jugando con las palabras, la secretaria del Rector y sonrió. Esa sonrisa revelaba la picardía con la que seguía las contradicciones estudiantiles, a propósito del trono universitario.

Los estudiantes no hallaban razón en los planteamientos de las directivas; no veían motivo valedero para deponer sus armas y claudicar en su empeño real; su causa no era cualquier bobada, ni locura, y no estaban dispuestos a renunciar a sus derechos fundamentales de autonomía y libertad de expresión; ahora el nombre de Jovita encarnaba la lucha de sus propios derechos inalienables; no iban a admitir un trato despreciativo. Al salir de la Rectoría fueron a un salón de clases de la facultad, y discutieron la situación, reafirmando en sus intenciones; tal era su designio. Junto al tablero había un dibujo que presentaba a Jovita

en embarazo, próxima a dar a luz, que Alfredo despegó de la pared y lo enrolló para llevárselo a su casa.

-Dejalo ahí puesto –dijo Bruno, que lo vió retirarlo.

-No, porque ella puede molestarse –dijo Alfredo.

-No, ella qué se va a enterar; dejalo ahí, que está... –dijo Bruno, al que interrumpió Nelson.

-¿Qué pasa? –preguntó Nelson.

-Alfredo, quitó el dibujo de “Jovita embarazada” –acusó Bruno.

-Dejalo –dijo Nelson.

Pero Alfredo hizo caso omiso y se llevó el dibujo.

En tanto que la postulación preocupaba a las directivas, los muchachos de Mecánica proseguían sus planes decididos a coronar a Jovita, costare lo que costare, dueños de sus fundadas razones y presos de una picardía colectiva. Estaban deseosos de impactar no sólo en la Universidad sino en toda la ciudad. Llevaron a la prensa hablada y escrita, para dar la noticia de que la sempiterna Jovita Feijóo ceñiría la corona de la Facultad de Ingeniería Mecánica.

La buscaron nuevamente para informarla de los programas. A las 9 de la noche sería el baile de coronación y, a la mañana siguiente, la presentación en el Estadio Pascual Guerrero.

-¿Por qué me lo dicen ahora? Todavía no me han arreglado el vestido –
dijo Jovita.

-No se preocupe; nosotros la llevamos en “La Guanábana”. ¿Dónde vive
la modista? –preguntó Bruno

-Marujita vive en el Peñón –contestó Jovita.

-Bueno, venga; vamos rápido –dijo Bruno.

-Sí, jóvenes; espérenme un momentico. No me demoro nada. Ya salgo –
dijo Jovita.

Al salir con una chuspa le preguntaron qué llevaba, les contestó que el
vestido para la coronación como reina de la Universidad.

-Hoy apenas es la coronación por la facultad –dijo Bruno.

-¡Ah! No, porque éste es el que me quiero poner el día de la ceremonia
solemne –precisó Jovita.

-Entonces para hoy póngase otro, y éste lo lleva a arreglar mañana. ¿No
le parece? –propuso Nelson.

-Sí –dijo Jovita.

-Alístese que a las 9 venimos –dijo Bruno.

Andaban a las carreras. No podían quedarse atrás en los preparativos. Esa
noche tenían planeado pasar por las fiestas de las demás facultades.

-A las 9, Jovita. Pero lista que las mujeres se demoran mucho en el
tocador –dijo Bruno.

Los estudiantes llegaron a la hora convenida; Jovita estaba sentada en la sala conversando con don Orlando, doña Elvia y los demás, toda perfumada, luciendo un vestido verde, diadema verde, al pecho una orquídea de plata y esmeralda; zapatos verdes, pañolón y cartera verde; las manos con pulseras y anillos, y un collar color manzana, verde claro, de varias vueltas.

Los Manrique la acompañaron a la puerta, contentos de ver las alegrías de la Reina Estudiantil. Más que pesar por ella, por su obstinación y sus quimeras, participaban espontánea y abiertamente de su entusiasmo e ilusiones. Era feliz; ¿qué más? También sufría; y ¿quién no? Jovita, hacía la dicha de una forma admirable. Con frecuencia asumir el camino de los sueños trae consigo el riesgo de parecer dementes. Entonces la chaveta es ese estado del alma cuando la clavija de la voluntad da esa última vuelta que tensa nuestras cuerdas interiores hacia el entusiasmo y el compromiso de convertir nuestros ideales en realidad; somos un instrumento encordado a tono con los sueños, vibrante, armónico, pero que a veces no concuerda con los registros de nuestros semejantes.

-¡Ah! Jovita –dijo doña Elvia, al verla subir al carro-. ¡Que se diviertan!

Jovita se despedía con ademanes sofisticados.

-¡Qué desparpajo de mujer –dijo don Orlando

-No; qué soltura –repuso doña Elvia

-¿Quién se va a prestar a eso; y quién va a salir así, si no es deschavetado? ¿Si no se le ha corrido la teja? ¿Sino le falta una tuerca? – dijo don Orlando.

-Va feliz –dijo la tía.

-Dejó la casa pasada a pachulí –dijo don Orlando.

-¡Tampoco! –dijo la tía.

Al llegar al salón de la Universidad, donde los estudiantes de Mecánica tenían la reunión para celebrar la elección de la candidata por la facultad, se arremolinaron en torno a ella, dándole la bienvenida con exageradísimas inclinaciones y trato digno de su realeza. Los fotógrafos, enterados de su participación, se hicieron presentes, y con sus luces repetidamente encandilaban a la candidata que, empujando su cuerpo orgullosa, posaba para ellos. Buscaba a uno y a otro para tomarse fotografías. Fueron enviados de los distintos periódicos locales e incluso corresponsales de El Tiempo y del Espectador. Estaba Piñeros, Loaiza, Gómez, Blandón, y otros fotógrafos particulares. Todos estaban convencidos del valor de la noticia. Como cosa rara fue especial con el reportero gráfico del periódico El País, don Jaime Loaiza, quien esa noche le tomó una de las fotografías más bellas que existen de Jovita.

En acto trascendental que registra la historia lugareña, en medio de serpentinas y confetis, y acompañada del cadencioso ritmo de los valeses de Strauss, Bruno puso delicadamente, tal y como lo había soñado Jovita,

la muy deseada y dorada corona. La sempiterna suspiró alborozada y los fotógrafos captaron algunas instantáneas en las que, patente, se le descubría la emoción que la embargaba. Fue este instante maravilloso, el que con su flash iluminó para el recuerdo don Jaime. Le tiraron arroz, maizena, y cambiando el vals por el rock, la sacaron a bailar. Pero la distinguida dama embelesada, no tenía parejo sino multitud; no bailaba con Alfredo ni con Nelson, ni con Bruno sino con la multitud; para que la vieran ahí, celebrada por todos, la muy socarrona, engreída y linda callejera de todos los colores.

Una vez coronada organizaron las visitas de cortesía y, sin pensarlo dos veces, los alebrestados aprendices de Ingeniería alzaron a su Reina en hombros y fueron recorriendo los edificios de la Universidad al son de pitos, flautas, zamponas, maracas, tambores y acordeón, en tal algarabía, que aquello más parecía un carnaval o una manifestación, que una visita de cortesía. Al entrar a Arquitectura, muchos compañeros de esa Facultad se les unieron, generando discordia entre los partidarios de su candidata, que en ese instante coronaban; sucedió lo mismo con los de Medicina, con los de Economía, con los de Biología; y así fue entrando el barullo de la exaltación de la locura al trono, que las directivas querían reservarle a la tradición.

“Lúcida y lucida”, era la consigna, al repetido grito de batalla. Una y otra vez: “lúcida, lucida y victoriosa; Jovita, Jovita, Jovita ra-ra-ra”, eufóricos,

entonaban sin parar, “Jovita, Jovita, Jovita, ra-ra-ra”. No en vano ella era un ser excepcional capaz de desatar torbellinos en una juventud en busca de emancipación. Era la reina popular, no mito; pero, paradójicamente, la personificación misma de las reinas; caricatura, para unos; carne de reina, para otros. Esta coronación devenía en el símbolo de los nuevos tiempos y del acceso del pueblo a los centros del saber y la cultura. Democracia, finalmente. ¡Viva Jovita! ¡Viva Jovita! No se dimensionó jamás la ruptura y el alcance revolucionario que tendría este juego de muchachos universitarios.

Los seguidores de Jovita no estaban contra las demás; sí no por ella. Los estudiantes de mecánica encarnaban en ella su ánimo alegre y travieso, pero, también, el sentir de los simpatizantes por motivos diferentes, por la gracia que les hacía, y otros por desahogo y provocación, pues no dejaba de ser significativo el desacato a los antiguos valores.

El reloj de la pared de la sala dio doce campanadas; y a Jovita la acababan de llevar a la casa. Fueron tres horas de fascinante e intenso movimiento. Ella deseaba quedarse pero tenía pavor a que la media noche la cogiera fuera de casa, como si las fuerzas malignas pudieran salir de las sombras de la noche y venir a hacerle daño. Desde niña sintió la necesidad de estar recogida en casa; le tenía respeto, mucho miedo a las historias que se contaban de espantos y aparecidos. Incluso tenía miedo de rezarle a las ánimas porque permanecen desencarnadas en este

mundo, y era algo muy misterioso y enigmático; prefería invocar directamente al Sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen del Carmen; por eso, estuviere donde estuviere, estaba pendiente de la hora de llegada; y si alguna vez Cronos cruzó las doce estando ella lejos de casa, siempre procuró estar en buena compañía, portando su escapulario.

No había amanecido y ya se estaba arreglando. Para la presentación prefirió el vestido zapote, combinando con zapatos blancos y un sombrero blanco, de alas inmensas, adornado con una cinta marrón claro, con la que se lo anudaba al cuello. Linda se veía. ¿Cómo no iba a estar hermosa con tanta voluntad? ¿Con la chaveta bien apretada? ¿Con tanta solidaridad y fervor? No había otra candidata que se sintiera poseída de Dios, como Jovita. Tal vez ni en el mundo. Ni la Emperatriz de la China lo sería, porque iba tan convencida de sí, que la tierra era pequeña y suya, y con menos dificultades para gobernar que Sancho en la Insula Barataria.

Al llegar los estudiantes, no había alcanzado a preparar su desayuno. En realidad fue que por un momento pensó que si prendía el fogoncito podía llegar oliendo a humo, y eso sí, nadie podía decir que alguna vez olió a madera quemada, que se pega al cuerpo, a la que se asocia a la pobreza. Su buen perfume nunca le faltó; ni en los momentos de mayores privaciones y necesidades. Se echó, con finos movimientos, un poco de perfume de violetas detrás de las orejas, en el cuello y en las dos

muñecas. Que estuviera en ayunas, eso no lo sabían cuantos se encontraban en el Estadio, pero a pesar de su fatiga, hizo frente a sus menesteres monárquicos. ¡Y de qué manera! Estos locos de los coordinadores de Ingeniería Mecánica, rivalizando con los demás grupos, hicieron de “La Guanábana” un trono-móvil y subieron a la capota a su optimista Reina, de donde, sin cesar, saludaba a la multitud que la ovacionaba.

-Joven vaya despacio, no tan arriado.

-No se preocupe que yo lo sé.

Igualmente iban las otras candidatas: éstas en carros lujosos, o en decoradas carrozas, acompañadas de sus entusiastas admiradores que a voz en cuello proclamaban sus singulares encantos; pero era ella la que polarizaba la atención. Más, cuando Bruno, poniendo el carro en marcha lenta, se bajaba para correr a su lado sobre la grama, dejando a Jovita arriba, creando, aparentemente, una situación de tal apuro y emergencia, que los espectadores llegaban al clímax de la hilaridad. Hasta que salió “La Guanábana”.

-Que vieja tan emperifollada esa –comentó un estudiante de Arquitectura.

-Que no te oiga porque se enbejuca –le respondió un condiscípulo.

Aumentaba el diferendo, aunque en Jovita confluían todos. También retirarla era un agravio. No quedaba más: que las cosas llevaran esa

dinámica superior que en ciertas ocasiones imprimen los acontecimientos sobre la voluntad de los pueblos.

Así estaba sucediendo.

Los diarios dieron la noticia: publicaron numerosas fotografías de Jovita en medio de las de los demás personajes de la crónica local, nacional e internacional. La fotografía de don Jaime Loaiza fue especialmente solicitada y difundida. Se diría que al tomar el momento de la coronación, el fotógrafo captó la entrada del Espíritu Santo a Jovita, pues su rostro parecía recibir en ese instante el hálito de la gracia divina. Los periódicos, incluso desde la primera página, hacían una breve alusión a Jovita, remitiendo a la página social, en la que le dedicaban numerosas tomas; y de inmediato, ¡el bum! Los cronistas se detenían en ella y comentaban lo sucedido. Lo que sí era cierto era que se excedían en juzgar los hechos. Había defensores que tomaban demasiado en serio la protección oficiosa de Jovita. Esos, la mayoría, la desconocían, porque nunca S.M. había sido tan feliz. Y por supuesto estaba de parte de quienes la habían proclamado. Tanta cosa fea que decían pretendiendo defenderla; moralistas de última hora que juzgaban más la actitud de los universitarios que el verdadero corazón de Su Majestad.

-¡Se afilan cuchillos, tijeras! –anunciaba el afilador en su pregón, precedido del dulce y alargado llamado de su rondador.

-¡Señor! ¡señor! ¡Afilador! –llamó doña Gladys desde el antejardín de su casa.

El afilador un hombre bajito y risueño, de edad mediana pero de vida sufrida, con su cara amable, la frente surcada de profundas arrugas, ojos dulces y tristes a la vez, el bigote negro todavía, llevaba su aparato a manera de carretilla. El afilador con su camisa blanca, sudada, y su pantalón café con muchos rotos y remiendos, se dirigió cojeando a la casa de doña Gladys. Al llegar le sonrió y colocó su aparato en la calle, frente a la casa. Doña Gladys le pasó los cuchillos de la cocina. El afilador los recibió, los puso dentro de un tarro plástico ancho que tenía dispuesto en su aparato, y comenzó a pedalear con su pierna más corta; el pedal impulsa una rueda, y la rueda una banda, que mueve un eje, al que atraviesa el esmeril, la piedra de lija. El afilador sacó el primer cuchillo, se puso la careta protectora, y lo asentó contra la piedra, produciéndose de inmediato un sonido agudo, continuado y chirriante al tiempo que saltaban las chispas. Doña Gladys se apartó y el afilador sonrió con cierta comprensión, y así, el otro y el otro cuchillo, hasta que terminó; entonces probó el filo de los cuchillos con su dedo pulgar. Doña Gladys le pagó lo acordado, y el siguió.

El afilador tocó su flauta al final de la cuadra y en el aire quedaron los amables tonos de su melodía, como un pájaro que cantara en los árboles del barrio.

Hasta que llegó el día soñado.

UNA CORONA DE DICHA Y DE LLANTO

Dentro de un ambiente de animación finalizaban, la noche del sábado, las tradicionales fiestas. Los estudiantes de las distintas facultades escogieron sus respectivas candidatas, que habían sido objeto de visitas de cortesía por parte de los de Mecánica y su entrañable soberana. Esa noche se elegiría la reina de la Universidad.

Gran actividad se había desplegado durante la semana, realizando diferentes actos sociales sin descuidar en ningún momento –decían los cronistas- el aspecto académico “ya que se ofrecieron importantes conferencias, dictadas por destacados maestros”. Se hallaban inscritas en el certamen las representantes de Enfermería, Servicio Social, Ingeniería Química, Economía, Arquitectura, Ciencias de la Educación, y Filosofía y Letras. Jovita, en representación de la Facultad de Ingeniería Mecánica. Todas habían pasado por la redacción de los periódicos locales dando opiniones en pro de los programas universitarios e invitando a la unión, a la solidaridad y al compañerismo; incluso Jovita, inició su campaña presentando al señor Gobernador un pliego de peticiones para conseguir un laboratorio y un buen restaurante.

Aquella noche los muchachos fueron a recogerla a casa de la modista. La señora María Reyes la quería mucho y llevaba cuenta de sus sueños con amistad y comprensión; sus debilidades eran motivo de un común

entretenimiento. Doña Maruja seguía los vuelos de su continuada fantasía. Aunque no era modista profesional, atendía las necesidades del vestir de su familia; y, en cuanto a Jovita, era ésta quien se empeñaba en que le hiciera el vestido de la coronación, pues había desistido de arreglar uno de los vestidos que lució Luz Marina Zuluaga, cuando ella logró la corona universal, que le gustaba mucho, pero que tenía gastadas las costuras; por eso optó por encargarle a su amiga que le hiciera uno especialmente para ella. Jovita también tenía vestidos de Leonor Navia y de Elsa Garrido, del 66, pero prefirió el nuevo.

-¿No es verdad que quedaría mejor la corona con las incrustaciones?

-De todas maneras estás divina.

Los jóvenes timbraron y llamaron a Jovita de viva voz. La empleada de doña Maruja se aprestó a abrirles: Jovita estaba de pie en la sala observando la caída del vestido, le dio un beso a su buena amiga, y le fue entrando como cierta fuerza del alma en el cuerpo que la hacía parecer soberbia, y se dirigió hacia los estudiantes. Ellos dieron unos cuantos pasos hacia el interior de la casa y se inclinaron reverencialmente. Bruno le tomó su mano y le dio un beso. El nuevo vestido era de satín amarillo, largo y de cortos volantes de flecos que se sucedían del cuello tortuga a los tobillos; las mangas grandes, anchas y acampanadas. Jovita iba de largos guantes blancos que, a los refinados movimientos de su mano al saludar, le daban brillo y realce. Los zapatos de un color rojizo

anaranjado. Todo contrastaba bellamente con su corona de la facultad, a la que deseaba incrustar de esmeraldas, rubíes y diamantes.

Los estudiantes nombraron una Comitiva de Honor para Jovita: dos edecanes y dos princesas. Alfredo y Bruno, entre los primeros, olorosos a loción de pino silvestre. Bruno le dio el brazo y salió con ella hasta “La Guanábana”, destinada al servicio particular de Su Majestad.

Jovita le dijo a Bruno:

-Me gustaría que me vieran ahora mis amigos y mis vecinos.

-Ya verán las fotos Jovita; van a quedar muy bonitas, porque está muy linda –dijo Alfredo.

-Divina –dijo Bruno.

Pero era mejor presenciar el júbilo de la Reina, que oír después sus triunfos, o de ver las fotografías.

Clemencia y Consuelo, sus princesas, le hicieron unos retoques al maquillaje, que Jovita aceptó complacida, untándole detrás de la vuelta de la oreja un poco de su perfume preferido de violetas.

-Adiós doña Maruja –dijo Jovita.

-Adiós Jovita –dijo doña Maruja.

-Adiós –se despidieron los jóvenes.

-Adiós –se despidió doña Maruja.

La casa quedó oliendo a loción de pino silvestre, a yardley, a chanel y a esencia de violetas.

Iban retrasados: se había planeado así. Algunos adversarios esperaban que no se presentaran en la ceremonia de entronización; y, cuando ya por la tardanza se creía que no desfilaría Jovita, se oyó una voz barullera que decía desde la puerta de entrada al Coliseo Cubierto de Santa Librada, donde se llevaba a cabo la fiesta:

-¡Atención! ¡Atención! En estos momentos hace su entrada triunfal la sin par Jovita Feijóo.

Jovita oyó que decían “Reina de reinas”.

Un redoble de tambor dio mayor resonancia a la anunciación y comenzaron los comentarios a zumbir y a crecer el zumbido de las opiniones. Silbos, aplausos, rechifla, le dieron la bienvenida a quien, olvidándose de su Comitiva, irrumpió saludando. Se vio cruzar su silueta frente al jurado, con desdén pero cariñosa; y cordial, besar a cada una de las candidatas, que no se recobraron a tiempo de su estupor y fueron aventajadas en seguridad por la Dama de las Quimeras. Seguramente no contarán nunca, desprevenidamente, las impresiones de aquel beso sincero y rival.

El jurado daba muestras de desconcierto al ver que un simple baile universitario asumía claramente las dimensiones de un fenómeno social de serias repercusiones. Los muchachos de la U., sus novias y familiares,

amigos y compañeros, se enardecían apoyando o rechazando a la juvenil anciana de la manía real.

-¡Que bajen esa loca de ahí!

-¡Que la bajen!

-¡Que bajen esa vieja chuchumeca!

-¡Bájénla!

-Jovita es un insulto para las demás.

-¿Cómo le permiten hacer eso?

-Fueron los de Mecánica.

-¡Abajo!

-¡Arriba Mecánica!

-¡Viva Jovita!

-¡Viva Jovita!

¡¡VIVA!! –retumbó un coro, que convenció a todos que ella tenía las mayorías; y en el grupo de Alfredo, Bruno, Gustavo, Carlos y Mauricio, contagiados de ese recibimiento, se pusieron a corear: “¡Jovita! ¡Jovita! ¡Jovita!” Su candidata desfilaba entonada, con aire aristocrático, y ellos, desgañitándose: “¡Jovita! ¡Jovita! ¡Jovita!”), cada vez más fuerte, con lo que la hacían sentir en el paroxismo de su imperio. Sus princesas la acompañaban, y con sus hermosos y llamativos vestidos aumentaban la belleza de su séquito, mereciendo, por su acompañamiento, muchos aplausos.

Desde el principio se pensaba que la Dama de Amarillo iba a ser la Reina de la Simpatía, pero los muchachos enardecidos con su presencia ya no querían que la locura compartiese su cetro, y gritaban exigentes:

-Una sólo reina! ¡U-na só-la rei-na! –y se apresuraban a completar-:

¡Jovita! ¡Jovita! ¡Jovita!.

-¡Jovita! ¡Jovita! ¡Jovita!

Su nombre retumbaba en el coliseo ¡Qué momento tan extraordinario!

Los estudiantes querían a sus compañeras, pero contagiados de ese sentimiento colectivo, la proclamaban. Ellas comprendían la desigualdad en materia de convicción para reinar. Eran momentos exultantes de Jovita; de excitación y exaltación, y en todos sus movimientos se notaba su alegría, como si se le brotara el alma por los poros.

-Bajen a esa loca –gritó uno.

Bruno, apersonado de su papel de Edecán, fue a buscarlo, y sin mediar palabra le dio un puño en la cara, con tanta rabia que no lo detuvo la sangre que salía al reventarle la nariz, y le repitió otra trompada. Los compañeros del contendor herido reaccionaron y se abalanzaron sobre Bruno. Todo ocurrió en un segundo. Los de Mecánica salieron en defensa de su amigo.

Esos desplazamientos de las personas impresionaban al jurado, que encontraba cada vez más seria la decisión. La situación parecía que iba a degenerar en un enfrentamiento colectivo; había alboroto y confusión, desorden y camorra entre los grupos; se advertían los comienzos de una gran trifulca. Afortunadamente la pelea no fue a más; cada bando separó a su amigo, quedando Bruno también golpeado por un primo de su contrincante.

-¡Volvé a tratarla despectivamente pa' que viás! –dijo Bruno.

-¡Guaches! –le contestaron las mujeres de la mesa adversaria-. ¡Guaches!

¡Ridículos! ¡Apaches!

El encargado de dar el fallo tomó el micrófono y se dirigió a los asistentes:

-¡El jurado, después de ver desfilas las lindas candidatas animadas por las barras de sus simpatizantes, que en esta noche han dado especial colorido, considera muy difícil la decisión, ya que también participa la popular Jovita, a quien damos nuestro saludo fervoroso; no obstante hemos creído acertar nombrando a Jovita, Reina de la Alegría...

No había terminado de decir su nombre y el eco de una algarabía de vivas y rechiflas rompió el silencio y colmó el Coliseo.

–Hemos creído acertar –prosiguió–, nombrando a Jovita, Reina de la Alegría, y a la representante de la facultad..., de la facultad..., de...

Arquitectura..., ¡Reina de la Universidad! –logró terminar entre el trueno ensordecedor de los vivas y reclamos, y en una gritería se confundieron todas las voces y los bandos.

La fiesta alcanzó mayor intensidad con las desbordantes manifestaciones de los sentimientos, mientras se procedía a la coronación: la reina saliente entregó la corona a su sucesora; y, el Decano de los Estudiantes, colocó sobre las sienes de Jovita la de la Alegría, que sonriente, segura de sí, saludaba complacida con su mano izquierda. No teniendo inconveniente en compartir honores, fue y besó a la elegida, dando un traspié, y apoyándose en ella para no caer. El público se calló y ambas sonrieron.

Aquella noche habrían podido elegir mil reinas sobre la tierra, que Jovita habría sido feliz por haber sido proclamada. Clara en sus cosas, veía a la Reina de la Universidad comprensivamente, porque sería reina por un año, mientras su reinado era vitalicio; el cetro le pertenecía en la genealogía de los sueños.

Así fue realzada.

En vano intentaron los universitarios que Jovita brindara con ellos y se tomara unos tragos. Brindaba sí, pero el alcohol ni lo olía. Varias veces le pasaron la copa de vino, la de aguardiente o el vaso de ron con coca-cola, pero ella se llevaba el trago a la boca, simulaba beberlo, hacia un gesto

con los labios, decía: “Aahh, qué rico; está sabroso”, pero ni lo probaba siquiera. Los muchachos no lograron convencerla. Bruno, con el incidente que se presentó en la elección y que él contribuyó a causar, estaba malhumorado y adolorido. Él mismo no sabía el por qué de su reacción, de qué frustraciones o sentimientos acumulados le disparó tan violentamente el resorte de la agresión. Ahora era consciente de que habría podido evitarlo; que eso que había hecho no estaba bien; pero al mismo tiempo se reafirmaba en que no se debía ofender a Jovita, así, impunemente. Sin darse cuenta en qué momento había bebido, descubrió que estaba ebrio, y fue cuando le comentaron que Nelson y Consuelo habían llevado a Jovita a casa, y era justo la medianoche. El Coliseo estaba en fiesta.

Al otro día aparecieron numerosas fotografías publicadas en los periódicos, se continuó polemizando en torno a su postulación y coronación, y ella leyó algunas alusiones desobligantes que la hicieron llorar, y convertir, la dorada corona, en una corona de lágrimas y agravios. Al episodio de las trompadas no se le concedió importancia, ni Jovita supo nunca la valentía de su escudero, ni la sangre que por su causa se había derramado.

JOVITA: REINA Y SEÑORA DE CALI

-El suplemento dominical-

Hay palabras que hieren y Jovita quedó muy lastimada con las ofensas y burlas que le hicieron, por las alusiones despectivas, aparecidas en algunos artículos de los periódicos. Fue a las oficinas del Diario Occidente estrujando un ejemplar de otra rotativa en el que se le trataba de “vieja loca”, rompiendo a llorar, diciendo: “Nunca esperé que esta corona se me convirtiera en lágrimas”. Jovita solicitó papel para escribir una carta para pedir “rectificación” a los directores de los diarios, en los que se le hacían los calificativos insultantes. La escribió entre sollozos, empleando frases que los retaban a tener mayor consideración y respeto al referirse a ella.

Jovita en esa carta hacía un “Memorial de Agravios”, defendía su corona y los reinados anteriores, y les pedía a los estudiantes que insistieron en postularla, que ahora la respaldaran y se defendieran ellos mismos del vituperio; “que salieran a dar la cara”. En la redacción del Diario tomaron nota, e incluso registraron el momento cuando escribía la carta, tomándole una foto, la que publicaron con una nota al pie que decía: “Jovita sale en Defensa de sus fueros y pide mayor respeto a la prensa. El documento que publica este diario, redactado de su propio puño y letra, demuestra el lado humano, interesante, de esta mujer del pueblo, con la

vanidad propia de su sexo, alimentada con una dosis crecida de ingenuidad que la han ubicado en el terreno de los personajes pintorescos”.

A Jovita tampoco le gustó que la trataran de personaje pintoresco. “Era quien era, y así la debían de reconocer; no más”, –reclamaba. Y ese mismo día en que apareció la noticia fue a protestar. Fue este nuevo reclamo lo que le produjo la dicha de encontrar el domingo, que le dedicaban el suplemento dominical del Diario Occidente; que le dedicaba la portada y la casi totalidad de las páginas interiores. “JOVITA: REINA Y SEÑORA DE CALI”, era el título de la portada. El corazón le saltaba de alegría y no sabía qué hacer; la sangre se le subió a la cabeza y se ruborizó de orgullo y vanidad. Estaba plena, feliz. Fue la tía Bertha la que le llevó el periódico esa mañana a la habitación.

En la primera página venía una bellísima foto suya, de cuando, siendo muy joven aun, conquistó su primer reinado. La corona, de un diseño delicado, dejaba al descubierto la raíz del cabello, sus cejas medianas, sus ojos grandes –con esa extraña fuerza que asomaba a su mirada-; sus labios delgados; el rostro apoyado delicadamente sobre sus dos manos a la altura de las mejillas, y en los largos y finos dedos, de cada una de las manos, lucía sus anillos. La luz iluminaba la cara, y la corona refulgía

con un brillo especial, con el cual, el fotógrafo que le hizo el estudio, quiso retratar tanto su belleza física como su belleza interior.

El suplemento a partir de la tercera página hacía un pormenorizado recuento de su vida, ilustrado con fotografías, postales, y recuerdos. La tercera página a tres columnas, repetía el titular: “JOVITA: REINA Y SEÑORA DE CALI”, y enseguida anotaba, a manera de subtítulo: “Jovita Feijóo, una historia de reinados y coronas. Desde muy niña se ha destacado en cuanto se ha propuesto. En esta edición entregamos una biografía ilustrada con algunos de sus momentos más sobresalientes”. La fotografía ocupaba la mitad de la página hacia la derecha, y en la columna de la izquierda se daban algunos datos sobre su niñez y adolescencia en el Bolo-Alisal, y en Palmira. En la fotografía aparecía sentada en el pescante de una victoria, sonriente, saludando a sus admiradores. En la página No. 4, a tres columnas venía otra fotografía; en ella aparecía sentada en el banco de la escuela en el Bolo-Alisal, en cuyo fondo había un mapamundi. La fotografía venía enmarcada con textos alusivos a sus primeras participaciones en concursos para cantantes aficionados, y en los reinados de belleza.

En la página cinco venía una postal candorosa, en la que se veía a una Jovita juvenil (a sus 17 años), y junto a la fotografía -en la que posaba con aire soñador y romántico, tomada de lado, con una magnolia al lado izquierdo, entre el pelo, un poco más arriba de la oreja-, había escrito:

“Mamacita: el deseo de tu hija es que seas muy feliz en este nuevo año”. Venía al frente otra fotografía extraordinaria, en la que aparecía con un sombrero grande y estafalario, de los que siempre llevaba con orgullo. Pasando a la página 6 se encontró con una serie de fotos del recuerdo: una con el presidente Eduardo Santos; otra con Alberto Lleras Camargo; otra con el general Gustavo Rojas Pinilla, cuando era Comandante de la Tercera Brigada del Ejército, con sede en el Batallón Pichincha, en el Paseo Bolívar. En esta fotografía se destacaba la altura del General en uniforme, con su gorra y sus condecoraciones militares, su sonrisa abierta, como la de Jovita, y ese apretón de manos, que focalizó el fotógrafo, donde Jovita lucía sus pulseras a tono con su vestido.

Jovita suspiró y llevó el periódico contra su pecho, extendió de nuevo el periódico en la cama y vio la siguiente fotografía, en la que aparecía con el presidente Carlos Lleras Restrepo. Esta gráfica venía comentada, así: “LLERAS SALUDA A JOVITA”, y con un pie de página que decía: “Su contacto con el pueblo llevó al Presidente Carlos Lleras Restrepo a recibir entre muchos saludos el de Jovita Feijóo. Momentos después de concluir el acto de inauguración de la primera etapa del programa de viviendas del I.C.T., en la urbanización “Perequillo”, vistiendo un traje rojo, se acercó a la mesa principal y saludó de beso al mandatario. En la gráfica, el momento del inesperado ósculo real”.

Jovita había estado muy pendiente de la llegada del Señor Presidente, porque la prensa y la radio habían informado del importante programa de vivienda popular para Cali, adelantado por el Instituto de Crédito Territorial, y la inauguración era la oportunidad para hablarle de su casita. El Presidente la escuchó con interés, ese día, y con su conocido estilógrafo, escribió “una casita para Jovita”, y le pasó el papelito al Señor Director del I.C.T., quien lo guardó en el bolsillo de su impecable camisa blanca. Este fue el momento en que Jovita le dio el beso al doctor Lleras Restrepo. “Gracias, Señor Presidente, por venir a Cali, y ser sensible a las necesidades del pueblo. Una no puede vivir a la intemperie como los gitanos. El techo es una bendición. Yo le rezo a Dios y a la Virgen; pero ayúdeme con mi casita”. La conversación fue transmitida en directo, en esa oportunidad, por la radio. El Presidente le dijo que se despreocupara; que él ya había anotado el nombre de ella y que ella misma había visto que él se lo había dado al Director del Instituto; y el director le aseguró que él personalmente se ocuparía de entregarle el formulario. “Bueno, ahí les dejo ese perequito”, dijo para despedirse, y bajó las gradas. Políticos, periodistas, beneficiarios, vecinos y asistentes en general, se rieron con ese gusto, que se tiene de ella, tan acorde con sus salidas.

Jovita volvió a llevar el suplemento contra su pecho, y con tristeza recordó cómo al Director del I.C.T., lo cambiaron, y cómo terminó el

gobierno de Transformación Nacional del doctor Lleras, sin que viera su casita.

En este grupo de fotografías había una con el ex-gobernador, doctor Humberto González Narváez, y otra con el joven Gobernador del Departamento, doctor Rodrigo Lloreda Caicedo. Al ver las fotos evocaba cada uno de los momentos vividos, con una memoria fotográfica, volviendo a pasarlos por el corazón.

Disfrutó mucho viendo su foto con Luz Marina Zuluaga al regresar de reina del mundo; otra con María Felix; y, no podía creerlo, en la pág 7 se hacía el recuento de su coronación en la Universidad del Valle, con una serie todavía inédita, que Jovita no conocía, relatado de una manera agradable donde se le reconocía a todas las participantes universitarias sus méritos, y a ella los suyos. El periodista recordaba que en el galante certamen fueron inscritas oficialmente María Elena Manrique –por la Facultad de Servicio Social-; Marlene Montes –por la de Enfermería-; Carmenza Varela –por la de Ingeniería Química; Constanza Villegas –por la de Medicina-; Patricia Velásquez –por la de Economía-; María Teresa Villegas –por la de Arquitectura-; Ruth Giraldo –por la de Ciencias de la Educación-; y Yolanda Manrique por la Facultad de Filosofía y Letras.

La biografía terminaba recordando el ambiente de alegría, y la ilustraba con varias fotografías: una de “la preciosa soberana de la Universidad del

Valle María Teresa Villegas”, rodeada en la gráfica por sus compañeras, poco después de su coronación; otra correspondiente al momento en que la estudiante de Arquitectura recibía la corona de manos de su antecesora, Gloria Saavedra; y claro está, no podía faltar la gráfica que fijaba para el recuerdo, la coronación de la especialísima candidata de Ingeniería Mecánica, de la sin par Jovita como “Reina de la Alegría”, con esa sonrisa de satisfacción infinita que le hizo olvidar todas sus lágrimas y sufrimientos. Se sintió plena, realizada, con su destino cumplido.

Y había más:

El suplemento traía en las páginas 14 y 15, otras sorpresas. La partitura de una marcha, en honor a Jovita, compuesta por una admiradora de Santa Marta, con una letra muy hermosa que rendía homenaje a la entrega por sus nobles causas; varias caricaturas “amables”; el boceto de un escultor con las especificaciones propias para levantarle un monumento en vida; y el guión de una obra de teatro, escrita por Rodolfo Salcedo Borrero y cuyo montaje se encontraba haciendo con los estudiantes del Teusaca, el teatro de la Universidad Santiago de Cali.

Jovita, sin saber qué hacer, lloró de felicidad. Cuando la tía Bertha le dio un beso para felicitarla no supo si Jovita estaba en la tierra o se había salido de su cuerpo, en un sueño de esos que hacían su vida.

**IMPRESIONES Y RECUERDOS DE LA VIDA DE JOVITA, EN
ALGUNOS EPISODIOS DE LA HISTORIA NACIONAL**

No se puede pasar adelante, en la Biografía de Jovita, sin tener en cuenta el efecto que el suplemento causó en ella. Después de almorzar y comentar con los Manrique las fotografías y los artículos de los periodistas, y de contestar muchas llamadas de felicitación de sus amistades, entre ellas la de Madame Marion, Violeta, Marujita, etc, se pasó toda la tarde y toda la noche hasta el amanecer repasando dos atados especiales de recortes de periódico que tenía: en un atado grande, amarrado con una cinta rosada, tenía recortes de sus reinados y coronas. Este grupo era más delicado y reunía, junto a algunas fotos familiares, otras en las que aparecía en distintas ceremonias y certámenes, recuerdos y postales, incluso algunas cartas y sufragios por seres queridos; pero tenía un gran número de ellos, a su vez envueltos en otros ataditos; por ejemplo, el de las postales de fin de año dedicadas a su mamá y algunas amigas especiales; el atado de las estampas de las primeras comuniones de sus compañeritas de la escuela y de algunos primos y familiares; el atado de estampas de la Virgen; el atado de las novenas; el atado de las recetas de cocina; el atado de algunas fotos de parientes desaparecidos, desconocidos para ella cuyos nombres ignoraba. También guardaba las guías para seguir la misa y contestar en la iglesia, o en ceremonias

religiosas especiales; el otro gran atado, un poco más voluminoso, estaba organizado a su vez en varios atados. El criterio que ella había seguido era el de un atado para cada periódico, principiando por el Relator, La Nueva Era, El Gato, El Espectador, El País, Última Hora, el Occidente, el Crisol, etc, pero a su vez formaba grupos por fechas, acontecimientos; entre estos estaban Las Jornadas de Mayo, de las cuales les había hablado a los estudiantes. Todo el mundo sabe lo ordenada que es Jovita.

La mayor parte del tiempo estuvo deshaciendo, viendo, contemplando las fotos de sus reinados, y volvía a hacer sus paquetes y a guardarlos. Con el segundo paquete iba contemplando especialmente la historia de sus causas en la vida pública. Este atado comenzaba con la copia al carbón, de una nota manuscrita dirigida al doctor Eduardo Santos Montejó, y tenía, pegada con un clip, la respuesta que éste le dio.

El presidente Eduardo Santos siempre le agradeció la nota de condolencia que Jovita le envió con ocasión del trágico desfile militar del 24 de Julio de 1938, cuando un accidente aéreo dejó 75 muertos. Lo mismo sucedió con una nota de felicitación que ella le envió al joven político liberal que representó a Colombia en la Conferencia de San Francisco que dio origen a la ONU, en 1945. Igual le mandó una nota de respaldo al presidente Alfonso López Pumarejo después del intento de Golpe de Estado, en 1944, por los días del asesinato del boxeador Francisco Pérez, conocido como “Mamatoco”.

Jovita conservaba copia de todas esas comunicaciones en sus cientos de recortes y periódicos; y se la llevaba bien, tanto con los liberales como con los conservadores. Durante una época que fue de sectarismos en Colombia, ella estuvo por encima de estas diferencias. El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, en 1948, la puso muy nerviosa. Jovita sentía el desasosiego de las contradicciones y los conflictos políticos y sociales, y se preocupaba con el verbo de los unos y los otros. Por esa época no se animó a meterse con las figuras de la política, aunque miraba con atención a Laureano Gómez, a Mariano Ospina Pérez. Por esos días comenzó a coleccionar ejemplares del periódico El País y exhibía con orgullo la primera edición del 23 de abril de 1950. Lo que sí hizo fue enviarle una nota de apoyo a los soldados de Colombia que en la fragata de guerra Almirante Padilla fueron a la guerra de Corea. Y vino el gobierno del general Rojas y Jovita se puso contenta por la traída de la televisión (1954), y la participación femenina en su gobierno. Ella tuvo enmarcada por mucho tiempo una fotografía de Josefina Valencia de Hubach, nombrada por Rojas, Ministra de Educación. Jovita se intranquilizaba con los conflictos entre la iglesia, los políticos, los bandoleros, los guerrilleros, el sindicalismo y el comunismo.

Jovita se puso aún más nerviosa el 7 de agosto de 1956 cuando hacía la una de la madrugada la despertó un brutal estallido; luego supo que siete camiones cargados con 42 toneladas de dinamita y estacionados frente a

la sede de la policía militar, la estación, el Batallón Codazzi, explotaron causando la destrucción de más de 30 manzanas barriales y la muerte de cerca de un millar de personas. Como muchos, Jovita estaba por la paz en su querida ciudad, y por eso le mandó una carta al general Gustavo Rojas Pinilla, pidiéndole que facilitara el entendimiento de los partidos y no volviera a tener tantos camiones cargados con dinamita, porque eran muy peligrosos; y que además no peleara tanto con los estudiantes, ni los mojara con esas mangueras de los carros de bomberos; que los incendios de sus ideas no se apagaban así.

Las noticias de un acuerdo entre liberales y conservadores, en julio del 57, la tranquilizaron. Jovita también opinaba de lo que pasaba y estaba por la terminación de la violencia. Esa fue una de las actitudes conciliadoras que más le gustó de Alberto Lleras Camargo. No le gustó para nada que cogieran preso a Guillermo Leon Valencia, el primero de mayo del 57, en Cali, ni que la policía le volviera a echar agua a sus estudiantes. No habían sido los bomberos voluntarios que eran sus amigos. En los recortes se veía a Jovita con los estudiantes. Eran las Jornadas de Mayo, en la que ella aparecía con la bandera de las ciudades confederadas acompañando a sus muchachos. De esa época venía su simpatía por los universitarios, pues ellos también tenían sus causas y los apoyaba. Sabía que había sido por la intolerancia con los estudiantes que al General le había tocado que irse de la Presidencia dejando una Junta

Militar encargada; y, como muchos, salió a la calle aquel día, y en la moto de don Luis, practicante de la Droguería Norte quien la invitó a festejar, recorrió la ciudad, de la avenida Sexta hasta la avenida Colombia, pasando por el Puente de la Cervecería, para volver a la Avenida Sexta, pasando por el Puente de los Bomberos, echando vivas a los estudiantes.

Entre sus recortes de 1958 tenía uno de sus preferidos, el del día 26 de Junio, cuando Luz Marina Zuluaga fue elegida Miss universo, en Long Beach, California.

Tenía fotos con todos los presidentes del Frente Nacional: con Alberto Lleras Camargo, con Guillermo Leon Valencia, con Carlos Lleras Restrepo, cuyas ideas de ayuda a los sin techo y a los campesinos sin tierras le atrajeron; y porque sentía que se hacía mayor y si no era él, qué otra persona la podía ayudar, si ya se le estan agotando las fuerzas, la oportunidad de sacar adelante su causa.

Aún así, con tan espléndido despliegue de su biografía ilustrada, y lo cuidadoso que estuvo el director en la selección de los materiales y los textos del suplemento documental, una frase volvió a incomodarla. La frase decía, ya para cerrar el artículo “que de esa manera le rendían un homenaje a Jovita Reina y Señora de Cali; que así reparaban las ofensas hechas por algunos cronistas y las heridas que tales agravios le habían abierto, y ahora si podría seguir su vida normal recibiendo el cariño y

admiración de los caleños, y seguir a sus causas, sueños y desvaríos”. “Cómo así, desvaríos”, se dijo a sí misma. ¡Esto hay que aclararlo, también!, pero ella no cayó en cuenta de esto ese día, sino mucho tiempo después, y con tanta felicitación que recibía, con ocasión de esta publicación, fue dejando pasar el asunto, reservando para otra oportunidad, la solicitud de rectificación perentoria que iría a hacerle al propio doctor Hernando Caicedo, propietario del periódico.

A donde sí fue el lunes siguiente, fue a la vieja casona del periódico El País, en la calle 10 con carrera 5^a, esquina, frente a la parte posterior de la iglesia San Francisco; subió al segundo piso a visitar a Margoth, a darle las gracias por una nota muy bonita que publicó con ocasión de su triunfo en la universidad. A Jovita le gustaba ir a visitarla porque también le gustaba entrar a la casona, sentir la frescura de su ambiente, y ver sus altos ventanales, las puertas de madera, el techo de teja de barro, el alero; aunque más que verla lo que le gustaba era sentirla con cierto olor a campo mojado. Lo mismo le ocurría cuando entraba a la iglesia La Merced, sin saber muy bien por qué, ni preguntárselo tampoco; eran sensaciones.

EN LOS ALMACENES “SI”

Tenía otra corona, pero no casa propia, y la casa seguía siendo su preocupación más sentida. No obstante que los estudiantes le habían prometido ayuda y le dieron para el arriendo de ese mes, juntica la mensualidad, en billetes de a peso -¡cosas de Bruno!-, Jovita se mantenía inquieta y no dejaba de hacer sus contactos. Aunque no había vuelto a sorprender a las niñas en su pieza, se mantenía con “esa” desconfianza. Era otro motivo para sentirse desgraciada, que se resolvía en el primero: el arriendo. La casita era la solución. Tenía que visitar al padre Correa, al padre Alfonso Hurtado Galvis, a José Pardo Llada -que últimamente había mostrado interés por ella-, y convencerlos de que debían ayudarla, hacer equipo, que era necesario apelar a varias personas.

En los días que siguieron a la semana universitaria no dejó de ir ni un sólo día a visitar a sus juveniles súbditos, les daba un saludo, ellos amablemente la molestaban, y seguía al Reino de la Calle, a sus múltiples diligencias y compromisos.

Circunstancias especiales favorecían su vanidad. Se sentía plena: las fotografías que le tomó Fernell gustaron mucho y le dieron repetidas ocasiones de verse publicada; el Maestro Grau fijó la inmortalidad de Jovita al conjugar su genio artístico con la figura queridísima de la divina orate, en quien, luminosos, se fundieron los colores de su paleta tropical.

En la sede principal del Banco de Colombia de Cali, en la calle 11, diagonal a la Catedral de San Pedro, se exhibía el inmenso lienzo bellamente enmarcado. La gente buscaba entrar a contemplar tan hermosa pintura, en la que podía apreciarse sus ojos vivos, su misteriosa fuerza; es decir, su alma, en una composición llena de ternura y romanticismo. Parecía la Loca de Chaillot, indefinible, entre la realidad y los sueños, poblada de flores, mariposas, aves y fantasmas. En los puestos callejeros los vendedores ofrecían el afiche de Jovita con orgullo; en los clubes sociales, en los griles la ponían; en las casetas estaba; y ella misma, en un asiento de madera muy alto que utilizaban para vigilar, se destacaba en el “Almacén Sí”, de donde personalmente los ofrecía y autografiaba. A Iris, a Alba, y a Luz les gustaba forrarle el alto asiento con retales de las telas más vistosas, o con hermosos estampados, los cuales caían al piso cubriéndolo totalmente, y entrecruzándose con los flecos de un cojín persa que le ponían para que estuviera más cómoda, con lo que Jovita parecía, al natural, como el cuadro de un pintor impresionista, seducido por todos los colores que tenía el surtido de los almacenes.

La tía Bertha buscó el crucigrama que venía en el periódico, y doblando el periódico en una sola página, lo extendió sobre la mesa del comedor; fue y buscó el Nuevo Diccionario de José Alemany, le sacó punta al

lápiz, con un sacapuntas pequeñito de color rojo, y se sumergió en sus búsquedas, consiguiendo, en cada hallazgo, un verdadero placer. Este espacio del periódico le encantaba, la distraía, y lo hacía siempre que tenía la oportunidad; era su pasatiempo preferido; pasaba horas enteras entretenida, hasta que de nuevo la reclamaban los oficios caseros, o debía salir al centro a hacer alguna vuelta. Ahora buscaba un nombre de animal que tuviera todas las vocales, correspondía a la columna vertical; y en la horizontal, le pedían, al lector, un nombre de persona que tuviera todas las vocales, y la intersección de las columnas ocurría en el encuentro de la “e”. Alguna vez, cuando era niña, se aprendió el nombre del animal - sabía que un mamífero las tenía-, pero en ese momento no lo recordaba; el nombre de persona le era totalmente desconocido. Se levantó y llevó a la mesa el directorio telefónico y recorrió numerosas páginas hasta que tuvo la alegría de encontrarlo, y sonrió; entonces tuvo la satisfacción de escribir “Aurelio”, y se sintió feliz. Concentrada en buscar el nombre del animal se despreocupó de “Cucky”, y el pequinés se había ido a la parte de atrás de la casa, al patio, y junto al paral de la puerta de la habitación de Jovita levantó la pata y se orinó. No fue una orinada larga sino cortica; la repitió tres veces, con un chorrito amarillo que sin embargo formó un charco hacia el centro de la puerta.

Jovita había visto al perrito, a ese “cusco currutaco” orinarse junto al paral de la habitación de las niñas, tres días antes y se preocupó

muchísimo de que fuera a hacer lo mismo en su pieza. El día en que lo descubrió orinándose sintió un desagrado y un fastidio tan grande que se quitó el zapato y se lo tiró a Cucky, pegándole en las costillas; el animalito se encogió del dolor y chilló de una manera tan lastimera que se escuchó en el cielo de los perros, pero no lo alcanzó a oír la tía Bertha que estaba enfrascada en una conversación por teléfono. Fue la propia Jovita la que la enteró de lo sucedido. La tía terminó su conversación, fue a ver lo sucedido, mientras Jovita rezongaba y hacía advertencias y amenazas de lo que haría si esa “fierita cochina, se atrevía a ir a orinarse a su habitación”. La tía fue por el trapeador y secó la orina, tranquilizando a Jovita, diciéndole que “eso” no iba a pasar; que no exagerara; que ella iba a estar permanentemente atenta y pendiente; que le aseguraba que nada iba a pasar. Jovita poco convencida se encerró en su habitación, y la tía Bertha en el lavadero, asumiendo toda la responsabilidad que le correspondía, lavó el trapeador con desinfectante y lo paró con los trapos hacía arriba.

La tía seguía metida en su crucigrama cuando llegaron las niñas del colegio; el tema del sustantivo no la soltaba. Se levantó a abrirles la puerta y aprovechó y le hizo la pregunta a Rubi, y Rubi no supo la respuesta. Damaris se despedía de Yolanda, y al entrar la tía le preguntó, y la niña le dijo: “¿Qué me da, si le digo?”. “Un beso”, le dijo la tía. “No; no. Yo quiero algo”, dijo Damaris. “Te hago chancarina”, dijo la tía.

“Bueno”, aceptó la niña, y enseguida le dijo: “murciélago”. La tía repitió la palabra, identificando y contando las vocales. “Sí, sí”, dijo. Lo escribió y cruzó las dos palabras, avanzando en el crucigrama. “Trato hecho, nunca deshecho”, dijo Damaris; y agregó: “Tía, me debe mi chancarina; ¿cuándo me la hace”. La tía le dijo “mañana”; y le preguntó a la sobrina si sabía otra palabra, un nombre de persona; y Damaris le dijo que no; y la tía le dijo que Aurelio; y Damaris identificó y contó las vocales, y le dijo que sí, que..., que bien...

-¡Galletas costeñas! ¡Barquillos!

-¡Barquillos! ¡Galletas costeñas!

-¡Galletas! ¡Barquillos!

Pero Cucky volvió a orinarse en la puerta de la habitación de Jovita, y todas las promesas de la tía no fueron más que eso, promesas, y los temores de Jovita se cumplieron, y quedó, sobre los mosaicos amarillos y verdes del corredor, el charco de orines, y ese olor que no dejaría de reconocer Jovita.

Muchos días después Bertha le diría a su hermana que no se podía controlar las necesidades fisiológicas de los seres humanos, y aunque doña Elvia le observó que Cucky no era un ser humano, ella insistió en que esas eran necesidades primarias, naturales y que no era motivo para tanto escándalo. ¿Cuál escándalo?

Era de verla llegar por ahí a las tres de la tarde, hora en que el personaje célebre de la 12 hacía su aparición en el umbral del almacén y se dirigía a su trono de granadillo y popelinas.

-¡Hola niñas!, ¿cómo han estado?

-Bien. ¿Y usted, Jovita?

-Con mucho calor. ¡Ay qué calor! Están haciendo unos calores sofocantes.

-Este es un sol de lluvia.

-Bueno, ¡hablen menos! A trabajar, ¡que para eso les pagan!

-¡Uy! Tan mandona que vino –dijo Mabelle.

-No rechisten y atiendan a la señora que se va a ir sin comprar.

-Pero, Jovita –reclamó Inés, con cariño.

Su presencia alegraba a las empleadas y daba al almacén un aire típico que atraía a muchas personas, no solamente por su surtido abundante y variado de telas de lindas pintas y colores, sino por el magnetismo de la Reina de Todo, que se traducía en esa chispa de humor, en ese tributo folclórico, con el que indefectiblemente el pueblo la distinguía. Allí sentada en ese asiento altísimo, de flecos y colores, a Héctor le recordaba la Pobre Viejecita, de Rafael Pombo, aunque era bien cierto, otros eran sus males.

-Vea, Jovita; quieren comprar un afiche –dijo Luz Marina.

-¡Téngalo!

La viejecita miraba atenta, desde su “palco”, como Héctor llamaba al nuevo sitial de sus dominios.

-Atiendan bien, señoritas, que si no, le digo a don Eduardo.

-¡No, Jovita! ¿Cómo va a hacer eso? –la regañó Alba.

Desde la altura vio entrar un par de muchachos, que le desagradaron. Tenían el pelo revuelto, la cara grasosa, la mirada sucia, la camisa por fuera. Tendrían unos 22 años, como esos muchachos que se ven por ahí abandonados de sus familias que inician la vida haciendo fechorías; de los que después aparecen en El Caleño, en las páginas judiciales de los periódicos. Les siguió sus movimientos: le parecieron sospechosos. Ahora su sede era una atalaya.

-¿Jóvenes que van a comprar? –les preguntó, y éstos al oírla, la miraron, dieron media vuelta y se fueron.

-Fresca, líchiga, que ya nos pisamos –masculló uno al salir.

-Véa, Héctor –lo llamó Jovita-; no se descuide que esos que van ahí tienen pinta de atracadores; seguro quieren robar algo. Me dieron mala impresión.

Jovita notó que uno era más pequeño que el otro, aunque más grueso y fornido; y que el más alto era algo cojo y no tenía uñas normales, sino largas y negras, puntudas, como de chucha.

-No eche tanto lente que se va a quedar ciega ¡Cómo estás de linda, mamacita! ¡Belleza! Pero lástima que tenga la media rota –dijo Héctor.

-Rota, no. Sólo un puntico (Y la buena de Jovita tenía medio talón afuera).

Alba, Nelly, Deyanira, Esther, Blanca, Luz, Esperanza, Iris, Inés, Francia, Mabelle, etc., todas las vendedoras atendían a los clientes, extendían los cortes sobre el mostrador intercambiando frases con ella y con las compradoras; conversaban, y así iba pasando la tarde con el regalo de sus ocurrencias.

En algunos momentos las empleadas la notaban como pensativa, o la veían fumar con la pierna cruzada, echando el humo con aire de incontrolable grandeza, exageradamente salidas las enaguas. Los empleados la molestaban.

-Está buscando novio –dijo Héctor.

-¿Eso pa' qué? –dijo Jovita.

-¿Entonces pa' qué muestra las enaguas? –insistió Héctor.

-¡Atrevido! ¡No sea indecente! No mire a las damas si no lo puede hacer correctamente –dijo Jovita.

-¡Uy! Pero no se'noje –dijo Héctor.

-¡Respete! O llamo a don Michell –dijo Jovita subiendo de tono.

-A ver si nos cuadramos; ¿cuántos años tiene? –dijo Héctor.

-¡No sea indiscreto! ¡No sea atrevido! Voy a decirle a don Micho – protestó Jovita.

-No se deje, Jovita –dijo Esther.

-¿Cuándo salimos, mamita? –propuso Héctor.

-Qué voy a salir con usted –dijo Jovita.

-¿Por qué, Jovita? – intervino Francia, para motivarla al diálogo.

-No niñas: primero hay que ir a la iglesia –dijo Jovita.

-Pues si así lo quiere, la llevo primero a la iglesia –dijo Héctor.

-Ni lo piense. Yo qué me voy a ir a casar con usted. Resulta chillón en el atrio. Si he rechazado propuestas más interesantes de políticos importantes de Bogotá y de Cali, para no hablar de personas de alcurnia, de condes y príncipes que me han cortejado –zanjó la conversación Jovita.

Afuera se escuchaba la campana del carro de Emsirva.

-Deyanira, cerciórese de que hayan sacado la basura –dijo Héctor.

-Sí, señor –dijo Deyanira.

Cuando iban a dar las cinco se bajaba del “palco”, se daba un paseo dentro del almacén o subía a saludar a don Michell Daccach, su propietario, su querido protector libanés, y luego salía al mundo de la sucesión de sus pasos, que algunos días antes de regresar a su casa, la llevaban por el barrio Granada con sus cadmias olorosas. A veces se paraba a observar al petirrojo cazar bichitos; cazaba y volvía a la rama de

los árboles o a las cuerdas de la energía. Siempre pensaba que la corriente los podía matar y se alegraba de que no fuera así. También se detenía a contemplar al bichafué, con su pecho amarillo y su raya blanca en la cabeza café oscuro, que cantaba tan fuerte y que lo había oído cantar desde que era niña, porque también había pechiamarillos en el Bolo-Alisal, y en Palmira y en todo el Valle. Así se entretenía en sus calles de regreso hasta que la noche caía anunciada por esa insinuante hora azul que la precede.

LA COLINA DE SAN ANTONIO

Cierta tarde en que Jovita salía de visitar a la modista llegó hasta la carrera cuarta, por donde quedaba la tienda El Cairo, por la espaciosa casa de don Jorge Isaacs, y el monumento al poeta Isaías Gamboa, subió las gradas junto a la casa de cal y viejo zinc oxidado, con su cenefa vinotinto al guardaescoba del corredor de mosaico, del señor Motato –el viejo talabartero-, y llegó a la cuesta final de la colina cuyo camino terminaba en la puerta de la bellísima capilla de San Antonio. Entró y rezó un Padre Nuestro y un Ave María. En la pequeña iglesia saludó a varias monjitas que susurrantes rezaban el rosario, y salió. La brisa refrescaba la tarde y movía las ramas de los carboneros florecidos y de los verdes chiminangos. Jovita respiró profundamente, y se acercó al borde del talud de la colina: a sus pies estaba su querida ciudad, con sus hileras de tejas rojas, bajo un cielo azul tenue y despejado. Ella ama subir a la colina desde que conoció la ciudad, y no falta los 29 de Junio, día de San Pedro y San Pablo, para ver a los ahijados, “correr las macetas”, que les regalan sus padrinos. Le encantan las macetas, con sus ricos alfeñiques de formas diversas, de frutas y animalitos, con sus cintas de colores, banderas y las hélices o mariposas de papel, que los pequeños hacen girar en sus juegos y carreras. Tiene muchos recuerdos bonitos y guarda en su corazón bellas experiencias con sus sobrinos y los niños de

sus conocidas; pero “de lejitos”, porque esos niños “van creciendo, se hacen unos muchachos muy fregados y hasta maliciosos, y ya cuando están grandes, uno ni sabe como tratarlos”. A Jovita siempre le pican los pensamientos en sus andanzas callejeras, pero allí, parada, estaba taciturna, en paz con Dios, agradecida de la vida; aunque, latentes, otras preocupaciones tenía.

Unas señoras que habían ido a la capilla la vieron y dijeron “Es Jovita”.

-¿Qué piensas tu, que piensa Jovita?

-Yo pienso que ella piensa que es la reina.

-Sí; ese es su estado; pero ¿en qué estará pensando?

-Te digo que yo pienso que ella piensa, que es la más bella y hermosa de las reinas.

-¿Por qué no le preguntamos?

-Desengáñate de cualquier otra posibilidad, ella esta pensando en sus “realizaciones”.

-¿Qué son “realizaciones”?

-Pues en las cosas de su realeza...; es decir, de su reinado.

-Ahí sí, ya no te entiendo; vamos a preguntarle.

Jovita había permanecido quieta, contemplando la ciudad, escuchando el rumor de los carros, disfrutando de su emoción citadina.

-Hola, Jovita.

-Hola.

-¿Cómo ha estado? –preguntó la más interesada en conocer su pensamiento.

-Bien, gracias a Dios –dijo Jovita.

-¡Bonita tarde! –dijo la otra.

-Sí –dijo Jovita.

-Y fresca –dijo la interesada.

La brisa levantó las faldas de las señoras, y las tres se pegaron el vestido con la mano derecha a los muslos. Pasó un vendedor ofreciendo gaseosas. Jovita dio muestras de querer despedirse, mirando hacía la capilla.

-¿En qué piensa, Jovita? –dijo, directa, la interesada.

-La verdad; estaba empezando a contrariarme.

-¿Por qué?

-No sé si tengo más rabia o más nostalgia.

-¿Por qué?

-¿Es que no ven ustedes como desviaron el río, rellenaron el Charco del Burro, tumbaron el cuartel del Batallón Pichincha y demolieron El Amparo donde quedaba el Seminario Conciliar de la antigua Diócesis de Cali? ¡Están acabando con la ciudad! ¡La gente no ve nada!

-A mí me dio mucho guayabo ver tumbar el Seminario –dijo la otra.

-A mí el cuartel. ¡Pa'qué!, pero la verdad es que a mí si me dio tristeza que tumbaran el cuartel. Ojalá aprovechen el terreno y construyan algo que valga la pena. Allí creo que van a levantar el edificio para la alcaldía
-dijo la interesada.

Jovita volvió a mirar el camino a la capilla, y fue buscando hacer el regreso. En un segundo había cambiado su estado de ánimo. Al despedirse de las señoras se le notaba más la rabia que la pesadumbre.

-Voy, ya mismo, a decírselo al padre Hurtado Galvis.

-Adiós, Jovita -dijo la una.

-Adiós, Jovita -dijo la otra.

-Adiós.

La vieron bajar las gradas que dan a la calle, en las cuales termina el camino, y comentaron:

-¡Cómo está de flaca!

-Es la misma de siempre.

-Caray, lo que le preocupa.

-Te voy a decir que no conozco una persona más solidaria y humana; ella sabe muy bien las acciones que debe emprender, los papeles que debe cumplir. Tu querías saber qué estaba pensando, y lo que tenía para decir, te lo dijo.

-Pero no me vas a decir que no está hecha un rejo; ¡que flacura, mijita!

-Ella cumple la palabra; te aseguro que va y le dice al Padre.

-Pero ¿qué puede hacer una mujer pobre y sola contra la arrolladora modernidad? ¡Nada! –dijo la interesada-. No tiene nada para oponerse a esa maquinaria; ¿cuáles son sus armas? Ninguna; es una vieja desvalida e inerme. Tenemos más nosotras que tampoco tenemos nada. ¿De qué le puede servir la amistad del padre Hurtado para mantener los edificios viejos de una ciudad que ya se fue? No, los tiempos cambian y el Cali Viejo ya pasó. Fue mejor prolongar la Avenida Colombia, y hacer las obras de adecuación, que mantener ese charco ahí para que se bañen los gamines. La importancia del río Cali ya pasó; ahora le toca a Pance.

-No, querida, en cuanto a “Jovita y sus causas” sí no estoy de acuerdo contigo. Las armas de Jovita son muy fuertes. Principiando que ni siquiera se ven; lo más importante es su compromiso con sus ideas, su voluntad, su disposición. Ya verás como arma su debate y motiva a la gente que tiene que ver con el asunto. Te acordarás de mí; siempre lo ha hecho así. Las armas de Jovita son invisibles dependen de la fuerza que la ánima, de su entusiasmo, y porque busca el bien y no le hace daño a nadie. ¿Qué es una locura pelear así, en el vacío y contra los nuevos intereses? Sí, lo sé; pero es que en todas las épocas hay enemigos escondidos. Esos son los fantasmas con los que pelea Jovita. Con decirte que cuando estaban demoliendo la iglesia del Amparo, bajó corriendo las gradas que dan a la callejuela en tierra, y las viejas edificaciones de ladrillos, ansiosa, como si no fuera a alcanzar a llegar, y se puso a pelear

porque descolgaron las campanas y estaban echando al piso el campanario. Allí estaban los obreros, los ingenieros, los arquitectos, pero el verdadero enemigo no estaba en el país. La tuvieron que sacar a la fuerza, entre varios, y muchos periodistas y locutores le dieron la razón. Eso salió en el periódico y todo. En la foto estaba frente a una grúa y un maquinista grandote, con un casco amarillo, la tenía cogida del brazo. Ella solita dio esa pelea, y muchos, después, se le sumaron a su causa. Eso no lo hace cualquiera; se necesita ser líder y tener convicción, compromiso, entrega. Y aunque le dolía el brazo que le cogió el maquinista, y estaba apesadumbrada por ese combate, cuando la entrevistaron por la radio habló segura. Les contó a los radioescuchas que le había dicho: “Hay lugares sagrados que se deben respetar; el templo es la casa de Dios”, y que el maquinista le dijo, que a él no le importaba eso; que eso no era problema suyo. Ella dijo que le había advertido “que eso era pecado, y lo podían excomulgar”, y que ese señor se quedó tranquilo, como si no la oyera; que un ingeniero al final, tuvo el atrevimiento de decirle “dizque me fuera con mi misa para otra parte”. Y que lo que iba a hacer era irse de allí “a hablar directamente con el capitán de los bomberos”. Me gustó mucho porque hizo todo lo que pudo.

-Yo si no le como cuento.

Se les pasó el rato conversando sobre Jovita.

El primer lucero apareció en el firmamento y las señoras regresaron caminando al barrio El Peñón. Aún no era de noche; empezaba a oscurecer.

CUENTE, ¡CUENTE, POR FAVOR!

Unos días después Jovita iba por la calle, más que olvidada de los sucesos, contenta, a tono con la armonía universal. Había pasado una buena noche y todas las cosas le habían salido bien; la mañana era estupenda, luminosa y, aunque cantaban las cigarras, no hacía un calor agobiante sino ese agradable clima caleño, que el trópico en abundancia le regala a la vida en estas latitudes. Iba del Centenario al centro, cruzando el río por El Puente del Peñón. Tralará, camina Jovita, tralará, doremifasol – solfamiredo. Lalá, Jovita va, sigue que sigue, sigue, la, que se alcanza y va. La falda ondea en la baranda, do pasa Jovita; re, sola, solfa, mi, re, do, y pasa y llega, tralará, al parque; la, la, la, de la Sagrada Familia; sigue que sigue, sigue, que se alcanza, Jovita, la la la; y sube a la carrera cuarta y baja entre Isaías Gamboa y Jorge Isaacs, solfa mi redo, doremifasol, bajo el tibio sol de las cigarras.

-Adiós, Reina.

-Adiós, Jovita.

-Adiós.

Tlín, suena la registradora del bus azul que toma en la calle 2ª. Todo se silencia, no oye el ruido de los carros, no ve a la gente, se ha interiorizado. Se pasa del paradero; se baja. En un semáforo canta y canta un cucarachero. Camina, tralará, al medio día, de solfamiredo, y llega a

Santa Rosa, donde los vendedores acomodan amorosamente los viejos libros: el Tesoro de la Juventud, la Divina Comedia, la Comedia Humana, El Quijote, El Mercader de Venecia, El Último Mohicano, La Vuelta al Mundo en Ochenta Días, María, El Alférez Real; tienen sus lomos rojos, verdes, amarillos, azules, blancos, negros. Mientras Jovita pasa su mirada por los colores de los lomos de los libros, la hija del librero, llena de aire, sopla un arito que sumerge en un vaso de agua con jabón Fab, y hace y suelta burbujas al aire, que copian los colores al medio día de sol. Parecen racimos de uvas, de delicado cristal, leves, etéreas, suavemente suspendidas, que se reparten en todas las direcciones, brillan, y se deshacen en finísima llovizna que antes de caer ya es invisible en el olvido.

-Adiós, Reina.

-Adiós.

-Adiós, Jovita.

-Adiós.

Y sigue por la gris carrera 10, hasta la calle 13, donde su amiga florista le regala un ramo de claveles rojos. Jovita baila en un solo pie, y gira sobre sí misma y los ojos le brillan de alegría, y le canta el pecho, doremifasol; sol, sol. Comienza a calentar el sol, y solfami llegó, la andarina callejera con vestido de flores, balaca verde, tacones y cartera, y ese ramo de claveles rojos en el brazo doblado pegado al pecho.

Jovita almorzó en su habitación. A las cinco salió; en la casa sólo está Rubi.

-¿Qué silencio es éste?

-Fueron a hacerle unos exámenes al niño, que le mandó el médico, porque está tosiendo mucho. Ya deben de estar por llegar.

-¿Ah?

-¿Jovita, quiere una naranjada?

-Bueno, hija.

Rubi va a la cocina, le sirve un vaso, y se lo coloca en la mesa del comedor. Allí se sientan a conversar.

-¿Verdad que usted conoció a los fundadores de la ciudad?

-¡Uyy! ¡Que cosas dice esta niña! ¿Cómo va a ser? Ni que yo hubiera inventado el modo de andar a pie, o fuera más vieja que la panela.

-Mi profesora dice que cuando usted era chiquita la Plaza de Cayzedo no estaba pavimentada, que no había taxis sino coches tirados por caballos ¿verdad?

-Yo no soy un vejstorio, mijita; que me tocó la “Bella Época”, pero eso es algo distinto. Esa fue una época muy linda.

-Cuénte, ¡Cuénte, Jovita!

-¿Qué quiere que le diga?

-De esa época

-Bueno, por hoy no más, porque a mí no me gusta estar dando cátedra; que esa es cosa de viejos o de profesores, y yo no soy ni lo uno ni lo otro.

-No, no, cuente; ¡por favor!

-Eso lo sabe todo el mundo.

-Mi mamá y mi papá no son de aquí.

-Pero eso lo sabe todo el mundo.

-Usted sabe más de Cali.

-Lo que le puedo decir es que la primera vez que vine a Cali, todavía vivíamos en el Alisal. Recuerdo que vinimos, mi mamá y Saturia, a visitar a un tío abuelo que vivía en el Bayano. La gente usaba sombrero, y casi todos se vestían de negro o de vestidos caquis y camisa blanca; mucha gente andaba descalza y no llevaban sacos, ni chaquetas, sino ruana. La gente utilizaba los coches y los buses escaleras; los ricos si tenían sus carros y berlinas. Para mí, que venía de un pueblito, lo más interesante era el ferrocarril y la luz eléctrica. Los bomberos eran los que más me atraían. Eran divinos, siempre han sido los más churros y la gente los ha querido mucho, porque hacen el bien; son gente buena. Me fascinaba oír la sirena a las doce; me iba entrando una alegría que no sabía qué hacer. Un amigo rico de mi tío tenía victrola; de ahí nació mi gusto por la música, que antes era con tiples y guitarras. Yo todavía conservo unos discos viejos de esos; acetatos, como le decían; gruesos, pesados, pero que en su tiempo sonaban riquísimo. Tengo La Guabina

Chiquinquireña, Los Cucaracheros, La Balsa, Bésame Morenita, El Cometa, y también el Ron de Vinola; en una caja de esas de jabón de coco Varela, los tengo guardados. Mijita, es que el mundo que yo viví está desapareciendo, y son tantos los cambios, que ni uno mismo tiene memoria.

-Cómo así Jovita –dijo Rubi.

-Es que no había radios; después vinieron los Philips de tubos, luego los transistores, y todo eso que hay hoy. Le cuento que me tocó ver el primer programa de televisión y ¡tanta cosa!

-¿Cuándo fue eso?

-¡Uy! ¡Uy! Eso hace mucho, pero tampoco tanto; lo que pasa es que las cosas nuevas son muchas.

-Sí, pero, ¿cuándo?

-Por allá en los años veintipico creo; pero es que ya no me acuerdo bien; porque la vida era muy distinta.

-¿Cuándo cambió?

-No, niña no pregunte tanto, que me está cansando. Eso fue a causa de la explosión. Todo cambió esa horrible noche.

Los ojos se le pusieron rojos y le fue dando como rabia y tristeza a la vez, como si estuviera viendo hierros retorcidos, paredes destruidas, un par de botas quemadas, restos humeantes, y se fue quedando callada. De pronto se levantó y se fue sin decirle nada. Se encerró en su habitación.

La primera que regresó fue la tía Bertha, y Rubi le contó la conversación con Jovita y cómo había cambiado al recordar la explosión, y le preguntó por eso de la horrible noche. La tía Bertha le dijo que ella no sabía, pero que había oído, que era algo que le había pasado a los caleños, pero tan indefinido como eso “Del Tiempo del Lobo”, o “Del Tiempo del Ruido”. Rubi se quedó en las mismas.

TESOROS ESCONDIDOS

El día sábado al amanecer prendió la luz y se quedó recostada contra el respaldar de la cama. Era todavía temprano y escuchaba el ruido de la ducha, largo, con cierto abandono, como las niñas solían hacerlo. Enseguida descubrió una hilera de hormigas que se movían por la pared, y se dio cuenta que iba hasta su nochero; eran las hormigas que entraban y salían del azucarero. Volvió a recorrer el camino de las hormigas, y se atemorizó al ver la lagartija en la pared; le impresionó su aspecto viscoso, sus ojos brotados, el torax ancho, la cola corta, su quietud, su inmovilidad.

Así transcurría su vida, a la que tuvo que agregar otro sobresalto. ¿Qué fué? Ocurrió que en la casa de su querida amiga del Peñón, donde guardaba su corona mientras podía conseguir el dinero para las incrustaciones, hicieron un robo.

Jovita había ido a visitarla y ese sábado, como todos los sábados, Maruja había arreglado especialmente las flores y los fruteros de la casa. Le gustaba hacer un florero con un ramo campesino de lirios, anturios, dalias y astromelias, que ponía en el bifé; y otro en el que invariablemente ponía sus queridas hortensias, que colocaba en la mesa de la sala. Doña Maruja hacía, también otros dos fruteros: uno grande, en la cocina, en el que le gustaba lucir las papayas verdes y pintonas, con melones, zapallos

y zapotes; y, el otro, con naranjas, mandarinas, caimos, duraznos, granadillas, chirimoyas, manzanas verdes, amarillas y rojas, curubas y tomates de árbol, que iba variando según las estaciones, y ponía en la mesa del comedor. Las frutas y las flores lucían sus colores alegrando el ambiente de la casa como vivos bodegones.

Después de saludar a su amiga, dio una vuelta por la casa viendo los arreglos y se sentó sobre el tapiz de la sala, recostada contra el sofá. Jovita miraba los arreglos y sentía una gran emoción al verlos; se levantó y tomó una mandarina. Doña Maruja le ofreció un plato mediano y ella se puso a pelarla con la mano. Le gustaba la mandarina pero siempre se le dificultaba quitar las pepas y terminaba por escupirlas al cuenco de sus manos, algunas rodaban por el piso pero ella no las recogía inmediatamente; otras sí las levantaba, con cierto fastidio porque se le pegaban en los dedos. Doña Maruja comprendía muy bien el gusto y las dificultades de Jovita con las mandarinas y no se mortificaba por ello. Jovita estaba relajada, con las piernas estiradas y doña Maruja vio los pelos que la crecían en las piernas. Jovita lo notó y le dijo: “A mí no me gusta depilarme”; se levantó, recogió las pepas, llevó el plato a la cocina, y de regreso se sentó en el sillón.

-Si uno se afeita las piernas con cuchilla, los pelos crecen más fuertes – dijo Jovita.

-Además se puede cortar –dijo Maruja.

Doña Maruja se tomaba su tinto, y contó que los ladrones se habían entrado a robar a la casa el miércoles. La noticia salió así, fluyendo en la conversación, pero cuando Jovita cayó en cuenta de lo ocurrido se levantó como un resorte y preguntó por su corona.

-No se la llevaron.

Jovita descansó, exhalando un profundo suspiro.

-Démela, ya.

Tenía que guardarla en otra parte, porque si los ladrones volvían, corría el riesgo de que se la llevaran.

-¡Y luego no tiene con qué pagármela!

-¡Déjese de esas ideas! ¡Qué van a robar más!

-¿Qué no?

-No, mujer. Esas son ideas tuyas.

-Se dan cuenta que está aquí y se la llevan.

-¿Por qué se la van a llevar?

-Esta casa es insegura. Aquí está en peligro.

No terminó de tomarse el tinto. Cogió la corona, la envolvió en unas hojas del suplemento dominical de El País, y se la llevó para su habitación. Esa tarde la tía Bertha escuchó golpes raros contra el suelo del cuarto.

Jovita pidió permiso, esa noche después del noticiero, para ver un programa de música colombiana que estaban presentando en la televisión.

-Siéntese Jovita –dijo doña Elvia.

-Gracias –dijo Jovita.

-Póngase cómoda –dijo doña Elvia, levantándose a quitar el ropón y a arreglarle la cama al niño.

Las niñas jugaban “quemado”, en la calle con sus amigas.

Chíngui-chíringui; chíngui –tarareó Jovita, siguiendo los arpegios de las cuerdas del tiple.

-¿Le gusta?

-Nuestra música es divina; es color para los oídos; arrullo para el alma; armonía para la vida.

Doña Elvia como Jovita disfrutaba del programa, en especial el tema de La Sombrerera, Los Cucaracheros, Las Brisas de Pamplonita, Negrita y de la selección que esa noche interpretaban.

-A mí la canción que más me gusta es “Piquito”, de las hermanas Padilla.

-A mí “Las acacias”, aunque sé que es muy triste; pero, pa’que; es la ley de la vida.

La gente dice que Jovita enterró la corona en el piso, levantando una baldosa que estaba floja. Jovita tenía muchas coronas, ¿cuál escondería?

CALI VIEJO

Porque nuestro personaje está hecho de brozas y no de razones –según dijo alguno-, la multitud de sino trágico se burlaba de ella riéndose de sí misma, caricaturizando sus propios ideales. Pero, ¿cuál era, exactamente, su papel, y el que le toca a cada uno? Otras personas la juzgaban avivata y fingida, valida de sus pretensiones, indumentaria, flores, colorido y abalorios; embaucadora. Y no faltaba la opinión de quienes, habiéndose familiarizado con ella, la encontraban tan compenetrada con la ciudad que la veían como la personificación de sus costumbres. ¡Ah! La joven, jovial, Jovita, que envejecía en su cuerpecito delgado y valiente.

Vino de Palmira, a la ciudad Santiago de Cali, en épocas que los nuevos habitantes ignoran cómo eran y sentían, pero que, finalmente y por tradición, nos legaron a Jovita; venía de aquellos tiempos que reposan en los baúles de los abuelos. Se viene de golpe su nostalgia cuando en las fiestas de diciembre aparecen los gigantes y cabezudos del Caliviejo de cartulina, con uno o dos personajes típicos rezagados, que todavía cumplen su papel de juglares. Y allí, halagado, por supuesto, nuestro personaje, saludando.

¡Oh, sí es Jovita!, la loca, la avivata, la buena soberana de todas las cosas, la que va viviendo ese día de gloria. Tiene la sensación de sentirse

existiendo por todas partes de su ser y trascender a las demás, permeándolas de las emanaciones de su energía. Cada día es Panjovitista: la gente, las calles, los carros, los buses, las casas, las fábricas, los objetos, las tiendas, las telas, las aves, el valle y el cielo, el río, todo existe por ella y nada más que por ella. No ve personas, sólo ve gente; no distingue amigos ni enemigos, sino multitudes y, al sentirse ovacionada, delira, recorriendo los lugares, con paso rápido y sostenido, hasta que llega el momento de despedirse y volver a los asuntos; entonces recordando aquella ofensa infaltable (“de tener un hijo espurio”), va a la iglesia en busca de refugio y reposo. El conocimiento de este insulto popular fue lo que movió a Alfredo a bajar aquel dibujo que la presentaba en avanzado estado de gravidez, capaz de sumirla en una tristeza impresionante, que sólo ella sabía cuánto la hacía sufrir, y que, para su mal, constantemente se lo repetían.

La misma razón de circo tienen los que se sienten cuerdos de preferir, a los que llaman locos, para la inauguración de los carnavales; después de todo, ¿no es muy humano reír del payaso, y que el payaso se ría de nosotros? ¿Y que todos ríamos, los unos de los otros? Ese honor en muchas ocasiones se le otorgó a Jovita: abrir la plaza de toros en una importante corrida de la fiesta taurina de la ciudad, en diciembre, vestida de sevillana; dar el saque, en clásicos del fútbol regional, en los acalorados y vibrantes enfrentamientos entre el América y el Cali. Eso sí,

se mantenía a prudente distancia de tomar partido “que gane el mejor” – decía-. No se comprometía ni con la “Amenaza Verde”, ni con “Los Diablos Rojos”, y saludaba a las barras con el mismo entusiasmo y simpatía. ¡Cuántas veces se le ofreció un astado en la del Cañaveralejo para alegrarla, tocando la fibra bufa del sentir popular, o se la invitó a participar en parodias folclóricas que ella aceptó gustosa! Todo lo soportaba, menos el insulto a su virginidad, ni a sus modales de gente bien.

Desempolvando los álbumes y portafolios que yacen entre nosotros, cubiertos por la difusa pero cierta acción del tiempo, podríamos conocer los antiguos personajes que compartieron el mismo destino de la Inquilina de los Manrique. ¿Quiénes eran? Algún amigo de los corrillos, ya de edad, trae en sus apuntes los nombres de Agustín González (“Te capo”), Francisco Montoya Pérez (“doctor Yotecuro”), Ernesto Bustamante (“Pellejera”), Boquetúnel, Zeppelin, Riverita, Pachito Zorrilla y otros. Todos han ido desapareciendo y muchas anécdotas dejaron, que se retienen todavía y suelen contarse para recordar el sabor de entraña provinciana del Cali de aquellos días.

El sabedor de antaño cuenta de Pellejera que “..un día entró a una de esas tiendas de Cali, de rejas de madera, donde se vendía de todo y además trago –respeto sus palabras-; que llegó a esa miscelánea situada en la vieja casa de los Madriñan, calle 6ª Con carrera 6ª detrás de la puerta la

consabida mata de sábila, el racimo de corozos y las botellas empolvadas alineadas como soldados en una revista militar. Cuando “Pellejera” llegó, había en esos momentos unas gigantescas roscas de pandebono de veinte centavos. Pidió una rosca, observó lentamente la botella de verde “resacao” del Valle y luego propuso a la vieja tendera:

-Vea, viejita linda, ¿no puede cambiarme esta rosca por un tintero?

-Con mucho gusto.

Nuestro hombre se tomó su doble con fruición y luego salió sin despedirse. La ventera le llamó la atención sobre el pago del tintero y “Pellejera” con ironía le contestó:

-¿Y no me lo cambió por la rosca de pandebono?

-¿Y dónde está la rosca? –inquirió nuevamente la vieja.

-Pues allí se la dejo –contestó finalmente “Pellejera”, quien salió dejando boquiabierto a la vieja, mientras rasgaba el silencio de la calleja con su grito sacramental... ¡Viva mi Cali querido...!”.

El sabedor de historias refiere de Zeppelín... “...un peluquero paisa que trabajaba en la peluquería Central del señor Quintana quien tenía apuntes extraordinarios. Cuando murió el doctor Saavedra Galindo, asistió con el doctor Yotecuro, al entierro del célebre abogado vallecaucano, sepelio que fue especialmente concurrido. Después del cementerio fueron a tomarse sus cochas a “La Última Lágrima” y Yotecuro le preguntó a

Zeppelin, qué opinaba de la muerte. El bohemio peluquero contestó: “Me gusta la muerte porque no es lambona”.

Entre estos queridos personajes, en medio de su existencia pintoresca y guasona, en el cálido matiz de lo vernáculo, sobresalía Jovita; ella representaba el estereotipo ideal de no pocas mujeres coterráneas, a propósito de su afición a los reinados; una manera de ser vallecaucana, de nuestra idiosincrasia.

Esa era su realidad, su verdadero consistir; el personaje y la persona; ser que es visto, y ve; ser de la ciudad, pero vivir en ella para atender su propia vida; ser al que los demás estereotipan y que sin embargo actúa como todos. Ese ser, la persona al que un dolor de muelas le hace sentir la esencia de la condición humana.

¡VIVA CALI, CHIPICHAPE Y YUMBO!

Doña Elvia había barrido la casa, había pasado el limpión sobre la mesa de la sala y la consola, incluso había trapeado. Aunque Jovita no se levantaba a la misma hora, tampoco era su costumbre levantarse muy tarde.

-Bertha, son más de las diez y Jovita no se ha levantado.

-Estará cansada.

La habíamos dejado haciendo frente a su inmensa popularidad en sus ajetreos decembrinos, dando los saques de honor, vendiendo afiches, participando en las verbenas de los barrios, con tanto entusiasmo, que se fue agotando. Las calorías de sus cafecitos con plátano, fueron pocas para enfrentar la legión de virus y bacterias con las que la invadió una gripa infecciosa, apoderándose, devastadora, de su frágil organismo. Al subir la fiebre, casi a cuarenta, le parecía que un ejercito de hormigas le andaba por la piel.

Un cucarachero se había pasado la mañana cantando sobre el alero del patio, cazando bichitos, y desgranando sus trinos y sus arpegios; Jovita no lo escuchaba.

Ese día sorprendió a los Manrique con la variación de sus costumbres; eran las once y no había salido, no había pasado al baño, ni salido a recibir la leche; no había asomado ni un minuto la cara por la casa.

Jovita, debilitada y febril, recordaba aquel día del desfile de la feria, en la carroza tirada por los bueyes. No podía apartar su recuerdo, todo intento era inútil. Impotente veía desaparecer y aparecer las distintas escenas en su memoria. Estaba mareada y se le confundían las cosas. Se dolía y se recreaba pensando en ese sol ardiente sobre su cuerpo de caña sudoroso. Aquel día no pensó en nada que no fuera inmenso y grande: cielo abierto, azul claro, alto, acogedor y amable, y público gentil reconociéndola; aquel día se la vio empinada como el asta de una bandera para descollar ante sus rivales.

La hermosura innegable de las chicas que participaban en el Concurso Panamericano de la Belleza, en el marco de la Feria de la Caña de Azúcar, su juventud, la alegría de la ciudad, no impedía que muchos, entre el pueblo mirasen a las participantes con antipatía, pensando en la pobreza, en las enfermedades infantiles, en las necesidades. De hecho el certamen agudizaba las contradicciones: de una parte estaban los que se entregaban a la alegría, inmersos en el carnaval de la feria; y, de otra, los que creían interpretar las exclusiones generadas por las diferencias de clase, la desigualdad y falta de oportunidades, en fin, el sufrimiento de un país. Era inevitable. Siempre esta contradicción se les venía a los labios que vitoreaban a Jovita dándole, a ella sí, el derecho de Reinar. Algo habría de entender de esos sentimientos populares cuando se creía con prerrogativas sobre las demás. Aquel día saludaba bajo ese sol abrasador,

extendía sus manos y, si veía a una u otra de sus numerosísimas amistades entre la multitud, prorrumpía en besos y ademanes, mientras los lentos y forzudos bueyes seguían su camino.

¡Ah! La buena Jovita con sus contrariedades y disgustos por la constante obstinación que tenían los programadores de la Feria de Cali de arrebatarse su sitio y organizar concursos cada año. ¿Por qué no se controlaban y la respetaban? ¿Acaso no bastaba ella? ¡Que la gente es dura! No la podían dejar tranquila. ¡Qué de atentados por derrocarla le había tocado contrarrestar! Cada año tenía que competir, y hasta con reinas venidas de “Todas las américas”.

Estaba alto ya el sol y Jovita no salía de su habitación, entonces doña Elvia decidió tocarle a la puerta, ella deliraba, y no la oyó.

-“Esos son mis enemigos de la Oficina de Turismo, que las mandan a que me pongan problemas”, decía Jovita.

-¡Arre! ¡Arre buey! ¡Vamos, vamos, Sansón! ¡Vamos Goliat! –decía el boyero.

-¡Cuidado se cae Jovita! –la previno el buen hombre.

-No se preocupe por mí. Ocúpese de su trabajo que yo soy muy ágil.

-¡Esa sí es reina! –gritaban.

-Siempre lo he dicho; como Jovita ninguna.

-¡Viva!

-¡Viva!

-Yo siempre lo he dicho, esa sí es reina. ¡Viva Su Majestad Jovita Feijóo!

-¡Viva!

-¡Que viva!

Se le venían esas impresiones. Tan hondamente le eran importantes y suyas.

-¡Cuidado! –dijo el boyero.

Estaba perdida; la cabeza le daba vueltas.

-El que se va a caer es usted por estar mirando para donde no debe. Ya comienza a incomodarme, con tanto consejo, como si yo no me hubiera montado nunca en una carroza.

-No es eso –se excusó el boyero.

-Mejor póngale atención a sus bueyes que se van a rebelar y ahí sí la tenemos buena –le replicó Jovita.

Los grandes y pesados animales con largos y anchos cuernos, magníficos ejemplares de la raza cebú rojo, uncidos por las yuntas y castigados por la vara, seguían lentamente, lentamente, con pausa y reposo, parsimoniosos, el recorrido del desfile.

-¡Vamos Sansón! ¡Vamos Goliat! –el boyero alentaba a los animales, llevándolos de un modo sosegado.

Los bueyes, resignados, llevaban su corpulencia y su cansancio sobre sus dilatadas pezuñas, mientras cientos de curiosos bordeaban las calles dando animación y colorido.

-¡Arre Goliat!

Los mansos bueyes avanzaban pesadamente inhalando por sus frías ternillas el vaho que subía del piso, mientras Jovita, en la carroza adornada con matas de caña, hojas y espigas, saludaba con las manos en alto, y regalaba besos, sintiéndose plena y feliz.

Algunos jinetes que habían participado en la cabalgata de apertura de la feria, se unieron al desfile de las carrozas de las reinas, montados en los mejores caballos de paso fino colombiano. Los caballos bellamente enjaezados con finos aparejos y hermosas monturas, las crines y la cola bien peinadas, iban briosos y pujantes; los jinetes los llevaban con las riendas cortas, contenidos, y los caballos llevaban sus bocas espumosas, y sus cuerpos sudorosos; si por un momento los detenían, piafaban y relinchaban resueltos, pidiendo rienda, hasta que el montador aflojaba un poco el freno; y así, al pasar junto a Jovita, se quitaban el sombrero y la saludaban con venias y requiebros, a los cuales respondía Jovita jubilosa.

-¡Viva Cali, Chipichape y Yumbo!

-¡Valle es Valle y lo demás es loma!

-¡Viva Jovita!

-¡Que va! Loma es loma, y lo demás se inunda... –reviró un paisa prendido.

-¡Viva Jovita!

-¡Viva!

Así iban aquel día de feria, que Jovita –ahora enferma–, memoraba. Un repentino aguacero se precipitó sobre la ciudad bañando el desfile. El agua no deslució para nada su vestido mojado, y podría decirse que se veía más hermoso, con esa luminosidad que tienen los colores del arcoiris a través del tenue encaje de la lluvia.

Doña Elvia y la tía Bertha volvieron a tocarle a la puerta, llamándola, pero tampoco Jovita respondió, ni les abrió; entonces pensaron que algo grave podía haberle sucedido, y con una copia de la llave abrieron la chapa de la habitación, pero ella había colocado una cadenilla de seguridad. Jovita vio borrosamente las caras de las señoras, que la miraban preocupadas, y escuchó débilmente sus voces, que le pedían que quitara el seguro. Se alarmaron al ver su estado, tuvieron que insistir unos minutos más, antes de que accediera a correr la cadenilla. Se levantó de su cama y tambaleante se acercó a la puerta entreabierta; con terquedad se oponía a que entraran, pero la debilidad y el mareo, la hicieron convenir a sus llamados, y retiró la cadenilla.

REMINISCENCIAS

La tía Bertha le ofreció apoyo con su hombro y la tomó de la cintura para ayudarla a regresar a la cama, pero Jovita se desmadejó y cayó al suelo entre las dos hermanas. La tía Bertha y doña Elvia se asustaron, y temieron que algo le hubiere podido ocurrir en la caída, pero no vieron, ni notaron nada distinto al golpe del cuerpo, que era tan liviano que casi no lo sintieron caer; era más notoria su flojedad, su decaimiento. No pesaba nada, parecía una burbuja de jabón flotando en el viento; leve y etérea como una libélula. Las hermanas la sintieron tan liviana que quedaron desconcertadas de la fuerza que demostraba en sus cosas; parecía como una ánima poderosa anclada en un cuerpecito frágil y volátil. Ella perdió el conocimiento por unos minutos y entre las dos hermanas la subieron a la cama; la alzaron fácilmente como quien recoge una flor mustia caída en un jardín, como una hoja caída en otoño. Entreabrió sus ojos, sin fuerzas. La acompañaron unos minutos mientras pensaban qué hacer y decidían lo mejor. Volvió a abrir los ojos con un poco más de fuerza para conseguir una mirada. En su lecho, viejo catre de resortes cedidos, daba la triste impresión de un moribundo. La cara violácea por la fiebre, los labios blancos y resecos; con su habitual estoicismo no pensaba en comunicarle a nadie sus dolencias; era el suyo un momento de soledad y silencio, casi de abandono. Por un momento se

sintió desnuda, tendida sin arroparse; luego vio flotar su ser enjuto y magro dentro de los pliegues inmensos de su holgado camisa amarillenta; quiso pedirles que la dejaran sola, pero no tuvo fuerzas para decirlo.

Allí yacía Jovita, en un espectáculo lastimero, rodeada de sus incontados e invaluable tesoros.

Un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús y otro de la Virgen del Carmen le daban al aposento un ambiente de entrega religiosa. Y así era; ella era una mujer devota y cumplidora de los mandamientos de la iglesia. Procuraba oír la misa de las cinco de la tarde, diariamente, en la Catedral; los domingos, a las nueve, asistía a la iglesia de la Santísima Trinidad, templo que corresponde al barrio; o si no a San Francisco o a Santa Rosa. Era normal verla asistir a los oficios religiosos ordinarios. Decía su hermana Saturia que “primero dejaba el sol de salir, que ella de ir a misa”. Y con mayor razón a las grandes ceremonias. En Semana Santa no faltaba a ninguna procesión y en todas hacía notoria su fe y su piedad. En el cuarto se apreciaba el orden de su moradora: arregladito y dispuesto, el suelo limpio, las paredes aseadas. Últimamente se hallaba peleada con las hormigas, a causa del azucarero que se le quedaba en la mesa, que olvidaba dejarlo sobre un plato con agua, y porque a veces ni aún así podía evitar que se le metieran; pero le dolía tener que echarles

insecticida. Eso la hacía sentirse peor que un criminal; no podía con el cargo de conciencia.

Doña Elvia y su hermana experimentaron un sentimiento de caridad al encontrarla así; se conmovieron. ¡Tanta pena daba verla postrada! Pensaron que podría morir de un momento a otro. Esos minutos transcurrieron como horas.

-Ya mismo paso al puesto de salud, Elvia –manifestó la tía, dando tiempo a la aprobación de Jovita.

-S-í, pre – gun –te por el doc – tor, que –es – amigo –mío... –balbuceó, casi ininteligiblemente.

-La próxima vez que le pase alguna cosa, no se demore en avisar –la regañó cariñosamente doña Elvia, cubriéndola con la sábana.

Más se demoró la tía Bertha en pasar que las enfermeras del puesto de salud del Barrio Belalcázar estar rodeándola, impresionadas por su estado; con ellas llegó el médico, quien lo primero que hizo fue encarecerles que, por el bien de la Reina, se retiraran; menos una, para ayudarle. Autorizó a la tía para que permaneciera y le dijese lo que sabía, y la tía le relató lo que sabía acerca de los últimos días de Jovita y su demora en levantarse esa mañana. El doctor al ver a Jovita comprendió que se encontraba sub-alimentada y con laringo-faringitis aguda, fiebre alta y peligrosa. Le solicitó a la enfermera que fuese por los remedios al puesto, pero fue otra la que los trajo, animada por la curiosidad y el

aprecio que le tenía. Mientras la examinaba, comentó el médico, afectuoso:

-Con estos cambios de clima y Jovita que no se queda quieta nunca.

Le examinó las pupilas; luego tomó una tablilla, y le dijo:

-A ver, abra bien la boca.

-Aaah... aaahh... –gaturó Jovita.

-Sí, tiene la laringe muy congestionada.

El médico quiso examinarla con el estetoscopio, pero Jovita se extrañó de que él le pusiera ese pequeño aparato en su pecho, y cuando sintió sus manos se ruborizó, rehusándose, llevando sus brazos al pecho para cubrirse, sin permitir ser debidamente auscultada; llena de vergüenza le indicó a la tía Bertha que le acercara la levantadora, que tenía detrás de la puerta, pues se sentía intranquila que el doctor le viera los senos. Sentía el camión demasiado holgado. El médico comprendió su reacción pero se quedó preocupado porque alcanzó a percibirle una tos con silbancias, como un “chillido” o “silbido” en el pecho. El doctor infirió que Jovita tenía los bronquios estrechos y le notó dificultad respiratoria, y ahogo durante la visita.

-Hay que darle antibióticos cada seis horas; además, descongestionantes y vitaminas –dictaminó, escribiendo la receta-. Estos son los remedios y estas las horas en que se le deben dar.

-Sí, doctor –contestó la tía Bertha.

-Póngale cuidado a la respiración, si le observan alguna dificultad para respirar o si la respiración esta acompañada de ruidos o sonidos raros, me avisan para venir a aplicarle un medicamento broncodilatador. Cualquier cosa, avíseme. El teléfono de mi residencia está en la fórmula. Llámeme a la hora que sea.

-Sí, doctor. Gracias.

-A nosotras también. Pregunte por Lucía, que así es como me llamo –se ofreció la enfermera.

-Muchas gracias –dijo la tía Bertha.

Jovita los miraba. Se iba a levantar, pero el médico le puso la mano en el hombro y la recostó.

-No, Jovita. Estese quietica y cuídese lo que más pueda. Vengo a verla a las cuatro; si quiere, Lucía puede quedarse.

Jovita movió negativamente la cabeza y todos salieron. Las enfermeras que no habían entrado le dijeron adiós desde la puerta. Jovita sonrió.

Doña Elvia preparó un almuerzo fácil de digerir, que no le hiciera daño a la garganta: un puré de papa, consomé y gelatina Royal; un vaso con leche, manjarblanco; y, claro está, estuvo pendiente de las medicinas.

Era raro verla enferma; raro ver la puerta entreabierta. Las niñas la visitaron al llegar por la tarde del colegio, y se sintió agradecida.

-¡Cómo está de cuidada la niña! –celebró el médico al volver al final de la tarde.

La saludó y la chequeó encontrándola mejor; la estimuló cordialmente, quedando de regresar a la mañana siguiente.

-Procuren que se mantenga bien arropadita, en especial en las horas de la madrugada, por el descenso de la temperatura ambiental –dijo el médico.

-No se preocupe que estaremos pendientes de ella –dijo doña Elvia.

Esa misma noche la visitaron el Cura y el Inspector. El Cura le dijo que la tendría presente en sus oraciones, y el Inspector le recomendó que cuidara mucho su salud porque ella era vital para los programas del barrio.

-Cumpla al pie de la letra lo que le diga el médico –dijo el Cura.

-La necesitamos con nuestras banderas –dijo el Inspector.

En su lecho de enferma, los ojos se le humedecieron; estaba agradecida por la visita y las palabras de apoyo que le dieron, y pensando cómo sería su nueva vida después de mejorarse. Por la noche, sola en su habitación, se arrodilló bajo el cuadro del Sagrado Corazón, y pasó largo rato pidiéndole que la ayudara a recuperarse, y le daba gracias por las ayudas recibidas. Recordó las obras de misericordia, a manera de oración: "...Dar de comer al hambriento, visitar a los enfermos, enterrar a los muertos...". Estuvo dos semanas en cama, cifra récord si se sabe que antes no había estado más de tres días. Durante su convalecencia les comentó a las

enfermeras, que nunca había estado más de ese tiempo, ni cuando le quitaron la flema, como le decía al coto; porque en la historia de la Reina se registra haber tenido que soportar esa adversidad.

-¿Y cómo fue esa operación? –preguntó Lucía.

-El doctor Gallo; ¡tan querido! No se demoró nada. Ríanse niñas de mi despiste que, como me durmieron con anestesia, cuando desperté creí que me iban apenas a operar, y ya había salido. Ni sentía las heridas. El doctor Gallo es de lo mejor que hay en Colombia.

-¿Sí? –dijo Lucía.

-Le dije: “¿doctor Gallo, usted sabe que va a operar a una reina?” Me contestó que sí. ¡Tan querido! Recuerdo que me dijo: “Pues precisamente pensando en usted hemos puesto la clínica tan lucida”. Era la pura verdad, los médicos la habían puesto preciosa. La habían hecho barrer, trapiar, encerar, poner flores en la entrada, en los corredores, en el cuarto. La habitación mía tenía una luz muy bonita. “¡Cómo no vamos a pensar en esas cosas, si se trata nada menos que de Jovita!”, –dijo. Pero le tuve que advertir: “Póngale cuidado a lo que hace, que si fracasa tiene que irse de Cali, porque coge mala fama. Hoy toda la gente de la ciudad está pendiente de lo que va’cer...”. Pero esa vez estuve en la clínica apenas dos días, como que fue; ni me acuerdo.

-Usted siempre ha sido sana.

-Pero uno, pobre, tiene sus enfermedades y sus penas –dijo Jovita, con tono nostálgico.

-¿Y qué le ha pasado? –preguntó la enfermera.

-No; que me acuerdo de la muerte de mi mamá Joaquina Feijóo; porque mi papá se llamaba Pacífico Becerra. No sé por qué no me dicen mi apellido paterno.

-¿Por qué se pone a pensar en ella?

-No sé; es que creí que me iba p'al otro lao.

La enfermera se imaginó a Jovita ascendiendo a los cielos, en cuerpo y alma. Se demoró viéndola en ese trance, largamente. Creyó que Jovita subía a los cielos en camisón entre nubes de algodón. Cuando salió de sus visiones, cuando se salió “de la película”, le dijo:

-No diga eso, que a todos nos llega la fecha y no la víspera. Todavía tiene las pilas bien cargadas.

-Creí que me llamaba mi Dios y nadie sabe cuándo es “ese llamado”, sino cuando le toca; y nadie sabe cómo es “esa voz” y cómo son “esos signos”, porque el final de la vida, y el paso al otro mundo, es un misterio; un verdadero enigma –dijo Jovita con total sumisión a los designios del Señor.

-No crea; Él sabe que la necesitamos. Allá usted puede ser Princesa, por lo de la Virgen María..., pero aquí, en la tierra, es la Reina –dijo la enfermera.

-Me acordaba de mi sobrino Humberto, que lo mató en Palmira un borracho, por no pagar la cuenta. Trabajaba en un bar.

-No se ponga a pensar en cosas tristes.

-La gente piensa que yo soy una loca, que no siento.

-¿A quién se le va a ocurrir eso?

-¡Lo dicen!; ¡lo dicen! ¡Me lo gritan!

-¿Lo quiso mucho?

-Sí; y recuerdo mucho la casa materna.

-La gente cree que usted no tiene a nadie; que está íngrima en el mundo.

-Se equivocan, señorita; lo que pasa es que soy independiente. Nosotros fuimos cuatro hermanas por parte de madre.

-¿Todas mujeres?

-Le voy a decir: Leopoldina, Satoria, Delia y yo. Humberto era hijo de Satoria, y fue el hijo que me dio la gente. Me han hecho sufrir mucho recordándomelo ofensivamente.

-Los muchachos son desconsiderados, y usted que se pone como una tatacoa.

-¿Y los mayores qué?

-Pues sí, a veces son peores –dijo la enfermera, esperando que se refiriera a la alusión que hizo a su mal carácter.

-Estos días que no he podido ir a visitar a la familia, la he echado de menos. Sí no la veo me preocupo y la familia también, pero cuando nos vemos nos da alegría.

-¿Cuánto hace que no las visita?

-Desde antes de la feria. Deben estar confusas con mi ausencia.

-Pero usted habla muy bien. ¿Tuvo educación? –preguntó con curiosidad, la enfermera, tocándole la frente con el dorso de la mano.

Luego Lucía, la enfermera, le pasó un pañuelo por la frente y la cara, enjugándole el sudor. Mientras lo hacía se dijo a sí misma “pobre reina”, y volvió a repasar el pañuelo por la cara.

Jovita sintió alivio, y le dijo:

-Estudiamos en la escuela de María Auxiliadora, de Palmira, hasta quinto de primaria; no había en esa época, “esa cosa de bachillerato”, y siendo pobre mi madre, no tenía para la Normal. La ayudábamos como podíamos. En ese tiempo no era como hoy, que las casas lo tienen todo. Satoria era la que iba a lavar, y yo, la que planchaba; pero no con planchas de las de ahora, sino con esas de calentar con candela. Eran cuatro planchas que se iban turnando: cuando la una se enfriaba, la otra se iba calentando en el fogón.

-Verdad. ¿Cómo cambian los tiempos, no?

-No es como ahora con ese libertinaje. Nos crió mi mamá sin dejarnos salir a bailar, ni nada de eso. Una vez fuimos a un paseo, y eso porque

estuvimos rogándole como cuatro meses; pero ya las niñas se van por ahí y ni los padres las detienen.

-Perdóneme, Jovita, pero me gustaría hacerle una pregunta.

-¿Cuál será?

-¿Lo de Pachito? –se arriesgó a preguntarle, la enfermera.

Jovita se incomodó.

-Nunca he tenido “dares ni tomares” con ningún caballero. Eso de Pachito Zorrilla es cuento; pura majadería –dijo Jovita, contrariada.

-¿Nunca le llamó la atención ninguno?

-No me gusta el rumbo que está tomando esta conversación –dijo Jovita, sintiendo malestar en la espalda.

-Por eso le decía –se excusó la enfermera.

-Tuve dos novios, le voy a decir: Epifanio Candelo y Abogardo Becerra; pero lo de Pachito, es puro cuento; aunque supongo que usted sabe que personas importantes me han pretendido y que el propio Eduardo Santos me vino a visitar. En esa época yo era todavía joven y le aseguro que mis gracias tenía.

Al responder Jovita se arreglaba el pelo.

-¿Por qué no se casó? –insistió en su curiosidad la enfermera.

-Lo que pasa es que yo soy lista. Uno tiene que cuidarse. Qué se va a ir uno con cualquiera, con tanto caso que hay por ahí. No, mijita querida –dijo Jovita.

-Eso sí; tiene razón. “Amores que se fueron” –dijo la enfermera.

-“¡Cuántos se han ido! Otros vendrán más duraderos y menos dolorosos que el olvido” –terminó Jovita.

-Las ilusiones perdidas –dijo la enfermera, motivándola a continuar el verso conocido.

-“Juguetes del viento son; son hojas desprendidas del árbol del corazón” –concluyó Jovita.

-¿Amores o amoríos? –preguntó, en broma, la enfermera.

Jovita respondió:

-“Fueron más bien amoríos, fugaces como las flores, corrientes como los ríos; amores que no fueron míos”.

-Son versos muy bonitos –dijo la enfermera.

-Me los enseñó Solité, mi amiga de San Fernando. Vicente, el hermano de ella que es ingeniero, fue el que hizo el monumento de las Tres Cruces.

Jovita se transformó de repente y su semblante se hizo más serio y trascendente, y le dijo a la enfermera:

-Y le voy a mostrar a usted, para que vea lo solicitada que soy.

Abriendo una de las carteras, en la que amarraba mil papeles con un caucho, sacó una carta. ¿Qué nueva historia tenía? ¿Por qué tan expansiva, si ella había sido tan reservada? ¡Nada! Bruno, el Bufón de la

Reina, se había creado la fama de ser allegado a Jovita y como tal presumía en las reuniones universitarias. Y hasta era cierto, sólo que Bruno y ella tenían un sentido distinto de esa amistad. Para él, era motivo para darse ínfulas de ingenioso; y, había ideado, con sus amigos, jugarle una broma, con la trama de una solicitud matrimonial. Consiguieron unas hojas membreteadas de K.L.M., de la Compañía Real Holandesa de Aviación, buscaron un calígrafo profesional y le escribieron: “Majestad Jovita Feijóo, Soberana de Todas las Coronas: Desde esta hermosa tierra, limítrofe al inmenso mar, que tiene el infortunio de no contar con el divino imperio de vuestra belleza, quiero presentar a Vos, mi ardorosa confesión sentimental, con la vehemente esperanza de que la pongáis a vuestros pies y me aceptéis en religiosa alianza, que podría tener lugar en esa Sultana o en los Castillos del lugar, que os esperan para acogeros. Afectísimo de S. M., rendido y reverente. El Príncipe de Holanda”.

En ese preciso momento cayó un rayo en el vecindario y se escuchó una tempestad seca, que no dejó de sorprender a los caleños, porque sin una sola gota de agua, los cielos retumbaban con sus truenos. El radio de la tía Bertha se apagó y Cucky dio un aullido medroso y se le enredó en los pies.

Jovita le pasó la carta con sus manos temblorosas, pero se advertía que comenzaba a recobrar su temple.

-¿Cuándo la recibió? –preguntó la enfermera.

-El portador fue el Cónsul; las niñas me la entregaron la semana pasada.

El Cónsul no quiso entrar por no molestarme –precisó Jovita.

-¿Sí? –preguntó Lucía, desconcertada.

-¡Sí!, y en sobre sellado y lacrado. ¡Mírelo! –y Jovita se lo mostró, entreabriendo la cartera.

-¿Qué va'cer? –dijo la enfermera, pensando para sí: “qué embeleco es éste”.

-Debo dar respuesta –contestó Jovita, insolente, cortando el diálogo.

Lucía no sabía a qué atenerse porque, aunque no creía en nada de esas cosas tan absurdas, sabía igualmente de ese poder extraño de Jovita para relacionarse con todo el mundo, y además había visto esa carta y ese sobre, con sus propios ojos. Para ella, era una burla que se le hacía; pero de esa forma tan convencida, como lo contaba, ¿cómo era posible que no estuviera sucediendo en la realidad?

-¡Envueltos y masitas de choclo! ¡Envueltos y masitas de choclo! -se oyó el pregón de la morena, en el vecindario.

La enfermera se despidió de la ilustre enferma y de las personas de la casa, compró unas masitas de choclo y entró al puesto de salud, a prepararse para entregar el turno.

Más que cuidarse, más que comer, Jovita se alimentaba de sus ilusiones y fantasías, sin preocuparse para nada, de que estuviera hablando de

casamientos, castillos, príncipes y mares flamencos. La tía Bertha volvió a la habitación para acompañarla, y Jovita en su estado febril le dijo:

-Quisiera volver a mi libertad; por favor llame al médico, y le dice que ya me mejoré.

-Sí, Jovita; enseguida lo llamo.

-Quiero salir a la calle a hacer todo aquello para lo cual he nacido.

-Sí, Jovita.

-Pero, por qué tan resuelta, si aun está enfermita –observó la tía Bertha.

-Tuve un vaho, o un vahído..., no sé decirlo, como una ida..., pero ya estoy bien –dijo Jovita asumiendo el control de sí misma.

-Ya pasó –dijo la tía.

Jovita oyó a doña Elvia contarle su situación a don Orlando afuera de la habitación, y no creyó acertada la descripción de su situación, y gritó:

-Dejen sus habladurías y comentarios; entren y den la cara.

-No diga eso –dijo doña Elvia.

-Yo la oí –dijo Jovita.

-Le contaba a Orlando su malestar –se explicó doña Elvia.

-Mire, señora, yo estoy con fiebre, pero no me trate de demente...

-Yo no he dicho eso... Deje sus pachotadas, Jovita.

-¿Pachotadas? Iba por ahí, como “Huevo e’ Bimba”.

Así le decían a un personaje típico de Dagua, que era pecoso, al que la gente se la ideaba para decirle el apodo; por ejemplo: compré una finca,

con aves de corral, donde hay gallinas, gansos, pavos, y el personaje decía: “Ya te vas acercando..., ¡hijueputa!”.

EL TESTAMENTO DE JOVITA

Atónito quedó el padre Correa al verla reaparecer, bien recuperada y con su locura alborotada; sin embargo, le llamó la atención la letra hermosa, la redacción de la solicitud, el sobre..., y que detrás de eso había alguien interesado en tomarle el pelo a la pobre Majestad, y se interesó por la cuestión.

-¿Qué va a hacer, Jovita?

-Pienso escribir al Papa pidiéndole consejo.

-Pero se demora mucho y algún cartero del Vaticano puede interceptar la correspondencia con su Santidad.

-Yo sin la voz del Santo Padre no me aliento a responder la carta –dijo Jovita colérica.

-Pero... –quiso comentar el cura.

-¿Cómo así? –dijo extrañada, Jovita, de la frialdad del padre.

-Vuelva en usted, Jovita; vuelva por sus fueros, que todos admiramos el valor de sus ideas; pero tenga cuidado con estas propuestas.

El padre Correa no era entrado en años, pero tenía experiencia de la vida, acrecentada con las narraciones del confesionario, y se limitó a comentar: “Jovita, usted sabe que la experiencia es la madre de la ciencia”. Y Jovita le respondió con cierta ira menor, irreprensible: “Pero, padre, el que sabe de la vida es usted”. Y el padre pensó, para sí: “Con esta Jovita no se puede”.

Y Jovita le dijo:

-Pero no es sólo esta carta lo que me ha traído hasta aquí.

-¿Cómo así?

-Sí, padre, es que tengo otras dos cosas que necesito decirle.

-A ver, diga.

-Padre, yo tengo buena mi salud del alma, porque creo en Dios, Nuestro Señor, y en la Virgen María, como lo rezo en el “Credo”; y porque soy católica, apostólica, romana, y practicante.

-Sí, lo sé muy bien; a mí me consta.

-Padre, pero mi salud del cuerpo sí está muy mala, y yo quiero hacer mi testamento.

-No, Jovita, usted se ha recuperado muy bien, y se va a poner mejor; no hay que pensar en esas cosas; no hay que hacerle tanto drama a un resfriado.

Jovita lo miró inconforme, algo contrariada.

-Padre, la muerte es lo único seguro.

-Bueno hija, en ese sentido, tiene razón; pero para el testamento es mejor que hable con el Inspector, y si él no puede, yo soy amigo de un notario que nos puede ayudar a redactarlo, y a formalizar las decisiones que usted considere.

-No padre, primero quiero su consejo.

-Bueno Jovita, cuando quiera.

-Sí, Padre, yo se lo recuerdo y vengo un día de estos. Es que uno tiene algunas cositas especiales que aprecia; y también uno tiene algunos seres especiales que uno quiere.

-Sí, así es, Jovita.

-Yo no quisiera que las cositas de uno, después que uno se muera, queden por ahí rodando; o que alguna persona inescrupulosa se las coja cuando una esta perdiendo la vida. Uno quiere dárselas a las personas que quiere para que las guarden y las conserven.

-Sí, Jovita.

-El álbum familiar, algunas joyas finas de verdad -hay otras que son de fantasía-; pero tengo un diamante, collares de perlas, gargantillas y pulseras de oro, anillos... Yo quiero que me ayude a hacer el inventario de mis riquezas y mis trebejos. Sepa que no todo es baratija sino que yo camuflé las caras con las baratas, por seguridad.

-Sí, Jovita.

-Padre, yo tengo un cuadro del Sagrado Corazón, y otro de la Virgen del Carmen; esos dos cuadros yo quisiera dejárselos a Orfilia.

-Ya hablaremos, hija.

-Padre, y lo más importante: yo tengo seis coronas; las otras me las han robado, o no me las han entregado, pero yo quiero que me aconseje acerca de lo que es más conveniente, para que se cumpla cuando yo me muera.

-Cuando vuelva hablamos de lo que va a hacer con las coronas.

-Yo tengo algunas ideas, pero esas se las digo cuando venga; ¿cuándo puedo venir?

-Cuando usted quiera.

-Las otras cosas de mi habitación son pocas, la cama, el nochero, la silla mecedora, la cómoda, el espejo, una jarra, un platón de loza, dos asientos, una vajilla incompleta, algunos cubiertos, un reclinatorio que fue del Templo del Amparo; dos mesitas, la que está afuera, que usted vio y otra que tengo adentro, en la habitación; y no es más. ¡Ah! Se me olvidaba la ropa; que la ropa si es bastante, pero yo se la puedo dejar toda a Violeta, a Madame Marion y a mis hermanas. Pero padre, lo que más me preocupan son las coronas y las joyas. Padre, tengo dos misales, un devocionario y un libro de cánticos, que me han acompañado desde hace muchos años. Uno de los misales era de mi abuela, el de cánticos era de mi mamá; el otro misal fue el que me dio el propio delegado Papal, el Cardenal Clemente Mícara en el Congreso Eucarístico Bolivariano, celebrado aquí en Cali, en 1949, cuando recorrimos la ciudad en la maquina de bomberos No. 5, manejada por mi amigo Harold Delgado, y que hasta el presidente Mariano Ospina Pérez asistió a la gran misa, en la que se exhibió la custodia en oro y piedras preciosas. Si algo me pasa, yo quisiera que usted los guardara; lo mismo que los relicarios traídos de Tierra Santa. La verdad, no tengo a quien dejárselos. Las nuevas

generaciones no tienen estos valores. Yo veo a mis sobrinos en otras cosas, y no me gustaría que quedaran por ahí rodando como tablas viejas. Los cachitos del pelo de mi abuelita, lo mismo que mi escapulario, si quiero que me entierren con ellos. Yo creo que si llevo ese cachito de mi abuelita y el escapulario, me pueden ayudar a cruzar la puerta de la otra vida; mi abuelita era una santa. Yo siempre le rezo. Y del escapulario, ni muerta me quiero desprender de él, para que la Virgen no me desampare.

-Ya veremos, cual es la mejor manera de resolver esta preocupación; ¿No le regalaría una corona a la Virgen?

-Padre, no soy digna –dijo Jovita, ruborizándose.

-Al menos una.

CARTAS SECRETAS

El sacerdote y la piadosa Jovita examinaron cómo podrían hacerse los legados, en lo cual pasaron prácticamente toda la tarde, y un poco más, porque Jovita quiso que el Padre le escribiera una carta al presidente del Consejo de Palmira, que había sido compañero del Cura en el Seminario, y otra al Consejo de Cartago. En ambas cartas el padre exaltaba las calidades de Jovita, sus “ejecutorias”, y cómo ella tenía derecho a cumplir el sueño de tener casa propia. El sacerdote les rogaba que se interesaran por su situación, y los ediles hicieran todo cuanto estuviera a su alcance, para ayudarla.

-Padre escríbales que si ellos me ayudan le están ayudando a la Virgen a hacerme el milagro; que yo le ruego mucho a ella para que interceda por mí ante el Señor.

-Sí, Jovita.

-Padre, acláreles que no es por ambición; que es para el milagro del techo; que uno sin una casita es como un caracol sin concha, como si no tuviera lugar en el mundo.

-Si, Jovita.

Al terminar de escribirla ella le pidió un poco de agua bendita para humedecer la goma del sobre y la cerró con toda su fe.

CALLE 15: CRÓNICA DE UN DIA

Durante la convalecencia de Jovita la calle 15 siguió siendo la calle 15; no dejó de serlo por faltar la Reina, ni a pesar de sus dolencias. Alguno pudo haberla echado de menos, acostumbrado a verla combatir su ruta.

A las seis de la mañana todavía están prendidas las luces municipales. Llenas de cansancio se veía a las prostitutas y a las busconas, trasnochadas y desmelenadas, errar a los borrachos y a los piperos. Los buses Rojo y Crema, Verde San Fernando, Blanco y Negro, con sus rutas uno, dos y cinco, principian a repetirse, y a llegar la gente. Los vendedores de jugo de naranja cada dos cuadras, con su surtido de huevos y de frutas, ponderan su menjurje: “Desayuno por dos pesos; potencia para todo el día”. Un gamín espera al sol para quitarse los periódicos de encima, para sacudir su miseria en carreras cortas -¡al raponazo!-, a carteras y relojes, que luego entregará por cinco pesos en las compraventas, o en “la olla”, en la calle 16 entre la carrera 10 y la carrera 15.

Caen y caen de los buses, a las seis y media, los empleados, y se amontonan en la acera. Traen una taza de tinto negro, sin azúcar, en el estómago; pantalón raído de dacrón o drill, café o crema o azul o gris, camisa de manga corta floreada, corbata de muchos días, zapatos buenos ayer, hoy reparados con cartón. Uno tras otro, caen. Preguntan la hora

esperando las siete; esperan la hora mirando la prensa, fresca aun, en los puestos.

Aumentan los buses, los pitos y la gente. Todos contra el reloj, por la tarjeta de entrada. Van unos poniéndose la correa, enderazándose el nudo de la corbata, haciéndose el nudo de los cordones, y las mujeres, maquillándose en las vitrinas, defendiendo a toda costa su arreglo personal. ¡Ah! la admirable vanidad femenina. “¡El País!”, “¡El Occidente!”, “¡El Tiempo!”. Las noticias no parecen nuevas, con serlo, sino la continuidad de un estado de cosas: paros, atracos, peculados. “¡El País de hoy, El País!”. Aumenta la gente, se empuja, se pisa y, a trote corto, todos pierden y encuentran su destino. Los comerciantes colombianos y los orientales abren sus almacenes ansiosos de vender sus mercancías, de sentir la inefable y dulcísima sensación que les produce el billete y la moneda.

Son las ocho.

Con movimientos sincronizados un hombre abre la Casa Musical y una mujer saca su mesa de chance. Más abajo se levanta una reja y se descubre un robo, que es acompañado de la visita de los curiosos, de obligatoria asistencia. Las voces que interpretan lo humano, la del Jefe Daniel, Gardel, Los Cuyos, persistentemente llenan el aire y golpean los oídos. Aturden. Un enjambre de desposeídos, con sus perros, pasa hurgando entre los desperdicios, mientras el carro de Emsirva repicando

la campana alegre a los niños, pasa recogiendo la basura. La chancera paga las ganancias del capital invertido por un hombre que apostó mil pesos. El empleador le discute el salario al menor porque no tiene para pagarle el sueldo completo, y porque si las autoridades intervienen es a él al que le toca pagar la multa, por ponerse a darle trabajo.

Dos paisas descargan de un jeep Willys piñas maduras y olorosas que extienden sobre la acera. Los peatones, como un río sigue los contornos de su cauce, bordean los puestos: éste, ése y el de más allá. La policía les reclama a los vendedores, y el paisa más joven le responde:

-¡Compre la de Cambray, compre, compre!

El agente del orden sigue al puesto del vendedor de collares y brazaletes.

-¿Su permiso?

-Perdóne, señor Agente, ¿tiene novia? Todos amamos...

-Dígame, mejor, si tiene sus papeles en regla.

-¿Es bonita?

-Pues...

-Yo sé. Perdóneme. Le iría esta piedra de Turquía con el amuleto de la buena suerte.

-Vea, corra esas cosas de ahí. Déjele espacio a la gente. Y ustedes: los de las piñas; dejen pasar a la gente.

-¿Le gustará?

-Ya veremos –dijo el policía guardándose la turquesa.

Las piñas aroman el lugar. Pero pasemos:

-No ha visto arder el fuego, ni mojar el agua, si no conoce los mágicos poderes del cuchillo de los mil servicios; no se ría señora, que se le agranda la nariz. Es el maravilloso utensilio, el indispensable para su cocina. Cómprelo por solo...

Son las diez; el sol está más alto.

Un hombre aparentemente sin pasado y sin futuro, pero tan cierto que es hombre, abre su cajón de cigarrillos de contrabando para vender al menudeo. Al frente otro vende rimel para los ojos y, al lado, alguno ofrece golosinas y manuales para hacerse rico.

-Sí señora, este es el sitio que buscaba; aquí encuentra de esto y de aquello; libros, revistas, novelas, estampas, tarjetas, sacos, correas, pañuelos, medias y porcelanas; prácticamente éste no es un puesto de reventa, porque tenemos los artículos como nuevos. ¡Fíjese, señora! Llévese éste que trae instrucciones hindúes para la felicidad conyugal.

-No gracias. ¿Y ese cuánto vale?

-¿Vanidades o Cromos?

-No gracias. Me puede decir ¿dónde queda San Andresito?

-¡Mi reloj!, ¡ladrón!, ¡ladrón! ¡Auxilio! ¡Señor agente! ¡Auxilio!

Un policía que ve pasar el bólido por su lado, reacciona con desinterés:
“Bruta, dizque venir por aquí con reloj”.

Son las once; la hora de Anarkos, de los raponeros que marchan en gajos de a diez. La gente se protege, se pega a las paredes, coge el bolso y los paquetes con fuerza. ¿Qué dejaron? Su inquietante realidad, y a Nora, sin paraguas, al magistrado sin anteojos, a la estudiante sin pendientes, a todos, la zozobra, y a los niños, el temor de su ciudad; la sensación de una grave frustración colectiva.

Se mueve el minuterero y el sol encima, ¡perpendicular!, indica la llegada del almuerzo.

Se interrumpen los oficios, se tiene fatiga. El hambre sabe a aire caliente, pero no llena; duele el estómago. Los jugos gástricos corroen los intestinos. Se aguanta al sol abrasador hasta poder meterse al bus, empujándose entre todos. ¡Cuándo aprenderán a hacer fila! Arde el pavimento. No hay casetas municipales para protegerse. Los que esperan sudan en el cuello; se les pega la camisa a las espaldas; sudan los pantalones, los interiores, las medias; los zapatos queman. Dos señoras cuelgan de la puerta delantera de un bus que pasa veloz compitiendo en la guerra del centavo. Lo van “bombeando”. Ellas van a sus casas a tomar un bocado sin descanso, y les espera el mismo arroz blanco, el mismo plátano de todos los días para retornar al bus y a su trabajo.

Si prefiere almorzar, se puede conseguir por el lugar al mismo precio de antes, y sin disminución de la ración, sancocho, mazamorra y panela raspada. A la entrada del restaurante le ofrecen aguacates baratos enteros, o la mitad. También un aguacate es divisible según las clases..., de personas.

A las dos de la tarde se repiten en los almacenes, los gestos que da al comerciante, la competencia en el mercado. Rasgos que le van resultando sin darse cuenta, desapercibidos para él, que lo preparan, lo hacen, lo forman y lo matan. Inconfundibles van saliendo y le dibujan el rostro. A los clientes les ocurre lo mismo. Son las mismas caras que se reencuentran diariamente. Se repiten en las sucursales cada dos cuadras, en los ciento veinte puestos de zapatos Panam de segunda. Aparece el camión de la policía que se lleva a los revendedores, por tercera vez en el día, a la Comisaría Central “por carecer de licencia”; y el teniente que dice: “Me deja las manzanas para el Cottolengo”, y coge dos, mientras los subalternos, uniformados, cumplen la orden a cabalidad (una manzana la guarda en el bolsillo y, la otra, la muerde con fruición).

Un empleado bosteza, pensando en las horas que faltan. El calor y el tedio lo adormecen. En la bodega del almacén, el dueño ignora muchas cosas: no sabe que ha ido perdiendo el olfato, disminuyendo la vista, el

gusto, el oído, el tacto. Fue dejando los sentidos en la rutina, sin sentirlo, como gasta la suela de sus zapatos sin siquiera echarlos de menos.

Son las cuatro.

Una araña se descuelga sin prisa en la esquina superior de la vitrina. Cincuenta pares de ojos miran los artículos, pero los de Adán, el vigilante de la panadería, no se fijan en ella. Sin embargo, como los demás, se pasean mirando los productos exhibidos. “Cómo me gusta esa camisa” – piensa que otro día, que probablemente no llegará, la comprará. La siente suya y se alegra. Algo le llama la atención nuevamente: es la araña que se aproxima a una mariposita atrapada en la red. Se queda observando cómo la envuelve, y se entristece. Algo le dice que tal vez no podrá comprar la camisa y resignado se aleja. Un extranjero es “peluquiado”, en el juego de la tapita. El gamín emprende veloz carrera. Cien caras convergen mirando al mismo punto; las miradas se pierden entre los carros. Un payaso en zancos, micrófono en mano, anuncia telas recién desempacadas, en ganga: dos por el precio de una.

A las cinco hace su arribo la negra de la morcilla con papas y masato, en la esquina de la carrera 8ª con calle 16. El limosnero ha permanecido en el mismo sitio durante todo el día.

Llegó la suerte.

-¿Qué pasa?

¡Llegó la suerte!

La traen los loteros de las cinco y media. Cada uno la tiene, y todos quieren ofrecerla. Conocen sus pensamientos más íntimos. Saben que alguna vez ha soñado con ganarla y entonces podría hacer aquellas cosas que desea: dejar la pobreza como la mariposa deja la larva y la pupa.

Pululan los loteros.

-¡Juega Valle! ¡Lotería del Valle!

-Mire que es su suerte, señor, ¿No vio cómo el billete cayó a sus pies? No la deje ir.

-A ver, déme un quinto. ¿Qué número tiene?

-En cinco, en seis, en nueve.

-En siete.

-Sí. Aquí lo tiene. Buena suerte.

-¡El Valle! ¡Valle para hoy, Valle!

Cualquier hora es buena para comprar la lotería, pero los miércoles a las cinco y media, en la calle 15, los loteros insistentes pregonan la fortuna: -

¡Valle! ¡Valle para hoy, Valle!

-No ve que comprando usted ayuda a las obras de beneficencia. Es la suerte. No se niegue a la suerte.

-Ya compré.

-El último que me queda. No lo deje ir que se arrepiente.

Y es verdá: ¿Cuántos premios no se obtienen por no hacerles caso?

-¡Libertador, Chocó, la del Cauca, Boyacá!

-¡Carajo! ¡Le meten la lotería a uno hasta en la boca! Yo nunca me he ganado ninguna. ¡Qué verraquera! ¡Es que ni siquiera he cogido un terminal!

-¿Si comprás?

-¿Para qué?, si no gano.

-Tan pendejo. ¿Entonces, cómo quieres ganar? Yo sí compro teniendo cómo; después de todo tal vez le toca a uno.

A las seis y cuarto la calle quince está llena.

Es el puerto de todos los caminos. Allí desemboca el día su creciente de gente y los arroja a contracciones el organismo social. Parados en las esquinas, los hombres en grupos, miran a las secretarias con malicia y cambian su fatiga, si la tuvieron, el anodino codiciar de la mujer. Se confunden el uno y el otro, en esa masa aprisionada y unidimensional que se vive sin reposo a las horas “pico” esperando el bus y de la cual se forma parte sin saberlo.

Las costumbres y los buses mueven las personas de las aceras como el mar barre la arena de las playas.

En vano pretende ese hombre hablar de libertad si va colgando de la puerta del bus. ¡El bus! Un bus que se parece al de todos los viajes. Da la impresión de que se vive en él. Se oye la “Vieja Guardia”, en “Radio El

Sol”, mientras una sucesión de explosiones luminosas cambia el ambiente.

Son las luces de neón en la noche que llega.

Va disminuyendo el tráfico que seguirá, un momento más, depositando los nocturnos habitantes del sector atraídos por Eros, tras el alcohol, el placer y las sensaciones, en tanto se disipa la bruma del gas carbónico acumulado en la calle.

MUERTE INTEMPESTIVA

-¡Leche! ¡leche! –gritó el repartidor.

El lechero llevó la mañana.

Enseguida los vecinos se arremolinaron con sus ollas, olletas, jarras y vasijas, en torno al camioncito.

Renovada de bríos la delgada silueta de Jovita reapareció por las calles del centro. Con gusto comenzó a visitar a sus amistades: “¡Qué alegría!”; “¡Cuánto tiempo!”; “Pero si usted se mete sus perdidas”; “No, es que he estado enferma”, “¿Cómo así? Cuénteme”; “Blablabla...”; “Pues vea...”; “¿No?”.

No podía dejar de ir donde Madame Marion, al salón de belleza de la simpática francesa que siempre la acogía, que coleccionaba todos los recortes de los periódicos en que “Hovita” aparecía, con quien le gustaba tomarse una naranjada Premio, fumarse un cigarrillo Nacional con filtro.

-¿Cómo así, Hovita?

-Sí, Madam.

-Je l’avía extragñado muchísimo.

Como de costumbre no se había tomado el refresco y estaba saliendo a saludar a su amiga del Peñón; luego al Centenario; a donde aquella buena señora del Granada; a donde aquella otra de Versailles; y hasta San Fernando iba.

-Todavía no he podido visitar a todas mis amigas. ¡Es que sufro de una popularidad tan espantosa! –comentó jactanciosa, sintiéndose totalmente recuperada.

-Siquiega vino a visitarme; usted sabe que nosotros la estimamos mucho.

-Me tengo que ir porque esta noche hay asambleas familiares y no puedo faltar.

-Que se termine de mejorarse; que se recupere bien rápidamente.
Ya ve que la mejor riqueza es la salud. ¡Cúidese!

Salió y echó a andar, llegó a la Gobernación, siguió por el Hotel Aristi, pasó al frente de la carrera 9, pronto se olvidó de todo y se quedó mirando una vitrina, viendo la televisión. Una multitud se amontonaba a causa del aparato. Dio media vuelta, entró al almacén y se sentó en la sala de exhibición. Presentaban un corto sobre los Países Bajos, que le impidió darse cuenta quién era quién, en ese sitio; de manera que, cuando el dueño del almacén fue a mostrarle el televisor a dos señoras interesadas, recibieron por igual, clientas y propietario, tremendo repelón; se levantó y empujó a una de las señoras, haciéndola a un lado.

-Quítese que no deja ver.

-Pero...

-No señora; usted no es transparente; es mala educación tapar a las personas.

El propietario la reconoció, le ofreció excusas y le explicó el asunto, pero Jovita, sin disimulo a su fastidio, salió protestando que le hubieran interrumpido su programa, y a paso ligero, repetido y mantenido: paso aquí, paso, paso aquí, aquí, allí, allá; va y sigue, y la tarde declina. La noche está entrando, hace calor, Jovita camina. Al salir a la intersección de la calle 15 con carrera 15 -después de lograr pasarla-, toma por la vuelta grande hacia el barrio Ciempalos. Las caras comienzan a no distinguirse en el claroscuro de la noche llegada. Pasa un carretillero. El caballo va cansado y el hombre también; la jornada sudada, la esperanza fatigada. Las llantas de la carretilla están gastadas; el lomo del animal está herido, tiene una larga peladura en carne viva. Las manos y las bridas unen al animal y al hombre en el mismo destino. La ciudad sale de las oficinas; la ciudad las recibe.

Jovita lleva su prisa.

Pasa un zapatero borracho apoyado al hombro de su hijo; pasa una anciana de pelo largo, largo, que le cae a los tobillos. Jovita se impresiona: no había visto pelo tan largo. Y era blanca la inmensa cabellera de esa mujer silenciosa y enigmática. No parecía una persona de este mundo. Pasan dos señores en bicicleta, van a casa, regresan del

trabajo. Son amigos, uno trabaja en Fruco, el otro en la fábrica de aliños El Gaucho.

Eran las ocho y media cuando hizo su aparición en la Asamblea Familiar. Saludó con sequedad y fue a buscar un sitio. Los asistentes expusieron ideas acerca de la confraternidad cristiana y la necesidad del mutuo apoyo, acerca de la fe y la autenticidad, de la adaptación de la iglesia a los tiempos modernos conservando su esencia, más de acuerdo con la idiosincrasia de las gentes de cada país y región. El padre Correa actuaba de moderador; los temas los desarrollaban los laicos. Jovita intervino:

-Sería bueno que el padre hablara de la moral, porque la gente se extralimita mucho. Hay que ver lo que dicen los hombres. Si yo me pusiera a decirles las propuestas que me hacen.

-Sí, es cierto –convino el sacerdote, tratando de que los asistentes tomaran en serio sus palabras, y agregó-: Gracias, Jovita, por su aporte. También es importante reseñar las muchas realizaciones de la Junta de Acción Comunal.

-¡Cómo no! –comentó don Rafael-. En eso se le debe mucho a don Héctor Fabio. Sin el entusiasmo del señor Inspector, no habríamos conseguido tanto.

-Hay que reconocerlo –comentaron los asistentes.

Jovita intempestivamente se levantó y salió; caminaba como si nunca hubiese estado enferma, queriendo llegar rápido a la casa, por la inseguridad de la noche; sin embargo inesperadamente murió.

Se invitaba, en carteles fúnebres, a las exequias de Jovita.

Las campanas tañían su quejumbroso réquiem y entristecían a sus deudos, vestidos de negro a la puerta de la iglesia. La velación del cadáver había acentuado en ellos las huellas del dolor.

RESURRECCIÓN DE JOVITA

¿Qué ocurrió? No fue a nuestro personaje, sino a una homónima, a quien le llegó la hora de la transformación, pero un periodista, corresponsal de El Espectador, y un colega local, que habían oído el confundido “run run” popular, dieron, sin confirmar, la triste noticia: “Falleció Jovita Feijóo, la Reina de Reinas”.

La nota necrológica suscitó el pesar general y la enérgica reacción de la vivísima Jovita Feijóo. ¡Cuál no sería la sorpresa de don Manuel Vicente Guevara, el cronista de marras, cuando oyó por el teléfono su voz clarísima, pidiéndole que se sirviera hacerle el favor de revivirla! Don Manuel quedó atónito, estupefacto, y cuando logró reaccionar, después de excusarse varias veces, se le ocurrió una solución.

-No hay más: yo hablo con los amigos de la radio y de la prensa, y la revivimos esta noche en el estadio, antes del partido entre el América y el Deportivo Cali; va a renacer en el corazón de la gente. Vaya al Pascual, que yo llevo el fotógrafo. Ya verá.

-Me hace el favor, porque no es un espíritu el que le habla. Y sepa que se han pasado la mañana llamando a dar el pésame –dijo Jovita, enfadada.

-Despreocúpese, Reina, y prepárese para la resurrección.

Resucitó ante más de veinte mil espectadores. La aplaudían y silbaban. ¿Era posible? ¿Cómo no? Allí estaba risueña y feliz. ¿A cuántos no le preocupó la noticia? Sus amigas, que sabían de su reciente enfermedad, la daban por cierta. ¿Y el Príncipe de Holanda? ¿Y éste, ése y aquél? A todos los que la conocían o no. Pero, ella no perdió tiempo en reaccionar, en hacer sentir que estaba viva y ocupaba su lugar. No; cuando los Manrique le informaron de lo sucedido, más sorprendidos que ella, le echó mano al teléfono para ubicar el responsable -llame que llame, llame que no ha llamado-, hasta que al mediodía, rodeada de vecinos y conocidos, logró hablar con don Manuel Vicente, y hacerle el reclamo. Descansó al hablar con él, pero quedó aturdida con la noticia y las llamadas de las amigas y de los conocidos, como si le hubiesen impuesto la cruz del miércoles de ceniza, recordándole la brevedad de la vida y la sentencia fatal. Pasó el día contrariada y de mal humor; nerviosa.

Las cosas sucedieron en la noche como las planeó el periodista.

Verde y rojo; rojo y verde: eran los colores de las graderías del estadio. Los aficionados estaban vestidos con las sentidas divisas de sus queridos equipos, y las mujeres, al igual que los hombres, con la vitalidad que tienen los hinchas para animar a sus jugadores hasta el fanatismo, se levantaron para vitorear a Jovita cuando ella apareció en el centro de la cancha. Todo el estadio se levantó, y abriéndose en miles de gargantas y de bocas, estalló cantando su nombre, con mayor alegría y entusiasmo,

que celebrando un gol en la final del campeonato. Fue un momento único e irrepetible, en el que la gente llegó al clímax de su amor por ella; y para ella, una noche de estrellas que jamás olvidaría.

Jovita regresó antes de las 12 de la noche, se quitó los zapatos de tacón, se puso el camisón y las chanclas, y con la luz natural de su entendimiento, repasó los episodios del día. Oyó al gallo cantar y pensó en la inestabilidad y ligereza de la vida; se dijo a sí misma que sus ilusiones de vivir, eran moderadas, que a nadie hacían daño; que no tenía por qué escuchar vituperios, ni recibir una muerte anticipada, y se acostó pensando que no iba a dormirse. Dio vueltas y vueltas en la cama, se sentó al borde, contra el respaldar de la cabecera; abrió la puerta, sintió el fresco de la noche, oyó el canto de los grillos, hasta que vio que se le estaban entrando los zancudos. Volvió a cerrar la puerta; estaba en vela como un enfermo.

Esperaba impaciente la mañana para encontrarse en los diarios.

LA BIOGRAFÍA DEL ULTRAJE

De risa nerviosa reía el Príncipe de Flandes, con sus compañeros, comentando la Muerte y Resurrección de la Reina; pero con tal melancolía quedó después de esa infortunada noticia, que ya no quiso seguir la broma a Su Majestad, a pesar de que ella había dado muestras de interés pidiendo informes en K.L.M., relacionados con la visita del Cónsul a la casa de los Manrique. Se lo había comentado una amiga que trabajaba en la agencia.

-¿De manera que no la vas a seguir molestando? –dijo Nelson.

-Pobrecita; me estoy arrepintiendo de tanta vaina que le hemos hecho – dijo Bruno.

-Esa pobre sufre; todos la joden –dijo César.

-Te digo una cosa: esa mujer tiene verraquera, sino, ¿por qué todo el mundo tienen que ver algo con ella? –dijo Bruno.

-El toquecito, no más –dijo Nelson.

-No creás. Hay muchos tocados en las calles y en los asilos, que no alcanzan el éxito de ella –dijo Bruno.

-Eso si es cierto, mano –dijo José.

-Es que la vieja es chévere, legal; ¿pero traumada?, está traumada –dijo Nelson.

-Se la cuetiaron –dijo César.

-Pero porque ya estaba su poquito –dijo Nelson.

-Se la cuetiaron con eso de los reinados –dijo César.

-Todas las viejas piensan en esa vaina aquí en Colombia –dijo Nelson.

-Es muy jodida; te aseguro que la virginidad de ella es pura liberación femenina –dijo Fabio.

-Explicáte –dijo Nelson.

-Claro; le gusta ser independiente. No se dejó imponer el papel tradicional: aguantarse a uno que la aburra todo el día, y cuidar niños. O que le haga el hijo y después la abandone –dijo Fabio.

-Más inteligente que llenarse de hijos –dijo César.

-En la China es delito tener más de dos hijos –dijo José.

-Aquí todavía estimulan la fecundidad con subsidios. ¡Qué contradicciones tan verracas! ¡Este país si está jodido! ¡Se lo va a llevar el Putas! –dijo César.

-A Jovita hay que ponerle cuidado. Yo leí el otro día un cuento de uno de la Santiago titulado “La Biografía del Ultraje”, donde pone a Jovita a soñar que es Policarpa Salavarrieta. Hermano: ful-soda, ese relato. Jovita tenía sueños o pesadillas, no sé qué vainas; en todo caso por la noche se imaginaba que era una líder revolucionaria –dijo Fabio.

-A ver; contá –dijo Nelson.

-Cada noche un sueño distinto: el lunes, dirigía la manifestación de las empleadas del servicio doméstico; el martes, no era una manifestación

sino que hacía guerrilla urbana; el miércoles, salía encabezando una marcha de mendigas y prostitutas, y así. Soñaba que los pliegues del pendón nacional se le pegaban al cuerpo, y ella era un símbolo contra la injusticia, por la libertad, la igualdad y la fraternidad, como esa pintura de Delacroix –dijo Fabio.

-Jovita no haría esas cosas –dijo Nelson, interrumpiéndolo.

-¿Quién sabe? ¿No viste cómo se aparecía en los mitines? Cogía a los policías y les decía, ahí en la Santiago y en el Santa Librada: “No les hagan nada a mis muchachos porque ellos son la voz del pueblo. Lo que pasa con ellos pasa conmigo, y a mí sí me tienen que respetar. Primero tienen que sacarme a mí que hacerle daño a alguno de mis muchachos. ¡No faltaba más! Váyanse para su cuartel que voy a ir a hablar con mi general a Bogotá”, y cosas de esas. Los vaciaba –dijo Fabio.

-Dejá que siga –dijo César dirigiéndose a Nelson.

-Seguí –dijo Nelson.

-Estoy contando el cuento. Al final no lo publicó nada. Yo lo conocí; él me lo mostró. Creo que lo estructuró presentando dos fases de Jovita: en la primera parte, era loca y querida de la burguesía, más o menos como es; en la segunda, se volvía cuerda, entonces no comprendía la miseria y comenzaba a volverse ñanga. Allí sí la consideraban loca y la internaban en un asilo –dijo Fabio.

-Ya le están metiendo política a la locura –dijo Nelson.

-Oigan, antichéveres, no se compliquen la vida –dijo Carlos.

-¿Y si la locura tiene la razón? ¿Por qué no habría de tenerla? –dijo Fabio.

-¡Hola! No está mal –dijo Nelson.

-Esperáte. El final es verraquísimo, deja una impresión increíble. Imagínate que, al recluirlo en el asilo, el cuento termina con los chirridos que hace la puerta metálica al cerrarla, y en la calle... –dijo Fabio

-Yo vi una película parecida. Era un retardado mental al que los científicos lo hacen evolucionar psicológicamente, toma conciencia de las cosas, y se deprime al conocer la realidad –comentó César.

-¿Qué pasa, ché fenómeno? Pero si la gente y el mundo son estupendos. “Vivimos en el mejor de los mundos...” –dijo Carlos.

-Mirá; llegó el profe. Vámonos que ése llama a lista –dijo César.

-Aguardáte; tomémonos el tinto –dijo Bruno.

-Me voy, soy de los primeros de la lista y no me borra la falta. Chao – dijo Carlos, retirándose.

-Chao –dijo César, alcanzando a Carlos.

-¿Qué decía? ¡Ah! Y en la calle quedó el sombrero rosado de Jovita con sus flores amarillas y azules como un ave derribada –concluyó Fabio.

-Tiene mensaje –dijo Bruno.

-Claro. Ese man tiene filosofía. Yo lo leí. ¿Ese no lo escribió Díaz? –dijo José.

-Sí –dijo Fabio.

-Sí. yo lo leí; por los días de la coronación andaba con él. ¡Uy!, tiene unas soyas increíbles. Mirá que en una parte, de esas de los sueños, Jovita imaginaba que es la última mujer joven, que todas las demás son mayores y ya no pueden concebir, tampoco hay hombres que puedan darle al asunto..., pero queda uno por ahí. Ese es un pasaje soda. Jovita decide que tiene que aguantar, que cuando pase la edad, cuando ya no pueda ser madre, tendrá relaciones sexuales, mientras tanto no. Y sueña que pasa el tiempo y que la especie humana ya no podrá dejar descendencia. ¿Descendencia de dolores? ¿Para qué? –dijo José.

-Tanático –dijo Nelson.

-Como el periodista de El Espectador –comentó Bruno.

-¿Un inconsciente de muerte? –dijo José.

-¿Qué pasa, ché? ¡Dejate de echarle ceniza a la vida! –dijo Nelson.

-Hay que dejar tranquila a la pobre – dijo Bruno.

-¿Jovita vino por lo del arrendamiento? –preguntó Nelson.

-Sí; se los dio Lalo –dijo José.

-Ve, vamos pa'clase... –propuso Nelson-. ¿Cuánto le debemos? – preguntó al mesero.

-Perdónenme ustedes –entró en la conversación el lustrabotas que en ese momento terminaba de encharolarle los zapatos a Bruno-. No me lo están preguntando, pero aquí se han dicho muchas verdades. La vida es muy

dura y tiene sus nombres, boca y ano. En mi casa se llama Mario, Neila, Lucila... Siete hijos y la comida no alcanza para un día. Hay que estarles dando y se les sale. Entra por aquí..., y sale por acá... ¿Casado? Sí. O da lo mismo. Los errores hay que pagarlos. O a la vida hay que ponerle verreaquera; uno no puede arrugarse. Esa Jovita es fea y asquerosa. No le tengo bronca, pero qué va; es una avivata.

-¿Si ustedes me permiten? –intervino el mesero, al pasar la cuenta-. Jovita no tiene ninguna enemistad. Ya vieron el homenaje que le hicieron ayer. Lo que ella hace no lo hacen ni las autoridades: le lleva flores a los deportistas, a los visitantes importantes; y la gente se pone de pie cuando entra a algún lugar. El entierro de ella será como el de Saavedra Galindo, como el de Vásquez Cobo o como el de Alfonso Barberena.

-Sí, así es. ¿Cuánto le debemos? –reiteró Fabio, sin mirar la factura.

-Cuatro tintos. Ah, y dos gaseosas –dijo el mesero.

-Sí, con esa falsa noticia toda la ciudad reaccionó, ¿cómo será cuando se muera de verdad? –dijo Bruno.

-¡Olvidáte! Jovita no morirá, porque ella es una leyenda, un mito, y las personas así nunca mueren –dijo José.

-¡Qué va! Una avivata –dijo el lustrabotas, golpeó el cepillo contra el suelo haciéndolo sonar, y luego lo lanzó haciéndole dar tres vueltas en el aire, cogiéndolo con la derecha-. ¡Listo joven! Puede irse a su clase.

Bruno pagó la lustrada justo con las monedas que le quedaban.

ANTEPASADOS ILUSTRES QUE HABLAN ENREDADAS
CUESTIONES DE DUENDES Y FANTASMAS

Aquella falsa muerte –“inocentada”-, como terminó por llamar a su equivocación el periodista, le dio actualidad a Jovita, la convirtió una vez más en noticia, y escritores, periodistas, líderes cívicos y políticos manifestaban sus sentimientos, daban opiniones y hacían sus comentarios, de la misma manera que se hablaba del río, de los hitos urbanos, de los puentes, de los monumentos, o de la proximidad de los juegos panamericanos, de los problemas de la Administración Municipal. Jovita era una parte de la ciudad, al mismo tiempo que era de toda la ciudad. Comentaban doctos e ignorantes acerca de la Reina y era muy común oír hablar de su familia, en términos más o menos como éstos:

-Le digo, pues -se dirigió un conocido abogado de la ciudad a su asistente-, que Jovita viene de familias distinguidas del norte del Valle: los Feijóo.

Y en diciendo ésto colocó una escalerilla para alcanzar uno de los volúmenes de su extensa biblioteca y, desempolvándolo, leyó en voz alta, las letras doradas impresas en el lomo rojizo del libro: “FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJÓO “ESPAÑOLES, AMERICANOS y otros ensayos”.

-Tiene parentesco lejano con los Feijóo de Galicia (España). Y son, y han sido, muy ilustres; para que lo sepa, mi querido don Mauro -agregó.

-Ya se ve, doctor.

-Mire lo que dice Azorín: “No hay ejemplo en España de más intensa agitación espiritual que la producida por el Padre Maestro Benito Jerónimo Feijóo”.

-Para muestra un botón.

-Es del siglo XVIII –y sentándose en la sala de su oficina se fue concentrando en la lectura de un aparte dedicado a los duendes y a los espíritus familiares-: “...El padre Fuente la Peña, en su libro del Ente dilucidado, prueba muy bien que los duendes ni son ángeles buenos, ni ángeles malos, ni almas separadas de los cuerpos. La principal razón es que los juegos, chocarrerías y travesuras que se cuentan de los duendes no son compatibles ni con la majestad de los ángeles gloriosos, ni con la tristeza suma de los condenados. Esta razón milita del mismo modo respecto de las almas separadas; porque éstas, o están en la gloria o en pena: para las gloriosas son indecentes estas diversiones, y las que están penando no son capaces de gozarlas. A esto se puede añadir que sería una incongruidad suma en la Divina Providencia permitir que aquellos espíritus, dejando sus propias estancias, viniesen acá sólo a enredar y a inducir en los hombres terrores inútiles.

Puesto y aprobado que los duendes ni son ángeles buenos ni demonios, ni almas separadas, infiere el citado autor que son cierta especie de animales aéreos, engendrados por putrefacción del aire y vapores corrompidos. Extraña consecuencia y desnuda de toda verosimilitud. Mucho mejor se arguyera por orden contrario, diciendo: los duendes no son animales aéreos; luego sólo resta que sean o ángeles o almas separadas.

La razón es, porque para probar que los duendes no son ángeles ni almas separadas, sólo se proponen argumentos fundados en repugnancia moral; pero el que no son animales aéreos se puede probar con argumentos fundados en repugnancia física. Por mil capítulos visibles son repugnantes, la producción y conservación de estos animales invisibles; por otra parte, las acciones que frecuentemente se refieren de los duendes o son propias de espíritus inteligentes, por lo menos de animales racionales; lo que este autor no pretende, pues sólo los deja en la esfera de irracionales. Ellos hablan, ríen, conversan, disputan. Así nos lo dicen los que hablan de duendes; con que, o hemos de creer que no hay tales duendes y que es ficción cuanto nos dicen de ellos, o que, si los hay, son verdaderos espíritus.

Realmente es así, que puesta la conclusión negativa de que los duendes sean espíritus angélicos o humanos, el consiguiente que más natural e inmediatamente puede inferirse es que no hay duendes. A la carencia de duendes no puede oponerse repugnancia alguna, ni física ni moral. A la

existencia de aquellos animales aéreos, concretada a las circunstancias y acciones que se refieren de los duendes, se oponen mil circunstancias físicas.

El argumento, pues, es fuertísimo, formado de ésta: los duendes, ni son ángeles, ni almas separadas, ni animales aéreos; no resta otra cosa que puedan ser. Luego no hay duendes. La mayor se prueba eficazísimamente con los argumentos que respectivamente excluyen cada uno de aquellos extremos; la menor es clara, y la consecuencia se infiere.

Ni obsta en contrario la vulgar prueba de la existencia de los duendes, tomada de los innumerables testigos que deponen haberlos visto u oído, lo cual parece funda certeza moral, siendo increíble mientan todos estos testigos, siendo tantos. Este argumento, aunque en la apariencia fuerte, sólo es fuerte en la apariencia.

Lo primero, porque apenas son la centésima parte de los hombres los que deponen haber visto duendes. ¿Y qué inconveniente tiene al afirmar que la centésima parte de los hombres son poco veraces? ¡Ojalá no fuera mucho mayor el número de los contadores de patrañas! En cada lugar de cinco o seis mil individuos de población (tomado uno con otro) habrá doce, catorce, veinte que digan haber visto duendes. Ruego a los que tienen práctica del mundo me digan con ingenuidad si hacen juicio que en pueblos de este tamaño no haya más de veinte embusteros.

Lo segundo, porque los testigos que se citan no son examinados legítimamente; era menester, para hacer fe, ser preguntado debajo de juramento, de orden del magistrado o superior. Las especies que se sueltan en una conversación son fiadores fallidos de la verdad. ¡Cuántas cosas se dicen en los corrillos que después se desdicen en los tribunales! En las confabulaciones ordinarias se atiende mucho menos a la instrucción que al deleite, y nada embelesa más a los circunstantes que la narración de extraordinarias apariciones; pero aún más deleita al recitante que a los oyentes. Recibe aquel una satisfacción muy dulce de la cuidadosa atención con que le escuchan éstos; mucho más si, como comúnmente sucede, se interesa su aplauso en la narrativa. ¡Oh, qué cosa tan grata es para un hombre el que crean que tuvo valor para hacer frente a un espectro formidable en el silencio de la noche! La tentación que por esta parte hace la vanidad es tan ocasionada, que no hay que extrañar que tal vez haga caer a hombres bastante veraces. Ciertamente es menester un amor heroico a la verdad para no violarla jamás con una mentira leve, cuando en esto se atraviesa el interés propio, sin riesgo del perjuicio ajeno. Por lo común no se necesita tanto motivo para mentir en materia de apariciones; basta aquella complacencia trascendente que se experimenta en referir cosas extraordinarias el mismo que se acredita ocular testigo de ellas.

A esto se debe añadir que muchas veces no se cuentan estas cosas con ánimo serio de persuadirlas, si sólo para hacer burla de alguno o algunos espíritus crédulos que intervienen en la conversación, y éstos, habiéndolo creído, lo hacen creer después a otros.

Lo tercero, que frecuentemente las relaciones que se oyen en esta materia dependen de error al que las hace. Los espíritus tímidos y supersticiosos (cualidades que suelen andar juntas), cualquier ruido nocturno, cuya causa ignoran, atribuyen al duende. La imaginación de los pusilánimes en la escasez de la luz, de las sombras hace bultos, y también a veces con no menor riesgo, de los bultos hace sombras. Si algún ruido de la noche los despierta, el pavor les desordena el movimiento de los espíritus; de suerte que en aquel tropel se les representan imágenes extrañas, a que ayuda mucho que en aquellos primeros momentos de la vigilia aún no ha sacudido la razón todas las nieblas del sueño. Entonces es cuando, aunque la cámara donde reposan está totalmente oscura, juzgan divisar, como errantes y divididas en medio de tenue luz, algunas sombras; si el miedo es excesivo, se perturba la fantasía de modo que participan el error de los ojos, los oídos, o la imaginación por ellos, aprehendiendo que oye articuladas voces.

Es verdad que hay pocos sujetos capaces de tanto desorden; pero en otros suple su embuste aquellos extremos a donde no llega su error. Voy a dar un aviso importantísimo, descubriendo un origen, poco advertido, de

innumerables patrañas, bien creídas, porque se citan por ellas autores acreditados de veraces. Un hombre nada mentiroso, pero pusilánime y poco reflexivo, oyó algún estrépito nocturno con tales circunstancias, que se persuadió a que era duende. Refiere después el caso debajo de la misma persuasión: alguno de los que le oyen halla en aquel estrépito, como aquellas circunstancias, pudo provenir de otra causa más connatural, y procura desengañarle, proponiendo que pudo hacer aquel ruido, o el viento, o un gato, o un ratón, o un doméstico que quiso hacerle aquella burla, para tener después de qué reírse, etc. ¿Qué sucede en este caso? Que el mismo que con buena fe refirió el principio que le había inquietado el duende, porque así lo había creído, ya empieza a defender su error con mala fe, por no retractarse y por no sujetarse a la nota de poco reflexivo o de muy pusilánime; y para este efecto va añadiendo al suceso circunstancias fingidas, que acrediten que no pudo ser otro que el duende quien ocasionó aquel ruido.

Lo mismo sucede a cada paso con otras cualesquiera materias. Veréis a un conjurador, que con buena fe exorciza a una mujer creyéndola poseída, y que con la misma buena fe os refiere las señas que le persuaden a que efectivamente lo está. Halláis que aquellas señas son equívocas o falaces y procuráis instruirle en que pueden ser efectos de un accidente histórico o ficciones de la misma exorcizada; él porfiará lo que pudiere por mantener su opinión, y cuando le apretéis tanto con los

argumentos, que le hagáis conocer la verdad, ya el rubor de confesar su yerro, ya el temeroso empeño que contrajo con el calor de la disputa, le inducen a mantener su lucha contra la verdad. Más viendo que no puede ya defender la pretendida posesión, en virtud precisamente de las señas que al principio había referido, y que son verdaderas en el hecho, aunque no la significación, inventa otras más eficaces en su cabeza, y llegará a levantar a su conjurada, que habla en latín, griego y hebreo, que vuela por los aires, que adivina los pensamientos, etc.

Es tan común esta flaqueza en los hombres, que conozco muchos, por otra parte tan veraces, que con total espontaneidad jamás dicen una mentira, pero metidos y calentados en la disputa echan mano de cualquier ficción que les parezca oportuna para defender su sentencia. Citan por ella autores que no vieron, o están por la contraria; afirman proposiciones que saben ser falsas; niegan otras que conocen verdades, divierten el asunto principal a alguna incidencia y en fin, hacen cuanto pueden por meter la disputa a la ley de la trampa. Tanto puede, aún en hombres nada inclinados a mentir, la vergüenza de confesar su error, cuando el desengaño les viene por mano ajena en la lid de la disputa, creyendo que es lo mismo entonces darse por desengañado que declararse vencidos.

Volviendo a aplicar la reflexión presente al asunto de este discurso, digo que de este origen vienen muchas fábulas en materia de duendes, las cuales son creídas porque se señalan por autores de ellas algunos sujetos

acreditados de verídicos, sin advertir la particular flaqueza y vehementísima tentación que en aquellas circunstancias los hizo abandonar la veracidad y resbalar hasta el vicio que habitualmente aborrecen.

Pero los duendes metidos, que más eficaz y más generalmente engañan y pasan por verdaderos, son los duendes contra-hechos o remedados por hombres o mujeres, que con algún designio particular se meten a hacer este papel en esta o aquella habitación. Algunos no toman esta ocupación por otro motivo que una maligna complacencia de inquietar y aterrar a los domésticos; pero las más de las veces interviene con fin más criminal. ¡Oh, cuántos hurtos, cuántos estupros y adulterios se han cometido; cubriéndose, a los agresores o los medianeros con la capa de duendes!

Estas pesadas burlas se detuvieron o atajaron siempre que en la casa donde se ejecutaban había algún hombre de espíritu, que intrépidamente se empeñó en el examen de la verdad. Donde toda la familia, se compone de gente fácilmente crédula, triunfa seguramente, salvo que algún accidente le manifieste.

Bien es verdad que yo admiro tanto la credulidad de aquellos que padecieron semejantes engaños, cuanto, la de algunos autores que nos comunican estas noticias y suponiéndolas verdaderas, fundan sobre ellas algunas máximas doctrinales erradas, con que dan más aliento a los que quisieron practicar esta especie de treta. Dicen algunos que estos espíritus

inquietadores, a quienes llaman duendes, están limitados a determinado sitio y lugar en el cual pueden dañar, de tal modo, que fuera de aquel sitio son incapaces de hacer perjuicio alguno. Esta máxima se funda en ciertas historias semejantes a las que cuenta Moure, citado por el padre Fuente de La Peña, de un demonio incubo que oprimía violentamente a una mujer en cierta parte de la casa; pero mudando ésta la cama a otro cualquier cuarto, nunca aparecía aquella ignominia. Yo creo firmemente que el conjuro de una buena tranca sería el más eficaz para aquel incubo. ¿Qué se debe ni puede discutir en este suceso, sino que era el autor algún pícaro industrioso y atrevido, el cual sólo podía entrar en aquel cuarto y no en otro de la casa, o porque, si era doméstico, sólo para aquel había tránsito sin estorbo desde el sitio en que él se recogía, o porque, si era extraño, sólo podía introducirse por la ventana de aquel cuarto? Donde se debe creer que la mujer era cómplice voluntaria, y usaban los dos de concierto de aquella invención, o para salvar el ruido cuando fuese sentido, o para que, aterrados los domésticos, en vez de estorbar, se retirasen. Si se dijese que cuando la mujer se prevenía con oraciones, reliquias de santos o agua bendita no la acometía el incubo, estaba bien. Pero para el demonio ¿qué más tiene esta parte que aquella de la casa? Y el fundar en esta y otras historias del mismo tenor la máxima de que hay duendes, ¿qué sólo pueden inquietar y hacer daño en determinado sitio,

de qué puede servir sino de animar a los que quisieran usar de esta vana creencia del vulgo para sus torpes intentos?

Lo mismo digo de otra opinión vulgar no menos ridícula, conviene, a saber: que suelen los duendes asociarse a determinadas personas. Dicen que se ha experimentado muchas veces que al tiempo que entra alguna persona en la casa, entra el duende en ella, y en saliendo aquella, se va también el duende. Notable sinceridad. Yo creo que el caso que dio motivo a este error sucedió y sucede muchas veces. Entra una criada o un criado en una casa a servir, y entra el duende. ¿Por qué? Porque ella misma era el duende, o lo era algún pícaro por motivo de ella. Acaeció muy poco en la corte un suceso de este género, cuya verdad averiguó cierto amigo mío, confesándosela movida de algún interés, la criada misma que había hecho el papel de duende, y había puesto en notable confusión, no sólo la casa donde servía, más aún todo el barrio. La comedia de La Dama Duende se representa más veces que se piensa, porque hay muchas damas que son duendes, como también muchos que se hacen duendes por damas”.

Le quiero decir don Mauro que el tema éste, no es extraño a ninguna parte del mundo; todos los pueblos tienen sus espantos y leyendas. Nosotros, no más, para no ir más lejos, tenemos en Cali, y desde el Cali Viejo-Viejo, muchas historias de esas, empezando por las Tres Cruces, la Mano del Negro, el Guando de la carrera 12, la Dama de Blanco, el

Misterio de la Loma Pelada –que otros llaman de la Viuda-, el Demonio del Convento de San Joaquín, el Fraile sin cabeza de San Antonio, los Caballos del Peñón, los Fantasma de la Casa de la Familia Borrero, para no hablarle del Duende y la Llorona, y otros del Cali rural, que aun perviven.

-¿Cómo así doctor?

-Si don Mauro, aunque es sábado, venga por la tarde, que estoy arreglando la biblioteca y le cuento.

-Sí, doctor; hasta la tarde.

-¿Qué horas son?

-Ya dieron las doce.

-No, espere. Yo también me voy.

-Yo vengo temprano, para ayudarle.

-Bueno, don Mauro, y le cuento.

LEYENDAS DEL CALI VIEJO

A las dos de la tarde llegó don Mauro; ya el doctor estaba ordenando su biblioteca. Esta consta de cinco muebles iguales, independientes, hechos en madera de cedro, con una base más amplia de 80 centímetros de altura, y 60 de ancho; tiene cuatro entrepaños de 30 centímetros de ancho, por 40 de alto, cada uno de metro y medio de largo. Los muebles, de doble nave, están protegidos con vidrios para una mejor conservación de los libros que tanto ama el jurisperito, por lo mucho que les debía, y sin los cuales no concebía su vida. Con las puertas de los muebles abiertas, la oficina olía a alcanfor, y unas cuantas bolitas blancas estaban sobre la mesa de la sala de recibo de los clientes.

Tomó unas hojas escritas a máquina, con correcciones manuscritas al margen, y le preguntó a don Mauro, cuál de los relatos enumerados por la mañana quería escuchar, y don Mauro le dijo que todos. Y con total dedicación, como si estuviera metido en la narración, el doctor Leonidas Pardo fue contando, una a una, las leyendas tradicionales de Cali, y otras más recientes, debidas a las migraciones del campo a la ciudad, a causa de la violencia política y la industrialización del Valle del Cauca, especialmente por la influencia de Yumbo, por allá en los años 50.

El doctor le dijo a don Mauro que él mismo había oído, a media noche, “el ruido de los Cascos de los Caballos”; y que, con la curiosidad de

todos, había salido a verlos pasar, porque vivía en la calle 1ª No. 1-21, en el Peñón, y los escuchaba y no los veía... Igualmente le contó lo de “La Bella Mujer Vestida de Negro”, que atraía a los hombres, les pedía un cigarrillo y luego resultaba ser una calavera. Otra, también de una mujer, que encantaba a los hombres y luego aparecían aruñados y borrachos, como si les hubieran dado burundanga, que los caleños raizales asocian con “La Tunda”, que sale por el Boquerón del Dagua y en gran parte del litoral pacífico hasta el Ecuador. No dejó de contarle de otra mujer que le salía a los viajeros en los caminos y en las carreteras, y que luego de recorrer con la persona un buen trayecto y hablar de las cosas de este mundo, como cualquier mortal, se pasaba al otro, y desaparecía dejando en su lugar una colilla de cigarrillo. Le contó la historia de la Loma de la Cruz, donde apareció desenterrada “La Mano del Negro”; la del “Demonio que visitó el Convento de San Joaquín”, bajo la forma de un sacerdote secular, quien deseaba ver cómo vivían los frailes, y recorrió el convento, salvo que no quiso acercarse al altar. Le narró la historia de “La Dama Vestida de Blanco”, que aparecía en el segundo piso de una de las casas esquineras de la Plaza de Cayzedo, y que perteneció durante la colonia a don Manuel de Cayzedo, famoso Alférez Real.

Don Mauro quería conocer “La historia de las Tres Cruces”, pero el doctor Pardo, le contó la del “Animal de la Torre Mudéjar”, que bajaba al patio, como un Perro Negro, o un Chimbilaco, y lo espantaban a

cordonzos, los franciscanos y La del Fraile sin Cabeza”, que veían en el camino de la Colina de San Antonio.

-Usted quiere oír la historia de las Tres Cruces; se la voy a contar: Resulta, don Mauro, cuentan algunos, que en una reunión de espiritismo, celebrada en España, por la época de la Colonia, entre los asistentes había algunos hijos de esta ciudad, se les apareció “El Maligno”, y él anunció que los perseguiría hasta hacer suyas a las almas de los participantes, entre ellas a la de una hermosa joven mora convertida al catolicismo a principios del siglo XVII y a la de su pretendiente, un señorito andaluz, muy pendenciero, que esa noche habían convenido venir a estas tierras del virreinato. Dicen que El Maligno, se les presentó en forma de peregrino, cubierto con un albornoz, pero que fue descubierto por las uñas en forma de garras, y porque las pezuñas no le dejaban asentar bien las botas; que los asistentes invocaron el nombre de Dios y de María Santísima, y el Demonio tuvo que dejar el lugar, el cual quedó con un fuerte olor a azufre, pero les gritó, con una voz desde ultratumba, que los seguiría sin descanso hasta el fin de sus días –de los días de ellos, porque él es eterno-, y desapareció. Cuando los antiguos caleños llegaron, se lo contaron a los frailes mercedarios, y estuvieron pendientes de levantar la cruz en el cerro, el 3 de mayo. Se recuerda el día, por ser la celebración de la Santa Cruz, pero el año es impreciso porque no se quedó en la memoria colectiva, y se dan muchas fechas. Lo cierto es que la

costumbre se mantuvo durante todos esos años hasta que en 1937, fecha en que fueron construidas las tres cruces, que hoy vemos, bajo la dirección del presbítero Marco Tulio Collazos. Pero, don Mauro, hay quienes sostienen, como Gonzalo Arango, ese desconcertante nadaísta, poeta, que “como el Diablo estaba adentro cuando pusieron las cruces, no ha podido salir”. Algunos creen que ese apunte es más que una frase guasona, y que en realidad la presencia del Diablo tiene que ver con la calentura, la fiesta y esa idiosincrasia de nuestras gentes tan proclives al baile y la parranda.

-Eso sí, doctor.

-En eso se nos junta el español, el moro, el indígena, y ese negro danzón y farrullero que se da por estas tierras.

-Así somos, doctor.

-Es nuestra mezcla, y por eso mientras unos le rezan al Diablo, otros invocamos a la Virgen. Todo esto se lo digo, don Mauro, motivado por Fray Benito Jerónimo Feijóo, ilustre antepasado de Jovita, quien desde esa época se ocupaba de las mismas cosas; con lo cual concluyo, don Mauro, que el hombre es el mismo a través de los tiempos; que reacciona a los problemas propios de las épocas, y de las circunstancias que tiene que vivir, pero somos esencialmente los mismos. Hasta me dan ganas de darme la bendición para que no se me cuele algún espíritu maligno, travieso o burlón en esta oficina.

Luego don Mauro quiso volver a retomar el tema de Yumbo, que le llamó la atención. Y es que don Mauro venía de La Unión (Nariño), tenía presente los comienzos de la violencia, en su departamento, pero no sabía de la importancia que había tenido Yumbo en la migración de la gente a Cali y el doctor Pardo, de una manera reposada y precisa, le habló de la influencia que tuvo la Segunda Guerra mundial en el Valle del Cauca, la construcción de Calipuerto, la empresa Panagra, el desarrollo del Puerto de Buenaventura, y la llegada de las multinacionales, y las exensiones y condiciones favorables que les ofreció Yumbo, tanto a las empresas extranjeras como a las nacionales.

-Estos factores, don Mauro, atrajeron mucha gente. Por esa época llegaron Sidnees Ross, Palmolive, Good Year, Cartón Colombia, Eternit Pacífico, Home Products, Unión Carbide, Fruco, y otras más.

-Claro, la gente venía buscando seguridad y oportunidades.

-Así era el Valle del Cauca, por esa época.

Y diciendo lo anterior, se dio la bendición y cambiaron de tema, pasando a hablar de los asuntos de su oficina.

Como ésta, muchas conversaciones tuvieron lugar con ocasión de la falsa muerte de la popular Jovita. Ella cosechaba los triunfos de su permanencia, de aquella pifia reportera que le demostró cómo se hallaba en los corazones de todos, y cómo se mantenían pendientes de ella. Pero, el interés que despertó en los demás, se tradujo en una inquietante

curiosidad de propios, y de extraños, por averiguar de su paradero, que vino a incomodarla aun más, en lo relativo a su domicilio; porque su habitación era terreno vedado, y su umbral sólo lo transponían contados privilegiados. Se hacía negar: que ahí no vivía, que no estaba, que se había ido a otra casa, etc.; eran las disculpas que le hacía repetir a doña Elvia, a la tía Bertha y a las niñas, quienes también se mostraban disgustadas por tanta preguntadera sobre la realidad de lo ocurrido. Las hermanas Manrique veían en la intranquilidad de su inquilina, una gran inseguridad, un creciente temor de que desconocidos quisieran conocer su dirección. Se ponía nerviosísima cuando creía que la seguían.

LA MURGA Y LOS SANTOS INOCENTES

Al mediodía iba Jovita por la calle 11 con carrera 6ª, cuando a la altura del Edificio Botero Salazar, distinguido con la placa No. 6-17, se encontró intempestivamente con una murga que venía con trombones, clarinetes, flautas, pitos, tambores, panderetas y matracas; al primero que se encontró fue al Diablo, vestido de rojo, con sus cuernos y su rabo negros; enseguida apareció la Muerte con su guadaña blanca; a su lado iba la Calavera y un Enano que le tiró de la falda; y otro, con una cara horrible, que también se la haló, y ella se disgustó. El Jaguar quiso morderle la cara. Venían numerosos matachines con guadañas, tridentes y perreros. Esa murga era grosera y peligrosa. Ella se cambió de andén, pero por ese lado apareció el Año Viejo, con su barba larga, y a su lado un niño, con máscara de bebé; el niño también le agarró la falda, y le extendió un palo con una bolsa de terciopelo rojo atada al extremo, pidiéndole que le diera alguna moneda. Jovita se incomodó. Enseguida un cohete rompió a silbar yéndose a estrellar contra la vitrina de un almacén, y luego sonaron, tronantes, diablos, papeletas y petacas, mientras avanzaba la murga hacia la iglesia de San Francisco. El ruido y la algazara la tenían nerviosa. La gente se reía de ver sus reacciones. Un esperpento de la murga, vestido de mujer con rellenos en el pecho y las caderas, dejando ver los pelos de las piernas, la siguió imitando sus

movimientos. Jovita perdió la paciencia y le pegó un carterazo en la cabeza, con lo cual la cartera se abrió, cayéndose sus cosméticos y objetos personales al suelo: por la calle rodó el frasco del esmalte bermellón, el espejo, el cepillo del pelo, la polvera de su infaltable rubor, y el labial; por allá se deslizó el frasco del perfume de violetas, y ella no vió la llanta de un carro que pasó sobre sus anteojos, ni los oyó aplastar y hacerlos añicos. Se puso a recoger sus cositas y todo el mundo se carcajeaba. Se desconsoló viendo los pedazos de su espejo quebrado; la punta de su lápiz de cejas, también quebrada. Alzó el escapulario de la Virgen del Carmen, la camándula de murano y, dejando muchas de sus cosas por ahí regadas, continuó su camino, que se la llevaban los mil demonios.

-Cafres –les gritó, con ganas de darle su buen sopapo a cada uno.

De un segundo piso le tiraron rosas y dalias que, al pegar contra su cabeza, se esparcieron por el suelo. Ella no las sintió, ni las vio, no supo nada de ellas.

A Jovita no le gustaban las murgas, que siempre se prestaban para burlas y tratos desagradables, y porque tenía un malísimo recuerdo de un treinta y uno de diciembre, cuando era niña, cuando una vacaloca se le fue encima estallando toda esa pólvora. No, eso no iba con ella. Le gustaban sí, las velas, el alumbrado de la Inmaculada, la novena del Niño Dios, los

villancicos, y los regalos, pero las murgas, no; le daban miedo, rabia, y peor aún, la ponían triste.

Jovita se hundió en una pesadumbre dolorosa varios días; permaneció acostada en su habitación, con la luz apagada, y hasta los cuidados que tenían con ella en la casa le molestaban. Se tornó irritable y malgeniada.

ROSAS ROSAS

Como enviado por el destino llegó Bruno a visitarla en compañía de Clemencia, la princesa. Le llevaron un ramo de rosas rojas que Jovita besó y beso varias veces, dándoles y dándoles las gracias. Quitó el ramo de flores artificiales que mantenía en su mesita, las metió en una chuspa, y organizó las rosas en el florero. Estaba feliz. A doña Elvia y a la tía Bertha les parecía otra Jovita, viéndola así de contenta, desprevenida y graciosa.

-Las flores son para decirle que la naturaleza la quiere. Son besitos de Dios que nosotros le traemos –dijo Clemencia.

Jovita recibió la visita en la sala, les ofreció un tinto y hasta se fumó un cigarrillo, con ese aire sofisticado que asumía en sus mejores momentos. Como siempre sucedía cuando se encontraban, recordaron los días del reinado con sus cientos de anécdotas y se rieron y disfrutaron un buen rato.

Los estudiantes fueron a saludarla hacia las cuatro de la tarde, y a las cinco pasaditas se despidieron.

-Cuídese mucho –le dijo Bruno al salir, dándole un beso.

Jovita quedó feliz; Clemencia muy contenta de verla, pero el que mejor se sentía era Bruno, reconciliado con su conciencia, quien se

comprometió a regalarle un diccionario de refranes, máximas y sentencias, que sin saber muy bien por qué, pensó que podría gustarle, aunque nunca la hubiera visto con un libro en la mano.

Cuando los estudiantes partieron Jovita asumió una actitud grave, de importancia; recogió las tazas y el cenicero y los llevó a la cocina para lavarlos.

-Jovita, fíjese cómo la quiere la gente –dijo doña Elvia.

-Sí, muy queridos esos jóvenes.

-Yo quiero mucho a mis muchachos, bueno, a éstos; porque hay otros que son muy jodidos y lo que quieren es mangoniarla a uno. Nadie sabe lo de nadie. Ustedes no se imaginan la tiradera que me hicieron, las situaciones que me tocó vivir en la Universidad, durante los días del concurso –dijo Jovita, y salió a la tienda a comprar una libra de café.

EQUIVOCACIONES LAMENTABLES

Pasadas las fiestas y avanzando los primeros meses del año, fue invitada por las autoridades eclesiásticas y policivas del barrio Belalcázar, a la inauguración de varias obras que había llevado a cabo la Junta de Acción Comunal, gracias a las ejecutorias del señor Cura Párroco y a las del señor Inspector. Asistirían como invitados de honor el señor Gobernador del Departamento, el señor Alcalde de la Ciudad, y algunos miembros de sus gabinetes. La emprendedora Junta había dispuesto arreglos ornamentales para darle un aspecto festivo a la ceremonia de ampliación del Despacho Parroquial, y del Centro de Salud, y por la firma del contrato para la ampliación del alcantarillado y la pavimentación, motivos importantes para animar a los vecinos, que habían trabajado arduamente por la consecución de estos logros. Los habitantes del barrio no eran descuidados ni indolentes, por el contrario, se unieron para luchar por sus intereses comunes. Hacía poco habían integrado una cooperativa para la compra y distribución de bienes de consumo –básicamente artículos de primera necesidad-, que se esperaba diese buenos resultados. Jovita era entusiasta colaboradora de todas esas actividades; o “causas”, como las llamaba. Se la veía abanderada de los proyectos. El Inspector y todos sabían que invitándola ponían a girar en torno suyo, indefectiblemente, a cientos de personas, lo que aseguraba el éxito de la

programación; para algo contaban con la Reina. No la podían desaprovechar.

El sector se veía vestido de colores, y alegres afiches daban gracias a la Administración por la atención a sus problemas, que daba soluciones y no se quedaba en la demagogia, en el malabarismo de las promesas. Entre el grupo de personas que se encontraban en el balcón del Despacho Parroquial, se destacaba la figura del Gobernador, la del Alcalde, la del Cura. Por un alto parlante, un locutor ruidoso e incansable, no paraba de enumerar los programas de los mandatarios, acreditando, una y otra vez, sus cualidades y compromisos con el pueblo; de vez en cuando hacía una pausa y le cedía el micrófono a los estudios centrales de la emisora para una extensa serie de propagandas, o dejaba oír alguna canción de moda, de Oscar Golden, Isadora, Claudia de Colombia, o una balada argentina.

Cuando Jovita llegó, la multitud reunida abajo, frente al balcón, le dificultaba el paso. Policías venidos para ayudar a guardar el orden, que no eran conocidos suyos, se le interpusieron.

-¡Alto!

-Qué alto, ni qué bajo, ni qué nada. ¡Ábranme paso!

-Más respeto con la autoridad, señora. ¡Muéstreme su cédula!

-¿Cédula? Déjeme pasar que estoy retrasada. Me están esperando para empezar.

-¿Sí?

-A ver. ¿Qué pasa? –se acercó un cabo.

-Que la señora se quiere pasar.

-¿Quién es usted? –preguntó el cabo.

-Dejemos la preguntaderita; todo el mundo me conoce.

-Es Jovita – dijeron los vecinos.

-Lláme al Padre –sugirió alguno.

-O al Alcalde –completó otro-. Da lo mismo: todos la conocen.

El señor Inspector al ver arremolinarse las personas en torno a Jovita, que venía con la corona sobre su cabeza, presumió las dificultades, bajó en su ayuda y la hizo seguir. Subían las gradas cuando el señor Inspector le dijo:

-Disculpe, Jovita, esas lamentables equivocaciones.

-Pierda cuidado; lo que pasa es que la ignorancia es atrevida. ¿Ya llegó el Gobernador?

-Sólo faltaba usted.

En el Despacho no cabían. El acto tenía su trascendencia y la presencia de las autoridades daba cuenta de ello. Los locutores y reporteros se movían inquietos con sus grabadoras a la caza de informaciones, entrevistando a los personajes. Al ver a Jovita los asistentes se pusieron de pie, y los más caballerosos le dieron un beso en la mano. Se le cedió

una silla, ubicada al frente de la del Señor Gobernador, a quien Jovita, con decidida voz, le impetró:

-Señor Gobernador: ¿qué hay de mi casita?

-En esas estamos.

-Que no nos vayamos a quedar en ésas, que yo no quiero mi casita de cuentos, sino de ladrillo y cemento.

-No sea desconfiada que ya le dí instrucciones al Gerente del Inscredial.

-Que sea verdad porque ya me estoy cansando de tantas promesas, o de tantas mentiras que's lo mismo.

-Le digo, que espere, que tenga paciencia.

-Amanecerá y veremos...

Se dio comienzo al orden del programa para esa tarde, la que estuvo revestida de especial importancia con la presencia de las dichas autoridades, como era de suponer, con sus verbos interminables de proselitismo y agradecimiento. Al final, estimulados por las encogidas del “gusano” –como le decían al acordeón del señor Sarria-, se entregaron a la música, pasando de los vivas a las bebas. La multitud clamó por su Reina que bajó y se metió en el ritmo, bailando por igual el porro, la cumbia o el pasodoble, pero, cuando la invitaron a bailar unos vecinos, en pareja, se mostró esquiva. Un joven la tomó del brazo y ella no toleró la confianza, el irrespeto, la descortesía, e hizo el ademán de levantar la mano.

-No, Jovita; no es para tanto –dijo el joven impertinente, ofreciendo excusas.

Con gesto altivo y desdeñoso, rompió el círculo y se fue para la casa, que quedaba a pocas cuadras de la iglesia de la Santísima Trinidad.

Don Héctor Fabio y don Manuel Vicente que la observaban desde el balcón se sonrieron; sabían que Jovita era de una buena disposición natural, pero conocían las cosas que la contrariaban. La senda elegida por ella, para realizar su vida, era estrecha, pero completamente definida, y exigía una absoluta fidelidad a sus sueños; por eso mismo era totalmente previsible.

Jovita vivía en un entorno neutro, diríase asexual. No veía nada preocupante, ni nunca lo vio, aun siendo niña, que le produjera temores sexuales, o algo parecido; pero, no más abrir la puerta de la calle, se ponía alerta, ya fuera que alguien entrara o saliera, y se llenaba de inseguridad; sentía que en cualquier momento podía ser agredida, violada. Era una sensación que no sólo tenía respecto de ella sino de todas las personas, como si el sexo, la reproducción, la lucha diaria, hiciera que todo el mundo estuviera expuesto y compelido a hacerlo; como si la gente fuera igual a la tierra, y en cualquier momento se pudiera sembrar en el campo una semilla, y entre la gente, la descendencia. Le daba pavor pensar que podía llegar a resultar embarazada; de ahí su distancia con las personas y, con mayor razón, sus

prevenciones con las arriesgadas aproximaciones del baile. Así pensaba el Inspector: “Niños y frutos, todos son unos”.

LLEGÓ LA HORRIBLE NOCHE

Pocas personas conseguían entrar a los repliegues del alma de Jovita; se diría que era acogida por las demás personas, sin entrar en mayores honduras espirituales ni psicológicas. El trato con ella se daba así, aparentemente unilateral, poniendo ella las condiciones; por eso la gente decía que “ella no conversaba, sino que daba órdenes”; como si no se pusiese en el lugar del otro. Éstas eran impresiones de la gente. Los contertulios en el Bar Alemán, muchas veces quisieron “dialogar” con ella, pero Jovita se limitaba a “decir” sus cosas, comentaba Octavio. Sus amistades, sus verdaderas amistades, llegaban a su vida espontáneamente por el trato, sin que ella se preocupara “de hacer amigos”, aunque le era de rigor respetar la posición de los demás en la sociedad. A veces trataba con el cargo, no con la persona que lo tenía transitoriamente. Era desconcertante. Trataba a tal persona por tener tal puesto, como en un diálogo de roles y funciones, no de personas. Eso la hacía aparentemente impersonal, fría y hasta odiosa y mucha gente la veía como un personaje de un guión teatral.

La tía Bertha con el paso del tiempo, y las cosas que venía sabiendo y conociendo de Jovita, se fue interesando por adentrarse en su mundo y ella se lo impedía con su natural independencia; pero Jovita le había

quedado muy agradecida por haber sido quien le llevó el suplemento dominical, y porque, finalmente, había venido cediendo a la gratitud –que era su principal valor en la vida-, por las atenciones recibidas en sus momentos de enfermedad, y por tantos otros detalles cotidianos que propiciaban la convivencia a pesar de las molestias causadas por las niñas y otras contrariedades propias en el transcurrir de la vida doméstica.

Al día siguiente de la inauguración del Despacho Parroquial y cumplida toda la programación prevista para esa fecha, Jovita amaneció relajada y tranquila, y coincidió esa mañana con la tía Bertha, que estaba leyendo el periódico en la mesa del comedor. La tía Bertha le mostró la fotografía que reseñaba el evento y captaba el momento en que ella subió al segundo piso. La tía le preguntó cómo le había ido, y aunque estaba reticente, terminó por hacerle unos cuantos comentarios secos, en los que no mostraba interés en hablar de lo sucedido. Algo muy distinto le sucedía a la tía que deseaba conocer “de sus cosas”. Esforzándose por persuadir a Jovita de hacer mayores revelaciones, no ya del día anterior, sino de su vida, le dijo:

-Hableme Jovita, de las cosas que a usted como caleña le ha tocado vivir, cuáles recuerda, así importantes.

-Son muchas; ¿qué más le puedo decir?

-No; comente alguna.

-Muchas, ¿no le digo? Los carnavales del 22 y la Feria de la Caña de Azúcar, en el 58. Y le digo, eso sí, que lo que fue la explosión del 7 de Agosto, y las Jornadas de Mayo, no lo olvida ningún caleño.

-¿Qué pasó?

-No es que, a mí no me gusta hablar largo, sino rápido y cortico.

-Breve.

-Sí, cortico y rápido.

Inesperadamente Jovita le dijo:

-Le voy a contar, señora, de la horrible noche del 7 de Agosto. Por la época de la explosión, vivíamos con mi mamá por el barrio El Porvenir, era la víspera de la fiesta nacional, y un poco después de la media noche se oyó un ruido infernal, como si estallara la tierra; me tiró de la cama al piso. A los que estábamos en la casa, a todos le pasó lo mismo. Parte del alero de la casa se desplomó, se abrieron las puertas, se cayeron las ventanas sobre los muebles, los vidrios se rompieron y se oyeron gritos de pánico, los quejidos de los heridos. La ciudad quedó a oscuras. Enseguida todo cambió para la gente: con las velas, las linternas y unas cuantas lámparas coleman o de petróleo, uno no veía sino caras tristes y llorosas, y oía llantos y lamentos. La gente deambulaba como sonámbula; la gente rezaba y maldecía. Después nos enteramos que había sido una explosión en el cuartel de los soldados. La gente gritaba como fantasmas y suplicaba. Fue una sacudida muy fuerte; hubo gente que quedó

temblando y no se podía poner de pie. La explosión dejó mucha gente muerta; mucha gente herida. ¡Fue una tragedia! La gente volvió a ver a los soldados como gente, porque los estaban viendo como enemigos, con tanto conflicto con mi General. Esa noche vimos a muchos soldados muertos, a muchos soldados heridos, como veíamos a la demás gente. La explosión nos hizo volver a vernos como gente. Se me enreda la palabra gente porque por todas partes había pedazos de gente y pedazos de la palabra gente entre los muebles, los chécheres y los trebejos. Todo estaba amasado en la palabra gente, la pólvora, los hierros, las cobijas, la sangre, el dolor, la pérdida.

-¿Qué pasó?

-La gente decía que la culpa la tenía Gurropín; y el gobierno decía que habían sido los enemigos del régimen. Los enredos y mentiras de siempre. La gente dice que la llamarada se vio desde Palmira, Dapa, y la Cumbre, como un lamparazo. Durante los días de duelo la gente estuvo con mucha tristeza, y con mucha rabia reclamándole al General. Yo ví destruido el restaurante Húngaro, el Hotel Belmonte, la Agencia de Llantas, y todos esos negocios. ¡Hasta muy lejos hizo estragos y llevó la tragedia! ¿Qué le digo?

-Sí, cuente.

-Afectó la iglesia de San Nicolás, el cementerio Católico, el templo de la Valvanera. Le cuento que yo fui por la mañana a la Catedral, y las

puertas habían sido arrancadas por la explosión, y hasta en los barrios más apartados, como el Saavedra Galindo, la explosión causó daños. En la casa de mi amiga Chila, del barrio Granada, en la de mi amiga Maruja del Peñón, y en las de mis amistades de San Antonio, se les abrieron las puertas, se les cayeron las ventanas y las paredes se les cuartearon; pero yo no quiero hablar de esa tragedia, me pongo muy mal, porque murieron amigos míos. En esos días no se podía ni oír música en los radios, ni ponerla en las victrolas de las casas; eso lo impuso la Brigada, el General Alberto Gómez Arenas, Jefe Civil y Militar. Esa es una de las cosas peores de la dictadura. Algo muy triste.

-Y si no le molesta, cuénteme de la Revolución de los Estudiantes.

-Esa es distinta; esa si me da alegría. Aunque yo no me meto en política, “Gurropín”, -mi General-, se manejó mal con los estudiantes que protestaban. Porque usted sabe, un estudiante que no proteste, no es estudiante. Los estudiantes tienen sus motivos y mi General los mandó a mojar con mangueras con tinta roja. Eso a mí no me gustó de la policía, ni de los soldados. Eso no fueron los bomberos, fue la P.M. Los bomberos son buena gente. Mi general peleó feo con los estudiantes, y los estudiantes se unieron, y él se voló en un avión.

-¡Qué cosas!

-Sí, pero, ya estoy cansada; quiero descansar.

-Almuerce hoy con nosotros, que hay lentejitas, carnita molida y plátano aborrajado.

-Para mí, sino hay arroz blanco, no hay comida.

-Claro Jovita, con arroz blanco, con una cebollita larga y una papita amarilla, para que le dé sabor.

-Voy a ver –dijo, llevándose el periódico para su pieza.

Al entrar a su aposento tuvo sensación de culpa, creyendo que había hablado demasiado. No estaba contenta de haber tratado al General de “Gurropín”. No sabía qué podría pensar “esa señora”, de oírle decir ese apodo, ni tampoco por sus simpatías por los estudiantes. Por su parte la tía Bertha estaba sorprendida: jamás había pensado su existencia en términos de la vida nacional.

Enseguida llegó don Orlando a almorzar.

ESTAS CAUSAS MIAS...

Para pagar el arrendamiento de marzo buscó a los universitarios, fue a la Catedral a recibir la contribución con la que normalmente la socorría la Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús, a la Voz del Próximo y, al final de esas y otras muchas gestiones, reunió para el alquiler y algunos gastillos personales.

Con lo poco que le quedó de estos auxilios, guardado en alguna de sus cien carteras, principió por ir a hacerse peinar al salón de belleza por su peinadora particular, que invariablemente era la misma Violeta Muñoz, y a compartir la charla amena de su propietaria, la naranjada Premio, y el cigarrillo Nacional con filtro. En el salón no le cobraban. Nunca le cobraron. Lo hacían por simpatía, por el agrado de tratarla, y oírle sus historias.

Después de su “toilette”, olorosa y perfumada, salió del salón, estando enseguida en la puerta de la casa de su amiga de El Peñón. Tocó, doña Maruja le abrió, y Jovita fue siguiendo a sentarse sobre el tapiz de la sala, recostándose contra un sillón.

-Le cuento Marujita que el cubano se ha interesado por estas causas mías.

-No se vaya a ir a los extramuros, que usted es una mujer sola.

-Le dije al Gobernador que una casa tan retirada no la podía aceptar; que debo vivir en el centro para poder hacer mis diligencias.

-Tiene que insistir.

-Me estoy cansando de tanta indiferencia; nadie resuelve nada; nadie tiene seriedad; me dicen que mañana, y siempre me responden de ese modo, como en la canción de los plazos traicioneros. Francamente estoy dudando de que llegue a conseguirla.

-No se vaya a cansar; insista. O que le den la plata y se compra una en el centro; no tiene que ser una quinta. Piense en San Antonio, por estos lados.

-Pardo Llada me va a ayudar. Me dijo que iba a hacer una colecta.

-Aprovéchelo, mijita, que ese cubano se hace oír y la consigue.

-¡Tan querido que es!

Se quedó a comer y por la noche, pasó el río por el puente de la Estaca, y entró al barrio Centenario. Una fila de carros lujosos, estacionados sobre la avenida cuarta, por el Castillo de Piedra de los Carvajal, le llamó la atención. La casa estaba adornada con bellos arreglos florales, lirios, azucenas, orquídeas, gardenias, rosas rosadas y blancas, y reinas del Valle, dispuestas en la sala, el comedor y la baranda de las escaleras, y en cada una de las mesas del patio interior donde se atendía a los invitados. Un grupo de jóvenes vestidos de traje oscuro, camisa blanca y corbatín, bebían whisky a la entrada, y eran llamados a la mesa principal donde los novios partirían la torta. Jovita se coló entre ellos. Pilar, la novia, estaba bellísima, y en sus ojos le brillaba la alegría de ver realizado su sueño de

sellar su amor por el rito sagrado de la bendición nupcial; su sonrisa era amplia y luminosa. Tenía un largo vestido blanco, un collar de perlas, y lucía dos delicados pendientes, una diadema de oro blanco de la cual partía el velo, que delicadamente acentuaba su feminidad y le daba un aire romántico. Juan Carlos, el novio, era alto, delgado, de pelo negro y facciones agradables, vestía frack, chaleco y corbata blanca, y en su rostro reflejaba la dicha que la unión regala a aquellos que se aman. En la solapa de su vestido Juan Carlos tenía una rosa rosada que Pili le había colocado dándole un beso a la flor. Al lado de la torta, la novia puso con delicadeza su ramo de reinas del Valle, anudado artísticamente con una cinta rosada. Pili tomó el cuchillo para partir el ponqué y Juan Carlos puso su mano sobre la de Pili, y partieron el primer pedazo, significando cómo en adelante habrían de partir el pan de cada día, en la vida que se prometieron compartir uniendo sus destinos. Los rodeaban sus padres, hermanos, familiares y los amigos más cercanos. Al terminar de cortar el primer pedazo se encontraron con que Jovita les pasaba un plato; el de ella. No dio tiempo a nada. La dueña de casa se le acercó, la saludó e invitó a la sala. ¡Cómo olía de rico aquella casa! A flores, a perfume, a loción, a bienestar y armonía. Jovita, embelesada, ni siquiera pestañeaba, incrustada, replanchingada a gusto en el cómodo sillón que le ofrecieron. También probó el gusto amargo de la champaña.

-Doña Inés, ¿cómo no me dijo que Pili se casaba? Yo habría venido vestida, con uno de esos vestidos elegantes, que me ha regalado.

-¡Ay! Su merced, se me pasó. Eso no me lo puedo perdonar.

-Sí, doña Inés; seguro el cartero no encontró la dirección; como me vivo cambiando.

-Más que nidando una gallina, mijita.

-No exagere.

-Eso fue, querida.

-¿No decían que se había muerto? –la saludó ceremonioso el esposo de doña Inés. ¡Oh! ¡Cómo me sorprendí al verla!

-Hace ya mucho tiempo que me mataron –dijo Jovita con tono jocoso.

-¿Cómo así? ¿Pero usted...? –intentó entender don Emilio

-¿No me ve? –dijo Jovita, algo burlona.

-¿No te enteraste? –dijo doña Inés.

-No... –¡Qué cosas son estas! –exclamó don Emilio.

Allí rieron, gozaron y sufrieron a costa de Jovita, y Jovita comió, bebió y gozó a la de ellos. Incómoda por no estar vestida para la ocasión, le dio un beso y un piropo al novio y a la novia, y se despidió. “¡Están divinos!”, dijo; y, tán, a la calle. Mientras se alejaba escuchaba la música como se pierde el rumor de un río cuando trasponemos la cañada. Ella misma se sorprendió del eco porque generalmente olvidaba lo que dejaba a sus espaldas. Le parecía que últimamente estaba oyendo mejor, y se

puso la mano derecha cubriendo la oreja derecha, y un ruido de mar apagado y lejano le resonó en el oído.

LOS PAYASOS ESOS...

Don Emilio abrió nuevamente la puerta. Don Alberto se le acercó y se quedaron viéndola desaparecer por la calle sombría.

-¿Más whisky? –ofreció un mesero.

-Con agua –dijo don Alberto.

-A mí con soda -contestó don Emilio, invitando a su amigo a pasar a su estudio.

Se notaba el bienestar de la familia. Los muebles de estilo clásico, eran ingleses, y motivos de caballos y paisajes, dispuestos con sobriedad, revelaban los gustos y las preferencias del ganadero.

-¡Qué bello este cuadro de la yegua y el potrillo! –dijo don Alberto.

-Lo trajo Pilarica de Inglaterra –dijo don Emilio.

-Muy hermoso.

-Lo compró para mi cumpleaños.

-Este cuadro de los perros cazadores es una belleza.

-Es un grabado; son setters. Es una raza muy bella. Siéntese. ¿Fuma? –dijo el anfitrión, ofreciéndole un cigarrillo Marlboro.

-Gracias Emilio, prefiero el Lucky; no me gustan con filtro -rehusó, sacando su cajetilla-. ¿Quieres tú?

-Son muy fuertes. ¡Ah, esa Jovita! –la trajo a la conversación-. Inés le lleva la corriente. Ella viene esperanzada en llevarse cualquier vestido. No es ninguna tonta –dijo don Emilio.

-A mí francamente me desconcierta. Digamos que no tengo aptitud psicológica para tolerarla, ni sentido social para entenderla. Si me lo permites, me parece que es loca. Tiene una popularidad injustificada. El vulgo le ha subido los humos a la cabeza; pero el vulgo y ella son igual de ignorantes. Francamente no comprendo esas cosas; me parece que le dan una importancia excesiva. Eso me parece absurdo.

-Ella tiene su encanto; la ciudad cuenta sus idas y venidas, sus entradas y salidas, por entretenimiento. Es un ser muy especial, un personaje único, y no propiamente un personaje típico, como la suele denominar la gente. Sólo con verla me alegro; da mucha energía. Siempre le están ocurriendo cosas.

-Una cosa sí le abono a esa señora extravagante con sus delirios y sus pendejadas, y es que no se desvela pensando en pagar impuestos; esa es la vuelta de tuerca que más me duele. Y estoy seguro que jamás habrá pensado en eso ni un sólo instante.

-Te la tomas demasiado en serio. Yo recuerdo –dijo don Emilio acomodándose en el confortable sillón-, que hace mucho tiempo, estábamos Inesita y yo recién casados, Pilarica estaba pequeñita, vino a Cali un circo y fuimos a verlo. Actuaban unos payasos

extraordinariamente divertidos; muy graciosos eran los payasos esos. Bueno: iban a empezar un número y salió un payaso. Puedes imaginarlo con su pantalón zapote con rayas blancas, bien amplio, camisa anaranjada con bolitas verdes y el cuello grandote, cargaderas de resorte, los zapatos inmensos, gorra chistosa, cara pintada, la nariz postiza, etc., como son los payasos, y se les metió Jovita a la pista.

-¡Cómo sería eso!

-Una escena de un colorido muy llamativo. Lo más genial de este mundo.

Todo se movía en el plano de lo irreal.

-No tan irreal. De lo absurdo, diría yo.

-¡Figúrate! El payaso obviamente no la conocía y la tomaba en broma, lo que por supuesto la disgustaba. Para morirse uno de la risa.

-Me lo imagino.

-Jovita regañaba al payaso. ¿Quién sabe qué le diría? Eran tres payasos: los otros dos aparecieron con unos aparatos de dentistería. Uno vestido de odontólogo, y el otro hacía de ayudante. ¡Pero qué muestricas! Cuando llegaron, la Jova también se puso a reclamarles y ellos resolvieron hacer el espectáculo con ella. Yo no sé si ella era consciente de lo que hacía, pero eso se veía chistosísimo. Comenzaron dándole unos besos, unos abrazos y unas palmadas en la espalda, tan fuertes, que hicieron tambalear a la pobre. Ahí sí fue cuando se le encontró el genio, como dice Inés.

-Las payasadas son bruscas.

-Le hicieron chanzas pesadísimas. Piensa, Alberto, que le hicieron creer que le iban a sacar una muela...

-¡No!

-Sí.

-Eso sí está muy cómico.

-El ayudante la fue cogiendo para sentarla, a la fuerza; el médico le acercaba el alicate a la boca, y el payaso del principio, con la gorra en la mano y el pelo alborotado, no hacía más que burlarse de ella. ¡La locura!

-¿Y qué les decía? –preguntó con interés, don Alberto.

-Nada de lo que hablaba se entendía, pero el espectáculo era muy entretenido. Al subir los regañaba, y dele con su regañina, pero ya después, cuando se convenció de que la cosa iba en serio, salió corriendo dizque a hacerlos llevar de la policía. ¡Qué mujer esa! –exclamó, riéndose don Emilio.

-No digas.

-Requetedivertido. ¡Nos reímos con unas ganas!

-Fue por lana y salió trasquilada.

-¡Por Jovita! –don Emilio concluyó sonriente, bebiéndose un trago.

-Dime, Emilio: ¿Se van los novios, siempre, para Miami?

-Primero quieren pasar por Acapulco.

-Yo también prefiero el exterior.

LA REDADA

A la misma hora, en Siloé, los bacanos lanzados a la salsa por los lados de la Nave, dándole al Bugaloo, metiéndose sus copas con sus peladas legales, preparando la hembra para la garcha, gastándose sus barras en aguardientófilo, frías y caldo de nevera. O canaliando al parce. Cada gallada hace su mesa; gozones y frescos. Allí no entran líchigos, ni pichurrios, ni caballos. Están a lo suyo venciendo a la semana. Y llegan... ¿Quiénes? Las gofias y las tiras. Entonces la rumba se detiene.

-¡Todo el mundo quieto!

-¡Nadie se mueva!

-¡Papeles!

Dos agentes de la policía uniformados guardan la puerta y tres detectives del F-2 empiezan a exigir y a examinar documentos. “¡Qué bollada!” – exclama Hermínsul para sus adentros. “Ahí está ese tombo del otro día. Tengo que pisarme”. El policía se acerca a la mesa donde se encuentra Hermínsul y le ordena:

-¡De pie! A ver, ¡su cédula!

Hermínsul ve la ventana y calcula sus fuerzas. Gerardo hace lo mismo. Esperan la oportunidad. La ventana queda cerca de la puerta. Los uniformados tienen bolillo, los detectives armas de fuego. Y sin mediar más tiempo Gerardo brinca a la ventana tirando un asiento; Hermínsul lo

igual a de un salto. Los policías de la puerta salen al paso. El lugar se revoluciona. Afuera Gerardo burla un agente. El otro se le enfrenta a Hermínsul, éste amaga a la derecha, por ahí se va el policía, lo gambetea Hermínsul echando a la izquierda, y saca ventaja, saca pecho, pone bien el zapato de caucho en el pavimento, vuela. El agente lo ha reconocido, sabe que corre, que ya en otra oportunidad se le voló, que le ganó en ese lance; se acuerda de esa sonrisa burlona, del diente que le falta en el maxilar superior; le da ira y le pide a uno de sus compañeros que le pase el revólver. La situación en el bailadero ha sido controlada. El agente dispara y yerra: el tiro rompe el vidrio de una ventana. Se asoma una niña. Hermínsul y Gerardo se les pierden a los agentes al salir de la calle larga, entre las sombras de la noche.

Han encontrado dos billetes de cien pesos falsos en el suelo. Los agentes piden refuerzo y, en dos radiopatrullas, llevan con la rabia de la frustración, a los sospechosos y a los que no lo son, simplemente por estar ahí, a la Inspección. A las mujeres las dejan ir; a los varones los van soltando según les provoca. El lunes harán un informe y pondrán a alguno a disposición del Juez Penal.

-Esa rata cae porque cae –dijo el policía, imprecando a la muerte, y recordando la mueca de Hermínsul.

DOMINGO EN LA CATEDRAL

Gerardo y Hermínsul salieron a la loma de nadie, por el barrio El Cortijo, y descolgándose por detrás de la Plaza de Toros de Cañaveralejo, cayeron a Cuarto de Legua, por Pampa Linda, donde podían encontrar escondrijo en una construcción que vigilaba “El Indio”, uno de los suyos. El Indio sintió ruido de tablas en la obra, echó mano al machete y se puso al acecho. Al distinguir la voz de Gerardo que lo llamaba “!Indio!”, “Indio”, lo reconoció. Entonces prendió la luz, iluminando abundantes materiales de construcción apilados afuera y, dentro de una caseta de esterilla, arrumes de sacos de cemento. La luz cayó sobre un montón de ladrillos reflejándose en ellos visos terracotas, marrones y anaranjados que ampliaron su efecto sobre el lugar; había pilares, cerchas, bancos de carpintería, varillas de hierro, y muchos elementos más.

-¿Para qué soy bueno?

Ellos le contaron el incidente.

-Maricas, y vienen a complicarme. ¡No jodan!

-Fresco, que no han podido pistiarnos –dijo Gerardo.

-¿Qué no? Estense creyendo eso, ¡güevones!

-Tranquilo pana –dijo Hermínsul.

-¿Cómo fue?

-Los aguacates andaban de batida –dijo Gerardo.

Se acomodaron en el suelo, cubriéndose con costales y chuspas de cemento. El Indio prendió el radio transistor; lo tenía sintonizado en Radio Eco.

-Pero este güevon, la música que oye –protestó Hermínsul-. Ponete algo más bacano. El Indio empezó a recorrer una a una las emisoras buscando complacer a su amigo, oyendo los temas a medias, volviendo a dejar el dial en Radio Eco. Conversaron hasta bien tarde, cuando se quedaron dormidos.

Domingo, día siguiente:

Después de desayunar cualquier engaño de alimento, alto el sol de la mañana, se cruzaron por Ciudad Jardín al Callejón de las Chuchas y se aventuraron al balneario de Pance, en cuyos charcos y riberas pululaban paseantes y bañistas.

Era la misma hora en que la voz grave y bronceada de las campanas de la Catedral llamaban a misa. Jovita de rodillas en la primera banca de la hilera central espera la iniciación de la Santa Misa; tiene un vestido azul celeste y una pañoleta blanca le cubre el pecho y cae sobre sus hombros; lleva una pequeña cartera azul celeste y zapatos blancos de tacon mediano. La Catedral es la Catedral, la iglesia de mayor importancia, sede del Gobierno Eclesiástico. Un joven seminarista, de aproximados veinte años, con su vestidura talar negra, enciende los cirios del altar

mayor. Brillan dorados los candelabros. Concurren los feligreses: jovencitas, monjas, hippies con camisetas “esqueleto”, y otras personas que se creería completamente desentendidas de la religión y de la fe. El seminarista inicia los cánticos. Los fieles le responden. La mayoría se ve humilde, de vestidos modestos y limpios. Él tiene sus patillas largas, el pelo negro oscuro; y un monaguillo, de tala roja y cuello blanco, aún más joven, casi un niño, llegada la oportunidad, contesta al rezo.

El vendedor de cuentas y abalorios va recorriendo cada uno de los altares laterales prendiendo lamparitas, veladoras, llevando el tintineo de los collares al golpearse. Entre los asistentes Jovita reconoce a un lotero. Hace muchos años que lo ve pero no le gusta encontrarse con él, cuando las casualidades los juntan; y mucho menos tener que tratarlo.

Sale el cura, con hábito y cingulo negros, terminandose de poner la larga alba tejida y, sobre ella, la estola de seda, bordada bellamente con dos letras griegas, alfa a la derecha y omega a la izquierda, quien pausadamente transmite una invitación del excelentísimo señor Arzobispo de la Arquidiócesis de Cali, a una misa concelebrada, por el aniversario de la muerte de un sacerdote.

El celebrante se arrodilla y besa el altar dándose la bendición.

-En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

-Amén –contestan los feligreses.

-Me acercaré al altar de Dios...

El sacerdote reza el “Yo pecador”, dándose golpes de pecho, pidiéndole a Dios perdón y que reciba la confesión de los pecados. Terminadas las plegarias al pie del altar, en el introito, pide piedad y recita el “Gloria”. En la liturgia de la palabra el seminarista invita a uno de los feligreses a leer un texto del Antiguo Testamento.

-“En el principio creó Dios el Cielo y la Tierra...”. Palabra de Dios.

-Te alabamos, Señor.

-“El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace reposar y me conduce a frescos manantiales”.

-El Señor es mi pastor, nada me falta –contestan los feligreses, siguiendo la indicación que les diera el lector al iniciar la lectura del Salmo.

Para la segunda lectura el acólito elige una Epístola del Nuevo Testamento, e invita a otro lector, llamado entre los asistentes.

-“Hay diversidad de dones pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios pero uno mismo es el Señor”. Palabra de Dios.

-Te alabamos, Señor.

Quienes participan de la misa, cantan el Aleluya. Ha llegado el momento del evangelio, el eclesiástico invita a ponerse de pie, y dice: “Dominus vobiscum... El Señor esté con vosotros”.

-Y con tu Espíritu.

-El Evangelio es el “verbo del Verbo”, por eso se oye de pie, desde los primeros tiempos de la iglesia. No perdamos ni una sola perla de esas que

fluyen de los labios de Jesús. Initium/ sequentia sancti Evangelii
Secundum... Proclamación del Santo Evangelio según San Pablo...

-Gloria a ti, Señor.

Al cura, formado en la antigua liturgia, en algunos momentos se le salen frases en latín, que calmadamente repite en castellano. Los fieles se sientan para escuchar la predica. En la homilía se refiere a las fuerzas del Bien y a las fuerzas del Mal. Unos ancianos se acercan al púlpito para oír el sermón. El cura la emprende contra la concupiscencia, contra el pecado, valiéndose de un micrófono en mal estado en el que parece ahogarse la voz, pero se alcanza a entender: "...Ese cuadro triste del mal se reproduce hoy con mayor gravedad, porque nosotros, aunque tengamos la misma naturaleza humana, tenemos más culpa, porque tenemos más elementos de juicio, ¡más años de Cristianismo, las experiencias de otros siglos!, para luchar contra el mal; pero no debemos desalentarnos. Debemos tener confianza. Si un alma no colabora con Cristo es porque no quiere corregirse, pues Cristo ha ofrecido la salvación. De manera que en esa inmensidad del mal que nos rodea está Cristo como salvación. El Evangelio de hoy nos está diciendo que la causa de la condenación es que la Luz vino al mundo pero los hombres prefirieron las tinieblas...". Mientras habla unos niños lloran; a otros, su padre les da una explicación sobre el sentido de las enseñanzas bíblicas. Un grandulón se duerme. Una mujer se acaricia el pelo. El lotero en el

comulgatorio hace notar que reza. A Jovita le fastidia; no puede evitar la molestia que le produce.

“...La responsabilidad del hombre se origina en su propia libertad. Porque no es el sistema, ni el método pedagógico de Dios forzar al hombre. Se trata de que el hombre lo haga por sí mismo. Las fuerzas del mal seguirán victoriosas si nosotros seguimos con un Cristianismo postizo, pero si nosotros construimos una sociedad mejor, buena y santa, obtendremos la salvación. Hoy tenemos más medios de comunicación que llevan la palabra de Dios a nuestros oídos, a nuestros corazones, a nuestras inteligencias. Tenemos que construir un mundo donde reine la justicia, el amor y la paz. No se trata de que el cristiano no sepa nada de marxismo, de maoísmo, sino que lo conozcamos y no abandonemos a Cristo”.

Cuando unos se paran, otros se arrodillan, o se sientan. Una perra amarilla y sarnosa, con la ubre grande, flácida y caída, se asoma por la puerta que da sobre la calle 12, un pordiosero, dice “ve, esta chandosa”, la chita y la pateo, y la perra entra a la iglesia; y de golpe en golpe, y de maltrato en maltrato, alcanza la puerta principal, y llega a la carrera 5ª. El vendedor de incienso le tira un trozo de carbón, pegándole en la oreja, el animal chilla y se encoje.

Concluido el sermón, el oficiante invita a la asamblea a repetir el símbolo de la fe:

-Recemos con santo entusiasmo y noble fiereza nuestro Credo.

La mayoría se pone de pie. Los asistentes repiten el “Credo” -profesión de fe de los católicos-, y enseguida rezan la Oración de los Fieles, en la que piden por sus intenciones.

Llega el ofertorio. La presentación de las ofrendas del pan y del vino. Los fieles cantan. El celebrante, inclinado en el altar, ruega al Padre acepte la oblación de los fieles y la suya; a continuación reza la Plegaria Eucarística y el coro canta “Santo, Santo, Santo”.

Es el momento de la consagración.

-Dominus Vobiscum/ Per omnia saecula saeculorum... El Señor esté con vosotros/ por los siglos de los siglos.

-Y con tu espíritu.

-Sursum corda... Levantemos el corazón.

-Lo tenemos levantado hacia el Señor

-Hoc est enim corpus meus... Porque este es mi cuerpo que...

Y luego, con el vino, elevando el caliz, dice: “Hoc est enim Cáliz...

Porque este es mi Cáliz...”

Terminada la consagración, el padre dice: “Por Cristo, con Él y en Él...”.

Durante la consagración dos gamines avanzando, apoyados sobre sus rodillas, sucios, mugrosos, harapientos, la camisa sin botones, se acercan a uno de los primeros bancos; se sienten rechazados por las miradas de

los asistentes, pero a pesar de todo se quedan. El grandulón se ríe al despertar. El niño de al lado chupa un bombón.

-Oremos. Recemos juntos, la oración que Cristo nos enseñó. Padre Nuestro/ Pater noster qui es in caelis...

-Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... –y un murmullo elocuente y superior se oye en la Catedral, mientras el sacerdote continúa su oración en latín.

Terminado el Padre Nuestro el sacerdote dice: “La paz del Señor esté siempre con vosotros”, e invita a los participantes a darse fraternalmente la paz. Los gamines se dan la mano, sonrientes, dándose su importancia, en tanto que algunos contrariando la indicación permanecen inmutables, sin mirar a su lado, mientras un olor a incienso y parafina invade la iglesia.

Terminada la elevación el celebrante se dispone a la preparación de la comunión. El órgano otorga al templo un aire solemne al momento de formar las filas para ir a recibir la comunión. Jovita, con su cartera azul celeste bajo el brazo, es la primera; una mujer se hace junto a ella llevando una talega blanca adornada con un motivo de espigas doradas, ya gastado, anudada al brazo. Se acercan dos jovencitas de dieciséis años, con sus bellas cabelleras negras naturales, mujeres mayores que se ven bien peinaditas, los ancianos con su vieja indumentaria, los empleados, los oficinistas; blancos, indios, negros, mestizos, zambos, todos buscando

la paz interior, van comulgando, con el fondo de la música sacra que celebra la congregación en torno de la fe y el culto al sumo sacrificio. El órgano aumenta su volumen interpretando una pieza de Bach. Jovita regresa cabizbaja, con notoria devoción, a su puesto en la banca; permanece arrodillada pidiéndole a la Virgen del Carmen que le ayude a conseguir su casita; que por su falta sufre mucho.

-Lo que hemos recibido, Señor, con la boca, lo recibamos con el alma pura –ora el sacerdote.

-Dominus vobiscum... El Señor esté con vosotros.

-Y con tu espíritu.

-Benedicat vos Omnipotens Deus... La bendición de Dios Todopoderoso.

-Ite Missa est... Podéis ir en paz.

-Demos gracias a Dios por sus beneficios.

El acólito apaga los cirios con el maticandela, se escuchan pisadas de la gente al retirarse. Las imágenes de los vitrales se ven al trasluz. La Catedral queda en penumbra mientras llega la hora de la misa siguiente. También Jovita se ha ido.

Algunos permanecen en la Catedral de San Pedro, entre ellos Pachito Zorrilla, que sobreviviendo al tiempo, viejo, enfermo y derrengado, pesado, recostado en vilo sobre su bastón gastado, arrastra difícilmente a

cada paso, sus botas grandotas, viejas y rotas como dos anclas. Lenta, lentísimamente hace la batalla increíble de acercarse al altar de San Judas Tadeo para encender una veladora; solo, con la mano temblorosa y la vista escasa, se chamusca los dedos pero consigue prenderla, y el reflejo de la luz alcanza a iluminar las hondas arrugas de su rostro sufrido. Sigue, sigue avanzando; el saco sucio, largo y raído pesa mucho. El pelo alborotado; la barba, mal afeitada en el mentón saliente, es de largos pelos blancos crecidos en su infortunio; es el personaje típico, con el que a diario molestan a Jovita y amargan su propia agonía caminada. Antiguo mozo de la fiesta brava, con leyendas de espadachín y torero.

A la entrada del templo están los vendedores de estampas y de novenas, de rosarios y bendiciones papales. El vendedor de sahumerios quema incienso, ofreciendo su mercancía. En la plaza, el negro Manolo, el mayor de los lustrabotas, alimenta las torcazas, como un San Francisco entre las altas palmeras, y la perrita amarilla está echada como un paria, al lado del monumento del Alférez Real, don Joaquín de Cayzedo y Cuero, protomartir de la Independencia de esta colonia, del Imperio Español.

CAMPAÑA Y CUMPLEAÑOS

Jovita reapareció como tema de los caleños cuando José Pardo Llada, en su columna del diario Occidente, destacando su personalidad, recordando importantes sucesos de su vida conocidos por la sociedad, siempre latentes en la memoria colectiva, lanzó la campaña a favor de su casita. Cali se había acostumbrado a las crónicas sobre la Reina, a los desplantes suyos, coronaciones, entrevistas insolentes, lo que se tenía por natural, pero la colecta promovida por Mirador la presentaba como una mujer necesitada y sola, que padecía el horrible mal del inquilinato y nomadismo; de cierta manera, la agarraba de aire y la hacía de carne y hueso, digna de ayudarse. Así comenzaron a figurar en los artículos del cubano los nombres de las personas que se sumaban a sus esfuerzos por colaborarle, que fueron aumentando rápidamente la larga lista de sus benefactores. Afortunadamente para ella, la campaña terminaría el día de su cumpleaños, con una fiesta por todo lo alto. Y uno, o algún estudioso, que más que estudioso fue tenido por provocador, escribió una nota diciendo que Jovita era nombre de hombre y no de mujer, pero que algunos lo usaban como nombre femenino por su terminación en “ita”, que se parece al diminutivo femenino español. Y, para más datos concluyentes, citó un diccionario de nombres propios escrito por un tal

Gutiérrez Tibon, de la Universidad Nacional de México, en que figura San Jovita como Martir en Brescia, con Santa Faustina (en el siglo II).

Se quiso que hubiera notoriedad y ruido, y al empeño de Mirador se respondió con dinero, ropa, correas, calzados, tortas, flores, versos y música.

El día de su cumpleaños la despertó el pregón del lechero. Rezó un Padre Nuestro frente al Sagrado Corazón de Jesús, y un Ave María, junto al cuadro de la Virgen del Carmen; oró en acción de gracias, se persignó, y se tomó una naranjada Postobón con un pedazo de pan de molde que estaba algo rancio. Entró al baño y se dio su ducha con agua fría. Salió tonificada y contenta a la calle. A las nueve de la mañana llegó al “Salón de Belleza Francesa Marion”. Se le hizo manicure, pedicure y maquillaje, fue peinada por las hábiles manos de Violeta que conocía su gusto. A las doce y media del día terminaron de arreglarla. No quería ir en taxi; prefería irse a pie, de San Nicolás hasta la calle 12. Fue Madame quien la acompañó. Al pasar por la carrera 4^a con calle 16, se detuvieron un minuto para ver, desde la acera del frente, el Carro Romano que está en la azotea; con mayor interés la francesa –quien siempre se detenía en ese lugar para observarlo por la curiosidad que le despertaba tan inesperada obra de arte en ese lugar-, pues Jovita, apenas si reparó en él. Llegaron a la calle 15, y allí, cortando Madame Marion los mil saludos que le daban, la obligó a tomar un carro que la llevara. La francesa no dejaba de

sorprenderse de lo conocida que era, y lo querida de tanta y tanta gente. Madame Marion sentía gratitud por Jovita, que fue leal a su salón ante las propuestas de las más famosas casas de belleza de la ciudad, que se peleaban por peinarla y atenderla en esa ocasión, y porque siempre le había brindado su amistad.

Violeta, su peinadora, la admiraba. Le fascinaba verla con sus vestidos de colores alegres, incluso con el beige y los de tonos grises. La figura de Jovita le resultaba estilizada y fina; no comprendía por qué había gente que la veía estafalaria, como un mamarracho. ¿Era posible admirar la feminidad de Jovita luciendo esos “trapos”? También a Madame le encantaba “Hovita”; la encontraba graciosa, alegre y bonita. Algunas veces le decía “mi margiposita”, porque era vistosa y liviana, vagarosa y ligera, “comme un papillon”. En el salón de Madame Marion disfrutaban con ella y les parecía que era una persona positiva. En cuanto a su manera de vestir, era la expresión de su forma de ser; era la conjunción de esos colores con un estado de espíritu. Algo parecido opinaba Maruja, su modista, a quien le gustaba mucho la impresión que producía Jovita, con su delicioso aire romántico y anacrónico. “Niña –le decía-, usted se quedó en los años 20”. “Pero, tranquila, hija, que eso le luce”. Jovita encontraba en esa moda, el realce de la insinuación de la feminidad, de la vanidad y de la coquetería; ella no concebía a la mujer sino así vestida

para poder asumir su vida, como una flor se apropia en la naturaleza de los colores, misteriosamente, para ser, esa flor, para ser esa mujer.

Jovita iba en el taxi como en una carroza. El taxista la llevó con gusto, celebrando lo bonita que estaba, obsequiándole la carrera. En la radio, que llevaba prendida, la estaban felicitando por el cumpleaños y comentando el agasajo que le hacía Mirador. Se sentía bella, y el vestido elegido, beige, como de novia, le sentaba perfecto, como los rayos del sol a una flor en una mañana radiante.

Al llegar a la redacción del periódico Occidente la recibieron “Los Astros de México” con una serenata de rancheras y aires mejicanos. Pardo Llada le entregó una poesía escrito por el poeta Camilo Amariles Soto, y Jovita lo leyó con satisfacción; el poema decía:

“...Que el cubano Pardo Llada,
 por medio de Mirador,
 colecte algo de valor
 para enlucir tu casita,
 en donde vivas, Jovita,
 sin sobresalto y temor...”

-¿Le gustó? –preguntó Pardo

-Sí, don José. Muy bonito. Esta poesía es una poesía épica, como corresponde a la causa; porque la poesía épica canta a las grandes

empresas; la otra es la poesía lírica o sentimental, que también llaman existencialista por esta época; pero esa poesía es mejor para otros momentos, para otras situaciones.

-¿Cómo así? –dijo Pardo, admirado de la respuesta.

-Sí, don José. Es un poema apropiado para esta fecha porque más que de mí, habla de esta gran campaña.; Mire bien, don José, y verá que esta Cruzada ha sido tan importante, que el periódico le ha dedicado muchos artículos y columnas, y muchas -¡tantas!-, durante todo este tiempo. Fíjese bien y verá. No ha sido cualquier cosa –dijo mariposita.

Don José la miró con curiosidad. Dijo “¡tantas!”, abriendo, subiendo y moviendo los brazos.

Jovita agregó:

-Es claro que lo que cuenta no es la colecta sino la respuesta; después de todo la ciudad le respondió a usted, por estas causas mías. Es como la poesía de los himnos, que es para los pueblos y no para una persona. Voy a darle un beso al poeta.

-Veálo, allá está, con don Raúl, en la Dirección –indicó Pardo, quien recibió las palabras de Jovita, sin poder disimular su sorpresa por su discurso, y con un gran gusto por su salida.

Jovita fue y le dió un beso al desprevenido poeta.

-No, Jovita; usted merece ese poema y muchos más. Y habrá quien le escriba su biografía; se lo aseguro. Su vida es muy interesante, pero muy interesante; se lo aseguro, y no es por darle coba, Reina –dijo Amariles.

-Eso, poeta, dejémoselo al tiempo –dijo Jovita.

Don Raúl Echevarría se les unió, también doña Helena Benítez, Cielo, Fabio, Silvio, y tras unas palabras de Pardo Llada, y a los acordes de la orquesta, le cantaron el “Happy Birthday”. Le dieron los regalos, partió el ponqué, apagó las quince velitas, y tuvo en sus manos el recibo de la consignación, producto de la colecta. Le parecía mentira, un espejismo; pero, no, ahí tenía la platica. Era realidad y era sueño, fantasía. En el baño se metió el recibo en la copa del lado izquierdo, del brasier, bien pegado al corazón.

Pasó la tarde mimada, en medio de lisonjas, abrazos, besos, felicitaciones, regalos, copas, brindis, serpentinas, notas y bullicio. Fue feliz, y sin embargo regresó a su soledad al terminar la fiesta.

Cuando puso el pie en la calle, de regreso a sí misma, la alegría y felicidad parecieron quedar atrás, disiparse. Tenía en los oídos un ruido sordo, como el cansado eco de una algazara. Gerardo y Hermínsul, que andaban vagando por allí, la veían presa fácil. Se le fueron detrás, ella los sintió; intuitiva volteó a mirar y descubrió sus intenciones. ¡Ay! Esa sonrisa incompleta, le dio miedo. Entonces observó que un taxi libre, hacía el pare en el semáforo de la carrera 6 con calle 13, y subiéndose a

él, salvó... ¿Qué salvó? ¿Qué querían ellos? ¿Robarla? ¿Herirla? ¿Matarla? Arredrada y medrosa llegó a la casa comentando las malas noticias.

-Don Orlando: se han dado cuenta de la platica de la colecta y quieren secuestrarme; se lo aseguro. Yo los he visto seguirme. Si no es por ese taxi, yo no sé...

-¡Cálmese!

-¿Quiere un vaso de agua? –le ofreció doña Elvia-. Damaris, tráigale un vaso de agua fría.

-Puede estar equivocada.

-No, don Orlando. Los vi. Además la vida de una persona como yo, no les importa nada. ¿No vio cómo desbarrancaron a Florecita? Por mí pedirían mucha plata. La gente cree que soy millonaria.

No consiguieron eliminar sus temores, aunque sí la tranquilizaron un poco. Después de tomarse el vaso con agua respiró profundo; fue entonces cuando comentó las buenas noticias y abrió los pocos regalos que llevó, pues la mayoría los había dejado en las oficinas del periódico. La cumpleañera dijo que los recogería al día siguiente, y ofreció compartir la parte del ponqué que había dejado guardada, y que además iba a invitar al Inspector Fernández y al padre Correa.

-Esa se nos pone a tiro –le comentaba Gerardo a Hermínsul, yendo en bus.

¡Tilín! ¡tilín! –el vendedor de helados hacia sonar las campanillas de su carro, llamando a la chiquillada.

-¿Tiene de mora?

-¡De mora!

-¿Tiene de fresa?

-¡Fresa!

-Para mí de limón.

-¡Limón!

¡Tilín! ¡tilín! –al vendedor de frutas le cantan las manos.

Al mismo bus entraron unas muchachas riendo: se habían equivocado de ruta, timbraron sin dejar de reír, y riendo se bajaron en el paradero siguiente, en el Parque de Santa Rosa, frente a las casetas de los vendedores de libros usados.

-¡Ay no! ¡Qué bochorno! –les dijo Hermínsul por la ventanilla.

Iban de nuevo a donde el Indio. Un mensajero en bicicleta que llevaba un ramo de rosas rojas, se prendió de la ventanilla de Hermínsul para ahorrar energías y, éste, le dio un coscorrón que lo hizo caer.

-¡Por pichurrio! –y sonrió dejando ver su dentadura sarrosa, el espacio del diente de arriba que le faltaba.

-¡Hijueputa! –le gritó el ciclista raspado, cuando reaccionó, que estuvo a punto de que lo pisara una de las llantas del bus, y vió a su agresor riéndose por la ventana, los pétalos de las rosas, regados en el lugar de la caída, parecían la sangre del herido.

El mensajero se incorporó entre las flores, enderezó entre sus piernas la llanta delantera de su bicicleta, e inició la persecución del bus.

-Dejalo regao, que ese man viene muy ardido –le dijo Hermínsul al conductor.

El chofer del bus le sonrió y aceleró la marcha, mientras las amenazas del joven ofendido se perdían entre el ruido de los carros. Hermínsul se cogió el estómago, sin poder parar de reír.

El bus dejó la carrera 10 volteando por la calle 5ª hacia San Fernando. Luces blancas y rojas, que van y vienen. El tráfico de las 7 p.m.

Entrada la noche Jovita no lograba conciliar el sueño. Venciendo su austeridad y su amor propio, le pidió a la tía Bertha, que estaba viendo televisión, que le regalara tisana de valeriana. Juntas la prepararon en la cocina. También la tía se antojó. Después de tomársela Bertha la acompañó a la habitación. Enseguida la cumpleañera se durmió, con el

recibo de la consignación del dinero de la colecta, debajo de su almohada de lana de ceiba.

PALMERAS Y VICTORIAS

El propietario arrienda la casona al empresario del espacio vital, éste la acondiciona, la multiplica, al dividirla y subdividirla, en compartimentos, cual las galerías de un hormiguero. Consigue quién la administre, y más que a la vivienda, a las necesidades de domicilio de la gente. Van llegando los inquilinos con sus maletas, sus niños y sus problemas; llegan de la ciudad o los recibe de otros sitios. Los atraídos por la luz, por los cines, por las avenidas, por los amplios espacios públicos, por la industrialización. En su mayoría obreros, desocupados de la construcción, coterros, iguazos, vagos, prostitutas, maleantes, desarraigados, desplazados por la violencia, etc., gente que carga la miseria. Se llena la casona y los bolsillos del propietario, del arrendador y más los del administrador. Cobra vida propia con sus diversas ocupaciones, rencillas, amores, celos, recelos, entrabes y amistades; con los olores de los alimentos que se preparan en las habitaciones; con las disputas familiares; las envidias, los odios, las culebras, los sapos, los gatos, los conejos, los patos, los caballos, la nueva fauna efectiva; y un día, por el atraso del arrendatario, el dueño inicia el juicio de lanzamiento y más de cien desalojados, a la calle. Son pobres pero no saben de dónde les sale tanta cosa. Salen y salen cacharros, tarros, cachivaches, frascos

de lociones que no se untaron, latas de leche para niño que las boquitas de los suyos no bebieron.

Este laberinto de miseria ya no le daba miedo a Jovita. Ahora, en abril, soñaba con la casa grande, de jardines espaciosos y frescos, que construiría con la plata de la colecta. Eso le decía al cochero, ese día que había ido a Palmira, deseosa de hablar con los concejales para que votaran una partida en su favor y completar así, el dinero suficiente para levantarla. Lo que Mirador venía de hacer, le daba los ánimos necesarios para ese proyecto, y muchos más. Era evidente que el pueblo la quería y por ella haría cualquier cosa que se le pidiese –pensaba. ¿No había sido siempre así? ¿Entonces? Sin vacilar, aunque ya otras veces lo había intentado sin conseguirlo, se fue en autoferro a la ciudad de las Palmas, resuelta a traer siquiera una promesa, escrita, que presentaría a los periódicos para su publicación y mantener a la sociedad enterada del avance de la situación. Y es que Jovita había viajado impulsada por una fuerza mayor, y era que el padre Correa le había cumplido la promesa de escribirle la carta al presidente del Concejo de Palmira, que había sido compañero suyo en el Seminario, pidiéndole que la escuchara y la ayudara en todo lo que fuera posible, que él se lo sabría agradecer altamente. Jovita llevaba la carta suscrita por el sacerdote como si llevase las llaves del mismo San Pedro, pero su ánimo no le hacía perder la prudencia para entrar en habladurías y comentarios. La mantenía en

secreto esperando el momento oportuno para ponerla sobre la mesa; entonces sí alcanzaría su sueño. Había momentos en que la alegría le subía a la cara, se ruborizaba y la dicha se le desbordaba en el brillo de sus ojos, y luego se contraía, se ponía tensa, y era porque estaba cuidadosa y atenta a lo que pudiese notar a su alrededor.

Salió de la estación de Palmira y atravesó el parqueadero, bajo las ramas extensas de los corpulentos samanes, luciendo su querida pava encantada. Don Francisco, un viejo cochero, paisano suyo, que la vió por sus lares, se llenó de alegría al verla y se ofreció a llevarla, y así con él conversaba, acompasando el diálogo con el ruido ameno del trotón en el pavimento, un manso alazán tostado, de cabos blancos y frente blanca.

-¡Arre! ¡Arre Frontino! ¡tsst! ¡tsst!, que vamos con la Reina –decía don Francisco.

-Don Paco, hay que cuidar a los animales.

-Sí, Jovita; si no fuera por ellos los cocheros no podríamos ganarnos la vida.

-Hay desalmados que no piensan que los animalitos sienten igual que uno.

-Correcto, Jovina. Sufren que dan lástima.

Jovita no se extrañó, porque en el Bolo algunos la llamaban así, en especial las personas que la conocieron cuando ella iba a la escuela.

-Usté no le vaya a pegar nunca al suyo porque no lo quiero más.

-No, Jovita. ¿Cómo dice eso? Yo quiero mucho a Frontino.

Trotaba Frontino.

-Su caballo está muy bonito; no es un reque cualquiera.

-Ahi lo tiene a la orden. A mí no me gustan los táparos. Lo cuido lo mejor que puedo: le doy cañita, miel de purga, salvado. Pa'que, pero lo tengo bien tenidito.

Frontino al trotar movía una oreja para atrás y otra para adelante.

-¿Qué le hago, mi Jova, si yo siento así?

-Es el hombre el que fue hecho a la imagen y semejanza de Dios.

-Pero ellos seguramente tendrán su paraíso.

-Eso sí yo no lo sé. Voy a preguntarle al padre Correa que él si conoce bien todas las Sagradas Escrituras; pero a mí me parece que no...

-Además yo soy de los que pienso que los caballos y las personas tienen la misma alma infundida por Dios.

-No, don Paco; esa es una herejía.

-¿Verdad Jovita que Pachito, al dejar de ser mozo de espadas del Alcalareño pasó a la Sociedad Protectora de Animales?

-No me hable de ese señor –dijo Jovita empezando a indisponerse.

El buen animal movía sus orejas como complacido de su protectora y, sin reparos de urbanidad, levanta la cola y expele el oloroso cagajón, con más satisfacción que pastando en los lotes abandonados de la dehesa

municipal. Tan-tan; tan-tan; toc-toc; toc..., trotaba Frontino voluntarioso en su ruta cotidiana, estimulado suavemente por el brazo del cochero que le hacía resbalar sobre las ancas la correa del perrero.

A don Paco, bonachón, curtido y encorvado, conduciendo su verde victoria desde el pescante, se le veía, con coche, ruedas, bridas, herraduras sonoras, cascos, alma, y pasajera, vestida de blusa amarillo quemado y falda amplia, anaranjada, con su pavita rosada, como una bella estampa, integrada al paisaje. Era de verlos por las calles de Palmira y la zarabanda de mariposas que los seguían.

-¿De manera que le celebraron el cumpleaños a lo jay?

-No estuvo mal, don Paco. Uno se merece que lo distingan. Usted sabe, yo no soy una cualquiera para pasar un cumpleaños en el olvido. El pueblo me ha dado mi categoría. Eso, de loca, es lo que mis enemigos quieren cobrarme, porque me les adelanto. Si para aventajarme se despertaron, más les valdría haberse quedado dormidos.

-¿Que le dieron casa y carro? Dicen que hasta acciones en Bavaria.

-Para lo de la casa es que vengo, porque me quedó faltando algo –dijo Jovita, con suspicacia, sin comentar nada de la carta del Cura, propensa como iba a la desconfianza.

-¡Que Palmira lo complete!

-Eso es lo que digo. Están arreglando la plaza –observó Jovita, cambiando de tema.

-Va a quedar bonita, como para un desfile de reinas.

El cochero voltió a mirar a Jovita, para ver que gesto hacía, y la encontró sonriente y complacida, bajo el ala del sombrero, y al contraluz, la cinta le pintaba sombras en la cara.

-¿Le regalaron carro?

-No, que me haya dado cuenta.

-“No te olvides de mí cuando estés en el paraíso” –dijo sonriéndose don Francisco, dándole toda la importancia a su hermosa y querida pasajera.

-Don Francisco su victoria esta muy buena.

-Para el tiempo que rueda.

-¡Uy! Muchos años.

Jovita sabía que ese coche rodaba desde la época de los Carnavales en Cali, pero que éste, y otros más, –con el crecimiento del número de vehículos y el aumento del tráfico en la Sultana-, habían sido vendidos a los cocheros de Palmira y Cartagena de Indias. Un tío de don Francisco lo había comprado a principios de los años 50.

-Gracias don Paco. Aquí me quedo.

-Que le vaya bien en sus vueltas.

-Gracias.

-Dios la guarde.

-A usted también.

El caballo volteó la cabeza para morderse la piel, donde lo estaba picando un tábano y Jovita se asustó. “¿Este caballo es mordelón?”, –preguntó.

-No; es que las moscas los molestan mucho. Espere, yo me bajo y la ayudo.

-Bueno, pero tenga cuidado que ya me dio miedo.

Don Paco le dio la mano y ella descendió con coquetería.

Podría decirse que el viejo cochero era de los pocos que tenían la suerte de conocer a la verdadera Jovita: de niña, en el Bolo-Alisal, y allí, en su Palmira Señorial. Y por las noticias que le llegaban: que tenía la fotografía de Jovita con el presidente Eduardo Santos; otra en la que estaba con el general Gustavo Rojas Pinilla. Él, que conoció sus primeras participaciones en los concursos de las emisoras y en los radio-teatros, había seguido, con celosa admiración, sus realizaciones a través de los años, sus innumerables reinados e intervenciones sociales, sus campañas cívicas, sus apariciones con los políticos y, últimamente, interviniendo ante el Gobernador Rodrigo Lloreda Caicedo, el Alcalde Marino Renjifo Salcedo. Guardaba las fotos de sus reinados y tenía varias en las que aparecía en vestido de baño, y entre ellas una tomada por Remolino. El mismo le había dado en otra oportunidad un recorte del periódico en la que ella estaba con el capitán Alfredo Hurtado Sánchez, Comandante del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Cali, a la entrada del Cuartel Central ubicado en la calle 15 con carrera 1ª, y tenía en un fólder los

recortes de la campaña promovida por don José Pardo Llada; y, otros, sueltos, de los cuales ya no se acordaba de la fecha, pero todos, reunidos, constituían un verdadero “dossier”, un cursiva bastante completo de su vida. Por ello iba el cochero en gracia, por haber tenido la suerte de servirla. No era cualquier ciudadana, su pasajera.

Lamentablemente Su Majestad no encontró, tampoco esta vez, concejales que oyeran sus razones. Las oficinas del Concejo estaban cerradas. Tuvo que cambiar su entrevista del Cabildo por la visita a su amiga Encarnación, de la panadería. En vano les solicitaba audiencia. No tuvo la oportunidad, siquiera, de mostrar la carta del padre Correa, como si a un talismán no se le diera la oportunidad de producir los efectos que tienen sus poderes. Derrotada en la batalla sin haber podido entrar en ella, sacó la carta, que llevaba en su cartera, y se la mostró a su amiga.

-Es muy clara. El Padre le habla muy claro a ese señor del Concejo. Y hasta buen corazón podrá tener, porque fue seminarista.

-No sé, no sé, Encarna.

Viéndola, en esa pena, Encarnación sintió rabia de que le hicieran eso; que ella, en verdad, no se merecía tanta burla y tanta displicencia, y que de una vez por todas la debían escuchar y darle su casita. Pensó, pero se contuvo de comunicárselo, que otra opción era que el padre Correa hablara con el padre García Herreros, del Minuto de Dios, en Bogotá, que

siempre estaba haciendo obras a favor de la gente necesitada, y a muchos les había ayudado a conseguir techo. A ella le constaba por haberlo visto en la televisión.

-Por favor, Encarna; no comente, nunca, de esta carta. Es un secreto que usted me tiene que guardar.

-No se preocupe, yo sé el valor de una confidencia; le juró que a nadie le voy a contar.

-Es que me da miedo; siento que me la quieren quitar, y después le dan la casita a otra persona; o que se me atravesase alguien en los trámites de la casa del Virrey. Es mejor ser reservada –dijo Jovita-; guárdame la carta en el silencio. Yo le digo hasta cuándo.

-Hasta que usted diga.

-Yo le digo.

-Nadie es profeta en su tierra.

-Deberían atenderme aunque sólo fuera por pura educación, por respeto al reverendo padre Correa. Estas idas y venidas a Palmira y Cartago me quitan mucho tiempo.

-Lo cortés no quita lo valiente.

-Tengo derecho a pedir para mi casita; ¿no es verdad?

-Sí. Usted puede exigirlo; pa' eso es la Reina.

Más que contrariada se la veía deprimida, apesadumbrada. A Encarna le daba pena verla, y para animarla le regaló un mate de manjarblanco, de esos que hacen las Córdoba, diciéndole:

-No se amilane por las sandeces de esos atrevidos, de esos desentendidos, que no tienen ningún sentido de la responsabilidad. Usté no puede, ni debe, darle cabida a la tristeza. “Y al mal tiempo buena cara”, me hace el favor.

Jovita recibió con alegría el detalle y sintió que su corazón reaccionaba. Encarnación tenía, en la parte de atrás del mostrador, sobre una mesita en un frasco grande de mermelada que utilizaba como florero, un ramo hecho de azulinas, bifloras y astromelias. Jovita se quedó mirándolo y le dijo:

-Está muy bonito.

-Alegra.

-“Marzo venteado y abril florido, hacen de mayo, hermoso y florido” – dijo Jovita, recordando el verso que la señora Laly recitaba cuando iba a llegar mayo, como invitando a la naturaleza a colorear el campo.

-A mí me gusta mucho mayo porque no es ni muy caluroso ni tan llovido.

-Es el mes de la Virgen.

-Sí.

-Yo siempre hago la novena.

-Yo también.

-María es la mejor intermediaria para interceder por uno, ella es la madre de Dios y esperanza nuestra.

-Sí, Jovita.

Encarna le ofreció una taza de masato con un pedazo de bizcochuelo. Jovita aceptó pero le pidió que le sirviera apenas la mitad de la taza, y una porción muy pequeñita del bizcochuelo. Se lo tomó como si nada; la verdad que Encarnación no supo a qué hora se lo tomó. Cuando la vio fue llevando la taza y los platos a la cocina.

-Los platos de mi tierra si son muy ricos –dijo Jovita, dando muestras de haber olvidado la situación y de sentirse mejor.

-¡La gelatina de pata! ¡Gelatina! ¡Gelatina de Andalucía!

LOS VAGOS

Jovita regresó en tren. En la estación del ferrocarril de Palmira volvió a decaer, no se sentía bien, y se diría que la dominaba una sensación de impotencia y frustración. En la fila para subir al vagón oyó a alguien decir: “El amor es como los trenes; mientras unos van, otros vienen”. No tuvo fuerza para identificarlo, pero de solo oírlo se fastidió.

Durante el viaje de regreso estuvo fuera de su cuerpo. Encontrar las oficinas del Concejo cerradas, la decepcionó. Hacía frío. Las nubes grises que se habían formado sobre la ciudad estaban muy cargadas y pesadas; amenazaban deshacerse en un fuerte aguacero, presionando el ambiente. Los últimos destellos rosas de la tarde se disolvían entre los tonos plomizos y azules que la noche iba tiñendo. Se sentía maluca, y cuando la oscuridad envolvió la estación del ferrocarril de Cali, iba atravesando esos terrenos descampados bajo los mangos y chiminangos, sintiendo el vaivén de la máquina en los rieles con su monótono traquetear. Tenía náuseas. Un ruido extraño la asustó, le agitó el corazón sacándola de su abatimiento. Fue una sensación de peligro como si un perro con peste de rabia anduviera suelto pisando la hojarasca, o como si un malhechor la siguiera. Aligeró el paso. Siguió por la acera de la Clínica Nuestra Señora de los Remedios, cruzó el puente de la calle 21. Llegó al cuartel de la policía, donde se quedó un rato intranquila mirando atrás. Conversó con

el guardia, que le dijo que él le pondría cuidado, y Jovita se armó de valor y dejó la carrera 1ª; al llegar a la carrera 2ª, dobló a la derecha. En ese momento volvió a sentir que la seguían. Volteó a mirar y creyó reconocer, bajo la luz del poste de la esquina que acababa de pasar, a los dos vagos, y creyó ver sus caras torvas. “Son los mismos”, se dijo. Le dieron ganas de llorar. El recuerdo de Florecita se le vino pesadamente, sumiéndola en una sensación de incapacidad y en la impresión de no avanzar. Se arrepintió de no haberse quedado en la policía. ¡Ay! Florecita, la linda callejerita de Bogotá, que desbarrancaron los gamines de las alcantarillas.

Serían tal vez las siete de la noche.

Se quedó alelada sin saber para dónde seguir, oyendo pasos que se le aproximan. Treinta centímetros de superficie le bastarían para morir. Jovita presiente que su final se acerca, como un condenado espera su ejecución. Se hunde en la angustia, perdida en un túnel interminable. Prueba la consistencia de aflojar, agotarse y caer en la desgracia. Aún con vida hace un último intento que le parece imposible: se da la bendición e invoca a la Virgen e intenta seguir al centro en busca de seguridad. No ve por ahí ni un policía, sólo prostitutas, travestis, y bebedores en las puertas de los bares, que no le dan confianza, que se ríen al verla pasar miedosa (que se le cae la pava). Cree oír las pisadas tras sus talones y se sabe irremediabilmente alcanzada. No comprende por qué no la han agarrado.

Siente unas manos fantasmales que la quieren agarrar; el andén se hace resbaladizo y teme caer en su carrera; el espanto no la deja pensar. Tiene la certeza de que será cazada. Sabe que los maleantes son jóvenes, más ágiles, más rápidos. Unos goterones anuncian el aguacero. Pasan los carros velozmente. Y en medio de la angustia, cuando están a punto de atraparla: un carro se detiene. Los vagos disimulan sus intenciones y se detienen; observan con expectativa.

Es “La Guanábana” de los estudiantes, del Príncipe Escondido. Bruno riéndose, creyendo encontrarla en sus eternas carreras, la llama. Jovita lo reconoce y se acerca. Apenas sube al carro la palidez de su cara lo impresiona tanto que teme le esté ocurriendo algo grave. Jovita no logra decirle nada. Suda frío, está agotada, pero al ver los vagos campantes en la esquina, donde la luz municipal no alcanza a iluminar claramente sus caras, los señala, con lo cual Bruno comprende todo, y acelera. Los dos vagos, avisados de su experiencia, doblan tranquilamente la esquina y entran a un bar del que se escapan las notas rojizas y azules de un tango arrabalero. Bruno voltea por el mismo lugar, mas al notar el cuerpo de Jovita doblarse desfallecido sobre el asiento, la lleva al Hospital San Juan de Dios.

RECOGIENDO LOS PASOS

Era por junio, cuando florecen los gualandayes “y hace la calor”, que Jovita se mudó de casa, como mariposa que deja la crisálida y revolotea en el lugar: nuestra “papillon” fue a revolotear a un patio arbolado del Barrio El Hoyo, en la carrera 2ª, entre calles 16 y 17.

-No, doña Elvia, no puedo quedarme, porque me quieren hacer daño. Tengo que mudarme y no dejar que se den cuenta a dónde –dijo Jovita.

-Deje esos temores. ¿Quién puede querer hacerle daño? –dijo doña Elvia.

-Eso es lo que dicen ustedes... ¿No vio lo del día de Palmira? ¿Y ese letrero que pusieron en la puerta diciendo dizque yo era comunista, cuando yo en política no me meto para nada? –rearguyó Jovita

-Una chanza. Esas son chanzas; usted tiene que soportar mucho por sus causas, por su condición, por llevarle las ideas a los estudiantes –observó doña Elvia.

Trataban de calmarla, pero no, la idea de que la querían secuestrar, o hacerle algún daño, era obsesiva, y la hacía infeliz. Había pasado por donde madame Marion averiguando por una pieza; ella fue la que le dijo que doña María de Jesús Correa viuda de Ramos, ofrecía una. Nada más ir a donde doña María, amiga suya, también, de inmediato acordaron

cánon y fecha. Eso les contaba a los Manrique a quienes les daba pesar que se fuera. Después de todo, el tiempo les hizo cogerse cariño.

-Bueno, si eso es lo que usted cree más conveniente, hágalo –dijo la tía.

La Reina de los Paquetes se puso a preparar el trasteo. A las tres vendría don Guillermo, con el camioncito. Tan ordenada era que en media hora estaba lista con sus trastos. El día de la partida almorzó con ellos y, al dar las tres, las Manrique vieron desfilar, nuevamente, los numerosos envoltorios que, a su llegada, las alarmaron. El mismo don Guillermo, el mismo camioncito, los mismos muchachos del barrio le ayudaron a sacar sus haberes, ante la misma curiosa mirada de los vecinos; sin embargo algo había cambiado, y un ambiente de tristeza rodeaba aquellos actos. La habitación vacía, quedó con la puerta abierta. Las niñas tenían ganas de llorar. También la tía que cargaba su pequinés, mientras sacaban las chuspas de la inquilina, y ésta finalizaba su labor envolviendo en un papel periódico el ramo de flores artificiales que le diera doña Elvia. La miraban con admiración y con respeto.

Al apagarse el ruido del camión, quedó la impresión de que un remolino de sentimientos había pasado por esa morada lastimándoles el alma.

A la casa de la familia Manrique le restó vida; la misma que sumó a la de doña María, donde muy niña, Jovita, había vivido; cuando su madre Joaquina llegó de Palmira, por primera vez. ¡Ah! sí, así habían sido los

hechos por los tiempos de la radio Higueronia, cuando empezó su afición por los reinados: corrían los años 30, y Jovita, joven y bella, presumía de su voz; y para cantar “Piquito”, un aire mejicano, se inscribió en un concurso, animado por el jacarandoso y bullanguero locutor de la emisora, el panameño Javier Díaz, que inoportuno le abijó los perros a la aficionada.

Se decía “echar los perros”, a poner un disco, con un coro de aullidos de canes, a los desafinados, en señal de censura, desaprobación y burla. ¡Uy!, en la que se metió don Javier, al cometer ese error. De inmediato reaccionó herida, en lo más profundo de su ser y, para desagraviarla no tuvo otra opción, ni medio más adecuado para salir del impase que nombrarla Reina de la Simpatía. Se dice que fue ésta su primera corona, aunque, en una entrevista realizada a sus compañeritas de infancia, éstas relataron cómo ella era la princesa de sus juegos infantiles. Es apenas una versión de las muchas que se dan de sus orígenes, que como el de muchos otros personajes célebres, termina por volverse leyenda, difícil de distinguir de habladurías, inventos, cuentos, ficción y realidad. De aquellos días datan los inicios de su fama.

Con las hijas de doña María, mayores y casadas, Sonia y Amparo, Jovita conversaba. Especialmente con Amparo, más conocida como “Amparo Arrebato”, por su ánimo en el baile; destacada bailarina popular, campeona del ritmo de la Salsa a quien el propio Richie Ray le había

compuesto una canción dedicada a ella; muy admirada en el Séptimo Cielo, en el Cañandonga y en los bailaderos de Juanchito.

Amparo y Jovita, atraídas por su recíproco prestigio pusieron mayor interés en tratarse, de lo que fueron saliendo más ilusiones que realidades de la cabecita senil de Su Majestad, que estando apenas a mitad del año, desesperaba por diciembre, porque era en esos días de la feria, en su ambiente festivo, de alegría colectiva, cuando se sentía más realizada, saludando desde su carroza, viendo la cabalgata, entrando a las casetas, a las verbenas populares, yendo a toros, a cuantos espectáculos se presentaban y en los que siempre era invitada de honor.

-Como a mí me dejan entrar, la llevo, y usted entra gratis –dijo Jovita.

-Bueno Jovita –contestó complaciente Amparo.

UNA TARDE DE DOMINGO CON AMPARO “ARREBATO”

Una tarde de domingo, de esas en que cae la modorra y la ciudad entra en un sopor, en un adormecimiento general que atonta a la mayoría, Amparo “Arrebato” que tenía su cabeza resentida por un guayabo mortal por haber pasado la noche bailando con Giovani, y haber alternado la presentación con Wattussi y María, puso el disco de Richie Ray en el que venía la canción que le había dedicado, y que lleva su nombre (“Amparo Arrebato le llaman a esa negra más popular: Esa negra tiene fama, de Colombia a Panamá; Amparo enreda a los hombres y no se sabe comportar; Amparo es sandunguera, nadie lo puede negar”). Amparo seguía el ritmo y repetía la letra; y luego continuó con “pa’ Juanchito me voy a pescar al río”, “Que viva Cali, Chipichape y Yumbo”, y todos esos temas que tanto le gustaban.

La música de Richie Ray y Bobby Cruz atrajo a Jovita que se le apareció en la sala. Amparo con su música le transmitió a la Mariposa, las ganas de revolotear, y a cada canción Jovita estaba más dispuesta y animada, de tanto “aguaje” y tanto “swing” que Amparo tenía, que parecía la esencia misma de la música. Amparo era todo arrebatado, ritmo y alegría, y sus pasos resaltaban su cuerpo joven, atractivo, desinhibido, y hacían que la música lo transformara todo, convirtiendo ese momento de resaca y de

tedio, en un tiempo maravilloso. Ese era el poder de Amparo, la Reina de la Pachanga.

Jovita se sintió plenamente feliz cuando Amparo le mostró el vestido de baile que se había puesto la noche anterior, aunque le pidió excusas porque estaba muy sudado. Jovita no lo tocó; lo vio de lejitos: era de color fucsia, como si fuera un vestido de baño entero, bien recortado en los muslos y con unos boleros dobles en las mangas, que eran cortas y en las caderas también boleros cuyas pintas tenían un llamativo borde blanco. Y le mostró una foto; en ella se veía a Amparo feliz y radiante con una sonrisa llena de estrellas.

-¿Por qué ese señor le dice “sandunguera” y que usted no se sabe comportar? Ese señor, le digo, me parece muy atrevido.

-No; él es muy querido. Cuando quiera la invito a Juanchito. Ahí podemos disfrutar de una “descarga de batería”, bien chévere, o de la marimba, de Tito Puente; o del Son Cubano, de los boleros montunos, y especialmente, Jovita, de la charanga y de la pachanga.

Jovita se quedó en la alusión a “Juanchito”, y no escuchó nada de lo demás que Amparo le propuso; se limitó a decirle:

-Voy a pensarlo, porque tiene una fama muy regular.

-¿Cómo así, Jovita? ¿por qué?

-Porque van muchos hombres a beber y son muy patanes.

-No, Jovita, “patanes” no, sino “bacanes”...

-Van puros cochosos. Mija, esos lugares son de mala reputación.

-No, lo que pasa es que a los “bacanes” les gusta bailar esos ritmos afro-
latinos.

-¿Afro-qué?

-Afro-americanos, con esos tambores, timbas, timbales y cununos.

-¿Y usted, niña, dónde aprendió todo eso? Usted sabe más de lo que le enseñaron.

-No sea maliciosa, que esto lo aprendimos todos los jóvenes en los “agu’e lulos”.

-Pero en estos tiempos, porque en los míos eso era mal visto.

-No, es que los tiempos cambian.

-Vea niña, eso está muy raro; quedémonos donde estamos, que yo siento que a mí no me queda bien ir por allá, a esos “amanecederos”.

-Usted, piénselo, y si alguna vez me quiere acompañar, me lo dice y yo la llevo.

-Eso está para usted que es joven y bonita, y baila como los ángeles, así volando, con esa gracia pegajosa –dijo Jovita imitando sus movimientos.

Amparo se rió y le dijo “Del puente para allá, es Juanchito; del puente para acá, está Cali”.

Jovita tuvo empatía con la magia de Amparo; y como Amparo era delicada, su “Arrebato”, era en alas de la música, prisionera del ritmo, y

no era vulgar ni metida, le daba a la Mariposa, su distancia y su privacidad.

Al terminar el disco y apagar el equipo, el tiempo y el lugar parecieron perder el alma, y volver al tedioso suceder del día. No para Jovita que sabía la riqueza de la introspección. Jovita estuvo inesperadamente contenta; sintió que era más abierta y expansiva, que esa música tenía un calor que se le metía y la movía, pero no sólo al cuerpo, sino algo que le animaba la vida.

EN EL VIEJO SOLAR

Hacían planes Amparo y Jovita, sin pensar que el inasible tiempo es una ilusión (“...Recuerde el alma dormida,/ avive el seso y despierte/ contemplando/ como se pasa la vida,/ como se viene la muerte/ tan callando...”).

No llevaba mucho de estar con ellos, en su habitación, frente al antiguo solar donde se extendía la ropa, crecía el guanábano, el mango y el palo de café; donde se arrastraba un zapallo cubriendo el suelo; donde oía cantar la mirla, los chihuacos y los chicaoos; donde veía corretear gallinas, patos, gatos y conejos, de tiempo en tiempo, perseguidos por el niño o por el perro. Frente al patio, al lado de la puerta, Jovita sacaba al atardecer azul su fogoncito para hacer el café, y esperaba que el agua hirviera, que el plátano se asara, sentada pensativa sobre unas piedras grandes.

-Calienta más el fuego que la energía –dijo Jovita.

-Es igual –contestó doña María.

-No; la energía no tiene llamas.

-¿Usted es feliz?

-¿Se puede preguntar al día si es feliz, doña María? Yo no creo. Los días son como la gente, con horas buenas y malas, y todos son distintos.

-Filosofías tuyas.

Jovita se quedó pensativa y dijo:

-La gente me toma por rara y cree que estoy mal de la cabeza; si me muero mañana, no quiero dejar en la memoria de la ciudad que era loca. Yo no soy una loca. Míreme, ¿y diga si soy o no, como las demás personas?

-Voy a decirle la verdá: usted no es como las demás personas; es más feliz, pero sufre más. Es muy sensible.

-¿Quiere un cafecito?

-Voy por los puchos; pero diga... ¿y la gente?

-Villana y formidable. Los seres humanos no podríamos vivir si guardáramos todas las ofensas. Es lo que llaman el lastre de la vida. Es mejor ir livianos, ligeros. Sepa que olvido sus ultrajes o como dice Parteso, el poeta caleño: “La memoria es la facultad del olvido”. Es mejor ver la cara buena de las cosas. Hay mucha gente mala en las ciudades.

-¿Formidable? ¿No es mucho para esta vidurria que llevamos los pobres?

-Poco, cuando uno consigue pasarla entretenida. Pero eso es para las que somos inteligentes.

“Qué cosas dice”, pensó doña María, yendo a buscar los cigarrillos.

-¿Usted para qué tanta ropa? ¡Dígame la verdad! –doña María le preguntó al volver, ofreciéndole un cigarrillo.

-¡Eso sí que no! ¡Hay que tener mucha ropa! ¿Qué sería del mundo sin colores? Los colores son bellos y alegran la vida. ¿Qué sería una flor sin color? Difícilmente mostraría su belleza y todo sería igual, monótono. Los colores, para que usted lo sepa, doña María, son como los sentimientos, y hay que estar alegres –dijo Jovita.

Jovita pareció irse de la conversación por un momento, cuando volvió en sí, como regresando de un breve viaje a sus adentros o a sus causas, dijo:

-Lo que pienso hacer, es darle todo mi apoyo a la gestión de la Junta Comunal del Barrio Belálcazar. Don Héctor Fabio sí hace obras para la comunidad. Un día vamos y yo se lo presento. Así como yo tengo mis escudos...

-¿Cómo así sus “Escudos”? –interrumpió doña María.

-Sí, doña María, yo tengo mis escudos, como el pintor Marco Tulio Villalobos, que hace muchas cosas por mí.

-¿El portero del América?

-Sí, el fue portero del América. Le cuento que lo conocí, jovencito, aquí en San Nicolás, donde ha vivido toda su vida. Era albañil pero de unos años pa’ca dejó el babilejo por la pintura, y la gente se interesa mucho por sus cuadros; hasta lo han sacado en la televisión. El quiere mucho a Cali y dice que a esta linda ciudad hay que retribuirle lo que nos ha ofrecido; que “es una lástima que muchas personas hayan olvidado que lo

que hoy poseen se lo deben a Cali". De malagradecidos está empedrado el infierno. Pero con él sí podemos contar.

-Ya entiendo.

-Como con don Guillermo, como con Madame Marion, que usted la conoce, y Violeta y Marujita; como el joven Bruno, de la Universidad; como don Francisco y Encarnación, en Palmira; y son muchos. También los que participaron en la colecta que hizo Pardo Llada, que la lista es larguísima. Le digo que, así como yo tengo mis escudos, de igual forma quiero ofrecer mi brazo por las causas del barrio Belálcazar, porque el Inspector y la Junta sí trabajan por el pueblo; por eso quiero que me acompañe, para que conozca.

-Bueno, cuando me invite, la acompaño; no es sino que me diga. Pero eso sí, me lo dice con tiempo; no encima, encima, ni en la víspera, para yo hablar con las muchachas, para que ese día se queden en la casa y podamos ir las dos tranquilas.

No llevaba mucho tiempo de haberse trasladado a su nuevo domicilio, como empezando a recoger los pasos, cuando una mañana (15 de Junio de 1970), a la hora acostumbrada del baño, se le gastó el corazón a sus ilusiones. Murió de muerte natural, como el naranjo carga, como los ríos corren, como los niños crecen y la tierra gira, como la muerte llega.

ADIOS A LA REINA

¿Cuántos no dudaron otra vez de su muerte? Muchos: los que creían en su perennidad; los que la veían hecha como la tierra para la noche y el día, a Jovita para perderse y reaparecer victoriosa y cotidiana; enfermera de la Cruz Roja, en las inundaciones periódicas del río Meléndez, del Cañaveralejo, del Cali, del Cauca; modeladora de la alegría colectiva, ejemplo del optimismo, de las causas nobles y de las grandes empresas; guerrera de lo nimio y lo imposible, de lo absurdo, de lo ridículo, de lo humano; bondadosa, tierna, independiente, sola, abandonada. Exaltación de la razón veleidosa y quimérica; nómada citadina. Todos aquellos que tenían una palabra para describirla no incluían la muerte en sus atributos; pero he aquí que caen los reyes, como nos lo recuerda Manrique en las coplas a la muerte de su padre:

“¿..Qué se fizo el rey don Juan?

Los infantes de Aragón

¿Qué se ficieron?

¿Qué fue de tanto galán?

¿Qué fue de tanta invención

como trujeron?

Las justas y los torneos,

Paramentos, bordaduras

y cimeras,
 ¿fueron sino devaneos?
 ¿Qué fueron sino verduras
 de las eras?...”.

Y caen las reinas; cayó Jovita...

Fernell Franco se quedó esperando que regresara para concretar la cita de la sesión para tomar las otras fotografías; el inspector Héctor Fabio Fernández, con la intención de ayudarla a devolver las atenciones que se le hicieron con motivo del cumpleaños; Maruja, doña Inés, Madame Marion, el padre Correa, el padre Hurtado Galvis, el Príncipe Arrepentido, los Manrique. Cali, se quedó esperándola por la calle doce, por el centro –corazón de la ciudad que se endurece y se hace gris.

Doña María fue la primera en verla, luego sus allegados, después uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, cien, mil, dos mil, siete mil. Se multiplicaban. Funcionarios, conocidos, curiosos de Jovita, noveleros, curiosos de los curiosos, noveleros de los noveleros, testigos de fenómenos sociales, fotógrafos, cronistas, bomberos... Muchas casas se quedaron solas sin temor a los ladrones, porque bandidos y policías pasaban a ver el cadáver expuesto en la Funeraria Muñoz, de la Avenida Vásquez Cobo, en una procesión interminable. Hasta su sencilla embarcación de madera, de color marrón oscuro, se acercó un joven estudiante de la Universidad Santiago de Cali. Juan Díaz, el mismo que

escribió la “Biografía del Ultraje”, y describió a la andarina callejera de las flores y las causas como la Libertad, de Delacroix, con los pliegues de la bandera de las ciudades confederadas pegados al glorioso cuerpo de Jovita. Juan estaba vestido de negro y con un rostro severo se acercó al ataúd y se quedó contemplándola silenciosamente, escuchando al fondo la monodia de los rezos suplicando por su alma. Juan miraba a los ojos claros de Jovita como alcanzando a través de ellos la luz de las estrellas que se apagan, ojos que a su mirar se ampliaban como lagos y cuyos reflejos parecían contener el misterio más profundo. Las oraciones eran la voz de la tierra que susurraban el canto de la eternidad, de la transformación y la mudanza. La gente al verlo, ahí, de pie frente a su féretro, se retiró con gran respeto, permitiendo ese diálogo inefable del estudiante con la reina, y en ese instante dejó en ella el testimonio de su admiración infinita. Jovita estaba vestida de blanco; su pelo castaño, cortado a la altura del cuello, enmarcaba bellamente su rostro apacible y sereno, en cuya mirada enigmática se asomaron todas las inquietudes de la vida; el largo vestido blanco, estaba rodeado de claveles rojos, y sus pies estaban cubiertos con zapatillas de ballet, rosadas, delicadas y suaves, como si fuera a caminar las calles del cielo. Todo a su alrededor era negro, oscuro y solo ella resplandecía. Las oraciones se escuchaban como velitas de incienso envolviendo el ambiente en una atmósfera de recogimiento y entrega espiritual. En su pecho blanco tenía el

escapulario, café y blanco, de la Virgen del Carmen, que el padre Correa cuidó bien de que no le faltara como había sido su deseo. Ante la mirada de los asistentes Juan abrió la tapa del ataúd y puso, delicadamente bajo sus manos que reposaban unidas a la cintura, la novela, cuya portada estaba ilustrada con la fotografía en la que Jovita aparece en el suplemento dominical con la bella corona que la adornaba, como si aun tocara con sus manos, los sueños que animaron su vida y la habían llevado hasta los confines del universo, y le dijo: “Vengo a recitarte la canción que faltaba; la que cante tus días: éstos, y los de cuando eras niña, como todas las niñas, de moñitos y delantal. Pero, ¿cómo recordarte, a ti, que estás en los días? ¿Cómo no ver tus mejillas sonrosadas, y esos, tus juegos a hurtadillas, tus recreos de colegiala? ¿Y quién podría atreverse a adivinar tus deseos de adolescente? ¿Quién, los callados impulsos que asistieron tus sueños? Nadie puede rivalizar con tus “Causas”, Reina del País de la Quimera. ¡Ah, bella! Las calles tomaban tu alegría; entregabas tu corazón y dabas optimismo a la ciudad, y al Valle, luz. Más ¿quién conoció tu corazón, y la intimidad de tu sentir? ¿Quién supo de la sed con que tu bebías? ¿Quién, de verdad, pudo ponerse en tus zapatos, llenos de magia, para volar sobre este mundo? Recuerdo tu falda en el viento de la tarde; te recuerdo, con tu boina habana, con su pluma levantada y tus ojos claros, sosteniendo las diez de la mañana, llevando flores a los cañones del cuartel en la plaza de armas,

junto al Parque de María. Presencia de mujer; tu pie roza las calles. En ti el sol besa la vida. Jovita, brisa de la tarde, estás en el corazón de la ciudad, en el alma de la gente. Aquí yo te canto, Reina de las Ilusiones. Nos hiciste soñar contigo, antojados de aquellas ilusiones que ayudan a vivir el tiempo breve que nos ha sido acordado. Reina, eres tu, reina en nuestros corazones, ahora, estrella sobre el río. No permitas que abandonemos tus causas, ¡Oh andarina de flores, y sombreros! ¡Oh mariposita!, ¡Oh libélula! ¡Pompa de jabón!, por siempre, jamás”. Juan le cerró los ojos y todo se llenó de luz, de paso y de ruido. Juan bajó la tapa y cerró el ataúd, y un ruido ensordecedor se oyó de repente, y a empujones la multitud lo fue expulsando a la calle, como un remolino de río humano que llegaba hasta ella y que fue aumentando hasta el día siguiente a las dos, tres, cuatro de la tarde, cuando llegó la hora de la misa por su alma en la Catedral. En la iglesia la gente no cabía; en la plaza quedaba estrecha. Unos le disputaban a los otros el honor de cargar el ataúd hasta la tumba. Los vigilantes del Cementerio Central temían la avalancha que zumbaba por las calles anunciada por la lastimera despedida de las campanas de las iglesias; las campanas y las sirenas, de los queridísimos carros de los bomberos, y el ulular ininterrumpido de las máquinas del ferrocarril, en un último adiós a sus excepcionales hazañas callejeras.

Doña María no tuvo tiempo de impresionarse: un fenómeno más contundente aún se la hacía irreal: el impacto general. Como si el golpe del magro cuerpecito de la Soberana al caer sobre la tierra, en el baño, hubiese repercutido como un movimiento telúrico en la entraña de la Ciudad. Lo mismo le pasó a Amparo, a su esposo y a todos. Era de verse esa multitudinaria explosión alrededor de su féretro avanzando hacia el cementerio. Los primeros que llegaron arrinconaron a algunos deudos desprevenidos que habían ido a visitar a los suyos. Los que pudieron salir, salieron, y los que no, fueron cogidos por ese mar de olas humanas que comenzaban a inundar aquellas aras de despojos y cenizas. Entrando la noche llegaron con sus restos, los que encontraron camino o acceso siguieron por él, los que no, se saltaban las tapias, los árboles, los tejados; sin distinciones, medidas, ni cuidados. El respeto a los muertos era inexistente, lo que importaba era no se sabe qué, porque tampoco Jovita importaba. Se desgajaban las ramas, se desmayaban las personas, quebraban tejas y hechos insólitos tenían lugar en esos momentos en que se la depositaba en la fosa. Era una fiesta incomprensible de Adiós a la Reina.

EPILOGO

Inmóvil, sin frente para que la luzca, quedó envuelta en un paquete del rincón, la dorada corona universitaria de sus alegrías y de sus lágrimas; y abierta su habitación, desanimados sus trastos, descoloridos sus vestidos. Aquellas cajas grandes, que contenían cajas medianas, que tenían chuspas o cajas pequeñas, para guardar, en algún estuche, tal vez, un collar de fantasía, pulsera, anillo, zarcillo o nada, perdieron su encanto y misterio. ¡Ay! Las amadas coronas de sus justas y sus torneos, las que tantas alegrías y tristezas le dieron, ¿dónde quedaron? Ella, que con tanto esmero y cuidado buscó las cajas de cartón de tamaño adecuado para sus tesoros, ¿dónde estaban, ahora? Su habitación, que antes era su reino fascinante, ¿por qué ahora parecía un cuarto desordenado y doliente? De todas las cajas ¿cuál era la que tenía la corona para la Virgen? ¿En qué parte, de ese cúmulo de trebejos inútiles, estaba? Ella, solo ella, era el alma de su cuarto y de su ajuar doméstico. Al roce prodigioso de sus manos, su reino cobraba vida y movimiento; por estar ella, brillaba el rayo de luz, entre el calado de la puerta, bañando de gracia su sencillo universo cotidiano. Feas y arrugadas quedaron las flores artificiales. Las carteras, sin su gracia, parecían como monstruos prehistóricos; la silla mecedora, paralizada; la mesa fija; el asiento estático y la cama inerte; la mica, o bacinilla blanca esmaltada, para no salir de la habitación al

excusado, en las noche frías, o cuando enfrentaba algún resfriado, gripa o malestar del cuerpo, con sus golpes y hundimientos infaltables, había perdido su utilidad e importancia, era un trasto viejo y sucio, abandonado a la corriente del tiempo; todos los objetos parecían los restos de un naufragio; el espejo que parecía agua, o luna, ahora era un pozo profundo que se tragaba la luz; la cómoda abierta, con una mantilla blanca cayendo desde el primer cajón, parecía un pañuelo despidiéndola, una nube blanca que regresaba al cielo; los cuadros, melancólicos; las pilas de periódicos, las revistas, los atados de recortes, los artículos, las fotografías, los sobres, las postales, los recordatorios, las estampas, parecían papeles viejos y sucios; las cartas, sin sentido; los almanaques de todos sus años decían en amarillo la fugacidad de la vida; las novenas, los escapularios y los misales, que orientaron, protegieron y guiaron su vida, parecían veladoras consumidas que entregaron hasta la última lumbre del pabilo. La jabonera, el vaso para el agua, el cepillo de dientes; la redecilla para recoger el pelo por las noches; el polvo talco; las cremas y frascos de su perfume de violetas; el fogón, las ollas, la sartén, las cacerolas, el vianda, los platos, los cubiertos, los vasos de aluminio y de mermelada, tenían el modesto recuento del uso en la pobreza. Y tenía gramófono Víctor, radio de tubos marca Phillis, radio transistor Sanyo; y tibungo, jarra de plata, de loza, y de plástico; botellas, frascos, tapas, leña, piedras y zunchos;

totuma, estropajo y paruma, en fin, un inventario al que sólo la locura podía darle orden y sentido, y su toque maravilloso de belleza.

-¡Señor!

-¿Sí?

-¿Cuánto vale ese amuleto?

-Cinco pesos.

-Pero si es Jovita.

-Sí, es Jovita y trae buena suerte.

-Se lo compro.

-Para servirle.

-Gracias.

-Le ha llamado la atención.

-Sí, como no...

-La gente lo compra mucho; lo mismo el afiche. Ella fue una mujer única.

-Yo lo sé. Quiero escribir su biografía.

-¿Siii? Pues lo felicito. Le digo que a muchos de los del pueblo nos gustaría tenerla. Llévese el amuleto, se lo obsequio; quiero demostrarle que ella está con usted, y hace bien en escribir su vida.

-Gracias.

-Lo que sí le pido es, que cuando la escriba, venga aquí, a la calle doce, a visitarme. Aquí llevo años vendiendo afiches y cancioneros, y algunas cuantas baratijas, vainitas de éstas. Le cuento que aquí mismo charlé con ella. Dígalo así en su libro. Escriba que yo fui amigo de ella. ¡Ah! Jovita, la popular Jovita Feijóo... La Reina Ausente.

JOVITA EN EL CORAZÓN

Las calles
son bellas;
pero son
más bellas,
con ella;
con la canción
de su taconeo;
con sus flores,
y sus carteras,
sus ilusiones
y sus sombreros.

CONTRAPORTADA

Esta querida novela costumbrista sobre nuestra singular Jovita Feijóo, y en la que se narra a la ciudad, el Cali anterior a los Juegos Panamericanos, fue escrita hace años; ahora es retomada por el autor, como un pintor retoma un viejo boceto de su cuaderno de artista, para iluminarlo con primorosos detalles, que la hacen más bella y colorida.

En esta versión el autor nos vuelve a recordar las encantadoras hazañas de la eterna reina de los caleños, con un lenguaje depurado, coloquial, claro, lleno de sugerencias y hermosa poesía.

INDICE

	Pág.
Nota a la presente edición	2
Ofrecimiento a la ciudadanía	3
Semblanza	4
Introducción	6
Ahí va la reina	9
Se alquila una pieza	13
Ideas y creencias	19
Un curioso trasteo	29
De posada transitoria	32
De una parla encantadora	44
Esas no son bobadas	51
El fotógrafo y la reina	57
¡Óiganla! ¡Óiganla!	62
La reina en apuros	67
La caída de Aicardo	78
Violación de domicilio	88
La casa del Virrey	96
El granero “La Espiga”	103

Horóscopo y zodiaco. Saber mirar los signos	110
Vicisitudes	113
Semana universitaria	126
Una corona de dicha y de llanto	143
Jovita: reina y señora de Cali –El suplemento dominical-	152
Impresiones y recuerdos de la vida de Jovita en algunos episodios de la historia nacional	159
En los almacenes “Sí”	165
La colina de San Antonio	175
Cuente, ¡Cuente, por favor!	181
Tesoros escondidos	187
Cali viejo	191
¡Viva Cali, Chipichape y Yumbo!	196
Reminiscencias	202
Testamento de Jovita	218
Cartas Secretas	223
Calle 15: Crónica de un día	224
Muerte intempestiva	234
Resurrección de Jovita	239
La biografía del ultraje	242
Antepasados ilustres que hablan enredadas cuestiones de duendes y fantasmas	248

Leyendas del Cali Viejo	260
La murga y los Santos Inocentes	266
Rosas rosas	269
Equivocaciones lamentables	271
Llegó la horrible noche	277
Estas causas mías	283
Los payasos esos	288
La redada	292
Domingo en la Catedral	294
Campaña y cumpleaños	302
Palmeras y victorias	312
Los vagos	323
Recogiendo los pasos	326
Una tarde de domingo con Amparo “Arrebato”	330
En el viejo solar	334
Adiós a la reina	338
Epílogo	343
Jovita en el corazón	356

JAVIER TAFUR GONZALEZ

Cali 1945. Desde muy temprana edad mostró su inclinación por la escritura. Sus primeros versos los escribió en la niñez, y podría decirse que encontró en la literatura una vocación para la realización de un destino literario. De igual manera se caracterizó en su adolescencia y primeros años de juventud por la búsqueda del conocimiento de los grandes autores, sacando provecho para su formación y desarrollo de su sensibilidad, lo cual continuó, luego, con su formación universitaria. Estudió la carrera de Derecho en la Universidad Santiago de Cali e hizo estudios de Antropología en la Universidad de París; igualmente realizó estudios de Lingüística en la Universidad del Valle, y dirigió el Instituto de Criminología de la Universidad Santiago de Cali. Ha sido juez, conjuez del Honorable Tribunal del Distrito Superior de Cali, docente y conferencista en las diferentes universidades de la ciudad y profesor invitado por otras universidades del país. En la actualidad es docente en la Universidad Javeriana, en las cátedras de Derecho Penal Especial y Derecho Penal Económico. Alterna el ejercicio profesional, la docencia y la investigación humanística. Destaca igualmente en los campos de la poética y de la narrativa, teniéndosele como un maestro del minicuento y de la poesía breve. Numerosas distinciones nacionales e internacionales han premiado su dedicación, la calidad de su obra y su aporte a la cultura. *Jovita* es una de sus primeras obras (1970), que inicialmente fue el resultado de un trabajo etnográfico, y que ahora retoma para enriquecerla literariamente con nuevas anécdotas, en la trama de la ciudad, llenas de colorido y belleza.

Alejandro Guerrero Mots

Santiago de Cali, Mayo 24 de 2005

Maestro
Diego Pombo Buritica
La Ciudad

Ref: Publicación del libro de Jovita Feijóo
Caratula: Pintura del Maestro Diego Pombo

Distinguido Maestro:

Coexito S.A., dentro de la celebración de sus 50 años de servicio a la comunidad, ha querido apoyar la obra del escritor y poeta Javier Tafur González, quien nos ha propuesto que la caratula corresponda a la hermosa pintura realizada por usted.

Por medio de la presente queremos manifestarle que compartimos el deseo del escritor, de que su libro costumbrista de "La biografía de las ilusiones", lleve, en la portada, la bella pintura elaborada por usted de la simpar Jovita Feijóo, nuestra reina de reinas, en cuyo evento, le estariamos haciendo entrega de 50 ejemplares, correspondientes a sus derechos de autor, y de acuerdo a conversación sostenida por el Dr. Javier Tafur González con usted.

Felicitamos a usted por su bella obra y le agradecemos que nos dé su autorización para la presente edición, y para lo cual le agradeceríamos tenga a bien firmar copia de la presente

comunicación, como conformidad, para proceder a la impresión de la caratula.

Le deseamos muchos éxitos en su vida artística.

Cordialmente,

CARLOS JURI FEGHALI

Autorizo a la utilización de mi retrato de Jovita en los términos de la carta anterior.

DIEGO POMBO BURITICA

PARA DECIR “GRACIAS”

Coexito S.A. está cumpliendo este año 50 años de labores como empresa líder en tecnología y apoyo al sector automotor. Para conseguir esta posición ha contado con un equipo de colaboradores altamente capacitado y entusiasta, con excelentes proveedores, y, en especial, con la confianza y el respaldo que le ha brindado el pueblo colombiano, en la consecución de sus objetivos.

Para decir “gracias”, hemos querido obsequiarles a nuestros amigos “La Biografía de las ilusiones”, el bello libro del escritor y poeta vallecaucano Javier Tafur González, que relata la vida de nuestro extraordinario personaje de todos los tiempos, la simpática Jovita Feijóo, reina de reinas, cuya cotidianidad es recordada de una manera amena y pintoresca, que sin duda nos alegra reencontrar en esta agradable prosa costumbrista, al tiempo que descubrimos los sucesos, las anécdotas y leyendas del inolvidable “Cali-viejo” al cual perteneció como uno de sus más significativos representantes.

“¿Por qué Jovita?” Porque el personaje representa el; “entorno y entraña de la urbe”; porque significó, con sus sueños, su altivez y su optimismo, una dimensión superior que cautivó a su época y a la historia, haciéndose permanente y por tanto digna de este homenaje. Como la describe el autor de su biografía, en su delicado verso “**Jovita en el corazón**”:

Las calles
son bellas;
pero son
más bellas,
con ella;
con la canción
de su taconeo;
con sus flores,
y sus carteras,

sus ilusiones
y sus sombreros.

Nos parece estarla viendo... De esta manera Coexito S.A., agradece a la comarca que la acogió, donde estableció su sede, rindiéndole homenaje a Jovita, a su personaje de excepcional fantasía y carisma, que reaparece en estas páginas reanimada y callejera, como solo la poesía puede hacerlo.

Muchas gracias.

ERNESTO MEJIA AMAYA

Santiago de Cali, Junio 9 de 2005

Maestro
Diego Pombo Buritica
La Ciudad

Ref: Publicación del libro de Jovita Feijóo
Pinturas del Maestro Diego Pombo, adicionales a la ya
autorizada de la caratula.

Distinguido Maestro:

Cordialmente nos dirigimos a usted para solicitarle su autorización, para incluir en la edición del libro de Jovita del Dr. Javier Tafur González, tres pinturas más de su autoría.

Como contraprestación y en reconocimiento de sus derechos de autor Coexito S.A. le entregaría 50 ejemplares adicionales.

Nuevamente felicitamos a usted por su bella obra y le agradeceríamos que nos dé su autorización para utilizar las pinturas adicionales en la presente edición, y para lo cual le solicitamos tenga a bien firmar copia de la presente comunicación, en señal de aprobación para proceder a la impresión.

Le felicitamos por su próxima exposición en la Tertulia y le deseamos muchos éxitos en su vida artística.

Cordialmente,

CARLOS JURI FEGHALI

Autorizo a la utilización de mi retrato de Jovita en los términos de la carta anterior.

DIEGO POMBO BURITICA

